

EL DESAFÍO DE LAS
DAMAS



Almudena de Arteaga



LA VERDAD SOBRE LA MUERTE
DEL CONDE DUQUE DE OLIVARES

Lectulandia

Siglo xvii. El 21 de marzo de 1621, mientras Felipe III agoniza en su lecho de muerte, el hombre más ambicioso y poderoso del reino, el conde duque de Olivares, consuela al débil sucesor a la corona, Felipe IV, príncipe de Asturias, con una única intención: dominar su frágil voluntad para hacerse con el poder.

Entre tanto, en la villa y corte de Madrid la decadencia del gran imperio español afecta por igual al clero, la nobleza y el pueblo. La moral y las buenas costumbres que desde los tiempos de los Reyes Católicos imperaban se diluyen inexorablemente. A diario se libran riñas, violan conventos, pergeñan embustes y saquean iglesias.

Cataluña, Portugal, Navarra y Andalucía amenazan con independizarse.

Cuanto más crece el poder del valido del rey, más aumenta el miedo a enfrentarse a él. Sólo seis mujeres sueñan con la venganza. Y cada una de ellas tiene su propio motivo: el deshonor moverá a Ana de Guevara, el asesinato de un marido, a doña Inés de Vargas, la ruina, a la duquesa del Infantado, el rapto de un hijo recién nacido, a la Calderona, y la lealtad hacia un rey demasiado débil, a la reina Isabel y a sor María Inés de Agreda. Esto las impulsará a dejar de lado las diferencias sociales que las separan para unirse en un fin común: destruir al tirano.

Lectulandia

Almudena de Arteaga

El desafío de las damas

La verdad sobre la muerte del conde duque de Olivares

ePub r1.0

Samarcanda 16.05.14

Título original: *El desafío de las damas*
Almudena de Arteaga, 2006

Editor digital: Samarcanda
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mis ahijados Jaime, Carla e Isabel

Prólogo

Por aquel tiempo, el rey Felipe III estaba a punto de morir. Su descendiente, el futuro Felipe IV, casado con Isabel de Borbón, se preparaba para sucederle en el trono de España, dejándose aconsejar exclusivamente por Gaspar de Guzmán, conde de Olivares.

Eran períodos de contrastes sociales y políticos. El desorden entre pueblo, nobleza y clero en el que los hombres y mujeres de aquel momento estaban inmersos estimulaba las plumas, los pinceles y los cinceles de los más prósperos escritores, pintores y escultores, aguzando su creatividad.

Calderón de la Barca, Francisco de Quevedo y Villegas, Luis de Góngora y Argote, sor Juana Inés de la Cruz, Lope de Vega y otros tantos lidiaban entre sí tornando la palabra escrita en mordaces pensamientos, mientras que el florecimiento artístico de pintores como Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, Francisco de Zurbarán, Pedro Pablo Rubens o fray Juan Sánchez de Cotán reflejaba con contrastes, formas y colores la cruda realidad.

Desde los magistrados más meritorios a los pícaros más miserables eludían la ley y sus observancias rebelándose al unísono contra la severa moral que desde tiempos de los Reyes Católicos había imperado en Castilla. El ansia de estos hombres por rescatar la dignidad perdida les confundía, y con demasiada frecuencia alteraban el orden de los valores morales que hasta entonces habían servido de sólido pilar a sus frívolas conductas.

Claro ejemplo de ello fue la proliferación de duelos. Los mismos caballeros que se batían por la mañana por un motivo absurdo consentían de buen grado al atardecer en verdaderos delitos contra su honor. A pocos metros del alcázar de Madrid se batallaban riñas, se violaban conventos, se pergeñaban embustes y se saqueaban iglesias. El oficio de matador era el mejor pagado.

Las representaciones teatrales en las corralas descritas por muchos hasta entonces como las antecámaras del infierno representaban comedias y sátiras sobre la ambición, el poder, la falsa moral y el dinero, desplazando a un rincón del olvido los autos sacramentales de antaño. El breve fulgor de una vida que caminaba por senderos zigzagueantes hacia una muerte tan probable como cercana atormentaba a los residentes de esta corte barroca, ahogándolos con sus retorcidos tentáculos en una decadencia sólo comparable con la más cruel epidemia de lepra.

«Mas de la intención del labio
Satisfacción no se alcanza,
Si el brazo de la venganza
No es del cuerpo en agravio».

CALDERÓN DE LA BARCA,
A secreto agravio, secreta venganza

Palacio de Rodrigo de Calderón. Seis de la mañana del 31 de marzo De 1621

Doña Inés murmuró como confesándose a sí misma:

—Sólo me queda el consuelo y la insegura certeza de que la vida suele poner las cosas en su lugar.

Otro alarido resonó en la plaza. Un escalofrío recorrió todo mi ser, entrando por el dedo meñique de mi pie hasta llegar a la nuca, tal y como un rayo en plena tormenta traspasa al incauto que no se cubre eludiendo su abrasar.

Embozada en la capa, procuraba guarecerme de la escarcha matinal, pero el grueso paño se hacía fina seda. En mi pecho sentía incrustadas estalactitas de hielo imposibles de derretir usurpando el lugar de mi corazón.

El frío no era nada comparado con el miedo, al verme obligada a permanecer agazapada al pie de esa torre. La misma que se erigía sobre la que en su día fue la casa de la mujer que me acompañaba, y que ahora era el presidio de su propio esposo. Me esforzaba en adivinar sus pensamientos, sin duda sueños de antaño que se tornaban pesadillas más dolorosas aún que el grito que acababa de trepanar nuestras desconsoladas ánimas.

El amanecer descorría los telones que aquella noche nos brindaba con su lúgubre escenario. Como en los días anteriores, la claridad marcaría el momento preciso para desaparecer entre la penumbra de las sombras. No era la primera vez que sufríamos el lento transcurrir de las horas a la intemperie, y sabía que intentar convencer a la dueña de aquellas palabras para un repentino cambio de planes no serviría de nada.

La gruesa reja que nacía a ras del suelo para levantar apenas cuatro palmos se había convertido para mi cómplice de avatares en una especie de confesionario insomne. Yo, lejos de secundar su extraña devoción, sentía que los párpados me pesaban como si las pestañas se me hubiesen pegado las unas a las otras.

A pesar de ello, tenía que soportarlo como fuese, ya que mi propio esposo como el suyo se hallaba preso en el mismo calabozo. Mi señor don Ruy, por haber violado una vez más el destierro al que le habían condenado. ¡Por qué había de ser tan terco!

¡Sólo eran seis meses los que debía alejarse, a tan sólo 20 leguas de la villa y corte! Pero como todos los caballeros y nobles del momento, se pasaba por el forro de su capa cualquier condena que se le impusiese. Ésta era la tercera vez que le sorprendían ignorando al Santo Oficio, y cansados de tanto descaro, le prendieron como a un vulgar pícaro.

A pesar de todo, albergaba la certeza absoluta de que, al igual que mi esposo saldría en poco tiempo, no pasaría lo mismo con el señor de la mujer que tenía a mi lado. Gaspar de Guzmán, el conde de Olivares, le había mirado con ojeriza, y de un tiempo a esta parte, sobre todo desde que el rey nuestro señor Felipe III se sintió enfermo, el tirano andaba susurrando al príncipe mil y una patrañas que le alertaban en contra de todos los que un día sirvieron a su padre con fidelidad.

No alcanzaba a comprender el empeño de doña Inés en ahondar y prolongar el sufrimiento que desde hacía muchos meses les vino en gracia, pero lo cierto era que ya nadie la acompañaba en sus tristes aventuras nocturnas por miedo a las represalias. Al saber que Ruy moraba en el mismo calabozo que el marqués de Siete Iglesias, decidí secundarla el tiempo que durase nuestra pena común.

Desde que a Rodrigo de Calderón, su señor esposo, le prendieron en aquella misma casa arrancándole de sus brazos y los de sus hijos, aquella buena mujer había perseguido al preso dando tumbos de un lado a otro de España.

Primero le siguió hasta la fortaleza de Medina del Campo, y más tarde a la de Montánchez. Desde allí se trasladó a Santorcaz para malvivir en los mismos calabozos que un día albergaron a mi bisabuela la princesa de Éboli, y finalmente, cansada de tanto trasiego, vio cómo el odio de sus captores les inducía a traerle de regreso al primer lugar donde coartaron su libertad, encadenándole a los muros de las que un día fueron las bodegas de su propia casa palacio en plena villa y corte de Madrid.

Le acusaban de 244 cargos de faltas, y de abusos en el desempeño de su cargo como secretario de cámara de Felipe III. De hechizos y desacatos contra el rey y la reina, de haber aumentado su fortuna de forma extraña y, para más inri, del asesinato de Francisco de Xuara y otros tantos. Todas y cada una de las acusaciones parecían tan absurdas como infundadas. Y la mayor embustera de todos los testigos que declararon fue nada menos que la mujer del conde de Olivares, Inés de Zúñiga, pues aseguraba que como dama de la reina Margarita presencié cómo aquel desgraciado la había envenenado, apresurando su muerte y dejando a nuestro rey viudo con más premura de la esperada.

De nada sirvieron nuestras súplicas, las del padre Francisco o las del cardenal Gabriel de Tejo. De menos la fundamentada defensa de su abogado, Bartolomé de Tripiana, ya que todo lo que dijo cayó en saco roto, a pesar de que ni uno solo de los muchos declarantes en contra de Rodrigo dio una prueba de los delitos de los que se

le acusaban. Al final, todo lo argumentado fueron presunciones que le empujaron a un abismo de tormentos con aguas, cordeles y garrotes según la forma acostumbrada.

La cantidad, calidad y posible benevolencia en la pena la reservaba para sí el Santo Oficio. ¿Era así como pretendía administrar con justicia? No era de extrañar que nadie lo respetase sino por miedo.

Esa misma tarde, con mucho sigilo y secreto, nos enteramos de que la hora para ejecutar la sentencia se adelantaba. Sin duda temían que muchos de los que ya pedían su perdón, considerando suficientes los castigos, privaciones de bienes y menoscabos de honor que le infligieron, se revelasen ante tanta y tan grande injusticia.

Doña Inés me había enseñado la sentencia, salpicada de lágrimas que habían emborronado la tinta. Lo que más impresionaba era la dureza con que afrontaba su incierto destino. Aquella noche sólo habíamos ido a ver si sobrevivía a esta nueva tortura. No era la primera a la que le condenaban, pero su deteriorado estado nos hacía suponer lo peor; ahora sólo esperábamos que lo trajesen de vuelta al calabozo.

¿Qué podíamos hacer por él! Cualquiera que nos reconociese en tan lamentable estado quedaría perplejo. Las dos esposas nobles de los convictos apresados, tiradas como vulgares pedigüeñas al borde de una calleja, aguardando el amanecer. Menos mal que el miedo de la insegura villa al anochecer guarecía a nuestros más allegados en sus casas como a conejos en sus madrigueras.

Tentada estaba de desistir. ¡Allá mi señor don Ruy con sus caprichos y consecuencias! Ya era mayorcito, y yo, como su mujer, no podría hacer más de lo que su abuela, la duquesa del Infantado, conseguía en el alcázar suplicando los favores de unos y otros para escamotear a su caprichoso nieto de cumplir con las penas impuestas. ¡Siempre protegiéndole! ¡Cómo pretendía hacer un hombre de él!

En un momento de debilidad me levanté dispuesta a regresar a casa. Miré de nuevo a mi cómplice. La marquesa de Siete Iglesias, como casi todas las noches, llevaba cerca de tres horas entumecida y en cuclillas aferrada a los barrotes. Sus finos dedos desenguantados se tornaban amarrotados, no tanto por el frío como por la fuerza con la que se asían al hierro esperando el final del tormento de Rodrigo de Calderón.

Desesperada, el cansancio y el cargo de conciencia por abandonarla vencieron a la repugnancia que los orines del suelo enfangado pudiese darme, así que, poniendo cuidado en que mi capa cubriese la parte postrera de mi sayo, me senté de nuevo en el suelo junto al ventanuco. Aproveché el respaldo de congelado granito que formaba la pared para apoyar mi espalda.

De soslayo pude observar su faz desencajada, demacrada y blanquecina. Enmarcada por el filo de su oscura capucha, se parecía a la muerte. Tenía las lágrimas congeladas sobre sus mejillas y sus ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos para mostrar una mirada oscura y apagada. Toda su casa y bienes les habían sido confiscados, y ahora vivía con sus hijos refugiada en el palacio de estilo herreriano

que nuestra abuela mandó construir junto a San Andrés.

Mi señor don Ruy, desde un agujero que había en la puerta de su calabozo, podía ver lo que acontecía en la contigua sala de tortura. Como un cuenta-cuentos en la plazuela de un pueblo, comenzó a narrarnos lo que sucedía intercalando sepulcrales silencios con sibilinos susurros casi inaudibles. Al principio todo fue calmado.

—Desde que han encendido la chimenea, lo veo con mayor claridad. Reconozco al verdugo. Es Pedro Soria. No temáis, doña Inés, porque la saña de éste es mucho menor que la de otros de sus desalmados compañeros de oficio. Su mano no ha de ser tan dura, ya que vuestro señor esposo no opone resistencia alguna.

Doña Inés se sonó.

—No culpo a la mano que ejecuta, sino a la que sentenció.

Ruy prosiguió sigilosamente

—Don Rodrigo se ha tumbado en silencio sobre el potro mientras aguarda a que le ciñan los cordeles a los brazos y las piernas.

Una mueca de dolor se dibujó en el semblante de doña Inés.

Oímos el primer grito y todos quedamos en silencio. Doña Inés se aferró aún más a la reja.

—¿Qué veis? Por Dios.

—¿Por qué queréis haceros solidaria en la tortura?

—¡Es cosa mía! ¡No oséis omitir nada porque sólo me siento capaz de ayudarle con mi pena! ¡Si pudiese estar en su lugar!

Como todos, en esos tiempos dramatizaba hasta el punto de ansiar el martirio.

El susurro oscuro e invisible de don Ruy continuó informándonos.

—A las preguntas de los magistrados contesta que no tiene más que confesar, y a la acusación del envenenamiento de la reina, que no sabe de veneno alguno sino el de Solimán, ni de hechizo que se sepa.

Por un segundo se dibujó una sonrisa melancólica en el rostro de doña Inés.

—¡Si de alquimia sólo sabe que perfumándome la camisa en demasía los otros le aborrecen! Es el único secreto de la madre Naturaleza que conoce. ¡Si es que a eso le llaman hechizo, todas somos brujas!

Tuve que tapparle la boca y arrancarla de la reja para escondernos en un tenebroso soportal. Los cascotes de una carroza tronaban al principio de la calle.

Al segundo la vimos pasar despacio. De su interior manaban las hirientes carcajadas de una mujer, ahondando con recochineo en nuestra penuria. Pasó como una ráfaga de cierzo frente a nosotros.

La luz de los faroles del carruaje nos permitió vislumbrar a la dueña de esa endiablada risa: era Francisca Tabora, una noble portuguesa llegada hacía poco a la corte, que, encaramada al regazo de su acompañante, parecía disfrutar con las faldas alzadas. El escudo de armas que tenía pintada la portezuela de la carroza delataba la

identidad de su ocupante: el conde de Villamediana.

—Ahí va don Juan. ¿Cómo es capaz de pasar justo esta noche frente al lugar donde sabe que torturan a un amigo?

—La carne es débil, y quizá ni siquiera lo recuerde. Unos tanto divertimento y otros tan injusto castigo. ¡Y pensar que bajo el reinado del segundo Felipe, hace menos de medio siglo, este reino alardeaba de su integridad y costumbres cristianas! El decoro se pierde a raudales. Qué ambiciosa y puta se muestra la Portuguesa, otorgando favores a todo el caballero que a ella se arrima. No hace más de un mes que llegó desde Lisboa junto a su marido y ya se cuentan con los dedos de una mano sus amantes. ¿No están lo bastante nutridas las mancebías como para que las damas se dediquen ahora a similares menesteres?

Doña Inés se apretó el sayo como queriendo estrangular su rabia ante mis frívolos comentarios.

—Soltáis la lengua con demasiada facilidad.

—¿Por qué decís eso?

Dudó un segundo y prefirió callar.

—Preguntadle a vuestro esposo por ella, quizá él también esté disfrutando de sus encantos.

Fruncí el ceño, creyendo entender su insinuación, y preferí olvidar lo dicho. Al oír la voz del susodicho, corrimos de nuevo a la reja. Su voz, tan grave como ignorante de nuestra momentánea ausencia, seguía parloteando.

—A las preguntas sobre Francisco de Xuara, dice don Rodrigo que no hay delito sin cadáver, y añade que sabe por lengua de otros que un tal Alonso de Carvajal perseguía desde hacía tiempo al supuesto asesinado por alcahuete y que ahora nadie da con él por haber huido a Francia. ¡Qué novedad! No hay alma en la corte que lo ignore.

Ruy procuraba narrarlo como si don Rodrigo estuviese tan sólo siendo interrogado por un tribunal, pero las dos sabíamos que algo más se cocía por los temblores de voz que de vez en cuando le asaltaban. Doña Inés le interrumpió.

—Al preguntarle, ¿no le hieren?

Ruy rompió el gélido silencio haciendo oídos sordos.

—Ahora arremeten verbalmente contra él. Le preguntan por el paje de mi abuelo el duque de Lerma.

De éste sí habían hallado su cadáver no hacía mucho tiempo, y en vista de la falta del primero, decidieron achacárselo a don Rodrigo. Ruy prosiguió.

—Contesta que nunca supo de ese hombre hasta que el mismo Lerma se lo transmitió por escrito, y que nunca asesinaría a un paje de este gran señor, pues no olvida que él mismo llegó a España con ese mismo cargo en su casa. Para demostrarlo, su abogado les está mostrando la carta, pero ni jueces ni verdugos se

molestan en mirar.

Silencio.

—¡Ahora mientan a otro desgraciado!

Nos miramos sorprendidas.

—¿Quién?

La voz de mi señor esposo nos contestó de inmediato.

—Eugenio Oliveira.

Doña Inés sólo musitó

—¡Es como si quisieran cargarle todos los muertos del reino!

El fingir de don Ruy se descubrió al no poder contenerse más.

—¡Dios nos ampare! Si siguen así, esta vez no lo resistirá, y aún falta la acusación del envenenamiento de la reina Margarita.

Sobrecogidas por el dolor, aguantamos en silencio media hora más, entre alarido y alarido, hasta que oímos como la puerta se abría repentinamente. Nos echamos a un lado para que nuestras sombras no nos delatasen. Fue entonces cuando pudimos escuchar claramente la voz mustia de don Rodrigo invocando a Dios como testigo y suplicando misericordia.

Al sentir que el calabozo quedaba de nuevo en penumbra, doña Inés se asomó al ventanuco llena de curiosidad, como queriendo ver cual gato en la oscuridad.

—¿Lo devolvieron?

Ruy le contestó de inmediato.

—No, sólo vinieron a por el crucifijo que tiene colgado sobre el catre.

La voz de doña Inés se ahogó entre las congojas de su gizonte.

—Me lo matan sin culpa justo ahora que todos piden su perdón.

Ante la evidencia, me sentí incapaz de consolarla. Tal y como estaba, sólo pude posarle mis manos sobre los hombros.

Finalizaba el orto cuando se abrió de nuevo la puerta y entraron arrastrándole; atisbamos desde una esquina del ventanuco del calabozo, esta vez aun a riesgo de ser descubiertas.

Sentaron al reo sobre una mesa para que firmase la declaración, pero, incapaz ni siquiera de mantener la pluma entre sus dedos, se tambaleó resbalándose a punto de caerse. Al no signar don Rodrigo, lo hicieron por él dos testigos ante Lázaro de los Ríos. Era como si de repente aquellos desalmados, cansados de infligir dolor, quisiesen terminar lo más rápido posible para marcharse a casa.

Para tumbarle sobre el catre le levantaron en volandas entre el verdugo y el mismo don Ruy. Estaba empapado por los cuartillos de agua que le debieron de arrojar para mantenerle espabilado, pero ni siquiera tiritaba. Recogieron legajos, pluma y tintero, y desaparecieron.

La traicionera luz delataba las heridas de las vueltas de cordel, que le habían

sesgado la piel descarnándole tobillos, muñecas, brazos y muslos hasta saltarle muchas venas y quebrarle un par de huesos. De un ojo le manaba mucha sangre por algún otro martirio que don Ruy no llegó a contarnos, y se adivinaba por la quemazón el hierro al rojo que dibujaba sus contornos.

Una vez solos, doña Inés increpó a don Ruy.

—Si el verdugo no llega a ser tan benévolo como dijisteis en su afán con el garrote, no le quedarían miembros pegados al cuerpo. ¡Decidme por Dios si respira!

Don Ruy, posando el oído sobre su pecho desnudo, contestó:

—¿Creéis que, si no lo hiciera, se hubiesen molestado en traerlo de vuelta? Aún respira, mi señora, y si pluguiera a Dios prolongar la vida del rey nuestro señor, habría una posibilidad de salvación.

Respaldé este pensamiento.

—Es seguro que así será. Rezo al Santísimo Sacramento que está expuesto en los altares para que dé con un palmo de narices a los lobos que rodean el tálamo real a la espera de su muerte pujando por privanzas y herencias.

Una de nuestras doncellas, llamada Joaquina, se acercó presurosa.

—Mis señoras, hemos de irnos. La carroza os aguarda a la vuelta de la esquina.

Doña Inés se levantaba al son de las campanadas que indicaban la hora cuando inesperadamente escuchó la voz quebrada de don Rodrigo.

—¿Qué hora es? —dijo el recién torturado nada más recuperar la conciencia.

—Las nueve de la mañana —contestó expectante su mujer. El hombre, desde su lecho, esbozó una mueca con visos de dolorosa sonrisa.

—Inés, desde cuándo estáis aquí. ¿Otra noche en vela por mi causa? Id a dormir, que nuestros hijos deben de estar a punto de despertar y os necesitan.

Al no contestar ella, él prosiguió lenta y pausadamente. Hablaba tan bajo que casi susurraba.

—¿Qué oigo? ¿Por qué no cesan las campanas?

Doña Inés se limpió las mejillas con la bocamanga para concentrarse en el toque. Un hilo de voz rompió el aterrador silencio que se hizo tanto en la calle como en el calabozo.

—Tañen a difunto.

Fue don Rodrigo el que, a pesar de su estado, pudo pronunciar la gélida idea que surcaba nuestras mentes.

—¡El rey ha muerto, yo soy muerto también!

«Ninguna cosa despierta tanto advenimiento como la novedad y la mejor fiesta que hace la fortuna y con que entretiene a los vasallos es remudarlos el dominio».

Las Descalzas Reales

La primera semana de abril fue extraña. No se habían secado aún las lágrimas de nuestras mejillas por la muerte del rey Felipe III y ya correteaban muchos por las callejas de Madrid preparándose para las celebraciones, que sin duda se darían, en la coronación de su hijo Felipe IV El famoso grito de «a rey muerto, rey puesto» se oía en todos los recovecos de la villa. Los más pobres agradecían estos eventos, pues sólo llenaban sus bucheros por merced y agasajo del Ayuntamiento de la corte durante los días festivos. Venían desde aldeas y pueblos lejanos para acurrucarse en las plazuelas y soportales de Madrid a la espera de que se les escanciara vino gratuitamente y se llenaran sus descascarilladas escudillas con cualquier vianda que pudiesen masticar.

El amanecer que regresábamos, sumidas en el silencio que el martirio de don Rodrigo nos había inculcado, me comprometí con doña Inés a implorar a la reina la libertad de nuestros maridos. No se me ocurrió mejor consuelo para su desazón.

Para hacerlo tendría que recurrir a mi abuela política, la duquesa del Infantado. Ella había sido confidente y compañera de la reina Margarita hasta el día de su muerte, y por ello sabía bien que don Rodrigo no había tenido nada que ver con su muerte, como ahora le acusaban.

Era defensora acérrima de la justicia, y sabía que ante este caso no me negaría su ayuda. Por esto mismo, la reina Isabel la respetaba. Al poco tiempo del martirio nos llegó su aceptación a recibirnos en audiencia. Era de agradecer, ya que nuestra visita interrumpiría el luto que guardaba por el rey, su suegro.

Salimos de las cuerdas lentamente y en silencio. A mi lado, doña Inés miraba ausente a las cúpulas de San Andrés, y en el asiento frontal nuestra benefactora se ponía los guantes.

Mi abuela se llamaba Ana, tocaya de muchas otras mujeres Mendoza, incluida mi célebre bisabuela la princesa de Éboli, y procuraba no deshonorar nunca el buen nombre de la familia. El que Ruy estuviese preso no era un bocado placentero para ella, ya que las lenguas y mentideros se ensalivaban con demasiada facilidad y no convenía dar carnaza a la bestia de la infamia.

Fue doña Ana, precisamente, la artífice de nuestro desposorio, pues en el lecho de

muerte de su hija mayor le prometió asumir la crianza de sus hijos y no había incumplido. Ruy y su hermana moraban con ella desde el inicio de su orfandad.

Aún recuerdo el día en que la vi por primera vez. Yo era una niña que observaba desde una posición discreta cómo aquella noble dama hablaba con mi padre, el duque de Pastrana. Venía a tratar de un doble matrimonio.

Mi hermano mayor se casaría con Catalina, la hermana de Ruy, procurando para ella la futura heredad de los señoríos de Pastrana, mientras que yo me desposaría con Ruy como futuro heredero de todas las posesiones de la Casa del Infantado y con mucha probabilidad de las de los de Lerma, ya que su hijo mayor, el duque de Uceda, aunque tenía descendencia, era ésta femenina y el mayorazgo de esta casa se había fundado para los varones. La copia de la escritura así decía: «Que al morir el duque dejase en su finamiento al hijo mayor varón que hubiere, y si muchos varones hubiere, que al desfallecimiento del mayor lo herede el siguiente en edad, y así descienda de grado en grado por los varones mayores que descendieren por línea derecha».

Siendo don Ruy hijo del segundo hijo de Lerma, era por aquel entonces el descendiente varón más cercano. Si su tío, el duque de Uceda, no tenía un varón que acompañase a sus dos primas, las hijas de Uceda, él debía sucederle.

No tardaron mucho los Mendoza en firmar las capitulaciones matrimoniales, ya que de nuevo, como tantas veces a lo largo de nuestra historia, la familia unía a sus descendientes para engrandecer sus posesiones alcarreñas.

Nada más desposarme, fui a vivir al palacio de Guadalajara bajo la custodia de la abuela de mi señor, hasta que un buen día nos trasladamos al palacio que poseía en Madrid. Doña Ana no sabía negarnos nada. Sentadas en la carroza, camino de las Descalzas Reales, aproveché que mi abuela estaba leyendo la gacetilla para observarla detenidamente. La duquesa del Infantado tenía un porte solemne en donde lo hubiese, rezumaba nobleza por cada uno de los poros de su blanca piel, y sobre todo era fiel a sus títulos, cumpliendo con cada uno de los deberes que aquéllos le imponían día a día. Pía y consecuente con sus actos, procuraba conducirnos por el mejor camino con el ejemplo.

Últimamente andaba desesperada con mi señor esposo, pero reconocía que Ruy, con su labia y sentido del humor, acrecentado sin duda desde que andaba junto a Francisco de Quevedo día y noche, siempre la derrocaba en sus monsergas. No era de extrañar, pues aprendía del hombre más versado en estos ardidés de la corte.

A pesar del empaque y la solemnidad que mi tutora y abuela demostraba, no me fue difícil acostumbrarme a ella. La respetaba y cada vez le tenía más cariño, pues con el tiempo descubrí que tras esa máscara impertérrita se escondía un gran corazón capaz de cualquier cosa para con los de su sangre y familia.

Yo misma, desde que llegué a su casa, me sentí una de las más protegidas a pesar

de los vaivenes y devaneos de Ruy. Tenía por aquel entonces diecisiete años y él me superaba en dos. Cuando ella supo de su primera escapada, muy pronto se sentó frente a mí para convencerme de la poca importancia que aquello tenía.

—No se lo tengáis en cuenta. Pensad que sólo es debido a su juventud y a la poca práctica que demuestra a la hora de dominar los impulsos con los que la Naturaleza y el diablo tientan a los débiles. Os aseguro que muy pronto aprenderá a respetaros como es menester.

Visto el horizonte a mi alrededor, no lo creía posible. Sólo en la calle Mayor había más mancebías que en toda la provincia, y sus inquilinas no dudaban en salir a cualquier hora del día y de la noche para avasallar a cualquier viandante que pudiese rendirse a sus encantos. Pero ¿quién osaba contradecir a tan grande señora?

Unos discretos y largos pendientes de azabache le golpeaban a un lado y a otro del cuello con el bamboleo de la carroza. Con una mano posada en la gacetilla y la otra sobre el asiento capitoné, mantenía la espalda tan recta que nadie la hubiese llamado anciana. Su pelo, totalmente cano y recogido en un moño, asomaba bajo un pequeño tocado oscuro carente de más engolamiento que una cinta negra como símbolo del recato que el luto real demandaba.

Sus ojos claros recorrían las líneas de la gacetilla de izquierda a derecha.

Sin mirarme me increpó.

—María, no debéis nunca observar con tan poco disimulo a nadie, pues incomoda y no demuestra vuestra sensibilidad al respecto. Poneos en mi lugar. ¿Os gustaría que yo os escudriñase con la mirada?

Inmediatamente descorrí la cortinilla de mi ventana para disimular.

Aquel día la clara luz de Castilla se reflejaba en los charcos que la escarcha derretida había formado sobre los adoquines del suelo. Frente a mí, doña Inés sollozaba arrullando nuestro movimiento. Aquel sonido ya no nos dolía, creo que, simplemente, nos habíamos acostumbrado a él como al sonido del goteo de la lluvia sobre el cristal. Sólo cesaba cuando caía derrotada por la tristeza en el lecho que acogía su sueño.

El convento de las Descalzas Reales distaba apenas media legua. Bajamos por la calle de los Mancebos para evitar las cavas, cruzamos la plaza de la Paja, la calle Segovia, y subimos hacia las Descalzas. El gentío parecía haberse multiplicado a lo largo de la última semana.

Una vez en el zaguán, justo frente al segundo portón del convento en donde se hallaba la reina recluida, mi abuela se detuvo para mirar a doña Inés, que continuaba inmersa en su lamento con el rostro hundido en el pañuelo. Archeó las cejas, suspirando, y pacientemente la sentó en una de las bancadas.

—Señora, será mejor que esperéis aquí a que salgamos, no vaya a pensar la reina que acudimos a ella para infundir pena. Ya lo intentasteis arrojándoos a los pies del

príncipe Felipe, y no os importó vejáros repitiendo tal humillación frente a Olivares. ¿De qué os sirvió? ¿Es que no veis que sólo con llorar no arregláis nada? Si seguís así, sólo conseguiréis que os huyan, engrosando vuestra soledad. Es como si disfrutaseis regodeándoos en vuestro dolor en vez de intentar poner un remedio más efectivo a vuestro mal.

Doña Inés se tragó las lágrimas, sacó otro pañuelo arrebujaado bajo los encajes de su bocamanga, y se sonó estrepitosamente antes de dirigir su mirada vacía a la lazada de su zapato. Doña Ana, arrepentida de su arrebató, se quitó los guantes para tomarla de la mano y sentir su piel. Le daba una de cal y otra de arena, pues había llegado a esa edad en la que todos dicen lo que piensan sin el menor recato. Cambió de inmediato el tono de voz.

—Confiad en mí. Os prometo que lucharé por vuestra causa tanto o más que por la libertad de mi nieto Ruy. Al fin y al cabo, su delito es minucia frente a todos los que le imputan a vuestro esposo, y no le vendrá mal un susto para que enmiende su actitud.

Al oír aquello, me incorporé. Conocía a aquella mujer y era muy capaz de saltarse a Ruy y anteponer a Siete Iglesias frente a una injusticia. Protesté.

—Mi señora.

Doña Inés tomó asiento sin rechistar en uno de los bancos que allí había y tiró de la capucha de su capa para delante, queriendo cubrirse la cara para continuar llorando en la intimidad. ¿Tendrían las lágrimas un fin? Las de doña Inés manaban de un pozo sin fondo siempre lleno a rebosar. Doña Ana me despertó a la realidad.

—Llama tú, María, y di que venimos a ver a su majestad la reina Isabel. Vuestra dulzura encandila a cualquiera, y la madre portera te escuchará con más atención que a mí.

Sonreí, me conocía mejor que nadie y sabía que mi aspecto era más fachada que realidad, pues no me gustaba quedar relegada a un segundo plano. Según ella, en algunas ocasiones le parecía vislumbrar la malicia premeditada de mi bisabuela la Éboli en mi semblante.

Toqué la campanilla tres veces y aguardé. La pequeña mirilla se abrió para descubrirnos aquella clausura. Contesté de inmediato:

—¡Ave María Purísima!

Al otro lado contestó una voz anciana:

—Sin pecado concebida.

Grité con todas mis fuerzas:

—¡Madre, vengo con la duquesa del Infantado a visitar a su alteza real! ¿Podrías avisarle de nuestra intención?

—Soy vieja pero no sorda. Esperad aquí, que regreso rauda.

La mirilla se cerró. Al otro lado, el sonido de los pasos de la monja se alejó. Nos

sentamos cada una a un lado de doña Inés. No habrían pasado ni dos minutos cuando nos levantamos de un respingo al oír que la puerta se abría. Al comprobar que no era para cedernos el paso, tomamos asiento de nuevo. Sólo era una joven monja que salía y que nos despidió sonriente con un gesto distante.

Al oír los sollozos de doña Inés, detuvo el paso para mirarnos. Cuando nuestras miradas se cruzaron, la reconocí. Sólo la había visto una vez en mi vida, de pasada por la villa de Ágreda, en Soria, pero su edad y rostro se me quedaron grabados. Sus ojos grandes y ligeramente rasgados destacaban en aquel rostro alargado. Tenía el labio inferior más grueso que el superior, y se dibujaban dos hoyuelos en sus mejillas al sonreírnos con preocupación. Su tono de pelo, aunque escondido bajo las tocas, se adivinaba por el de sus finas cejas castañas. A sus diecinueve años ya era la madre abadesa del convento que allí fundaron sus padres, y disfrutaba del respeto de las viejas monjas que con ella vivían, aun siendo casi la más joven de su congregación. No me pude contener:

—¿Sor María?

Asintió, mirándome con curiosidad y reflejando su desconocimiento. Inmediatamente me levanté para presentarme y hacer lo mismo con doña Inés y doña Ana. Las dudas que hubiese tenido acerca de la pena que atenazaba a la mujer que las dos asíamos de la mano se desvanecieron en cuanto supo que era la marquesa de Siete iglesias. Se puso en cuclillas justo frente a ella y, posando sus manos sobre la rodilla, sólo dijo:

—Rogaré a Dios por vos, por vuestros hijos y por vuestro marido, para que lo que haya de ser sea sin procuraros dolor. Consolaos mientras pensando que hay muchos desterrados que ahora vuelven a la corte. Quizá el rey, al verse coronado, otorgue un indulto general. Claro que...

Sor María se calló, pero creí leerle el pensamiento. Al fin y al cabo, todos pensábamos lo mismo. El que tendría que dar su aprobación sería Olivares más que el propio rey. Doña Inés la miró con gratitud.

La monja se levantó rápidamente, montó en una mula y desapareció junto a dos novicias que la esperaban calle arriba. Sin duda regresaba al claustro. Me asomé para verla alejarse, y pensé que aquella mujer llegaría lejos. Lo que no imaginé en aquel momento es que el destino la convertiría en la pieza clave de un propósito futuro que tendríamos en común.

La puerta se abrió de nuevo y a mi espalda oí la voz serena y pausada de la madre portera.

—Su majestad les recibirá de buen grado.

En silencio dejamos a doña Inés en el banco y la seguimos por los corredores hasta su acogedora celda. Allí estaba, frente a la chimenea, sentada sobre una mecedora que crujía con cada avance y retraso. Se resguardaba de la humedad con

una manta de piel que cubría su abultado vientre.

No podríamos estar mucho tiempo, pues según nos dijeron, el príncipe, ya rey Felipe para todos, vendría pronto a ver a su mujer. Sabíamos que, como ella, había decidido pasar el luto recluido en los Jerónimos; lo que ignorábamos era que salía del claustro a diario para visitarla. No quisimos ser indiscretas y preguntar más.

La reverenciamos a la espera de que nos permitiese sentarnos. Era la primera vez que la veía tan de cerca en mi vida, y el respeto me hizo relegarme voluntariamente a un rincón detrás de mi abuela política para mejor observarla en silencio.

Doña Isabel, a pesar de su estado, seguía siendo esbelta. Sus grandes ojos oscuros, incrustados en aquel óvalo de piel sonrosada, resaltaban enmarcados por aquella frondosa melena castaña. Sus labios, perfectamente perfilados, parecían dibujados en un blanco lienzo.

Cerrando el Libro de las Horas que tenía en sus manos, no se anduvo con rodeos:

—Ha llegado a mis oídos que vuestro nieto ha vuelto a las andadas. Como todos, disfruta visitando figones, mancebías, bodegones y demás antros de mala muerte. En los tiempos que corren, en vez de venir a protegerle, deberíais sujetarle mejor las riendas de sus desbocados propósitos. Decidme, doña Ana, qué hay de cierto en ello.

Mi abuela sonrió, procurando soslayar aquel tema como inicio de su conversación.

—Señora, sólo venimos a daros el pésame por la muerte de vuestro suegro.

No pude evitar el recordar una y otra vez aquella noche en que yo andaba en una sucia calleja asida a una reja. La voz de doña Isabel me sobresaltó.

—Disculpadme, prima, quizá me he dejado llevar por el enojo que cada escapada del rey me produce. Intento convencerme día a día de que tanto la conducta de vuestro nieto y sucesor como la de mi señor el rey serán transitorias, y que tanto vuestra nieta como yo hemos de soportarlo hasta que éstos queden saciados.

Crucé confidencialmente la mirada con la de mi abuela. Ese mismo consejo que ella misma me había dado se repetía. Debía de ser el único consuelo en el que podrían refugiarse dos mujeres jóvenes engañadas. Me alegré de que la reina se sintiese identificada conmigo, y me sorprendió gratamente comprobar que me había reconocido, ya que sólo nos habíamos visto en un par de ocasiones y rodeadas de una multitud. No pude contenerme.

—Quizá peque de deslenguada, mi señora, pero ¿podríais interceder para que le liberasen?

La mirada de mi abuela me trepanó el cogote.

La reina Isabel, tomando impulso hacia atrás, sonrió.

—¿Conque no veníais a ello? No os preocupéis, doña María, que si hay alguien que sabe soportar los escauceos de un esposo, es vuestra reina. Don Ruy saldrá mañana de prisión, pero habéis de procurar que cumpla con el destierro que se le

impuso. Las penas son penas, y el Santo Oficio no tolera con gusto que no se respeten ni cumplan.

Asentí y tomé asiento, según su indicación. Una doncella entró con una bandeja de plata y tres tazones del chocolate aromático que elaboraban los reverendos padres recoletos. Nos sirvió. Lo saboreaba consciente de que mi arrebató posiblemente había truncado cualquier posibilidad de reiniciar la conversación a favor de Rodrigo de Calderón. Tenía que aprender a morderme la lengua a tiempo. Pero guardaba la esperanza de que la serenidad y experiencia de mi abuela pudiesen buscar remedio a mi arrojó.

Durante un minuto permanecemos las tres en silencio, seducidas por el fulgor del fuego del hogar. El crujido de la mecedora y el chisporroteo de la leña me hicieron recordar la impaciente espera de doña Inés, sentada en aquella bancada de la entrada impregnada de cera y polvo. El cargo de conciencia que me produjo el imaginarla me privó del placer de paladear el chocolate. Dejé mi taza sobre la bandeja.

La reina Isabel, inmersa en la paz y serenidad de la clausura, prolongaba el silencio como si siempre fuésemos a estar allí, inconsciente de que para nosotras cada segundo se hacía angustioso ante la premura. Doña Ana al fin lo quebró.

—¿Cómo murió el rey?

Doña Isabel, con la mirada fija en las llamas y el rostro encendido por el calor que irradiaban, contestó de inmediato.

—Aquella noche yo estaba en la antesala de los aposentos reales, recibiendo a todos los que se acercaron a despedir al rey. Las puertas estaban abiertas, pero respetábamos la distancia por indicación de los médicos; como sabéis, últimamente su mal se había apretado y parecía que ya no tenían duda sobre su tránsito.

»Cuando mi señor don Felipe bajó sumamente compungido del estrado sobre el que estaba el lecho del rey, todos supimos que ya no había nada que hacer. Cruzó la estancia repleta de gente como si fuésemos transparentes hasta llegar a Olivares y sólo a él le dijo: “Si Dios le lleva, conde, sólo en vos he de fiar el mucho embarazo del Gobierno, porque estoy persuadido de que podéis desempeñarlo”. Después entramos todos a despedirnos del rey.

No era aquello lo que realmente le habíamos preguntado, pero, por una extraña razón, a ella era lo que más le debió de indignar, y por eso lo recordaba con tanta nitidez. Su tono de voz al narrarlo sonaba más melancólico que enojado. Era como si la reina también se hubiese rendido al de Olivares, algo que nos extrañó.

Mi abuela procuró despistar su ensimismamiento preguntándole de nuevo.

—Me refiero, mi señora, a cómo estaba en sus últimos momentos. ¿Respiraba tranquilo o le fue difícil liberar su alma de nuestras ataduras terrenales?

—Si os digo la verdad, casi no pude verlo. Dejé que sus hijos estuvieran lo más cerca posible de él y fueron ellos precisamente los únicos testigos de su último

suspiro a pesar de andar el aposento atestado. En el instante que murió yo rezaba concentrada ante el altar que tenía la imagen de la Virgen de Atocha y el cuerpo de san Isidro Labrador que habían traído unos días antes para aliviarle de la ardiente subida de fiebre. La última vez que pude acercarme a él agarraba con fuerza el mismo crucifijo que tuvo en sus manos su abuelo el emperador Carlos y su padre Felipe II.

Escuchándola, evoqué el recuerdo de don Rodrigo postrado en su catre del calabozo después de haber sido torturado. Al igual que el rey, sintiendo tan cercana la muerte, había pedido que le trajesen su crucifijo. Él no murió, pero a la misma hora y en el mismo momento el rey y su antiguo valido, postrados, asían a Cristo con fe y esperanza.

La reina Isabel continuó pensativa.

—Nada más morir el rey, Olivares salió de la estancia y le dijo al de Uceda, vuestro tío: «A esta hora, todo es mío». «¿Todo?», preguntó Uceda. «Todo, sin faltar nada», respondió impertérrito y seguro de sí mismo el de Olivares.

Mi abuela la interrumpió.

—Bien merecido lo tiene por enfrentarse como lo hizo a su padre. Que fue él quien, a sabiendas de que su progenitor venía desde Lerma a despedirse del rey, avisó al de Olivares para que aconsejase al príncipe impedirle el ademán. Como podréis suponer, el cardenal duque obedeció de inmediato. Lerma, como todos, es consciente de quién será su sucesor en el valimiento de nuestro señor el rey Felipe.

Suspiró antes de continuar.

—Como sabéis, mi nieto Ruy es hijo del segundo hijo de Lerma y sobrino, por lo tanto, de Uceda. Aunque lleve sangre de su tío, no lo aprecia, y os diré que me alegro de que ahora le releguen de todos sus cargos, ya que un hombre que traiciona a su padre no es digno de grandezas. De lo que no estoy tan convencida es del buen tino y la premura con la que el rey mi señor está eligiendo a su valido.

Doña Isabel la miró directamente a los ojos. Doña Ana se apresuró a continuar.

—No me malinterpretéis, quizá sea osada al deciros esto, pero lo hago con mi mejor intención, con la misma buena voluntad con la que asesoraba a vuestra suegra doña Margarita antes de morir. El de Olivares parece querer desagraviarse de todos los que le precedieron, y la venganza no es buena.

Nuestra anfitriona la escuchó atentamente. Contuvimos la respiración un instante y nos relajamos cuando finalmente sonrió.

—No os debéis preocupar, soy joven pero no ciega. Si hay alguien que sufre el acoso de la influencia del de Olivares, soy yo misma. ¡Figuraos hasta qué punto que ahora quiere alistar a su propia mujer entre mis damas! Supongo que para mantenerme vigilada muy de cerca; la he aceptado siempre y cuando no se inmiscuya demasiado en mi vida privada. Olivares es un hombre lleno de proyectos, démosle una oportunidad.

Bajó la cabeza un segundo antes de continuar.

—Es curioso, antes de recibirlos he estado con sor María de Ágreda y también andaba alterada al respecto. Sólo os digo que si no cumple ni sirve a nuestros reinos, yo misma buscaré un remedio.

Una novicia anunció la llegada del rey. Rápidamente nos levantamos para salir. Olvidábamos el tema principal por el que estábamos allí. ¿Qué le íbamos a decir a doña Inés? Como escuchando mi pensamiento, mi abuela detuvo el paso antes de abandonar la estancia.

—Mi señora, podríamos empezar templando los ánimos de todos con respecto a Siete Iglesias. El pueblo cree que ha pagado con creces por sus faltas, y sin embargo, se pudre en el calabozo de la casa que un día fue su morada.

La reina frunció el ceño.

—Aún recuerdo cómo hace once años, muy poco antes de que yo viniese a España a desposarme con mi señor, un hombre llamado Juan Francisco de Ravailac, creyéndose iluminado por Dios, asaltó la carroza del rey de Francia convencido de que era un hugonote camuflado y mató a mi padre. Se le juzgó como se hará con Rodrigo de Calderón, y dictada su sentencia, no debemos dudar sobre la verdad de la justicia que imparten los tribunales de la Santa Inquisición. A mis doce años presencié cómo aquel desalmado fue ajusticiado y descuartizado frente a todo París en la plaza de Grevé. Si Calderón es inocente, se salvará.

Mi abuela se enervó.

—Señora, os ruego por Dios bendito que no comparéis a semejante asesino con don Rodrigo. Al fin y al cabo, su único y verdadero delito ha sido el servir a España y al difunto rey.

Doña Isabel nos dio la espalda.

—Creo que todo está dicho. El tribunal decidirá.

Una de sus damas nos azuzó para que saliésemos, impidiendo la réplica. Al cruzar el claustro vimos claramente al otro lado la figura delgada del rey avanzando hacia la estancia de doña Isabel.

Mi abuela habló en voz alta para sí misma.

—Dios nos guarde, don Felipe sólo tiene dieciséis años y la reina está preñada. Más de uno sacará buen provecho de esa juventud.

La voz de la mujer que nos acompañaba hacia la salida sonó tras de nosotras.

—A este paso, no sólo don Rodrigo será un inocente castigado. Miradme a mí, nada más morir el rey, el de Olivares me echó del alcázar. La buena de doña Isabel, a sabiendas del cariño que me tiene don Felipe por haberle servido de nodriza y confidente durante toda su infancia, me acogió temporalmente, pero no sé qué haré cuando el luto acabe.

La miré sorprendida. ¿Cómo una mujer de la servidumbre se atrevía a inmiscuirse en nuestras conversaciones de tal manera? Mi abuela, en cambio, no se inmutó.

—¡Ana! No puedo creer que Olivares corra tanto y llegue hasta los de siempre.

La tomó de la mano.

—Perdóneme, pero no la había reconocido.

La mujer se rascó la cabeza bajo la toca que llevaba.

—Y menos me reconocerá cuando los reyes regresen al alcázar y yo me vea obligada a buscarme el pan entre todos los muertos de hambre que abarrotan las infectas callejas de esta corte. Pero os aseguro que no seré yo la primera que caiga. Ana de Guevara es mucha mujer como para rendirse tan pronto.

Miró de un lado a otro con un viso de malicia antes de proseguir y bajar aún más la voz.

—Gaspar de Guzmán anda afilando los cuchillos del Gobierno y sus chispas saltan sin orden ni concierto quemando a cualquiera que ose acercarse demasiado al trono. Vuestra merced no anda exenta de riesgo por muy amiga que fuese de la reina Margarita. Haced caso a esta vieja nodriza y guardaos las espaldas.

Se calló inmediatamente al oír unos pasos en la escalera. Mi abuela susurró:

—¿Hasta a la servidumbre llega la masacre de Olivares?

Alzándose el mandil remendado, contestó:

—Aquí me tenéis.

Mi abuela pensó un segundo antes de proseguir.

—Creo que exageráis. Habéis sido el ama de cría del actual rey, y como tal se os ha tratado siempre. Dad tiempo al tiempo y no desconfiéis de los cambios porque con la calma viene siempre el sosiego. De todos modos, si fuese cierto lo que decís y os despidiesen, no dudéis en acudir a mi casa. Hasta entonces tened cuidado con haceros esclava de vuestras palabras, que los arrepentimientos a veces son tardíos e inoportunos.

Al llegar abajo, aquella enigmática mujer nos dejó frente a la madre portera y desapareció eludiendo un despido demasiado afectuoso. No me pude contener.

—¿Quién era?

Indignada, la duquesa se posó el dedo en los labios mirando de refilón a la monja que nos guiaba hacia la salida.

Ya solas, en el zaguante, me contestó.

—Ana de Guevara fue una de las amas de cría que tuvo el rey al nacer; era de noble linaje, pero el amor la impulsó a casarse con un plebeyo, perdiendo así su condición. A pesar de eso y por la calidad de su sangre y leche, la aceptaron como nodriza en palacio a falta de otra mejor. Desde entonces cuidó al príncipe Felipe, y a ella siempre se ha sentido muy unido su majestad. Como ves, Olivares también le cierra el cerco. Es como si quisiese la exclusividad y el dominio absoluto sobre el

monarca. ¡Qué pena! ¿Cómo es que el rey no lo ve?

Negando contrariada con la cabeza, buscó de inmediato a doña Inés.

No estaba donde la dejamos, pero al vernos salió de una esquina entre las sombras en donde nos esperaba agazapada. Había dejado de llorar. Con voz trémula nos dio explicaciones.

—El rey ha pasado por aquí hace sólo unos minutos con su guardia. Os he hecho caso y, en vez de tirarme a sus pies como me pedía el alma, contuve el impulso y procuré pasar desapercibida escondiéndome en aquel rincón. Al fin y al cabo, vosotras ya intercedíais por mí.

Temerosa de nuestro silencio, me sujetó fuertemente del brazo para zarandearme.

—¡Decidme que lo hicisteis! ¿Le hablasteis a la reina de la condena a muerte que se cierce sobre mi señor el marqués de Siete Iglesias?

Mi abuela fue concisa.

—Lo hice.

Doña Inés me soltó de inmediato, dirigiéndose a ella.

—¿Qué contestó?

—Nada, sólo quedó en silencio. Siento decir que es como si temiese implicarse.

De nuevo se derrumbó. El destino del marqués de Siete Iglesias parecía escrito con tinta abrasiva en el documento de su condena para que nadie lo pudiese borrar jamás. Su nombre era demasiado relevante como para figurar en las listas del indulto general.

«Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas,
Unas en placeres,
En pesares otras».

FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN

El día anterior al final del luto declarado fuimos a recoger a don Ruy a la puerta de la cárcel. Como la reina nos había prometido, no sólo le liberaron, sino que también le indultaron, por lo que esa vez se vio librado del destierro al que había sido condenado por desorden público. De regreso a casa le contamos todos los detalles de nuestra audiencia en las Descalzas Reales, incluida nuestra rápida despedida por la llegada del rey.

—¿No andaba recluido en señal de luto en San Jerónimo del Real?

Sonreímos.

—Ahí anda, pero al parecer hasta mañana 9 de mayo que se declara oficialmente terminado el luto con un solemne Tedeum en la iglesia de Santa María. No puede estar un día sin verla, y así, a espaldas de los corrillos, pasan todos los días un par de horas con las cortinas del dosel de la cama echadas.

Mi ingenuidad se hizo evidente.

—¿Insinuáis que holga plenamente con ella, tan preñada como anda?

Don Ruy y su amigo Francisco de Quevedo, que nos había acompañado a recogerle, se miraron a través de sendos anteojos arqueando las cejas para mofarse de mi incredulidad. Fue el escritor el que contestó:

—Sin duda el rey quiere recuperar los cuatro años en los que aun estando casados los han tenido separados. Imaginaos al príncipe encerrado en el alcázar de Madrid, ansioso de poder dar rienda suelta a sus instintos juveniles, mientras que su mujer, un par de años mayor que él, esperaba pacientemente en El Pardo el momento idóneo para dejar de ser doncella. ¡Aún recuerdo cómo les obligaron a vivir separados sin catarse, no fuese el diablo a tentarlos demasiado jóvenes! ¿No es eso tentar a la naturaleza? Actuando así, sólo consiguieron que don Felipe enardeciera en unos deseos que sin duda tardará en saciar. Debió de fantasear tantas veces con una travesura deshonesta y prematura que ahora no puede dejar de realizar su sueño ni un solo día, bien sea con la reina o con cualquier otra mujer. No pude contener mi lengua.

—Dios quiera que la criatura de sus entrañas no sienta las embestidas del fogoso ímpetu que padece.

La carcajada de don Ruy me molestó.

—Mientras sólo escape a hurtadillas para colarse en las Descalzas Reales para visitar a su mujer y no a otra hermana...

Su abuela le recriminó de inmediato.

—¡No escarmentáis! ¡La estupidez os priva! Mientras no contengáis vuestra lengua, no llegaremos a ninguna parte. Si os obcecáis en vuestra actitud, acabaréis otra vez en el calabozo, y os aseguro que del próximo saldréis solito.

Lejos de amedrentarse, mi señor le replicó:

—¿Me vais a decir abuela, que no hay caballeros que alardean de visitar con regularidad los claustros de las monjas aprovechando las sombras?

Doña Ana frunció el ceño, enfureciéndose.

—¡Si lo hacen, mal hecho está y peor el comentarlo!

Don Ruy sonrió de nuevo, agarrándome de la mano.

—Tenéis razón. Tenemos que preservar la inocencia de la juventud, que cuanto más tiempo se conserva, más feliz se es.

Le miré con dulzura y parpadeé como la párvula más ingenua del mundo. A mis dieciséis años sabía que la inocencia encubierta era mi mejor arma en el supuesto de que yo alguna vez decidiese mantener algún capricho en secreto. El primero se estaba fraguando en mi mente.

Nuestro amigo Francisco de Quevedo intervino en el chismorro.

—Hoy don Felipe le estará contando a la reina entre arrumacos que durante el almuerzo en los Jerónimos ha ordenado cubrirse a Olivares en su presencia. ¡Don Gaspar por fin es grande! ¡Un triunfo más a su ambición, que choca con la oposición que en su día plantearon a dicha pretensión vuestro abuelo el duque de Lerma y el marqués de Siete Iglesias! Es tal su ansia de venganza que casi se huele en el aire de la corte.

Doña Ana habló como para sí misma.

—Sólo es el principio de todas las mercedes que ansía.

El carruaje se detuvo en la plaza de la Cebada debido al paso insoslayable de un numeroso rebaño que cruzaba frente a nosotros; repentinamente, se abrió la puerta. Don Ruy echó mano de inmediato a su daga, el cochero gritó alertándonos y un lacayo intentó retener a la asaltante, pero al reconocerla, mi abuela hizo una señal para que la soltasen, ordenando calma.

—¡Guevara! No están los tiempos como para aparecer de sopetón y sin previo aviso.

La mujer, haciendo oídos sordos, posó su mano mugrienta sobre la de doña Ana. Sin tocas, me costó reconocer a aquella mendiga desaliñada y andrajosa. La duquesa se sorprendió al verla de esa guisa.

—¿Qué hacéis aquí? Aún falta un día para que la reina regrese al alcázar. ¿No

deberíais estar a su lado?

—Debería, pero como temía, Olivares me ha apartado de su lado y me ha rebajado de mi oficio mandándome a cocinas y prohibiéndome pisar las salas nobles nunca más. Mi orgullo me ha llevado a preferir la calle.

—No hagáis tonterías y regresad de inmediato antes de que nadie sepa de vuestra ausencia. Estoy segura de que en cuanto el rey conozca de vuestro infortunio, pondrá el remedio pertinente. ¡Con el cariño que os tiene desde niño!

La Guevara se enfureció aún más.

—¡El rey lo sabe y no ha movido un dedo! ¡Ni siquiera se ha despedido de mí! Está hechizado, mi señora.

Se hizo el silencio mientras los cascabeles del rebaño se alejaban. Doña Ana, después de pensarlo un instante, miró directamente a la Guevara.

—Id a mi casa, lavaos y presentaos como es debido. Yo os daré un trabajo.

Una carcajada cascada y desagradable retumbó en toda la plaza.

—¡No es caridad lo que os vengo a pedir! Aunque os lo agradezco. Sólo he querido, al ver pasar vuestro carruaje, alertaros sobre lo que se nos viene encima. Hasta ahora eran meras suposiciones, ahora son realidades. Vuestro pariente Lerma sólo se ha librado de la muerte por su vestimenta cardenalicia, pero los demás están por caer. Esto sólo ha comenzado. ¡Miradme!

La Guevara se irguió, como queriendo que nos regodeásemos en su miseria.

—Si es esto lo que Olivares ha hecho con una noble convertida en humilde plebeya por amor y cuyo único defecto fue el procurar que el rey la quisiese desde niño, ¡qué no hará con los nobles cercanos a la corona! Estrecha tan sibilina el cerco de los antiguos afectos del rey que nadie parece percatarse de ello.

»Hacedme caso. En muy poco tiempo estrangulará la menguada voluntad real con el mismo tino que un asesino apresa un fino e indefenso cuello entre sus garras. Se hará dueño de cada uno de sus latidos, del fluir de su sangre azul, y sólo aflojará su mano para permitirle respirar de vez en cuando y cuando le convenga. ¡Debemos impedirselo como sea!

Mientras hablaba, estrujaba su delantal entre las dos manos mostrando la podredumbre de su mellada dentadura.

Doña Ana se indignó.

—Una vez no hace mucho tiempo os dije que os cuidarais de haceros cautiva de vuestras palabras. Ahora os veo más presa del delirio y de la locura. ¡Cochero, adelante!

La empujó para separarla de la ventana, pero la vieja no se dio por vencida.

—¡Si me necesitáis y queréis uniros a mi en el odio hacia el valido, me encontraréis en la casa de la Margaritona!

Aquello despertó cierta curiosidad en la duquesa, que ordenó al cochero que

parase para asomarse de nuevo. La Guevara, al verlo, se acercó para escucharla.

—Mirad que nacisteis con noble y sola os ahogáis en el pozo más misérrimo. ¿Estáis en casa de la alcahueta?

—Si dedicarse como matrona al pingüe oficio del celestineo es ser alcahueta, sí. Veo que la conocéis. No es extraño, ya que no hay alma en la corte que no haya acudido a ella.

Mi abuela, incómoda ante la pública revelación, intentó alterar el rumbo de la conversación.

—¿Por qué he de estar yo en contra de Olivares?

La mujer arqueó las cejas.

—Si aún no tenéis motivos, los tendréis; y decid a vuestro pariente, el duque de Uceda, que se ande con cuidado, pues os aseguro que se arrepentirá muy pronto de haber traicionado a su señor padre el duque de Lerma poniéndose del lado de «ese gran señor» que vuestra merced aún defiende. Que de gran señor tiene lo que yo de dama.

Mi abuela disimuló atacando.

—Deslenguada. ¿Es que acaso no veis que estoy acompañada? ¿De dónde sacáis semejantes embustes?

Sonrió, bajando la voz a un susurro.

—Sólo os digo que los corredores del alcázar por donde transité hasta hace bien poco repiten entre susurros todo lo que en los salones se mienta. Ya vendréis a buscarme con vuestro acompañante Francisco de Quevedo, que su señor el duque de Osuna tampoco se librará.

Ana de Guevara se embozó en su manto y desapareció entre la muchedumbre. Mi abuela gritó:

—Demasiadas predicciones para una sola mujer. Tened cuidado o cualquier día os veremos montada a horcajadas sobre un gran pollino, azotada por el verdugo y tocada con una goroza que os cubrirá la cabeza.

Guevara se dio la vuelta, mirándonos con descaro. No pude reprimir mi lengua.

—¡Terminaréis en la casa de galeras!

Segura de sí misma, sonrió antes de cubrirse la cara con una mantilla agujereada. Desapareció cual espíritu maligno. Las bridas de los caballos sonaron y comenzamos a andar de nuevo.

—¿Quién es la Margaritona? —pregunté.

Quevedo fue el que me contestó, al comprobar que mi abuela estaba inmersa en sus pensamientos y ajena al mundo.

—La Margaritona es conocida por hacer estragos o milagros, según convenga, en el complicado negocio del amor. Sabe tornar doncella a la que ya perdió la virginidad, desembarazar de su preñez a la mujer que se lo solicita, y enamorar con

sus pócimas a quien se resiste. En definitiva, da soluciones a los desesperados modelando voluntades a su gusto.

A los pocos días, las predicciones de Guevara se empezaron a cumplir una a una sin que pudiésemos hacer nada al respecto.

«Sancho Panza, el confesor
 Del ya difunto monarca
 Que de la vena del arca
 De Osuna fue sangrador,
 El cuchillo del dolor
 Lleva a Huete atravesado
 Y en tan abatido estado
 Que será, según he oído
 Del inquisidor, inquirido;
 De confesor y confesado».

CONDE DE VILLAMEDINA

*Décima dedicada a la caída de los
 antiguos ministros de Felipe III*

Cada mes que transcurría, los problemas se agudizaban y estábamos más alarmadas. Nuestro difunto Felipe III pobló y enriqueció de tal manera a los conventos en detrimento de los bienes del pueblo que, ya extinto su reinado, muchos labradores se vieron obligados a abandonar el arado para mendigar; los soldados regresaban harapientos de las guerras sin haber cobrado, y ya eran demasiados los que, sin otro remedio, se unían a la picaresca en las ciudades y campos para sobrevivir de un modo innoble.

Para más entorpecer la buena marcha del incipiente reinado, en vez de poner remedio a tan grandes males, Olivares alimentaba su forma de gobierno con venganzas en contra de sus antecesores, impulsando aún más el declive en que nos veíamos inmersos. En las callejas de Madrid todo valía, y la inseguridad era cada vez mayor.

El día que el conde duque fue nombrado grande, se le oyó decir con tono amenazante que, si habiendo sido un título sin grandeza hasta el momento nunca se había intimidado ante el semblante airado de los grandes, no lo haría ahora que había obtenido su mismo grado. Advirtió a los presentes que era al vulgo al que temía de verdad y en consecuencia actuaría. Fue sincero entonces porque ya se había encargado de vejar a los hombres de mayor prestigio en el reinado anterior. Uno a uno iban cayendo presos, muertos o desterrados como las cartas de un castillo de naipes a merced de una ráfaga de viento, mientras esta injusta actuación se enmascaraba con festejos que al pueblo entretenían para olvidar por un momento su

hambre, miseria y pobreza.

Aquella tarde había corrida de toros con rejonos en la plaza Mayor para celebrar el juramento del joven rey Felipe IV y el final del luto por su padre.

Debíamos salir a tiempo para unirnos al cortejo real, que recorrería la calle Mayor desde el alcázar hasta la plaza Mayor; sin embargo, Ruy andaba dubitativo a pesar de que, como uno de los diestros de mayor prestigio, se había comprometido a tomar parte en ella. No era para menos, pues sabía que si acudía el de Olivares, se acordaría de él al verle y no sería para bien.

Miré al reloj inquieta; los minutos pasaban, pero él parecía no querer arrancar nunca. Como siempre que no quería cumplir con un deber impuesto, se peinaba sus provocativos mostachos. Su frente bien moldeada se fruncía ante el disgusto, y sus abultados carrillos casi escondían su nariz fina y alargada. Me miró indignado.

—¡Cómo queréis que acuda! Primero detienen a Siete Iglesias y destierran a mi abuelo, el duque de Lerma. Y casi al mismo tiempo que a él, obligan a recluirse en el convento de Santo Domingo de Huete al padre Aliaga sin tener en cuenta su antigua condición de confesor de don Felipe III.

Suspiró, retorciendo una vuelta más la punta de su bigote.

—Antes de ayer, como os predijo la vapuleada Ana de Guevara, apresaron a Osuna, y para más pesar, junto a él han encerrado a nuestro amigo y su servidor Francisco de Quevedo.

Se desesperó, atropellándose al hablar.

—A mi tío, el duque de Uceda, por mal hijo y peor gobernante, le han relegado de su cargo, requisándole todos los despachos que obraban en su poder para encerrarle en el castillo de Torrejón de Velasco, y asegurándole que le liberarán una vez haya pagado 20.000 ducados y haya cumplido los ocho años de destierro a veinte leguas de la corte que le han impuesto. Decidme, María, ¿qué os hace pensar que yo me veré librado de semejante escabechina?

Le prendí una lazada en la coleta y le abracé por detrás apretándole contra mi busto.

—Sois joven, tenéis una abuela influyente en la corte y, que yo sepa, habéis sido indultado. Ahora habéis de esforzaros por no defraudar a nadie. Haced como el duque de Fernandina, que, aun desterrado en Orán, se mofa de Olivares.

Cabizbajo, negó con la cabeza.

—Dichoso él que la lejanía le otorga la posibilidad de brindar todas las noches por la caída del tirano. Yo, personalmente, prefiero llamarle Holofernes, porque, como dice la leyenda, algún día una bella Judith será precisamente la que acabe decapitándolo para mostrar en una bandeja su cabeza a todo un pueblo sometido.

Le reprendí.

—¡Qué imaginación! ¿Cómo iba una mujer a terminar con el conde duque?

Dejaos de historias y centraos. ¿No deseabais vencer al conde de Villamediana tanto en la lidia como en sus conquistas? ¡Hoy tenéis la oportunidad!

Me miró sorprendido de que supiese que había sucedido en sus favores a Villamediana para con la noble portuguesa. Aquella semana su amorío había sido la comidilla de toda la corte. La tarde anterior, paseando por el Prado, yo misma había sido testigo al ver cómo Villamediana, despechado por el tambaleo de su fama de mujeriego, acometía contra la carroza de la señora en cuestión, la insultaba y la despojaba de un collar de perlas que le había regalado. Pero por consejo de nuestra abuela y la reina, me convencí de que eran cosas pasajeras, caprichos de juventud, escarceos sin consecuencias como tan bien describía nuestro amigo Quevedo en sus versos.

Tragando saliva, decidí hacerle saber que yo le había descubierto con una estrofa de aquellos versos.

—Todos pretenden casadas / Porque a todos les parece / Que gusto que tiene guarda / Es más hazaña vencerle.

»Vos, mi señor, no conformándoos con ultrajar el honor de la Portuguesa, os enfrentasteis a sus poderosos amantes. Contra Villamediana podríais lidiar toros y mujeres, pero dicen que al mismo rey le atrae esa mujer. ¿Os enfrentaréis también con él?

Don Ruy se hizo el tonto y el sordo para disimular.

—¿Qué habéis dicho?

Preferí no continuar.

—Nada. Yo, como el esposo de la Portuguesa, me hago la ciega y la sorda, pero no la idiota. Ahora centraos en lo que estamos. Desde el amanecer la plaza Mayor anda atestada y ya no queda un sitio en los tablados. Son muchos los que han llegado a la corte desde los pueblos y las aldeas circundantes, pasando la noche a la intemperie para guardarse el mejor sitio, y no podéis defraudarles. Para el rey y la reina será precisamente vuestra ausencia la que levante ampollas.

Fijando la mirada ausente en la ventana, regresó a sus antiguas preocupaciones sin dar importancia a la infidelidad.

—No es al rey al que temo. Es al valido, que no contento con privar de la libertad, busca otros castigos. ¿Os dais cuenta de la ruina a la que nos empuja a toda la familia? Insatisfecho con haber cobrado a mi abuelo, el duque de Lerma, los 20.000 ducados que le impuso al principio de multa, ahora le amenaza con revisar las cuentas de Estado pasadas y comparar los bienes con los que comenzó su mandato con los que ahora posee, privándole de la diferencia hallada. ¡Como si una vida de entrega y servicio no valiese nada! Si Olivares me ve, quizá también decida tomar represalias en contra de mi abuela y terminar así con el patrimonio de la Casa del Infantado. ¡Su inquina hacia nuestra familia no parece tener límite!

Miré de nuevo el reloj. La duquesa ya había partido y me había advertido sobre este pesar de Ruy. Mi empresa no era otra que convencerle para no llegar tarde.

—Animaos. No tienen pruebas contra ninguno de los detenidos, y las que puedan tener son infundadas. Vos mismo habéis sentido la humedad de un calabozo para salir libre casi de inmediato. Ya veréis como muy pronto sueltan a todos nuestros amigos.

Le tomé de la mano y le llevé a la ventana, descorriendo la cortina.

—Asomaos. Tenéis a vuestro caballo perfectamente engalanado con sus cintas aguardándoos en el patio, y tras él un centenar de lacayos de nuestra casa uniformados con sus libreas de terciopelo vino y verde. Hay ocho toros que han seleccionado de la vacada real de Aranjuez que esperan ser lidiados y la expectación es general. ¿Vais a defraudar a toda la corte?

Vestido entero de negro incluida la capa, armado con espada ancha y daga, y calzado con los botines blancos, se cubrió con el sombrero de ala ancha antes de contestarme indignado.

—¡No insistáis! Y contestadme: ¿a quién más desterrará o detendrá el valido? ¿Es que no veis que desde hace un mes nuestros más allegados se hacinan en los calabozos? Si alguien quisiese dar un baile, tendría que celebrarlo en el patio de la prisión.

—Hace días que vengo pensando que lo único que podemos hacer es huir de la corte a nuestros señoríos de Guadalajara. Así quizá el rey, al verse solo, intuya su error y pasado el tiempo quizá podamos regresar triunfales para las corridas de San isidro, San Juan o Santa Ana.

Agachándome, le ceñí las espuelas moriscas de una punta al tobillo y tirando de su mano, intenté levantarlo con decisión, pero se desprendió fácilmente. Desesperada, le di un capón sobre el sombrero para contradecirle en su obcecado lamento.

—¡Eso, Ruy, eso es precisamente lo que quiere Olivares! ¡Algunos incluso insinúan que quiere deshacerse de los infantes para no tener estorbos! Si es así, yo me quedo en Madrid entorpeciéndole todo lo que pueda. No os dais cuenta acaso de que si a nosotros la mera presencia de Olivares nos incomoda, su sentir es recíproco. No desperdiciaré la oportunidad de verle en banquetes, bailes, misas o cacerías a sabiendas de que le enervo. ¡Vos, como yo, vais a hacerlo hoy desde el centro del coso! Os enfrentaréis con gallardía a caballeros como don Diego de Toledo, al marqués de Tendilla o al conde de Villamediana, que dice que os supera en mucho. Competid con ellos y demostradles lo contrario.

Le até mi cinta de color carmesí a un botón y tiré de nuevo con todas mis fuerzas de él. Esta vez se levantó.

—Quizá tengáis razón.

«Ya se van acomodando
 En tablados y ventanas
 Y los muchachos pregonan
 Terrados como castañas.
 ¡Suban al terrado,
 Que está fresco y regado!».

QUIÑONES DE BENAVENTE

Los toros

Llegamos a las puertas del alcázar justo a tiempo para unirnos al cortejo. Una vez en la plaza, cada uno nos sentamos en nuestro lugar correspondiente. El balcón central de la Casa de la Panadería, como siempre cubierto por un toldo dorado, resaltaba entre las demás colgaduras. Los reyes tomaron asiento y tras ellos lo hizo el conde duque junto a su mujer y al resto de las damas y gentiles hombres de cámara.

Fuimos muchos los que miramos al valido con desprecio, pero nadie osó comentarlo. Apoyada en la balaustrada y sentada sobre mi almohadón de seda, miré a mi alrededor. La muchedumbre se apretujaba en el tablado de la plaza, siendo los soportales preferidos el de los pañeros, los manteros y los zapateros. Los vendedores de balcones y tablados se frotaban las manos con la ganancia, pues si la plaza tenía cabida para 50.000 almas, parecían más las que la ocupaban.

Las ventanas en el primer piso costaban seis ducados porque siempre había algo que les velaba la visión, a doce estaban las del segundo, a ocho las del tercero, a seis las del cuarto y así sucesivamente.

Los dueños de las casas que tenían balcón con vistas a la plaza y los habían utilizado a solas por la mañana en el encierro fruncían sus ceños al verse obligados a alquilarlos por la tarde, ya que, quisiesen o no, el Ayuntamiento se lo demandaba bajo amenaza de una multa si se negaban.

En los tejados, las tusionas se mezclaban con rufianes y gentes de mala calaña en busca de clientes. Las castañeras se desgañitaban vendiendo su mercancía mientras los alguaciles custodiaban las puertas de Toledo, Atocha, Guadalajara, Boteros y Carnicería para que nadie sin haber conseguido entrada se colase armando un guirigay aprovechando el despiste.

El rey y la reina por fin hicieron una señal, y las carretas cargadas de cubas comenzaron a regar el coso para reafirmar el trabajo de los pisones y refrescar el ambiente. Nada más terminar, el rey lanzó las llaves del establo a uno de los

alguaciles e inmediatamente sonó la inconfundible música de los tambores, timbales, trompetas, clarines, pífanos, oboes y flautas que marcaba el inicio de la lidia.

Don Ruy, como heredero del ducado del Infantado, apareció el primero junto a su homónimo en el ducado de Alba; tras ellos, el conde de Villamediana y el marqués de Tendilla. Cada uno de ellos iba cortejado por sus respectivos lacayos, caballos, cabalgaduras y armas para el rejoneo.

Los lidiadores se dirigieron al palco real, frente a la Casa de la Panadería, saludaron terciando la capa y el sombrero a los reyes para continuar inclinándose a derecha e izquierda ante nuestro balcón y el de los miembros del Consejo Real. Al percatarse mi señor esposo de la presencia de Olivares en el balcón real, su ceño se frunció irremisiblemente, pero la muchedumbre andaba tan alterada y pendiente de Villamediana que su gesto pasó desapercibido.

Todas las miradas se centraron en su opositor en la lidia, Juan de Tasis, conde de Villamediana, no por ser el más diestro en el rejoneo, sino por su indumentaria, pues portaba un traje bordado entero con reales de plata en los que figuraba la cara de la reina Isabel, y para más afilar las viperinas lenguas ansiosas de desplegarse, portaba una banda dorada en la que se leía el lema *Son mis amores reales*.

Las damas de mi palco se revolucionaron en demasía. No era para menos. ¿Cómo podía ser tan osado? No era un secreto la pasión que sentía don Juan por la reina, pero hacerlo tan evidente en un día tan señalado... Doña Isabel, al leerlo, lejos de mostrarse distante, le sonrió.

Sentí dos toques de abanico en mi brazo. La abuela requería mi discreta atención. Al mirarle, vi cómo con un gesto miraba de soslayo hacia la Portuguesa.

—No os dejéis influir por los chismorreos que manan de los mentideros. En realidad, don Juan disimula. Toda esta pantomima es un disfraz que enmascara y despista a todo el que ignora la verdad de sus amores.

La miré sorprendida. Ella continuó entre susurros:

—¿Veis a esa dama morena y altiva que está en el balcón contiguo?

Asentí haciéndome la despistada, ya que estaba claro que ella no sabía nada del trío de caballeros que aquélla se traía entre manos.

—Es una dama portuguesa que anda en pendencia de amores picando muy alto con más de un caballero. Su marido consiente, pues, a pesar de ser nobles, dicen las malas lenguas que es ella la que mantiene la casa con los regalos que recibe de sus amantes. Francisca de Tabora es, sin duda, la dueña de los versos de amor que Villamediana a escrito recientemente, y juega a gran señora, pero en realidad no es más que una cortesana camuflada.

A pesar de que nada de lo que me contaba me sorprendía, disimulé, no fuese a reprenderme por andar más pendiente de los mentideros que de mis asuntos. Sin duda ignoraba que la dama en cuestión también holgaba con su nieto. Mientras analizaba

disimuladamente a aquella mujer, no pude dejar de recordarla en comprometida situación medio desnuda en la carroza de don Juan la noche en la que velábamos la tortura del marqués de Siete Iglesias, y de imaginármela de la misma guisa con mi esposo. Indudablemente, era una mujer muy bella. Se mostraba segura de sí misma. Pero había algo que yo seguía sin comprender.

—¿Y eso qué tiene que ver con la alabanza que don Juan hace a la reina al vestirse así?

Tapándose la boca con su abanico para conseguir más intimidad, me contestó:

—Mucho. Todo el mundo sabe de la cruel competencia que crea esa mujer entre don Juan y el rey. A buen recaudo ha de poner su vida Villamediana si persiste en sus amores.

Me sentí necia al ignorar aquellos rumores, e incapaz de contestar, temí la misma suerte para Ruy si persistía en su devaneo. Agradecí la interrupción de las trompetas anunciando la salida del primer toro de la tarde con brío y fortaleza al coso.

Todos gritaban mientras mi señor esposo le recibió sin miedo. Jugó un rato con el animal antes de tomar el rejón, pues tenerlo asido desde un principio no estaba bien visto. En aquel momento los ocho palmos de largo que medía aquel arma se menguaron en mi mente por el peligro de la faena. Ladeaba el caballo sobre la bestia tomando las riendas al principio en su mano izquierda para luego volverse sobre la derecha. Todo lo hacía porque en el caso de que el toro se revolviese no le cogiera por la izquierda. Cuando lo estimó oportuno, le clavó el rejón en la nuca. El toro cayó de golpe y yo respiré tranquila entre los aplausos.

Salía el segundo cuando sacamos la merienda. Nuestras doncellas abrieron los cestillos llenos de pollas de leche, perdices, pichones en escabeche y tocino extremeño acompañado con hogazas de pan. Tomé un bocado de hojaldres de la pastelería de Botín y unas pocas confituras secas que ayudé a engullir con una horchata de almendras. El calor era asfixiante.

Cuando iba a meterme el primer bocado en la boca, sentí como una pequeña pelotilla me golpeaba en la frente. Buscaba con la mirada al artífice del lanzamiento cuando otra pelotilla me dio con fuerza en el cuello colándoseme entre los pliegues de mi escote. Por su trayectoria venía de los tejados justo donde las tusonas armaban una algarabía considerable. El dedo de doña Inés, que nos acompañaba aquella tarde para olvidar sus penas, me señaló a un punto determinado.

Procuré fijar la mirada para descubrir a la causante de aquellos lanzamientos. La reconocí de inmediato. Ana de Guevara andaba amasando con su propia saliva las migajas de pan que una mujer sucia y desgredada le tendía entre risas y carcajadas. Las escupía con fuerza hacia nosotras a través de una pequeña caña que se colocaba en los labios.

Al ver que la localizaba, me saludó con descaro mientras buscaba presurosa algo

escondido en su pechera. Desde lejos intuí que podría ser un pedazo de papel que enrolló entre sus dedos antes de introducirlo en la rudimentaria cerbatana que había pergeñado. Ostentosamente abrió la boca para inflarse de aire y sopló con todas sus fuerzas apuntando a nuestro balcón.

Me froté la frente y el escote con repugnancia, no fuesen a estar ensalivados, y la miré con asco. ¿Cómo una mujer presuntamente educada podía llegar a adoptar semejantes maneras? El papel erró en su tiro cayendo a los tablados, pero su voz nos llegó cascada y concisa.

—¡Cuidaos bien del tirano que desde su palco acecha como un águila en busca de presas!

Su voz quedó diluida entre el griterío, pero para mí fue como si hubiese sido la única en aquella plaza, pues le leí los labios. Nerviosa, miré disimuladamente a derecha e izquierda para comprobar que nadie más lo había oído. Las trompetas anunciaron la salida del segundo toro y sin poderlo remediar, mi mirada se dirigió hacia Olivares. La casualidad quiso que justo en ese preciso momento nuestras miradas se cruzasen. La suya me pareció soberbia. Él inclinó levemente la cabeza sonriendo, y yo no pude eludir el saludo aireando mi abanico.

A pesar de su reciente grandeza, en su semblante no se dibujaba ni una brizna de nobleza. Su tez era amarillenta, su frente ancha, y los pocos cabellos que le quedaban, a pesar de ser negros como el azabache, mejor hubiesen estado cubiertos. Era alto y hubiese parecido fuerte si no fuese tan ancho y cargado de espaldas, pues, más que fornido, se perfilaba rechoncho y obeso. La nariz la tenía tan gruesa que casi le rozaba el labio superior de aquella boca hundida y cubierta por un mostacho bien cuidado y una barba en abanico. En ese preciso momento supe que nuestra presencia no le era indiferente, y rogué a Dios alzando la mirada al cielo para que no nos enfilase como Ruy temía.

Para regocijo de la multitud, el tercer toro salió cojo. Fueron muchos los que, ansiosos de sangre y congoja, se lanzaron al ruedo para matarlo con sus propias manos, ya que el rey ordenó el desjarrete. El animal no se veía entre las gentes pendencieras, y los perros de presa, entre tanto desbarajuste, equivocaban sus dentelladas engancho más de una vez una pierna en vez de una pata. Los golpes, las estocadas y las cuchilladas que propinaban a la bestia entre las risas de los asistentes muy pronto tiñeron de sangre la arena del coso y los andrajos de los espontáneos. Los alguaciles, conscientes de la furia indisciplinada que demostraban en ello, acudieron pronto para apartar a los heridos de una muerte tan segura como anestesiada por su ansia sanguinaria.

Una vez muerto el toro, las mulillas entraron en la plaza para arrastrarle hacia el matadero donde sería despiezado. No pude dejar de comparar aquello con el espectáculo que se debía de formar en un circo romano, y se lo comenté a las damas

de mi alrededor. Doña Ana de Mendoza, mi abuela, sonrió mirando descaradamente a Olivares.

—Miradlo cómo disfruta. Según mi astrólogo, ese hombre nació el día de Reyes del año de nuestro Señor de 1587 en Roma, en el mismo palacio en el que lo hizo Nerón. Eso no trae buenos agüeros, pues sus estrellas indican que gobernará monarquías.

Doña Inés, desesperada ante su triste destino, no pudo contener la lengua.

—Sin duda será el Nerón hipócrita de los españoles, y sus obras continuarán siendo crueles, aunque esperemos que sin sangre.

Sentí desilusionarla.

—No os engaños, que el que desea ascender raudo a nuevos y altos lugares no suele gobernar limpiamente, y si es necesario, se vale de acechanzas, malas ausencias y pláticas injustas fuera de toda buena cortesía y correspondencia.

Mi abuela me apoyó.

—A sus 34 años, sin duda se hará dueño del joven rey por mucho tiempo, ya que no se rinde ante ningún vicio. Observadle, me han dicho que siempre bebe agua y sólo prueba el vino cuando los barberos se lo recomiendan como medicina para el estómago. Madruga a diario para no dejar un lugar a la pereza, no es extraño verle a todas horas pasear cargado de cartapacios y libros que contengan los registros de los negocios a tratar, y alardea de levantarse antes del día para sumirse en su labor con tanto gusto y diligencia que muchas veces termina a la luz de las velas sin ni siquiera ser consciente del transcurso de las horas. Dicen que a veces incluso obliga al rey a despachar ¡tres veces al día!

Me abaniqué interrumpiéndola.

—¿Nunca se fatiga?

—Él nunca, aunque quizá busque agotar con su constante diligencia al joven rey para que, asustado ante la dura tarea de gobernar, delegue aún más en él. Es perspicaz, ingenioso y elocuente. Sabe agradecer oportunamente cualquier merced que le otorgue el monarca y devolverle el favor con distracción y divertimento si le nota cansado. Frente a la confianza plena que demuestra el monarca para con él, todas éstas son virtudes que le sirven para consolidar su posición frente a los fáciles e insustanciales negocios que pergeña burlando a la esperanza y engañando con vanas promesas.

El silencio se hizo entre todas, y lo observamos detenidamente. Allí estaba justo ocupando el lugar donde debía de estar la sombra del rey si careciesen de tolo que le librase de la solana. Vestido de paño leonado blanco, adornado con cordoncillos en plata y negros y unos ferreruelos a tono. Las plumas de su sombrero eran blancas.

Doña Inés, a punto de llorar, rompió el silencio.

—No sé si es miedo o respeto lo que me induce.

Procuré animarla.

—La altura siempre impone, pero no es oro todo lo que reluce. Sé de buena tinta por un artesano que le hace una armadura, que es el mismo que el que bruñe las de mi señor esposo, que Olivares mide 1,78 y su calva esconde un cuerpo tan velludo como el de un mono. El armero dice que es deforme porque tiene los hombros tan altos que parece jorobado sin serlo, y que el cuello casi no se le ve.

Conseguí que aquella desdichada sonriese.

—Quizá debería cubrirse con una peluca. Me abaniqué con fuerza.

—No sé cómo decís eso, porque sabéis que no está bien visto ni el usarlas ni el llevar largo el cabello. ¿Recordáis a sor María de Ágreda?

Asintió. Aquella joven monja que vimos en las Descalzas Reales dejaba un halo tras de sí difícil de olvidar. Proseguí:

—Ella dice que el largo del pelo representa los pecados que nos atan a la perdición eterna, como en el símbolo de Absalón. De todas maneras, si no hemos de temerlo, sí debemos estar alerta.

Bajé el tono de mi voz hasta el susurro para captar aún más su atención.

—Observadlo con más detenimiento, su carrera es rápida como la de una estrella que procuraremos fugaz. Desde que hace seis años le pusieron en la casa del entonces príncipe, ahora nuestro rey, allí fue nombrado uno de los seis gentiles hombres, acompañando en la comitiva a nuestra reina Isabel desde Francia, y ahora ahí está. Cuenta con dos cocheros, veinticuatro pajes y doce lacayos, y aún se han de multiplicar. Nadie sabe adónde pueden llegar sus ambiciones, pero sí es cierto que la vanidad le revienta por la cincha de la cabalgadura de su caballo.

Doña Ana nos interrumpió.

—Dicen que cambia de humor dependiendo de la luna. Es imprevisible, astuto y la soberbia es su compañera predilecta.

Mi curiosidad se agudizó.

—¿Qué más aficiones tiene?

La duquesa frunció el ceño.

—¿Por qué os interesa tanto?

Contesté de inmediato.

—Al enemigo hay que conocerlo como si lo hubiésemos parido para poder herirle en profundidad.

Mi abuela sonrió divertida ante el desnudo de mi picardía normalmente escondida.

—Que sepa yo, le privan los libros y las gallinas de su gallinero. Son dos aficiones muy diferentes, pero, por raro que parezca, procura cebarlas a diario cacareando mientras las libra de sus huevos. Dicen que adora a una que llama, mal que me pese, doña Ana. No me hace ninguna gracia tener a una gallina por tocaya,

pero el valido, al igual que bautiza a sus caballos con los mismos nombres de sus parientes, nombra a las gallinas con nombres de mujer.

La carcajada fue general.

—Excentricidades aparte, ¿qué más sabéis de él?

—Como os he dicho, trabaja tan a destajo que en ocasiones hasta su carroza dorada de cuero repujado se torna salón de embajadores o corredores al son del trotar de sus mulas. Su biblioteca es digna de alabanza. Gusta de cazar y también monta a caballo.

Doña Inés por un momento recuperó el buen humor.

—No estaría mal que el destino le tuviese guardado un accidente imprevisto. Un tiro que se escapa o un caballo que tropieza cayendo sobre su jinete.

No me pude reprimir.

—Tenéis motivos para odiarle, tantos o más que nosotras. Merma nuestros bienes y a Lerma le está llevando a la tumba con sus desaires.

Doña Ana se posó el abanico cerrado sobre los labios para pedirnos silencio, pues la mujer de Olivares había acudido a nuestro balcón. Nos miramos confidencialmente, simulando el máximo interés en la corrida.

Anocheía cuando terminó el rejoneo. Encendieron luminarias por toda la plaza para sorprendernos con un nuevo espectáculo que traían de las indias. Al último de la tarde lo lidiaron unos esclavos criollos sujetando al toro desde su caballo con un lazo a los cuernos mientras le tenían amarrada la cola a su cabalgadura. Lucharon sin armas caballo, criollo y toro hasta que la bestia, mareada de dar tantas vueltas sobre sí misma y rendida ante el enredo de sus patas con la soga, perdió el equilibrio y fue derribada. Gustó a todos esta manera nueva, pero no enloqueció a nadie, ya que no caló ni en nuestras tradiciones ni en el corazón.

Al final, como no lo mataron, pidieron permiso para hacerle mojigangas. Cuando el rey lo permitió, abandonamos la plaza mientras las gentes continuaban el festejo rompiéndole al toro cosas en el testuz, atrayéndole con pañuelos de colores vivos y mareándole con los bufones.

Como la mayoría de las noches de juerga, terminó todo con la intromisión de seis alguaciles que, ayudados por tres guardias reales, tuvieron que detener a varios perturbadores que nunca veían el momento de terminar con la pendencia. El alguacil más valeroso resultó ser Pedro Vergel, el marido de una actriz de la corrala de la Cruz conocida como la Vaca. Lo supimos porque al reducir a los más violentos resultó herido.

«Tardose en parirme
 mi madre, pues vengo
 cuando ya está el mundo
 muy cascado y viejo.
 Tristes de nosotros,
 dichosos de aquellos
 que el mundo alcanzaron
 en su nacimiento.
 De la edad del oro».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

La vida poltrona

En el Alcázar

Aquel 14 de agosto, a la sombra de los estores que cubrían nuestras ventanas, pasábamos las horas sumidos en el tedio más absoluto. Acurrucados en la penumbra de una luz abrasiva tamizada por el esparto, mi abuela doña Ana, don Ruy, doña Inés y yo aguardábamos tan resignados como el resto de los miembros de la corte y villa de Madrid a que la reina Isabel pariese por fin a la criatura que portaba en sus entrañas.

El sopor nos obligaba a enclaustrarnos y a dormir durante el día para despertar al ocaso. Ni siquiera entonces bajaba la temperatura. Nuestras muñecas, ya casi desencajadas de sus articulaciones, mantenían el vaivén inútil de nuestros abanicos mientras el tórrido aire estancado desde hacía meses entre las callejas se filtraba en nuestros pechos tornando angustioso el respirar.

Sólo las orillas del río Manzanares se mantenían frescas, pero la osadía para pasear por ellas a sabiendas de lo que escondían nos salvaguardaba de aquella tentación, pues no transcurría una jornada en que no asesinasen, robasen o violasen a alguien por su ribera.

Con los párpados entreabiertos y sumidos en un silencio inconsciente por miedo a que nuestras lenguas se secaran, esperábamos con paciencia a que el sol se escondiese para poder salir cual lechuzas al abrigo de la oscuridad y el leve frescor de los jardines.

Aquel verano, como los anteriores, nos hubiese gustado emigrar a nuestro palacio en Guadalajara, donde al anochecer refrescaba y el abrasador sol nos brindaba una tregua, pero no pudimos. Ni siquiera cuando nuestros lacayos regaban los suelos de

toda la casa y los cubrían con las esteras empapadas a modo de alfombras las altas temperaturas arreciaban.

Aquel atardecer nos mirábamos soñolientas las unas a las otras a la espera de que una leve brisa irrumpiese en la estancia. Para nuestra sudorosa decepción, por los diminutos agujeros de la tela sólo se filtraba el polvo de las callejas que levantaban las bestias en su lento transitar. Aun así, no había noble que hubiese abandonado la corte con el riesgo de perderse el mayor acontecimiento de la década.

La única que canturreaba y parecía no sentir las inclemencias del árido clima, con la certeza de un inminente milagro para con ella y su familia, era doña Inés. Se obcecaba en apresar su vana ilusión tanto como los muros del calabozo de don Rodrigo a su cautivo. Pero era lógico que se asiera a un clavo ardiendo si éste le infundía un mínimo viso de esperanza.

Corría por aquellos días un rumor emanado de los desalmados mentideros que aseguraba que los indultos denegados cuando el rey Felipe ascendió al trono ahora sí se concederían para celebrar el nacimiento inminente del heredero a la corona. Si éste además era varón, el perdón sería casi general.

Según aquella infeliz, el primero en ser perdonado sería su marido el marqués de Siete Iglesias, ya que incluso los que un día fueron sus enemigos más virulentos ahora clamaban por ello considerando su pena ya prescrita y cumplida. Su largo penar, de un extraño modo, había creado una armadura compuesta de ilusiones alrededor de su corazón, y prefería ignorar a cualquiera que intentase atravesarla con hirientes verdades. Era lógico después de soportar tanto tiempo la incertidumbre ante el destino de un marido preso y torturado hasta el borde de la muerte en dos ocasiones.

Doña Inés mejor que nadie, fiel a su asidua visita dos veces a la semana, continuaba pegada a la reja que lo custodiaba y que yo un día no demasiado lejano compartí con ella. Sabía que allí, tumbado en el mismo lecho nauseabundo que atisbamos juntas, se pudría el padre de sus hijos enfermo, medio ciego y pobre después de que el fisco le desposeyera de todos sus bienes. Únicamente el caldo de un puchero de arrogancia, dignidad y orgullo alimentaba su hambre de vida. Era un casi cadáver que ella seguía dispuesta a recoger para velar y cuidar el resto de sus días aunque fuese en un lugar humilde desterrada de la corte.

Sólo Dios sabía quién la había engañado con la dolorosa y coreada majadería de un posible perdón, pero no iba a ser yo la que la privase de su única esperanza. Si eso nos libraba del constante arrullo de sollozos con los que nos tenía martirizados desde hacía tanto tiempo, bienvenida la mentira. Una vieja enana que paseaba por casa haciendo las labores de sirvienta y de bufona acababa de prender la primera vela de estancia cuando entró Joaquina muy alarmada. Joaquina era mi dueña preferida.

—¡La reina Isabel ha parido una niña enferma y débil a la que han bautizado con

el agua de socorro y le han puesto el nombre de Margarita!

La duquesa se levantó como si los años no le pesasen en absoluto.

—A su abuela le debe el nombre. Desde el cielo ha de velarla.

Todos los presentes la imitamos, santiguándonos y rogando por la salud de madre e hija. Terminada la oración, nos dispusimos a salir raudas hacia el alcázar. Preferimos tomar tres de las sillas de manos, pues la premura lo exigía y los lacayos eran más capaces de soslayar carros, vagabundos y animales que cualquier carruaje. Doña Inés nos despidió pesarosa y consciente de su condición. Ya hacía mucho tiempo que no ponía el pie en el alcázar, y no quería enfrentarse a una acusación de *persona non grata*. Atrás quedaba resignada y retorciendo entre sus dos puños el pañuelo que muy pronto le serviría para enjugar las lágrimas que ahogarían su última esperanza.

En la antesala de la cámara regia no cabía un alfiler. Rebosaba de rostros tan conocidos como afligidos. Por sus expresiones intuimos lo peor. En silencio tomamos asiento para sacar el rosario de nuestra bolsa y unirnos al rezo común. Todos pasábamos sus cuentas con parsimonia a la espera de un comunicado. Tras dos horas de espera infructuosa se abrió la puerta lentamente. Fue precisamente uno de los médicos el primero que salió, secándose el sudor de la frente. Al alzar la mirada y percatarse de nuestra expectación, no pudo contener un melancólico suspiro.

—¡Su alteza real la princesa Margarita ha muerto!

La pequeña no había llegado a vivir un día, ni siquiera había sido jurada en Cortes como la sucesora, y sin embargo la reconocían *post mortem* como tal. El silencio sepulcral en el que nos vimos sumidos hasta el momento se deshizo de inmediato en murmullos. Todos ansiábamos entrar, pero nos contuvimos.

Al cuarto de hora, la puerta se abrió de nuevo para dejar paso a una comadrona escoltada por dos guardias reales. La mujer sostenía temblorosa entre sus brazos un revoltijo de sábanas. No le hubiésemos prestado atención si no fuese por sus veladores. Todos supusimos lo que aquel paquete inerte contenía, pero nadie osó acercarse a investigar. Lo que más nos importaba a todos era el estado de la reina. Tras ella, salió Olivares.

—Pueden pasar todos, siempre y cuando respeten la distancia. Sus majestades los reyes están demasiado afligidos como para enfrentarse a una audiencia por muy primos de éstos que vuestras mercedes se consideren.

¿Nos considerábamos? Me hubiese gustado contestarle como era debido, pero no era el momento. Si nos creíamos casi parientes de los reyes, era porque ellos mismos siempre nos habían tratado como tales. Era como un agradecimiento más a los desvelos y luchas de nuestros antepasados y nosotros mismos por sus causas. ¡Algunos incluso les dieron su vida! Pero Olivares era grande desde hacía demasiado

poco tiempo como para asimilar lo que el término simbolizaba.

Aunque todos pensamos lo mismo, nadie osó contradecirle. Fuimos tomando asiento al fondo de los aposentos en dos filas de sillas que habían dispuesto.

El cuerpo esbelto de la reina se consumía por la tristeza. Su tez marmórea se traslucía cetrina, y el usual sonrojo de sus mejillas, violáceo. A sus dieciocho años tendría mucho tiempo para poder reemplazar a la pequeña, pero eso era algo que no debía de pasársele por la sesera en aquellos duros momentos.

El rey Felipe, medio tumbado en el borde del lecho, la consolaba besándola y acariciándola sin descanso. Sólo su prominente mandíbula descansaba de vez en cuando sobre el embozo de sus sábanas, incapaz de encontrar una sola palabra de consuelo que pudiese calmar semejante desasosiego. Debía de llevar horas en esa posición porque las valonas de su cuello se mostraban amarillentas y empapadas por un almizcle de sudor y lágrimas.

La distancia a la que me encontraba no me impidió admirar cómo los grandes ojos oscuros de la reina Isabel permanecían clavados en los verdes y expresivos iris de su esposo. Ni siquiera nuestra entrada consiguió que uno de ellos desligase su mirada de la del otro para prestarnos un segundo de atención. Ni siquiera parecían parpadear.

Sólo de mirarlos, mi observar se vio empañado. Recordaba a la reina el día en que la visitamos en las Descalzas Reales y no pude eludir compararla con la mujer que tenía enfrente postrada en la cama. Era como si la niña que portaba en sus entrañas le iluminara por dentro como la llama a un candil y ahora que la había parido todo su fulgor se hubiese apagado de golpe. ¡Hasta su frondosa melena castaña carecía de brillo! El óvalo de su rostro se alargaba desvirtuando su alegre expresión, y sus labios rosados se fruncían entre sollozos y rabia.

Después de un buen rato sin atrevernos a romper esa unión en la desdicha, nos retiramos tan sigilosamente que sentimos hasta el crujir de las sedas de nuestros sayos. Tratamos de expresar nuestro pesar en un gran libro que dispusieron para nuestros pésames con la esperanza de que lo leyeran cuando estuviesen más calmados, y salimos del alcázar con la sensación de haber cumplido con un velatorio en vida. A nuestro regreso, doña Inés de nuevo vio todas sus esperanzas frustradas con la muerte de la pequeña Margarita.

Estaba claro que el luto cerraba la posibilidad de cualquier probabilidad de indultos. En el fondo sabía que era su última oportunidad para que librasen al cautivo marqués de su presidio y condena. Pero lo que más nos extrañó fue su modo de asimilar la noticia. Lejos de llorar como siempre, se asomó a la ventana, miró hacia la plaza buscando a alguien, y asintió pensativa hablando para sí misma.

—No quise creerla, pero muy a mi pesar la predicción de esa mujer fue cierta. Tan certera como todas las que augura.

La curiosidad me hizo descorrer la cortina contraria a la suya para ver a quién dirigía el gesto. Sólo pude ver a una mujer de espaldas que huía entre la multitud.

—¿Quién es?

Me contestó enigmática.

—Una mujer que nos ronda desde hace tiempo y que sólo pretende ayudarme calmando este sufrir.

La duquesa, doña Ana, supo de inmediato de quién se trataba y se mostró enfadada.

—La Guevara sólo porta odio y brujería en su alma. Espero que no haya tenido nada que ver con la muerte de la niña. No os acerquéis a ella. Las brujas nunca interceden gratuitamente y os habréis de arrepentir.

Por la expresión de doña Inés intuí que no se equivocaba en sus suposiciones. ¿Cómo podía saber de quién se trataba sin ni siquiera asomarse?

La aludida, furiosa, salió de la estancia. A la semana Ruy llegó al amanecer. Preferí no preguntarle de dónde venía, él sabría de mi enfado por mi sepulcral silencio durante dos o tres días. Normalmente caía como un leño a mi lado antes de comenzar a roncar, pero aquella vez fue diferente. Pegó su cuerpo al mío y me abrazó.

—¿Estáis despierta?

Impregnado su aliento de aquel olor agrio que produce la bebida al evaporarse de las entrañas por no encontrar ya cabida posible en el estómago, me causó repugnancia. Sólo le di la espalda emitiendo un gruñido. Hasta los poros de su piel rezumaban vino.

Insistió zarandeándome.

—¿No me preguntáis de dónde vengo?

Me senté mirándole a los ojos con furia.

—Por la peste que traéis, lo adivino. Respetad al menos mi sueño.

Arrojándome de nuevo, me separé de él con desprecio, pero no se dio por vencido.

—Anoche hubiese regresado pronto si no fuese porque a la salida del mesón me topé con el rey nuestro señor y el conde duque de Olivares. Don Felipe, al verme, me rogó que les acompañase.

¿Cómo iba a esperar que mi señor apaciguase su juvenil alma si el mismo rey le tentaba? La imagen del rey una semana antes sollozando sobre su esposa recién parida me vino a la mente. ¡Qué pronto se recuperan los hombres de sus desdichas!

La reina, en cambio, continuaría sangrando durante al menos cuarenta días los dolores de su ánimo y de su cuerpo.

Todas las mujeres dignas de la corte sabíamos que aquel mesón escondía en sus buhardillas una casa de mancebía, pero aquello era lo de menos. Doña Isabel sabía

que si Olivares se había propuesto que el rey recuperase la alegría, lo conseguiría antes arrancándolo de la vera de la reina y arrastrándolo al primer jolgorio que se fraguase.

De nuevo me sentí identificada con doña Isabel; sin duda, como a mí, el diablo la debió de despertar a media noche para preguntarse dónde andarían nuestros esposos. Como yo, pasadas las largas horas de insomnio dándole vueltas al tema, llegaría a la misma conclusión.

En vez de reprochárselo, lo que haría la reina sería recuperarse de aquel parto vacío lo antes posible para procurar consuelo, calor y descendencia a su impaciente esposo. Sabía que engendrar un heredero para la corona era su mayor cometido en la tierra, y no defraudaría al ansiado destino con monsergas, quejas y reproches que diesen al traste con la pasión que el joven rey sentía por ella.

El hecho era que mancebas y queridas tenían todos los caballeros de la corte que las pudiesen costear, y no por ello sus esposas iban a ser menos. Pues aunque todas fuesen mujeres, no cabía la comparación. Una esposa es para siempre mientras que las otras, aunque a pan y manteles, solían ser más efímeras que la vida de una mariposa.

«Rodrigo en poder estás
de la muerte a quien mandaste
todo el tiempo que privaste,
y a los médicos que es más
si por dicha al cielo vas,
poco seguro estaría,
aunque posible sería
que permita Dios que tenga
dimas en quien se entretenga,
y que le hagas compañía».

CONDE DE VILLAMEDIANA

El mismo 21 de octubre, quiso doña Inés salir de la larga agonía secándose los lagrimales. Esa misma mañana acudió a nosotras enlutada de pies a cabeza para rogarnos que la acompañásemos. Seguíamos sin comprender cómo aquella mujer insistía de un modo u otro en mortificarse.

¡Debía de existir una prohibición expresa para que la esposa de un ajusticiado acudiese a su tormento! Los tambores comenzaron a tocar, indicando el inicio de un macabro paseo. Nos despojamos de adornos y joyas, rápidamente nos cubrimos con andrajosos mantos, nos ensuciamos el rostro con la ceniza de la chimenea y la seguimos. Procuramos como siempre, una vez en la calle, pasar desapercibidas entre la multitud, no fuesen a tomar represalias en nuestra contra al reconocernos como parientes y amigas del reo, pues muchos son los que se dejan llevar por el fragor que la ejecución de estas penas produce en algunos desalmados.

Nada más girar en la calle Mayor el gentío nos guió. Habían pasado por las plazuelas de Santo Domingo, de Santa Catalina y de los Herradores para atravesar la calle de las Fuentes y de los Boteros antes de entrar en el territorio acotado para cebar a la muerte con otra inocente ánima.

Don Rodrigo se dirigía hacia la plaza Mayor subido en una mula. Iba escoltado por el alcalde, Julio Fernández Mansilla, sesenta alguaciles de la corte, dos pregoneros y el sonido de las campanillas que alertaban a todos de su paso.

Me indigné.

—¡No es ya suficiente humillación arrastrarlo así como para encima...!

Me callé, consciente de mi estupidez.

Aún no podíamos verle entre la multitud, pero por el alborozo que le rodeaba,

sabíamos exactamente en dónde estaba. Ruy consiguió abrirnos paso a empujones. Doña Inés andaba de puntillas para atisbar entre tanta cabeza, hasta que de repente quedó paralizada. Todos alcanzamos a divisarlo en lontananza.

Iba vestido con un capuz y una caperuza de bayeta negra; el cabello lo llevaba largo y revuelto. En las manos apretaba el mismo crucifijo que le veló la noche de su tormento hacía ya tantos meses. Un pregonero gritaba desgañitándose una y otra vez lo mismo, como si la calumnia se tornase verdad a la hora de repetirla.

—¡Ésta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor! ¡Está aquí porque mató a otro alevosa y clandestinamente, y por otros delitos que del proceso resultan y por lo cual se le manda degollar! ¡Quien tal hizo, que tal pague!

Los más despistados, al oírlo, salían de inmediato a los zaguanetes y balcones para ver quién era el reo. Al reconocer a Siete Iglesias, se compadecían de él, pues muchos pensaban que ya había cumplido pena por sus pecados y no hacía falta proseguir.

El griterío, como por arte de magia, se fue calmando hasta que don Rodrigo subió al patíbulo. Sólo las campanillas sonaron. Al contrario que en otros ajusticiamientos, no se oyeron gritos de vítores ni le arrojaron nada, porque en realidad ya sólo veían la venganza de su ejecutor, el conde duque de Olivares. Don Rodrigo, hasta el momento cabizbajo, recuperó la dignidad abrigado por aquel extraño silencio, y alzó el mentón dispuesto a enfrentarse a su pena sin pronunciar una queja. Al llegar al patíbulo, su entereza era admirable. Un criado le despojó de su capa poniendo cuidado en plegarla para que la cruz de Santiago que en ella tenía bordada quedase a la vista de todos, porque de esta orden era el reo caballero. Después, le cortó las trenzas del cuello dejándole sólo un botón para estar más desahogado.

Al ir a confesarse por última vez, todos pudimos oír su voz al preguntar al padre sin titubeos ni temor:

—¿Es pecado de altivez despreciar a la muerte? Si lo es, sólo me confieso de ello.

Violó el secreto de confesión por su propia voluntad, lo que no impidió que le impartiesen la absolución.

Don Rodrigo besó al confesor, abrazó dos veces a su verdugo, se sentó muy recto en el borde del banquillo, echó sobre el respaldo parte del capuz, volvió el rostro despacio hacia los que allí acudimos a verlo y se dejó atar de pies y manos, inclinando la cabeza hacia el verdugo para darle el ósculo de paz. El gentío, hasta el momento en silencio, comenzó a gritar desahogado.

—¡Soltadle, que ya ha cumplido con creces su pena!

El verdugo miró por un instante al capitán de los alguaciles, rogando indulgencia al igual que el resto de los presentes. El alguacil se mostró erguido y distante, y con un gesto de exasperación ante la tardanza, ordenó al sanguinario que continuase.

Éste le tapó los ojos con un pañuelo de tafetán negro y levantó su cabeza para

dejar el cuello al descubierto; mientras, el reo rezaba una oración con voz firme y pausada. El verdugo esperó a que terminase y le sesgó la voz y la vida.

Doña Inés, a nuestro lado, quedó muda como sin respiración, mirando el cuerpo inerte de su marido. Una mujer que estaba muy cerca del patíbulo, en un despiste del alguacil, se agachó para mojar sus dedos en el río de sangre que ya se filtraba por entre los tableros. El alguacil le pegó un pescozón, empujándola hacia la multitud, donde desapareció gritando.

—¡Esta sangre es casi reliquia, ya que nadie ha mostrado más orgullo que don Rodrigo en la horca!

Al girarme hacia doña Inés para ver si reaccionaba, reconocí a la mujer que hacía sólo un segundo había protagonizado aquel altercado. Parada junto a la viuda, le manchaba su mano con la sangre de don Rodrigo susurrándole al oído:

—Guardad una gota en un frasco porque la necesitaremos para la pócima que fragüe nuestra venganza. Vuestro señor murió con orgullo un martes, al igual que hace casi cuatro años ya en martes hizo su último viaje libre de Madrid a Valladolid y un martes le detuvieron en aquella ciudad.

Doña Inés, manteniendo su palma de la mano hacia arriba, sin pestañear la miraba perpleja como si ni siquiera la escuchase. Me enfurecí.

—¡Ni de una viuda os compadecéis! Dejadla en paz, que nosotras no creemos en pócimas y maleficios.

Me sonrió, mostrándome la mellada dentadura para continuar asustándola.

—Recordáis como fue también un martes cuando entró en la fortaleza de Montánchez, otro martes fue trasladado a la de Santorcaz y como en martes le tomaron confesión, en martes le dieron tormento y en martes le leyeron la sentencia de muerte. ¿Por qué no habría de ser ajusticiado un martes? Su destino estaba escrito y en martes ha muerto. Os aconsejo, señora, que os guardéis de los martes de aquí en adelante.

La separé de su lado, asiéndola fuertemente del brazo.

—¿Por qué nos seguís? Cada vez que salimos, queramos o no, topamos con vos, que aparecís y desaparecís como el diablo. Guevara, erais una mujer de bien y ahora os tornáis bruja y celestina.

Su mirada me trepanó.

—Ya os he dicho que de mí requeriréis al igual que doña Inés. Aunque lo ignoréis, un propósito nos une y hemos de cumplirlo.

Acarició a doña Inés, acercándose tanto como para que su aliento fétido se mezclase con el aire que ella respiraba.

—Guardad una gota de esta sangre, que os beneficiará, os lo aseguró.

Tapándose la cara con la capucha, dio un paso atrás. Dos hombres se cruzaron entre nosotras, y como siempre solía hacer, se esfumó en un abrir y cerrar de ojos.

Doña Inés tiró de una cadenita que de su cintura pendía para rebuscar en la pequeña bolsa de terciopelo negro que aquélla sujetaba. Sacó un perfumero diminuto, vació su contenido y arrastrando fuertemente el borde de su boca por la palma de su mano, introdujo la sangre de su marido en él.

—¿No haréis caso a esa mentecata?

Mirándome de reojo, me ignoró.

Una vez en casa, preparamos un discreto funeral por el alma de don Rodrigo. Cuando los pocos que se atrevieron a asistir se retiraron, fui la encargada de llevar a la viuda a sus estrados para que descansase. La única manera de conseguir que conciliase el sueño sería recordando dulces tiempos que la hicieran olvidar su penar. Quise alentarla.

—Ahora debéis centraros en vuestros hijos. Contadles cómo don Rodrigo, nada más llegar de Flandes, entró de paje en la casa del abuelo de mi señor don Ruy, hoy el cardenal duque de Lerma, y a partir de allí llegó a ser secretario de cámara del rey Felipe III.

»Narradles cómo fue agraciado con el hábito de la orden de Santiago, la encomienda de Ocaña y los títulos de conde de la Oliva y marqués de Siete Iglesias. Recordad con ellos cómo su padre fue capitán de las guardias alemanas y tudescas, demostrando su valentía. Explicadles el porqué hoy vivís en nuestra casa y cómo don Rodrigo fue un ejemplo para la fidelidad en su entrega absoluta para con el rey y la Casa de Lerma durante toda su vida.

»¡Quién iba a decir que el simple hijo de un capitán de nuestras huestes en Flandes, habido con una doncella alemana, fuese a llegar tan lejos! Intentad hacerles comprender que su padre fue un buen hombre y que fueron precisamente las mercedes recibidas las que tejieron el oscuro manto de envidia ajena que acabó cubriéndole.

»Si la privanza de Lerma era tolerada con rencor, ¡no os quiero decir el odio que surgió en contra del valimiento de don Rodrigo! Se desataron lenguas y plumas en su contra con verdaderos libelos. Su único error fue el no verlo a tiempo para poner remedio.

Doña Inés musitó pensativa:

—¡Si al menos hubiese cuidado a la priora del convento de la Encarnación! Todo el mundo sabía que la madre Mariana de San José era confidente de la reina Margarita. Le advertí que precisamente por eso la respetase, pero él continuó tratándola con desprecio y altanería hasta que la monja convenció a la reina madre en su contra.

La abracé, intentando consolarla.

—No penséis en el pasado y mirad hacia el futuro. ¿Quién iba a saber que la

madre de nuestro rey moriría al poco tiempo después?

Doña Inés negó con la cabeza.

—Lo intento, Dios sabe que lo intento, pero no puedo. He intentado descubrir ahondando en el recuerdo cuándo se iniciaron nuestros problemas y en qué momento enraizaron, y después de mucho pensar he llegado a la conclusión de que todo comenzó cuando ciertos enemigos acusaron a Rodrigo mi señor del regio envenenamiento. ¿Es que no estaba claro el motivo de la muerte de la reina? ¡Por Dios, cientos de mujeres mueren al parir y no se busca un culpable! De poco le sirvió esforzarse en recuperar su crédito de antaño con el rey. ¡Si hubiésemos pujado por la embajada en Roma como pensamos al principio, al intuir el peligro, quizá aún estaría vivo!

Sólo pude abrazarla, desplegando un pésame que acababa de llegar desde Lerma y tendiéndoselo.

—Se lo agradezco a vuestro abuelo, que aún ha de penar en este purgatorio terrenal hasta su muerte. Mi único consuelo es pensar que mi señor ya no sufre.

Se sonó antes de continuar.

—Todo es traición. Aún recuerdo cómo el gran duque de Lerma le dijo a su hijo al ver cómo le traicionó: «Yo me iré y vos os quedaréis con todo, y todo lo echaréis a perder». Al menos fue más vivo y audaz que mi señor marido, porque en cuanto temió por su vida después de 53 años empleado en los oficios de la corte y de veinte casi gobernando, decidió cubrirse con el hábito cardenalicio con el beneplácito del papa Paulo V Esta sagrada armadura cumplió con su cometido, convirtiéndole en príncipe de la Iglesia y protegiendo su vida durante todo el tiempo que ha mantenido y mantiene el sabor del destierro pegado al paladar.

Sollozó doña Inés.

—Bien hubiese hecho mi señor esposo siguiendo sus pasos si eso hubiese servido para salvarle la vida. Bien sabe Dios que antes de que fuese detenido tuvimos tiempo y avisos suficientes como para poner pies en polvorosa y no lo hicimos. Él prefirió quedarse como un caballero afrontando su injusto destino antes de perder el honor frente a una fuga. ¡El ingenuo creía en la justicia y ésta le traicionó!

Sostuve sus manos entre las mías y bajé el tono de voz, no fuesen las paredes a escucharnos.

—El fallo amañado por tribunal penándole con la muerte es sólo el comienzo de una gran conjura que fraguan con saña y odio. El que traiciona una vez es muy capaz de repetir, y creo que cuando Olivares termine con todos los que en su camino se interpusieron en el pasado, irá contra los que hoy saben algo de su persona que pudiese malograr sus ambiciones. Aun así, no debemos dejarnos influir por el temor con estas suposiciones. Sería más prudente callarlas porque el mejor secreto es el que no se pronuncia ni ve el aire.

Doña Inés se echó a llorar.

—No me consuela en absoluto. Para mí ya es tarde. No estoy para tramas, venganzas o rencores. Me han confiscado los bienes y he de pensar en qué hacer con mis hijos.

—Sabed vuestra merced que en esta casa siempre velaremos por ellos. Sé que necesitan ropas nuevas, tomad estos doscientos ducados para encárgaselas.

De repente, como si el diablo la hubiese poseído, cambió la expresión. Su tristeza se hizo furia, y su perdida mirada se clavó en la mía inyectada en sangre.

—Os lo agradezco y los tomo, pero no es mi intención vivir de la caridad ajena. Bastante deudora me habéis hecho ya de vuestros favores. Sólo hay algo que me queda por hacer en la corte para librar mi desagravio e intentar compensaros por todo lo que por mí habéis hecho. Cuando cumpla con ello, espero que sólo Dios nos ampare.

En aquel momento vi cómo sacaba el diminuto perfumero de debajo de su almohada para apretarlo contra su corazón como el bien más preciado y comprendí que sus intenciones no podían ser buenas. Antes de abandonar sus aposentos para dejarla dormir, un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Para qué quería la sangre de un muerto? ¿Por qué la custodiaba ella con tanto cuidado? Sólo podía servir para un maléfico conjuro en el que yo no me quería ver involucrada ni por asomo. Antes de salir, de una manera sutil se lo dije:

—Doña Inés, sea lo que sea lo que os traéis entre manos, quiero que sepáis que a mí no me debéis nada. El teneros en nuestra casa es una obligación para con vuestra familia que cumplimos con gusto. *Dar es señorío y recibir es servidumbre*, ése es el lema de los Mendoza desde hace generaciones y no dejaremos de rendirle los honores debidos.

«Mentidero de Madrid,
 decidnos, ¿quién mató al conde?
 ni sabe, ni se esconde,
 sin discurso discurrid:
 Dicen que le mató el Cid,
 Por ser el conde lozano;
 ¡disparate chabacano!
 La verdad del caso ha sido
 Que el matador fue Bellido
 Y el impulso soberano».

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Aun andaba caliente en la sepultura el cuerpo de Siete Iglesias cuando su viuda cambió su estado de humor y ánimo. Cada día se mostraba más distante y enigmática para con nosotras. Parecía que hubiese enterrado nuestra confianza junto al padre de sus hijos. Ya nunca nos hacía partícipes de sus miedos o temores, y lejos de empeñarse en ser nuestra sombra como antaño, ponía como excusa el luto para dejar de seguirnos en nuestros paseos.

Era tanta la devoción que parecía haberla embargado y tantas las horas que andaba recluida que dimos por hecho su inminente ingreso en algún convento. No era extraño, ya que ése era el refugio que encontraban muchas viudas desesperadas ante su penar. Ante la sospecha, no queríamos que su precipitada decisión nos encontrase desprevenidos con respecto a sus hijos y aprovechábamos su segura ausencia a la hora de la merienda, por la promesa que hizo de guardar ayuno durante un año de luto, para hablar del futuro de sus descendientes.

Las alternativas para los niños no eran muchas. O conseguíamos endosárselos como pajes a los nobles que a su padre le fueron fieles como nosotros, o seríamos nosotros mismos los que tendríamos que educarles y asegurarles alimento, techo y vestimenta hasta lograr su ingreso en alguna orden o procurarles un matrimonio ventajoso, cosa ardua ya que sin peculio sólo los locos querrían desposarlos.

En el fondo no nos importaba, entre los doscientos lacayos y demás sirvientes que alimentábamos a diario unos cuantos platos más en la mesa principal pasarían desapercibidos. Eso era al menos lo que mi abuela aseguraba, pero la verdad era otra, pues todos sabíamos que la duquesa del Infantado había arruinado sus arcas con su capricho de transformar las ruinosas casas de nuestro antepasado Garcilaso de la

Vega en el palacio con gran portada herreriana en el que ahora morábamos.

Desde entonces las deudas nos devoraban y los campos de Guadalajara no daban suficientes rentas como para recuperar las pérdidas. Según el contable, tendríamos que menguar gastos, y sólo lo lograríamos vendiendo o echando a la calle a una docena de criados. La duquesa, a sabiendas de que aquello era mandarles a una hambruna segura, prefirió empeñar unas cuantas joyas para disimular los primeros desaguisados que la necesidad provocaba en la casa.

Al fin y al cabo, la decadencia hacía tiempo que impregnaba hasta al más poderoso como una plaga de lepra, y no íbamos a ser nosotros inmunes al contagio.

Tardamos un tiempo en descubrir las verdaderas intenciones de doña Inés. Tanto pensar y pensar para sacarla del atolladero y ¡qué equivocadas estábamos! La clausura no era ni por asomo el remedio en que se escudaba para solucionar sus males. Simplemente, había cambiado el pañuelo que le brindamos para enjugar sus secas lágrimas por un saco de esparto lleno de odio.

Compadeciéndome de ella, me ofrecí a acompañarla a la iglesia. Sabía de antemano que rechazaría mi compañía, dejándome muy clara su ansiada soledad, pero aun así no quería que se sintiese desvalida.

La acompañé al portón de salida a pesar del nerviosismo que demostraba por ello. Cuando intenté averiguar la causa de su desasosiego y el porqué de que de un tiempo a esta parte se mostrase huidiza, hizo oídos sordos. Se limitó a empujarme con delicadeza, insistiendo en que entrase porque ella tenía mucha prisa.

¿Prisa para qué, si nadie le iba a cerrar las puertas de la iglesia? Deduje que algo escondía porque esquivaba mi mirada mientras de reojo parecía vigilar la calle de la Cava Baja, que desembocaba en la atestada plaza. De repente, como si alguien le clavase un alfiler, pegó un respingo y me dio la espalda; alzó el brazo al aire como espantando una mosca y se alejó dejándome con la palabra en la boca.

Me extrañó la dirección que tomaba, pues no iba a la iglesia de San Andrés. Tres hombres embozados en sus capas cruzaron frente a mi indignación impidiéndome seguir su trayectoria. La perdí de vista al tiempo que el reflejo del sol en el filo de un espadín desenvainado me cegó. ¡Iban armados y rodeaban a un caballero! Antes de gritar me cercioré de que en la plaza de los moros encontraría ayuda. Al localizarla, di la voz de alarma:

—¡Alguacil!

El guardián, que andaba en ese momento separando a dos mujeres en pendencia mesándose de los pelos e insultándose, se echó la mano al arcabuz y corrió hacia el punto donde yo le señalaba.

Los breves instantes que tardó en soslayar a la muchedumbre en día de mercado bastaron para que los asesinos desapareciesen dejando a su víctima tumbada en el

suelo. Sin atreverme a salir sola, miré hacia donde doña Inés se había ido por si aún estuviese allí. Empalidecí al verla agazapada tras un carro lleno de heno, observando. ¿Por qué se escondía?

Al percatarse de mi observar, salió como queriendo disimular. Lo más extraño de todo fue que, al pasar frente al tumulto, aceleró el paso cubriéndose el rostro con la mantilla sin ni siquiera acercarse a fisgar de quién se trataba. ¿Por qué parecía tener tanta prisa? ¿Acaso no le picaba la curiosidad? Quería acercarme, pero seguía sin atreverme a hacerlo sola. Sabía perfectamente que una noble señora no debía salir sola de casa, y menos aún en semejantes circunstancias. Aún quedaban aletargados en mi ser los retazos de la pronunciada timidez que me caracterizó en la infancia.

Al oír tras de mí los acelerados pasos de Ruy, alertado por los gritos y las trompetas de los alguaciles, me alegré. Mi señor marido apareció en el rellano intrigado por el guirigay. Por una vez en su vida acudía oportunamente.

Le supliqué:

—¿Puedo acompañaros? Quiero ver de quién se trata esta vez.

Dudó un instante antes de tomarme de la mano para guiarme, sacó su caja de tabaco, inspiró éste por sus narices y salimos. Estábamos a la distancia de unas dos varas cuando otros dos alguaciles nos impidieron el paso para que su compañero pudiese catar con tranquilidad la posibilidad de un improbable pulso en las venas del cuello del asesinado, necesitaba libre el espacio que le rodeaba. Pudimos ver cómo negaba contrariado mientras sacaba un pequeño espejillo de su bolsa y lo colocaba frente a la nariz del hombre atacado. Inmediatamente levantó la vista hacia sus compañeros.

—¡Mandad aviso al carro funerario!

Por su rica vestimenta, no era ningún pícaro o ladrón de los que usualmente morían en ajustes de cuentas a plena luz del día. Don Ruy preguntó.

—¿Se sabe quién es?

Sin mirarle siquiera, negaron con la cabeza. Insistió.

—Dejadme ayudaros a identificarle. Mi mujer lo ha visto todo y quizá podamos aclarar las cosas.

El más alto de los dos guardianes, al reconocernos, apartó su arcabuz para que entrásemos en el protector círculo que sus compañeros habían formado alrededor. El muerto yacía de espaldas, totalmente ensangrentado. Desde atrás se apreciaba un estilete clavado sobre las nalgas, el corte de una espada en su cuello y lo que parecía una larga aguja de un espartero atravesándole el pecho de lado a lado. Fuimos aminorando la marcha según íbamos intuyendo de quién se trataba. Con voz temblorosa me santigüé.

—Válgame Dios.

Ruy empalideció al darle la vuelta y ver su rostro. Me asió fuertemente del

antebrazo y me obligó a regresar sobre nuestros pasos. Al acercarse al alguacil, procuró adquirir un tono de voz convincente.

—Ya podéis avisar a la familia porque ese joven es el viudo de Francisca de Tabora, apodada en la corte como la Portuguesa.

El sayón dudó un segundo.

—¿Estáis seguro?

Don Ruy mantuvo su altanera posición.

—Como de que esta bella dama es mi mujer y no disfruta con la escena.

El alguacil asintió satisfecho de que alguien le hubiese facilitado el trabajo. En silencio recorrimos los pocos metros que distaban de nuestra casa y nos encerramos en ella. Al asegurar el portón, pudimos escuchar nuestra respiración acelerada inmersa en el repentino silencio. De nuevo fui yo la que tuve que romperlo.

—Sin duda estáis trastornado. ¿Por qué le habéis llamado viudo? No habéis de disimular, porque sabéis que hace tiempo que lo sé todo.

Me detuve un segundo para tomar aire y tragar saliva.

—¿Os dais cuenta, don Ruy, de que han asesinado al esposo de vuestra querida frente a nuestra casa? ¿Por qué habrá sido? Quizá alguien quiera cargaros el muerto.

A pesar de que no demostré celos, Ruy quiso darme una explicación.

—¡Ni lo penséis! Es más complicada la empresa de lo que se presume. Todo el mundo sabe que el asesinato fue el cornudo más consentidor de la corte, y hablo en pasado no porque ya esté muerto, sino porque a su mujer también la hallaron degollada frente al convento de la Trinidad.

Me asusté.

—¿Cuándo fue eso?

Respiró hondo y contestó en un susurro:

—Antes de ayer. La encontraron sentada en su silla de manos con las cortinas cerradas. Según dijeron, fueron sus mismos lacayos los que la mataron antes de huir. Bajo el asiento encontraron una nota junto a su bolsa. La letra decía dejar doscientos ducados para pagar los gastos de su entierro. No os lo dije porque, como bien sabéis, no es plato de buen gusto el reconocer mis devaneos y menos una vez enterrados. Pero...

Quedó pensativo. Algo más me escondía.

—¿Qué es lo que teméis?

—No lo sé, María. Son muchas las intrigas que se fraguan en la corte en estos días y demasiado retorcidos las que las inventan. Me despierto por las noches atenazado por la certeza de que Olivares no tardará mucho en tomar represalias mucho más contundentes que las pecuniarias en contra de nuestra familia.

Me abracé a él.

—Nunca os reprocho nada cuando salís y entráis a vuestro antojo. Pero tengo

miedo. No hace un mes que mataron al conde de Benavente en la plaza de la Paja y aún no han detenido a nadie. Hoy matan al marido de vuestra amante, y antes de ayer a ella misma, dejando una sola pista que sin duda apunta al arrepentimiento de alguno de los hombres que la mantenían.

Saqué un pequeño arma de fuego que guardaba en el refajo y la alcé.

—¿Creéis que esto nos guarece de quien quiera atentar en nuestra contra? Cada vez me siento más insegura ante la multitud de bandoleros que, cansados del campo, acuden a la corte sólo para matar con menos impedimentos y mayor recaudación. ¿Quién será el siguiente?

Ruy me acarició mientras bajaba el arma.

—Tranquilizaos, María.

—Lo estaré si me prometéis estar en casa al anochecer.

Asintió y salió. No quise decirle nada de cómo doña Inés había presenciado el asesinato, no fuese aquello a ser un simple malentendido que me jugaba la imaginación. Pero el recuerdo de una escena me asaltó repentinamente.

¿Y si el gesto que hizo al salir de casa como espantando una mosca fuese en realidad intencionado? ¿Y si lo que quiso con ello fue hacer una señal a aquellos hombres para indicarles su debida presa, evitando una posible confusión?

Últimamente, nuestra refugiada sólo pensaba en devolverme los favores que le había hecho para no andar en deuda conmigo. ¿Y si por un casual hubiese pensado en recompensarme librándome de los ilícitos amores de don Ruy para saldar su deuda, y así decidió matar a este matrimonio de cornudo y puta? A ella de acuerdo, pero ¿por qué a su viudo?

Sacudí la cabeza, queriendo despegar de mi sesera tanto retorcimiento a pesar de que las casualidades eran demasiadas. ¿Por qué dejaron en la silla de la Portuguesa una cantidad exacta a la que yo le entregué a doña Inés ese mismo día para vestir a sus hijos? Quizá simplemente fue una coincidencia. Quizá el asesino se los dejó allí para pagar la absolución de su alma y librarse del infierno, ya que la moral y el pecado se entremezclan a menudo confundiendo a los locos. Quise convencerme de que se debía a un capricho del destino, aunque intentaría por todos los medios hablar con doña Inés.

Al regresar, aquella misma tarde, aproveché un momento en el que coincidimos tomando chocolate y leche helada para indagar con sutileza. Tomé a una de sus hijas en brazos y alcé su falda para mostrar a su madre los remendones raídos de la tela.

—Doña Inés, esta niña no puede seguir con un sayo lleno de zurcidos. ¿Le habéis encargado ya uno nuevo? Si no lo habéis hecho, mañana viene mi costurera a probarme tres vestidos y podríais aprovechar para tomarle medidas ahora que ya tenéis el peculio para hacerlo.

Se mostró tranquila.

—Os lo agradezco, pero ya tengo a una mujer que se encarga de ello. Es más barata que la vuestra y no lo hace mal.

Por un lado me sentí satisfecha al descubrir que mis sospechas eran infundadas, y por el otro tuve un gran cargo de conciencia al haber desconfiado de ella. Di otro sorbo a la taza y proseguí ahondando en las pesquisas.

—¡No sabéis de la que os librasteis esta mañana! Nada más salir vos hacia la iglesia, aquí mismo asesinaron al marido de Francisca de Tabora.

Sin cambiar de posición, comentó:

—Ese extraño matrimonio había de terminar mal tarde o temprano, que un hombre no puede vivir tan alegremente de las ganancias que su mujer saca en el gusto del holgar con cualquier caballero que ose pretenderla.

Insistí:

—Es extraño que no lo vieseis porque acababais de salir.

Creí intuir cómo su ceño se fruncía levemente.

—Lo vi, pero no quise intervenir por miedo. ¿Quién sabe si entre el gentío expectante podrían haber estado los asesinos a la espera de averiguar si algún delator los denunciaba? Creo que podría incluso describir a dos de los asesinos, pero teniendo en cuenta que probablemente ya estarán a muchas leguas de la corte, prefiero velar por mi seguridad guardando silencio. Bien sabéis que delatar en esta ciudad es llamar a la muerte.

La exhorté de nuevo, procurando camuflar mi pesquisa.

—Creo que hacéis mal. No debéis temer por vuestra vida porque hubiese sido muy extraño que los malhechores se quedasen ante el riesgo de ser descubiertos. Si podéis identificarlos, ¿por qué no ayudáis a la justicia?

Sonrió con sarcasmo.

—¿A qué justicia? ¿A la misma que ajustició a mi señor el marqués de Siete Iglesias? Sabéis que desde entonces no creo en ella, y de todos modos, creo que en este asesinato todo está resuelto. El marido de la Portuguesa, enfermo de celos, mató a su mujer antes de ayer simulando casi un suicidio y sin calcular que a la postre quizá uno de los cuantiosos amantes de su mujer, más enamorado que los demás, decidiese vengarla contratando a tres sicarios que le diesen muerte. No es difícil, ya que hoy en día se compra la muerte en la calle por el valor de un mendrugo de pan.

Su explicación no era del todo convincente.

—Qué absurdo. ¡Si vos misma habéis dicho que era un consentidor! ¿Por qué iba a matar a la mujer que le procuraba caprichos y alimentos? Me parece, doña Inés, que mucho sabéis de estos delitos para no andar metida en el ajo. ¿Acaso ignoráis que mi señor también con ella holgaba? Siempre podrían meterle en el saco de los sospechosos.

Se apartó las tocas de anascote de la cara y sonrió, esta vez con dulzura.

—No os preocupéis, que si a alguien le cargan el muerto, será a Villamediana. Dicen en el mercado que el rey está muy cansado de sus desaires y le guarda ojeriza. Si sigue así, será Olivares el que, dando gusto al monarca, actúe en su contra. De todos modos, ¿estáis contenta?

Sus enigmáticas preguntas me hacían sentirme una ignorante al no saber cómo descifrar los pensamientos que surcaban su sesera. Sin duda era la reina en los ardidés del escondrijo y el juego de palabras.

—¿Por qué habría de estarlo? ¿Por la muerte de la amante de mi señor?

Ella asintió.

—Si eso me librara de las mujerzuelas venideras, quizá, pero soy consciente de que sólo será un eslabón de la larga cadena que ha de recorrer antes de sentar la cabeza.

Doña Inés se mostró contrariada ante mi poca gratitud, y yo, al sentirme incapaz de sonsacarle, preferí ignorar la certera intuición que me había llevado a imaginar un sinfín de absurdos.

«Ellas de nada se duelen,
 Como a ellas no les falten
 Almendrucos y pasteles,
 Chufas, fresas y acerolas,
 Garapiñas y sorbetes,
 Despeñaderos y rizos,
 Perritos y perendengues».

CALDERÓN DE LA BARCA
Aurisfela y Lisidante

Valiéndome de una pequeña palangana, humedecí el búcaro esmaltado que Ruy me había regalado. Aquella vasija de arcilla negra, roja y blanca perfumó la estancia con todos los aromas que de las Indias traía. Tomé un pedacito de tierra sigilada de su interior y me lo metí en la boca para mascar todo su sabor mientras aguardaba a que mi abuela, la duquesa, terminase de peinarse.

Aquella tarde acudiríamos a una reunión con visos de academia que había convocado el mismísimo marqués de Villamediana. Prometía un gran divertimento para todas las que allí acudiésemos, ya que incluso el rey se titulaba poeta.

Este tipo de tertulias literarias siempre habían sido exclusivamente para hombres enviciados en el arte de las letras, que proliferaban tanto o más que los bandidos.

Villamediana, en su último viaje a Zaragoza, supo que por aquellos lares había tantas mujeres escritoras como hombres en Madrid. Estas señoras de la pluma también solían reunirse una vez al mes en una academia que ellas mismas habían fundado. Nuestro anfitrión, siendo como era el artífice de los más entretenidos saraos, pensó que no sería mala cosa hacer algo similar en la corte, ya que la conjunción de verso y mujer siempre había dado resultado.

Convocó, por medio de pasquines que pegó en todos los rincones de la villa, un premio literario para todas las damas que desearan concurrir. La expectación entre las monjas, hidalgas y nobles que no eran analfabetas fue inmediata, y causó tanta emoción que fueron muy pocas las que no se pertrecharon con pluma y tintero para rimar o escribir lo que a sus calenturientas mentes acudiese.

He de reconocer que yo misma lo intenté durante un par de horas de insomnio. Emborróné decenas de papeles y entinté mis manos, los encajes de los puños de mi camisola y mis sesos con palabras sin sentido. Mi juventud y valiente osadía llegaron a convencerme de que aquel entremés era bueno, pero aún necesitaba una segunda

opinión.

Fui a visitar al amigo más versado en estos ardidés que conocía. No fue difícil sobornar a los alguaciles que le custodiaban para que me dejasen hablar con él. Al verme al otro lado de la reja, se levantó de un pequeño escritorio que tenía en la celda y acudió a mi encuentro.

Sin decir palabra, le tendí el manoseado papel a través de los barrotes. Lo leyó muy despacio y en silencio. Temí el momento en el que mi buen amigo Francisco de Quevedo y Villegas se ajustó los anteojos como siempre hacía antes de satirizar. Me miró fijamente a los ojos antes de dejar que una sonora carcajada manase de su gaznate. En cuanto su mofa cesó, le pregunté con humildad si tan malo era y me contestó con una sola palabra: «Peor».

Don Francisco intentó enmendar su burla inicial ofreciéndose a ayudarme a repetirlo, pero para entonces mi autoestima se arrastraba cual lombriz en un terral humedecido por la lluvia helada. Deseché su buena disposición para dirigir mi trabajo, consciente de que al final el entremés sería más suyo que mío. Una retirada a tiempo sería lo mejor. En realidad prefería leer que escribir, y por lo menos lo había intentado.

Doña Ana sacó de un escondrijo que había entre los faldones de su tocador un joyero con incrustaciones de marfil. Tomó un broche alargado de esmeraldas, que le tendió a su peluquera para que lo prendiese de su cabello junto a un pedazo de papel arrugado que escondió rápidamente en su faltriquera de terciopelo.

Guardando en un lado de mi boca el barro, sonreí.

—¿También vos escribisteis?

Me miró indignada, eludiendo una respuesta con una reprimenda.

—Doña María, miraos al espejo. Tenéis los dientes marrones. No deberíais mascar tanto barro. Las jóvenes de hoy parecéis más vacas rumiando que damas. Ese uso que se está imponiendo tanto entre las de vuestra edad acabará mellándoos la boca antes de lo debido. Os dejará opilada, el vientre se os hinchará y pondrá duro como el de una preñada a punto de parir y vuestra piel se tornará tan amarillenta como la de un membrillo. ¡Poca penitencia os pone vuestro confesor al privaros de ese vicio durante sólo un día!

Antes de contestar, escupí la piedra en un pequeño cuenco de Talavera pintado con nuestro escudo de armas.

—Lo hacemos imitando a las damas francesas y su presunción, pues al enjuagarnos después de mascar barro, nuestra dentadura parece más limpia y nos salvaguarda de los hediondos olores. Desde que nos enviciamos con el barro, nuestro aliento se perfuma con su aroma y nuestros esposos lo agradecen, ya que los besos les saben mejor.

Negó disconforme.

—Convenceos como queráis, pero sólo son golosinas quejicosas. Vos no lo oís, pero suenan demasiado al chocar en vuestra boca las unas con las otras.

Tomé impulso para levantarme del almohadón de seda en el que me encontraba reclinada, y sin pedirle permiso, me permití colorearle las mejillas con unos polvos carmín que reservaba en una pequeña caja de nácar.

—Hacedme caso, dejadme aconsejaros sobre los novedosos afeites y perfumes que nos llegan.

Doña Ana inspiró resignada mientras, restregándose un pañuelo por la cara, borraba la sombra encarnada que le acababa de dibujar.

—Doña María, os sobran ímpetu y juventud. Vos aún os podéis aderezar y engalanar en demasía sin resultar atrevida; yo, en cambio, hace años que aprendí a cultivar mi alma en vez de un cuerpo en natural decadencia. Ya aprenderéis que no hay nada más patético que ver a una mujer anciana disfrazada de jovencita. Tocas y mantillas dadme para disimular la edad y ya me ocuparé yo de conquistar voluntades mediante lo aprendido por la experiencia.

Sin darse cuenta, se llevó la mano a la faltriquera como asegurándose de que portaba lo que había guardado hacía un momento. Al verla, la curiosidad me hizo insistir.

—¿Qué escondéis con tanto disimulo? ¿Es un poema? ¿O quizá una obra sacramental con una moraleja llena de experiencia? Leédmelo, por favor. Yo también escribí algo, pero después de que Quevedo me diese su opinión sobre ello, preferí que ardiese en la chimenea.

Como sin quererlo, se echó la mano a la bolsa para salvaguardarlo.

—¿Qué os he dicho mil veces sobre vuestra desmesurada curiosidad?

Sumisa, bajé la mirada. Ella era la dueña de la casa, y aunque no estaba estipulado en ninguna parte, por respeto y agradecimiento, todos los que morábamos en ella le debíamos obediencia. Ante mi aparente arrepentimiento, decidió darme una explicación

—Doña María, he escrito algo, pero prefiero esperar a escuchar a las que allí acudan antes de exponerme a leer en voz alta mis palabras, ya que, sin haber pedido opinión a ningún escritor, soy muy consciente de mis limitaciones. Hay mujeres duchas en este afán. Sólo con leer la historia manada de las plumas de Ana de Castro Egas y Ana de Caro Manlleu os daréis cuenta, y si eso os aburre, podéis deleitar vuestros sentidos con los poemas de la toledana Ana de Ayala, que para algo son mis tocayas.

»Claro que... desde Burgos podrían venir Beatriz de Sarmiento o Leonor de la Cueva, y desde Andalucía, Cristobalina Fernández de Alarcón o Feliciano Enríquez de Guzmán. ¡Cómo podría competir yo con ellas!

La interrumpí sarcástica.

—Rivalizando, aunque tened en cuenta que también podrían abandonar el claustro Ana Francisca de Abarca y Bolea o nuestra amiga sor María de Ágreda. ¿No creéis que estáis dando demasiada importancia a este sencillo certamen? Si bien es cierto que son muchas las mujeres sobresalientes en la escritura, no creo que vengan todas esta tarde a la corte para demostrar su maestría a la hora de empuñar la pluma. Pensad que muchas escriben por gusto y no para vanagloriarse con ello.

Pensativa, musitó:

—Puede ser, ya que muchas veces no es justo el reconocimiento y premio que en estas lidias se otorgan. Fijaros en Feliciano Enríquez, después de tres años disfrazado de hombre acudiendo a las aulas de la universidad de Salamanca en pos de su amado, acabó huyendo a Coimbra enferma de celos y sin dar a conocer la mayoría de sus escritos.

Sonreí; me divertía ver cómo la mujer que yo más admiraba por su fortaleza y seguridad se mostraba dubitativa.

—Si sabéis que en el fondo ninguna de ellas acudirá a esta justa literaria, ¿por qué las recordáis? Yo de vos, me preocuparía más por María Zayas o por nuestra parienta Antonia de Mendoza, que viven aquí en Madrid. La cercanía y la hermosura de sus sonetos y elegías bien le podrían dar el triunfo. ¡Por algo la apodan la divina Antandra!

La duquesa del Infantado dio por terminada la conversación prendiéndose otro broche de esmeraldas en el escote y levantándose dispuesta a salir sin añadir nada más.

Al abrirse la puerta de sopetón, pegamos un respingo. El rostro de doña Inés delataba una mala noticia. Tras ella, Joaquina, mi dueña, jadeaba a la espera de que le otorgásemos la palabra. Doña Ana la azuzó con la mirada.

—Mi señora. La reunión para la academia en el palacio de Villamediana se suspende, y vuestras mercedes mejor harían en mudar esos ricos vestidos por negros y austeros sayos de luto.

Las dos nos sorprendimos.

—Malas han de ser las nuevas y poco de albricias tendrán cuando don Juan sólo una hora antes de la celebración decide dar al traste con todo. ¡Si incluso los reyes se engalanan a estas horas para ello!

Joaquina, de un soplido, se retiró de la frente un despeinado mechón que le impedía la visión, tragó saliva y prosiguió.

—¡Y tan malas, como que el anfitrión ha sido asesinado en los soportales de la plaza Mayor hace media hora!

Nos santiguamos mientras el coro de las voces de los niños llegaban a nosotras.

Matan a diestro y siniestro
Matan de noche y de día
Matan al Ave María
Matarán al Padre Nuestro.

Escuchamos en silencio aquellos versos que el padre José Butrón había compuesto y que por desgracia se estaban haciendo tan populares y pegadizos. Hasta los más párvulos los repetían en cuanto había ocasión, y para nuestra desgracia, éstas cada vez eran más asiduas. La voz de doña Inés interrumpió el silencio sepulcral en el que cada una de nosotras nos habíamos refugiado.

—Ya lo predijo la Guevara y os lo dije.

Al recuperar el denuedo, pregunté:

—¿Seguís viéndola?

Se hizo la sorda, inquiriéndole a Joaquina:

—¿Cómo ha sido?

La dueña tomó aire.

—Dicen que venía de jugar a los naipes en una partida que montaron después de almorzar en uno de esos figones de mala muerte. Como en otras ocasiones, había perdido una gran suma, pero a pesar de ello se le veía contento, pues según algunos testigos, esperaba con ilusión escuchar esta tarde las grandes obras literarias que sin duda habrían surgido de las seseras femeninas que había convocado.

Doña Ana se enervó.

—No se mofaría de nuestra capacidad.

Joaquina negó rotundamente.

—¡Nada más lejos de su intención! Como sabéis, él siempre alardeaba de conocer bien a las mujeres y las admiraba en todas sus trazas.

Doña Ana, a pesar de no quedar muy convencida de ello, prefirió no objetar nada al respecto.

—¡Demasiado sabía de nosotras y en su beneficio lo utilizaba, pero a mí no me engañaba! Prefiero no profundizar en ello, ya que, una vez muerto, Dios será el que le juzgue. Proseguid, Joaquina. ¿Qué más sabéis?

—Como os iba diciendo, serían las nueve, iba hacia su casa acompañado de su habitual compañero de avatares, dispuesto a prepararse para recibiros a todas las damas literatas, cuando de entre la penumbra de los soportales de la plaza Mayor le salió al paso un rufián tan hábil en el arte del asesinato que asestándole una sola y certera puñalada le mató. El embozado desapareció como la sombra fugaz del diablo en un santiamén, sin darle tiempo al marqués ni siquiera a desenvainar.

—¿Tampoco Luis de Haro pudo defenderle?

La dueña se encogió de hombros.

—Siendo su mejor amigo, de haberse brindado la ocasión, lo hubiese hecho sin dudar, pero dicen que sólo fue capaz de sujetarle con desespero antes de que cayese al suelo.

—Dios nos guarde. Como al portugués, le han matado a plena luz del día. Si seguimos así, nos vamos a tener que enclaustrar en casa a todas horas.

Joaquina la interrumpió.

—El asesino iba tan embozado en su capa que los alguaciles no han podido dar con él, pero los rumores sobre su posible asesino son muchos.

Ruy de nuevo me vino a la mente. Mi señor, como Villamediana, también tenía enemigos en el juego, deudas por pagar y envidiosos que amansar por unos motivos u otros. Los pensamientos escaparon de mi boca sin quererlo.

—Será difícil dar con quien pagó al asesino. Hay demasiados hombres que le hubiesen querido matar, siendo uno de los hombres más envidiados de la corte por su ingenio al utilizar la sátira en sus escritos, su riqueza y su poder.

La voz de Joaquina me secundó.

—Amén de sus amoríos.

La dueña se tapó inmediatamente la boca, a sabiendas de su indiscreción y temiendo una represalia de su señora la duquesa. Se tranquilizó al ver que ella también andaba inmersa en sus pensamientos. Sentada ya de nuevo en frente del tocador, se quitó el broche de esmeraldas y comentó:

—Se me ocurre un mandatario de muy alto rango...

Todas quedamos en silencio, y por la cabeza de todas cruzó el mismo nombre.

—No creo que el rey fuese capaz de matar por haber compartido con Villamediana a la Portuguesa. Su alteza no destaca por perdurar en sus amores, y nunca mataría por ello, ya que siempre encuentra reemplazo a sus efímeros caprichos.

Guardó el broche en una caja con incrustaciones de marfil. Con la voz temblorosa, elucubré mencionando en voz alta el nombre que a todos nos rondaba.

—El rey no mataría a un grande, pero ¿y Olivares?

Doña Ana se molestó.

—¡Olivares! ¡Siempre Olivares! Su nombre se pronuncia tantas veces en esta corte que acabaréis desgastándolo. Ese hombre consigue silenciar con divertimentos el pensamiento del pueblo. Recurre al viejo ardid que utilizaron en su día los romanos con el circo y el teatro. Así silenciaron la caída del imperio. Los castellanos, como ellos en su momento, entretenidos en trifulcas de esta guisa, olvidan el hambre, los asesinatos y la decadencia en la que todos nos vemos ahogados día a día independientemente de nuestro estado o condición.

Intervine:

—Es cierto que hoy más que nunca la corte en Madrid es un hervir de intrigas de la peor especie. ¿De qué sirven los esfuerzos de nuestros valerosos hombres en las

contiendas de Sicilia, Nápoles, Monferrato, Bohemia y Valtelina? Los soldados ya sólo son un recuerdo del glorioso reinado de Felipe II, porque mientras en Europa les admiran por la entrega que demuestran al intentar salvar el declive de nuestro ya desastrado imperio, el rey les ignora dejando su devenir en manos de cualquier gobierno.

Doña Inés, hasta el momento callada, intervino apretando puños y dientes, más enrabietada que nunca.

—¡De cualquier no! ¡De Olivares! ¡Y no me digáis que de nuevo hablamos de él, porque ese hombre ha conseguido introducirse en las bocas y pensamientos de todos como diablo al poseer un cuerpo! Aparentemente, todos pugnan por hacerse con el cetro, la corona y la confianza de nuestro voluble soberano, pero la verdad es que sólo un hombre lo consigue. ¡Debemos vengar a todos nuestros muertos! Y la venganza no ha de cernirse a la muerte de los rivales. No, señoras. Eso es precisamente lo que hace nuestro enemigo.

Consciente de su repentino arrojó, agachó la cabeza y bajó el tono de voz.

—Nosotras seremos más meticulosas. ¡Hay que pensar en algo peor y más hiriente que una lenta tortura! Sólo sería digna de elogiar una trama bien urdida y parsimoniosa que poco a poco fuese denigrando al contrario hasta el punto de que ansiara cavarse su propia fosa.

A pesar de aquella exaltación imposible de contener, la duquesa doña Ana, con toda su prudencia, la secundó con los pensamientos de su calmada ancianidad.

—Venganza, curiosa palabra tan pronunciada en estos días. Venganza y Olivares, un binomio digno de realzar en algún manuscrito. ¿Por qué no escribe alguien sobre ello? Ya no contamos con la pluma de Villamediana, pero sin duda Quevedo lo hará, ya que los barrotes, lejos de amedrentar su odio, se lo avivan como fuelle a las brasas.

La interrumpí.

—Su tesón no desespera.

La abuela no me escuchaba. Ella seguía divagando sobre unos tiempos mejores que ella había conocido bien y veía desmoronarse con difícil solución.

—¿En vez de venganza, creéis que hay desesperación? No lo sé. Lo único cierto es que si seguimos así tendremos que huir de la corte, y con ello contentaremos a Olivares. Ya son muchos los que han emigrado, soslayando la amenaza de las deudas. Si regresáramos a Guadalajara, además de eludir la probabilidad de ser los siguientes asesinados, ayudaríamos a cumplir con las premisas que marca la nueva junta de Reformación.

Doña Ana se levantó del taburete que había frente a su tocador para sentarse nuevamente en los almohadones que había a mi lado. Decaída, prosiguió con su particular monólogo a sabiendas de que nadie la interrumpiría.

—¿Qué pretende el valido? ¿Quizá contentar a los pobres limitando el lujo de

todos? ¿Es que no comprende Olivares que ése no es el camino? La mejor manera de ahorrar sería limitar el gasto de las contiendas que en el extranjero nos arruinan, ahorrar manteniendo a nuestros soldados en casa. ¿Es que no ve que Aragón, Valencia y Andalucía están cansadas de contribuir a este dispendio sin límite? ¡Los castellanos también lo están, aunque no alcen su voz!

»Para convencer a los más pobres de su buen gobierno, está creando montes de piedad y erarios. Sus pragmáticas nos cansan, y tarde o temprano también cansarán al rey, ya que se permite menguar sus faustos particulares argumentando que así dará ejemplo a los plebeyos. ¡Como si éstos se enterasen de lo que se cuece entre los muros del alcázar!

»Todo anda en declive. Muchos lugares se despueblan, abandonando los lugareños sus casas, iglesias y conventos a merced del paso del tiempo y la ruina. Los campos quedan sin plantar, obligados a un barbecho estéril que no alimenta a nadie. Los graneros, llenos de ratas y medio vacíos, recuerdan lejanos los tiempos de opulencia. Por los caminos fluyen familias que deambulan de un lado a otro buscando un remedio a sus penurias sin hallarlo, y los méritos de nuestros tercios para con la corona se pagan con honores y no con monedas.

Poco a poco la duquesa del Infantado se iba recalcitrando con su propia exposición.

—Y decidme, María, ¿qué hace Olivares para remediar este mal?

Arqueé las cejas, pues ignoraba la respuesta que esperaba. Por un lado, la política me aburría, y por el otro, sabía que doña Ana ardía en deseos de contestarse a sí misma. Alzó la voz:

—Yo os lo diré: ¡nada que para la corona signifique el menor sacrificio! ¡Nada que pueda incomodar al rey! No vaya a ser que decida prescindir del mequetrefe que emula su sombra. Como siempre, ha recurrido a nosotros para salir del paso. Ahora, no contento con prohibirnos el estipendio desmesurado, pretende obligarnos a los títulos del reino, prelados y otros hidalgos que no tengamos cargos en la corte a que retornemos a nuestros estados y señoríos, donde tendremos que dar trabajo a los jornaleros de las tierras y sembrar las dehesas y baldíos que no están aprovechados.

Suspiré.

—Menos mal que vuestro marido el duque es consejero del rey y así todos podremos permanecer aquí.

Doña Ana me dio un pescozón.

—Qué ingenua sois, María. A los que no tienen cargos es a los que menos persiguen, pues la junta de Reformación de Costumbres obliga a todos los que desde 1592 fueron ministros en la corte a informar de lo que tenían mediante inventario en el momento que se les nombró y compararlo con lo que tienen ahora. ¿Sabéis para qué?

Me encogí de hombros.

—¡Para arruinaros a vos y a vuestro marido disponiendo de los bienes que un día habréis de heredar! Pues con ello calculan el incremento de los patrimonios durante cada mandato, y si comprueban que éstos crecieron desproporcionadamente a las rentas que les correspondiere, pedirán más cuentas y razonamientos de las ya solicitadas a vuestro abuelo el cardenal duque de Lerma y a vuestro tío Uceda, amenazándoles con penas gravísimas si incumpliesen. Con este ejemplo pretenden restablecer la moralidad de los cortesanos y funcionarios, mientras los actuales se llenan los bolsillos.

Sonreí.

—¡Qué tontería! Nuestro abuelo Lerma, como siempre, se verá librado de cualquier castigo gracias al hábito cardenalicio.

Mi abuela se enojó.

—Se ha visto librado del calabozo, pero no tendrá tanta suerte con la administración y multas. No es un secreto que el pueblo le odia, y Olivares, amenazándole, se gana la confianza de todos. Primero ha acabado con los más favorecidos, y ahora quiere seguir.

Pregunté:

—¿Por qué la plebe no desconfía de él?

Doña Inés soltó una irónica carcajada.

—¡El primero que ha de hacer inventario de lo que posee es él, y aún no lo hizo! Estoy segura de que cubriéndose de grande no ha satisfecho todas sus expectativas. ¿Quién osará pedirle que rinda sus cuentas? ¿Quién le investigará?

Doña Ana procuró amansar sus enrabiados ánimos contestándose a sí misma.

—¡Nadie! Todos andan temerosos de su venganza. Por eso debemos ser cautas y pacientes. Sólo dadle tiempo para que sus ahora amigos le odien y se cavará su propio foso. En los últimos tiempos los oficios de los 24, entre regidores, escribanos y procuradores se han reducido a un tercio por haber abusado de su condición, y desde hace nada se limita a un mes de estancia al año en la corte a cualquier pretendiente de cualquier calidad que no logre en ese tiempo conseguir un cargo o trabajo. Ya son muchos los que le aborrecen, dejemos reposar los ánimos y se engrosarán las filas de sus enemigos, y algún día el que le suceda se encargará de injuriarle como él hace con los que en el pasado ocuparon su lugar. Dio un sorbo a un zumo que tenía a su vera.

—Ahora, doña María, salid a buscar a Ruy. He de informarle de los últimos acontecimientos. Joaquina os acompañará.

Me quejé.

—Mi señora, no me obliguéis a ello. Sé que no visita lugares propicios para las damas, y yo no ansío conocerlos. Él mismo me prometió no ha mucho tiempo que

estaría en casa al anochecer. Mirad el reloj, delata la hora de un efímero ocaso que no concluyó. Dadle tiempo porque debe de estar al llegar.

Doña Ana, furibunda, dirigió una mirada fugaz al reloj que había sobre la chimenea.

—¡Al llegar! ¿Es que olvidáis que él cuenta con que hoy llegaremos tarde de la frustrada academia que Villamediana había organizado en su casa? Vuestro esposo da por hecho que goza de una larga noche libre de excusas, y tened por seguro que ha dispuesto de ella sin recato. Muy oculto y embelesado se ha de hallar si aún no se ha enterado del asesinato de Villamediana.

En silencio se levantó para pasear meditabunda de un lado a otro de la sala.

Temerosa de que repitiese la orden, bajé la mirada rogando a Dios que el despistado apareciese. Sus chapines de raso pisaban exactamente en el mismo lugar que segundos antes habían clavado la punta de su bastón de marfil. El pasillo ya desgastado de la alfombra sufría de nuevo su nervioso tránsito. El tiempo pasó tan lento como angustioso. No quería marcharme de ninguna manera. El reflejo del espejo del tocador se fue oscureciendo como si la niebla matinal de la caja de Pandora se hubiese escapado para inundar la estancia. Entre el tictac del reloj y los pasos desacompañados de la duquesa, mi corazón se fue enterrando en angustia.

Pasado un cuarto de hora, nos importunaron dos lacayos, que hincando rodilla al suelo y pertrechados con aceite, velones y mechas, según la costumbre de siempre, alabaron al Santísimo Sacramento y pidieron permiso para encender lámparas y candiles.

Doña Ana se lo concedió con un leve gesto de cabeza y frenó el paso frente al cúmulo de almohadones en donde me encontraba recostada. Fue taxativa.

—Ya ha anochecido, María. Sé que Ruy no ha de estar en ningún lugar del todo decente, pero aun así me lo habéis de traer.

Repliqué:

—¿Por qué yo? Tengo miedo. Mandad a Joaquina junto a dos de vuestros lacayos. Ella, como dueña experimentada y concedora de todo lo que yo ignoro, sabrá hallarle con mayor fortuna.

Levantándome con el bastón, enaguas, guardainfantes y sayas, me gritó:

—¡Niña! ¡Levantaos para hablarme o ateneos a las consecuencias!

De un salto me puse de pie.

—Lo siento, mi señora. Sólo eludo al temor.

Dudó un segundo.

—¿Vais armada?

Al echar mi mano a la cadera, sentí el bulto de la pequeña arma que portaba.

Asentí.

—El arma y Joaquina serán tus mejores guías y protección. No regreséis hasta no

haber dado con él. Ya va siendo hora, María, de que os enteréis de lo que hay en las calles y lo asimiléis, que en nada os ayuda ignorarlo.

«Estas que fueron pompa y alegría
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana
Durmiendo en brazos de la noche fría».

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Soneto

Salí a regañadientes y temerosa de casa con un manto transparente cubriéndome el rostro. Por un momento atisbé las temblorosas sombras amenazadoras que los hachones pendientes de las argollas de cada lado de la puerta iluminaban tenuemente. Los dragantes del escudo de armas que coronaba la fachada principal parecían haber cobrado vida alertándonos del peligro que corríamos.

Aquella misma tarde habían asesinado a otro de nuestros amigos. La inseguridad de Madrid ya era conocida en media Europa, y sin embargo, mi guardiana y abuela política me lanzaba a las calles en busca de su nieto. ¡Como si fuese mi culpa su clara inclinación hacia el libertinaje!

Al punto de partir, apareció doña Inés con sus hábitos negros de viuda ofreciéndose a acompañarnos.

—Vos velasteis mi llanto cuando mi señor andaba preso, hoy velaré yo el vuestro.

Acepté con gusto, sintiéndome más protegida con su compañía. Al fin y al cabo, no era la primera vez que salíamos juntas en la noche, pero a pesar de todo me pareció extraño que se brindase a salir de su propia clausura tan fácilmente. Muy pronto sabría su verdadera intención.

Al entrar en la carroza, mi dueña miró confidencialmente a la viuda. Algo parecían estar diciéndose la una a la otra sólo con la mirada, pero yo no quería perder más tiempo.

—Joaquina, sin duda conocéis el exacto paradero de mi marido. Yo no quiero saberlo hasta que lleguemos. Decid, pues, al cochero nuestro destino de manera que no lo pueda oír, pues después de esta noche evitaré por todos los medios repetir este paseo.

Miró de nuevo a doña Inés. Ésta asintió, como aceptando su solicitado permiso. Joaquina salió, se asomó al pescante y le susurró una dirección al cochero que le hizo dudar.

—¿Estáis segura? —preguntó con extrañeza la voz grave del lacayo.

—No discutáis y llevadnos.

No hubo más preguntas. El látigo sonó sobre el lomo de los caballos y nos pusimos en movimiento. No habían pasado dos segundos cuando nos cruzamos con dos mujerzuelas. No pude dejar de analizarlas.

Rompí el silencio.

—¿Las habéis visto? Supongo que no tienen nada que perder. ¿Qué harán si definitivamente las casas públicas y mancebías se prohíben por los muchos escándalos y desórdenes que hay en ellas?

Joaquina me interrumpió.

—No se pueden prohibir. Si lo hacen, seguirán trabajando clandestinamente, pues desde tiempo inmemorial tienen su razón de ser. Sé de más de uno que se volvería loco si no pudiese satisfacer su desenfreno en las querencias y necesidades que le azuzan asiduamente. Y sabe Dios lo que un loco carcomido por la lujuria es capaz de hacer en una calleja oscura ante una inocente incauta.

Lo pensé detenidamente.

—Joaquina, la imaginación os pierde.

Como siempre, fue resabiada en su contestación.

—No son sueños, sino realidades. Descorred la cortina y observad como a estas horas la alevosía y el pecado surgen de la oscuridad para introducirse en las almas de los que por aquí transitan.

Un segundo de atisbar me bastó para corroborar lo que mi dueña aseveraba con tanta tranquilidad. Los mismos candiles que iluminaban a un Cristo incrustado en la hornacina de una esquina delataban a dos borrachos que, apoyados el uno en el otro, hacían malabarismos para no caer de bruces sobre una anciana mendiga. La vieja, medio desnuda, los ignoraba mientras roía con fruición una simple cáscara seca de naranja. Los ebrios cantaban a coro algo indescifrable mientras por detrás de ellos asomaba un embozado con mucho sigilo.

Centré mi atención en este último. Les robaba sus bolsas, animado por el susurro de una meretriz que pretendía una participación en el beneficio mientras le mostraba insinuante el pecho desnudo. Se me revolvió el estómago al pensar que Ruy debía de andar con una prima hermana de aquella desvergonzada, y cerré de golpe la cortinilla.

—¿Y decís, Joaquina, que ésas son necesarias? Quizá tengáis razón y sea mejor así. Unos se desahogan y las otras comen vendiendo su cuerpo. ¡Hoy todo se tapa y esconde con devociones y religión! Sólo un segundo espiando y la misma luz que ilumina al Cristo crucificado de la esquina del convento descubre toda nuestra inmundicia.

»Hoy no hay ramera que no alardee de ser devota de un santo o Virgen y que no acuda a los oficios. Los ladrones que roban al rico y entregan una décima parte de lo obtenido al pobre creen estar sirviendo a Dios. Hay rufianes que a cuchilladas privan de la vida a sus mujeres, haciéndoles confesar primero para apaciguar su alma.

Cornudos, consentidores y vagos que antes de trabajar en un oficio digno prefieren vender el cuerpo de sus hijas, hermanas y esposas sin ver mal en ello. ¡Fijaos en la familia de los portugueses Tabora!

Joaquina rió estrepitosamente.

—¡A mi juicio, los últimos son los peores! Pues sabiendo que cualquier día les pueden detener, subir en un asno con un tocado de cuernos y ser fustigados por los látigos de sus propias mujeres, persisten en su delito. Es divertido ver el espectáculo y triste comprobar públicamente tan grande deshonra. ¡De buena se libraron con la muerte el portugués y su mujer!

Deseaba no pensar en nada. Sabía que nos dirigíamos a una de esas mancebías en las que nunca había entrado, y quería estar informada.

—¿Qué termino hay para las rameras? ¿En qué se diferencian las unas de las otras?

Doña Inés me interrumpió.

—No queráis saberlo.

La ignoré e insistí.

—Sé que las mancebas sólo son las mantenidas por hombres casados que buscan parir de ellos para asegurarse las rentas de sus hijos de por vida. Desgraciadas que juegan a señoras y sólo son sanguijuelas más indignas aún que las putas que van de frente y no esconden precios ni intenciones. ¡Menos mal que mi señor, que yo sepa, aún no ha caído en semejante estipendio!

Joaquina me interrumpió:

—No os metáis con ellas. Muchas serán como decís, pero otras son en realidad las verdaderas enamoradas de los señores, a los que se entregaron y que por pobres no lograron dotar sus bodas como hubiesen querido. Además, cuando cumpláis más años, querréis tranquilidad más de una noche, y si vuestro señor comparte el lecho con una manceba, ella os libraré del débito conyugal cuando la necesidad del cuerpo de vuestro marido acucie. Ellas son las reinas de corazones ocultos, limosnas y casuchas. Las esposas legítimas son en muchos casos sólo las soberanas de los sentimientos forzados, las mercedes e intereses y los palacios.

»Si no queréis sufrir, ahorráos los celos siempre que se muestren discretas y no pidan más de lo que se les debe. Mientras sea sólo manceba y no querida que pretenda un cortejo con todas sus consecuencias por parte de vuestro esposo, bienvenida sea.

Me negaba a pertenecer al grupo de las legítimas.

—Alguno se habrá casado por amor.

Se mostró incrédula.

—No seré yo la que os prive de seguir soñando durante toda vuestra vida; si os place y os ayuda a eludir la verdad, agarraos bien a la rama del guindo para no caer

de bruces.

En este punto, y consciente de que llevaba razón, preferí no ahondar en la crudeza. Seguía intrigada por aquellas mujerzuelas.

—Por vuestras palabras, deduzco entonces que, de ser casada, nunca estaríais celosa de una manceba pero sí de una querida.

—Os he dicho que los celos sólo traen sufrimiento y hay que ignorarlos, pero la lógica dice que la querida puede llegar a doblegar el ánimo de cualquier hombre hasta hacerle enloquecer de amor, y la manceba nunca. Ellas tienen muy claro lo que dan y a cambio de qué, y nunca pretenden más de aquello.

Me enervé.

—Diréis lo que queráis, Joaquina, pero yo las veo igual a todas. Unas más sutiles, otras menos, pero todas venden sus favores. ¿En qué diferenciáis a mancebas y queridas de putas?

Pensativa, me contestó:

—Las primeras son más discretas, aunque ahora hay tantas clases de mujeres que venden y casi regalan su cuerpo que es ya difícil delimitar el terreno de cada una de ellas.

Doña Inés intervino.

—Olvidáis a las solteras que, habiendo perdido ya la virginidad, pretenden sus madres venderlas en matrimonio a cualquier incauto extranjero asegurando su virginidad mediante un papel firmado ante notario. ¡Como si el notario pudiese certificar su doncellez sin haberla catado y fiándose sólo de su palabra!

Más que acompañarme, parecía venir a incordiarme. La contradije.

—No exageréis, que eso ya se acabó. Ayer mismo leí que condenaron a una pícara por fingir su doncellez al pago de 3000 ducados de indemnización para el incauto que con ella se casó engañado.

Joaquina sonrió de nuevo.

—¡Menuda recompensa por el daño causado! ¡Para qué los querrá si ha de cargar de por vida con ella! Mejor harían anulándole el matrimonio. Pero si hasta vuestro pariente Diego Hurtado de Mendoza ha escrito dos poemas elogiando a las bubas y al cornudo. Qué se puede esperar si ya se escribe abiertamente de estos pecados y enfermedades, castigo digno a la promiscuidad. ¡Si hasta Góngora lo transforma en verso!

Sabía a lo que se refería. Hice memoria y recité:

Casada hay quien libra

En sí misma letras

Para el mismo día

Que a casar la llevan.

—Labia no le falta al escritor, aunque no tiene que envidiar a nuestro amigo Quevedo. Por algo son rivales.

Nuestros temores a lo largo del paseo se habían disipado. Reíamos animadamente cuando la carroza frenó en seco y nos sobresaltó. El corazón se me aceleró mientras Joaquina se asomaba.

—No es nada. Sólo un perro que se cruzó. Os veo temerosa aún, doña María. Propongo un juego para distraeros. La que más nombres recuerde gana. ¿Cuántos apelativos tienen las mujeres públicas?

Me gustó el reto.

—¿Valen todas?

Mi dueña se rascó la cabeza bajo la toca antes de contestar.

—Todas las que de cualquier estado y condición están dispuestas a ser despichadas por dinero. Empezad vos.

Titubeé y pronuncié sinónimos lentamente hasta levantar siete dedos.

—Manceba, querida, cortesana, ramera, meretriz, buscona o amerada, que es la que se alquila por meses.

Me quedé en blanco. Joaquina, inquieta, se entrometió tan acelerada que atropellaba una palabra con la siguiente alzando cada vez más la voz.

—Cisne concejil, coima, guaya, maraña, pelota penuria, tributo, urgamandera, iza, germana, moza de partido, sirena de respigón, niña del agarro...

Inspiró para retomar el aire que sus pulmones habían escupido y seguir.

—¡Golfa, cantonera, rubiza, mujer de amor, marca godeña, dama de achaque, tusona!

La viuda, sonriendo por primera vez al verla tan agitada, la interrumpió.

—¡Alto! Las tusonas son las madres de los prostíbulos y las que comercian con las mujeres que albergan.

Joaquina se molestó.

—¿Conocéis acaso a alguna tusona que no haya ejercido antes la prostitución?

Haciendo memoria, negó frunciendo el ceño.

—¡Pues dejadme en paz!

Al no poder competir con ella, aproveché para interrumpirla mientras ella sacaba la punta de la lengua y miraba hacia el techo de la carroza haciendo un esfuerzo ímprobo para recuperar la memoria.

—Dejadlo, Joaquina. Al fin y al cabo, otro de los propósitos principales de la junta de Reclamación es acabar con ellas, se llamen como se llamen.

Joaquina sonrió.

—No podrán. ¡Si hasta los frailes de San Felipe aún conservan una portezuela que les une lindando a su muro con la más importante mancebía de la calle Mayor!

Se acercó mucho a mí como para guardar un secreto a pesar de estar solas.

—Fray Pedro Zarza, asiduo sin duda de estas casas, asegura que las mancebías públicas vigiladas con cuidado por el Gobierno y sujetas a ciertas reglas son útiles a la buena moral, la salud pública y al reino. Dice que si las prohibiesen, habría mayores males que los que ahora se producen.

La viuda la interrumpió.

—Estoy de acuerdo con el franciscano, aunque es osado porque esta gran verdad le acabará condenando y quién sabe si excomulgando. ¿Qué van a hacer con toda la gente que vive en y de esas casas de pecado si las cierran? Si al final consienten en este propósito, el pillaje y la picaresca se dispararán como arcabuz incontrolable y la casa de galeras se derrumbará incapaz de albergar a más mujeres.

Le contesté convencida.

—Está claro que Olivares, con su ataque de moralidad repentina, sólo pretende evitar lo inevitable. Esas Juntas de Reformación son tan absurdas y utópicas en este caso como en los otros puntos que pretende cambiar.

La viuda me miró con sorpresa.

—¡Y va a resultar que podríais participar en la tertulia de una de esas academias! ¿Habéis leído *Utopía*, de Tomás Moro?

—¿Os extraña?

Doña Inés sonrió con tanta prepotencia que la hubiese abofeteado con gusto si no fuese porque nos detuvimos. Ella misma se asomó apartando los flecos dorados que adornaban el final de la cortinilla.

—Hemos llegado. Ahora, doña María, en vez de nombrar a las putas, podréis dialogar con ellas, pues suponemos que aquí está vuestro marido.

Me asomé. No estábamos en la mancebía de la calle Francos ni en la de Luzón, ni siquiera en alguna de las que más había oído hablar, ubicadas en plena calle Mayor entre las iglesias de San Felipe el Real y Santa María de la Almudena. La verdad es que aquella calle no me sonaba en absoluto.

—¿Dónde estamos?

Joaquina me contestó de inmediato.

—¿No me dijisteis que no queríais saber cuál sería nuestro último paradero?

Aproveché mi silenciosa duda para proseguir ansiosa.

—Estamos en pleno barrio de la Morería, en la plaza del Alamillo.

El chirrido de una puerta sonó frente a nosotras, y una docena de damas de medio manto tapadas con los velos y mantillas de diferente paño blanco, según su riqueza y categoría, salieron lentamente de la pequeña portezuela que defendía de miradas indiscretas aquel antro de paredes desconchadas y embarradas.

La herrumbre del pasquín que lo denominaba había devorado sus letras. Probablemente nadie se había molestado en repasar la escritura de aquel cartel porque todos sus clientes habituales ya sabían que bajo la apariencia de mesón o figón

aquellas paredes costrosas saciaban más necesidades que las del yantar y el beber.

Una ráfaga de viento lo hizo tambalearse al tiempo que descubría gran parte de aquellos manoseados y acardenalados cuerpos embozados. Pude incluso distinguir en una de ellas el bermellón y albayalde que se había aplicado en el rostro para ocultar las cicatrices de la viruela, y que al parecer también usaban para adobar sus partes pudendas. ¡Quién les habría dicho que así estaban más bellas!

Después de desafiar al incómodo viento tapándose con leve recato, las mujercuelas nos miraron con el único ojo que llevaban al descubierto, lo que las hizo más enigmáticas. Se fueron acercando poco a poco al acecho de un nuevo cliente hasta que al vernos dieron un paso atrás desconcertadas. Un segundo después, la que debía de ser la madre de la mancebía se abrió paso entre las demás sin encontrar resistencia alguna.

Dispuesta a sacar a Ruy de allí lo más rápidamente posible, salté de la carroza. La viuda y Joaquina me siguieron. La madre de todas aquellas desgraciadas, aún más tapada que sus perdidas hijas con una mantilla de encaje, ordenó al resto que entrase, eludió mi mirada y dirigiéndose directamente a doña Inés, le gritó como si la confianza las uniese.

—¡Para qué jodienda la traes! ¿Acaso quieres arruinarnos? Dicen que en la corte de Madrid hay casi 30.000 mujeres de mal vivir repartidas por unas 800 mancebías y este hombre viene a parar aquí.

Su tono cascado y obsceno de voz casi me hace estallar los oídos. No pude contener mi extrañeza.

—Doña Inés, ¿de qué conocéis a esta mujer?

Con la mano me rogó silencio para seguir dialogando con aquella extraña.

—Sólo venimos a recoger a su marido. Sé que está aquí y es preciso que nos acompañe.

—¿Y no podíais haber venido sola como siempre?

Miré a Joaquina sorprendida. Ella me susurró que ya me contaría.

—La duquesa, su abuela, se empeñó en que viera esto. Quizá esté pensando en unirse a nosotras y su nieto le ha proporcionado la excusa perfecta para que esta ingenua despierte a la vida.

¡Mi señora, la duquesa del Infantado, unirse a semejante gentuza! ¿Aliarse para qué? No me lo podía creer. Debía de estar teniendo una pesadilla. ¡Si la viuda era casi una beata, qué hacía en aquel tugurio!

La tusona me miró de arriba abajo sin el menor decoro.

—Para qué la necesitamos ahora que casi todo está resuelto. A ella le ofrecí mis servicios más de una vez y los despreció con arrogancia. Yo también tengo orgullo, aunque no lo creáis. ¿Por qué ahora he de prestarme a ello?

Doña Inés contestó de inmediato.

—La duquesa es ya vieja, sabe que la venganza probablemente será lenta y quiere que la mujer de su sucesor esté muy al tanto de todo con la esperanza de que herede su odio y resquemor.

Aquella deslenguada asintió, y como si aquello hubiese sido una razón poderosa para hacerle cambiar de parecer, se levantó el velo del rostro. Al reconocerla me llevé la mano a la boca para contener la sorpresa. Desde que la conocí con tocas de monja, en las Descalzas Reales y al servicio de la reina durante su retiro, había ido de mal en peor. Primero vagabundeando por las calles, más tarde de celestineo y ahora de madre manceba.

—Ana de Guevara. ¿No andabais de celestineo con la Margaritona? Decidme por Dios qué hace mi marido en vuestra casa y qué es lo que mi señora la duquesa pretende de vos.

Se rió a carcajadas.

—Son muchas preguntas de una vez, pero procuraré complaceros. A vuestra primera interrogación, os contesto que aquí es donde se consuelan los presos del desamor. A la segunda no os contesto, ya sólo vuestro esposo os lo podrá aclarar en un instante. Y a la tercera os respondo que aunque vuestra abuela la duquesa del Infantado es dama de palacio y yo de los bajos fondos, a veces y por extraño que os parezca, nos necesitamos. Lo más alto muchas veces necesita de lo bajo y al revés. Sobre todo cuando los intereses entre esos dos mundo son comunes. Pasad ahora, que esta noche tengo mucho trabajo.

Tocó dos veces a un llamador con forma de sirena y la mirilla se abrió. El ojo claro y fresco de una mujer joven se asomó para dejar paso al aullido de un par de cerrojos mal engrasados.

Al entrar tras la Guevara, no pude centrar la mirada en otra persona que en la niña que acababa de abrirnos. ¿Qué hacía esa pequeña allí? La tomé de la mano.

—¿Cuántos años tenéis? ¿Estáis bautizada?

Temerosa, miró hacia la Guevara. Ésta se había adelantado para ordenar a otras dos mujeres que buscasen a Ruy. Así me ahorraría el presenciar escenas desagradables. La pequeña me contestó tímidamente.

—Catorce, mi señora, y me llaman Magdalena.

Le aparté un mechón rubio de la frente para observarla mejor. Su piel era blanca como si nunca hubiese visto la luz del sol, sus labios, carnosos y su mirada, lánguida. Su camisa vieja y remendada transparentaba el contorno de unos pezones rubicundos coronando su pequeño pecho. El corsé que lo alzaba, en vez de cordón, tenía una cuerda deshilachada a punto de romperse. Arranqué de los puños de mi camisa una larga cinta de raso color carmesí y con sumo cuidado la fui introduciendo en cruz por los agujeros de su andrajoso corpiño.

—¿No deberíais estar en casa a estas horas?

Bajó la mirada sonriente y, agradecida, acarició el inesperado ornamento.

—Ésta es mi casa y familia.

La voz de Guevara sonó a mi espalda.

—¡Magda! Subid a los cuartos y ayudad a esas vagas a buscar al caballero del jubón azul que vino hará una hora. Decidle que alguien le aguarda urgentemente en el mesón. Luego regresad a la portería.

La despedí haciéndole la señal de la cruz en la frente. Con aire de extrañeza, la niña se alzó el mandil y salió despavorida.

—Miradla. Muestra más sumisión que una esclava, la tratáis como a tal y ella os llama madre. Sólo os falta marcarla a fuego en la frente con la ese y el clavo de los cautivos.

La Guevara se adelantó a mi protesta.

—No oséis juzgarme. Como la ley indica desde los tiempos del rey Felipe II, he demostrado ante el juez que hace dos años que cumplió los doce, que ya ha perdido la virginidad y que es hija de padres desconocidos. Fueron los de su sangre los que la abandonaron frente a esta puerta una noche hará seis meses, y desde entonces nos sirve.

No me pude contener.

—¿De qué modo os sirve?

Se indignó.

—De todas las maneras que una mujer puede hacerlo si el precio es el convenido, y no es de vuestra incumbencia lo contrario.

Me mordí la lengua ante el tirón de faldas que mi dueña me dio disimuladamente desde atrás.

—Estamos en la guarida del lobo. Comportaos y no olvidéis a qué hemos venido. Una vez hayamos regresado con vuestro esposo, podréis ofrecer por esa niña lo que se os antoje. Pero desde ahora os digo que vuestro generoso esfuerzo será en vano, porque si hay algo que sobran, son niñas como ella, y pronto la reemplazarán por otra.

Me callé sin olvidar por ello mi intención. No podía ayudar a todo el que me encontrase por el mundo, pero por algún motivo que ignoraba, quiso Dios o la casualidad que aquella joven se cruzara en mi camino, y la ayudaría a asomarse al brocal de aquel pozo inmundo en el que se había visto empujada.

Haciendo oídos sordos a Joaquina, pensé que aseada y bien vestida supliría a las mil maravillas a una de mis doncellas que hacía una semana había desaparecido de casa sin dejar rastro alguno.

Según las indicaciones de la madre de aquel lugar, tomamos asiento en un discreto banco bajo la escalera. Así no espantaríamos a los clientes. Al apoyarme en él, el guante se me pegó a la mugre de brea que lo cubría. Todo allí resultaba

repugnante, la casucha, el mobiliario, sus moradoras e incluso el aire estancado que se respiraba.

La Guevara, ante la incómoda tardanza de mi señor, nos escanció en unos toscos vasos descascarillados de barro un líquido que pretendía ser vino a pesar de su color chocolate y su olor avinagrado. Muy despacio puse la mano sobre el mío. La mujer se impacientó, posando con tanta fuerza la jarra sobre una mesa que a nuestro lado había que nos salpicó.

—¡Vos os lo perdéis!

Andaba demasiado turbada como para hacer comentarios. Al otro lado de aquella estancia había un cuartucho iluminado. Desde su interior, pero oculto a nuestras miradas por una gualdrapa a modo de cortina, se imaginaba lo que escondía. Entre gemidos acompasados, carcajadas y suspiros, un bulto enorme de sinuosas sombras entrelazadas de vez en cuando golpeaba la tela para dejar asomar el miembro desnudo de aquel pulpo de lujuria.

Guevara, al percatarse de mi observar, se dirigió hacia lo que en realidad era un establo, recorrió la cortina y gritó incómoda:

—¡Ya está bien! Dejad a los estudiantes, que bastante bien servidos están por lo que pagaron, y subid a descansar.

Las primeras en deshacer aquel nudo humano de pasiones desenfrenadas fueron tres mujeres tan viejas y hastiadas que podrían doblar la edad de los dos jóvenes con los que holgaban. Al sentir el puntapié de la madre de la mancebía, se levantaron del montón de paja, tapándose apresuradamente sus partes pudendas pintadas de rojo con mantillas de bastos encajes de Lorena y Provenza. Las vestimentas estaban tan picadas que sus agujeros, lejos de tapar las miserias, abrigaban levemente la indecencia. Me compadecí de ellas al comprobar que aquel oficio ni siquiera les daba para un encaje de Bruselas sin apolillar. Subieron las escaleras como alma que lleva el diablo mientras los dos estudiantes, a regañadientes, se cubrían las vergüenzas con las togas de la universidad de Alcalá de Henares.

—¿Qué hacéis aquí?

La voz de Ruy me trajo a la realidad.

—La abuela me mandó a buscaros. Han asesinado a Villamediana y teme por vuestra integridad. Quiere que regreséis de inmediato.

Traía un zapato de menos, se abrochaba torpemente el jubón, la camisa le caía por afuera de las calzas y portaba sus medias bajadas a la altura del tobillo. Tambaleándose inseguro, alzó la cabeza con un esfuerzo titánico, como si luchara contra el peso añadido de un herrumbroso yugo sobre su conciencia. Al lograrlo, lentamente eludió la evidencia rascándose el pelo alborozado.

—Pero si esta misma tarde jugábamos juntos a los naipes cuando se despidió para acudir a la academia que os había organizado en su casa.

Su voz sonó abotargada por la resaca de una borrachera sin dormir. Entreabrió los párpados sorprendido, como si a pesar de estar hablando conmigo acabase de descubrirme.

—¿Y cómo se le ocurre mandaros a vos?

Me levanté, le di un manotazo para que dejase de abrocharse coja la botonadura de su jubón y tiré de él deseando desaparecer de allí.

—Me manda y no hay más que hablar. Yo tampoco lo entiendo. Sus razones tendrá. ¿No es así, doña Inés?

Al girarme hacia ella, la sorprendí en un intercambio de miradas confidentes con la madre de aquel tugurio. Aquella mujer escondía más de lo que yo nunca pude prever aun desconfiando de ella. Al parecer, su beato semblante de viuda le servía de disfraz para otros fines mucho más oscuros y tergiversados. Ya había eludido mis preguntas en una ocasión, pero esta vez no amanecería sin que doña Inés me revelase sus verdaderos secretos.

«Los trajes que acá se quitan
Sirven allá de usos nuevos,
Y Así traen todos los diablos
Azul, guedejas y peto».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS
La villana de Vallecas

Amanecía cuando subimos a la carroza lo más prestas posible para que nadie nos reconociese. A la parte de atrás atamos el corcel de mi señor. Ruy prefirió sentarse a nuestro lado, más por su lamentable estado, que le impedía mantenerse erguido para cabalgar, que por el miedo que pudiésemos tener a que le agrediesen.

Después de visto lo visto, le analizaba de soslayo. Al sentir su cabeza posada sobre mi hombro, me aparté. Ésta quedó pendida de su cuello mientras roncaba. Un almizcle de repugnancia y aversión se me agarró a las entrañas al oler de nuevo el vino pasado que rezumaban los poros de su piel. El sudor me invadió y la angustia me obligó a soltarme la cinta de la golilla.

Me ahogaba. Por un lado, por el desprecio más absoluto que sentía hacia él, y por el otro, al sentirme traicionada e impotente ante el secreto que todos los de alrededor me guardaban. Pero ¿de verdad era mi deber callar si quería vivir tranquila? ¡Ya no estaba dispuesta a ello! ¡Si hasta Joaquina, mi dueña y confidente desde la infancia, parecía esconderme una y otra cosa! ¿Cómo es que doña Inés había cambiado sus visitas a los altares por paseos a las mancebías? ¿Por qué mi abuela y benefactora, la duquesa del Infantado, mi estandarte de moral, ahora también parecía estar conchabada con los de aquella calaña?

Un silencio gélido alimentó los primeros minutos de trayecto hasta que la algarabía del exterior nos obligó a detenernos. Al asomarnos vimos cómo una gran hoguera nos cortaba el paso.

Nos bajamos sin comprender nada. Los alguaciles sujetaban a una mujer que aún en camisa gritaba desaforada.

—¡Apiadaos de mí! Quedé viuda hace tan sólo dos meses y me condenáis al hambre más feroz.

Los alguaciles habían derribado la puerta de su tienda. Ante su mirada desesperada sacaban su preciada mercancía, se la mostraban al alcalde y éste, como gran sacerdote de la Inquisición, iba condenando al fragor de las llamas aquellas fruslerías que a su juicio pudiesen estimular la vanidad de cualquier hombre o mujer

fomentando su ruina.

Los paños prohibidos, como los tradicionales cuellos alechugados, las valonas bordadas que superasen la anchura de un doceavo de vara, los ricos puños de más de tres anchos y las sedas demasiado ostentosas, ardían como velas de un mástil atacado por los holandeses antes de hundirse en el océano. Sólo se salvaban de la quema en montón aparte los cuellos más austeros, incluidas las golillas y las arrugadas valonas flamencas que a falta de almidón querían imponernos. El absurdo de la pragmática aprobada por la junta de Reformación si continuaba por ese camino sólo conseguiría anclar el hambre en los estómagos de los comerciantes que aún podían llenarlo y el descontento en quienes podían permitirse algún capricho en la vestimenta.

La mujer, cuando vio todo perdido, se arrodilló en el suelo escondiendo su cabeza entre las manos para no ver más. Su frondosa cabellera suelta, abrigándole los hombros, le sirvió además para ocultar el llanto más pesaroso. El empujón que le propinó el alguacil que la custodiaba la dejó, para más desconsuelo, sentada justo en medio de un charco enfangado del suelo.

En ese preciso momento, un arrojito de rabia endemoniada poseyó a la comerciante, reflejándose en su semblante, secándole las lágrimas y ensangrentándole el blanco de sus ojos. Apretó hasta el dolor sus puños y mandíbula. Se levantó empapada como estaba y tomó de la pechera al que la había empujado, tirando fuertemente de él a diestra y siniestra hasta que las cintas que cerraban su jubón se partieron desabrochándolo. El montón de abanicos, guantes, ligas, almillas y finas valonas que ocultaba cayeron al barro.

Su voz pareció manar del fondo más recóndito de sus entrañas.

—¡Quemáis lo que como jubetero fabricó y compró honradamente mi difunto marido, y me robáis el resto! ¡Si esto es justicia, que venga Dios y lo vea!

Ante el silencio de todos, el desembarazado de tan goloso botín le dio tal golpe con el mango de su espada que la dejó inconsciente y muda de una vez. La engrilletaron, la echaron a la jaula del carro de los alguaciles y la llevaron a la casa de galeras. Al fijarnos en el resto de los compañeros del ladrón, pudimos comprobar que también habían engordado.

Nada más la jubetera y sus injustos custodios abandonaron el lugar, la muchedumbre que observaba hasta el momento en silencio se dispuso a saquear lo poco que quedaba dentro de la tienda.

Nuestro cochero azuzó a los caballos, dimos la vuelta y tomamos una calleja alternativa para llegar a casa.

—Esto es absurdo, pretenden la sujeción del lujo sin base ni concierto. No sólo nos roban y decomisan a los nobles, sino que ahora, escudándose en la junta de Reformación, también acaban con el negocio de los comerciantes. ¿Es que no ven que todo subirá de precio y que los únicos que se enriquecerán con esta medida serán

los vendedores clandestinos?

Nerviosa como estaba, abrí mi cajita de nácar y tomé un pedacito de barro para mascar. Joaquina metió cizaña.

—¿De qué os sorprendéis? ¿No os han prohibido ya portar oro y plata en las guarniciones de las carrozas, sayos, capas, ferreruelos y balandranes? ¿No os han limitado a los grandes de España a cuatro los escuderos y gentiles hombres que os acompañen en vuestro tránsito por las calles y a doce vuestro servicio total entre pajes, gentiles hombres y lacayos? ¿No son sólo cuatro hachas las que os permiten para iluminaros en la oscuridad de la noche? Si os dejáis avasallar de este modo, acabarán prohibiéndooos a las damas mascar barro y a los caballeros fumar.

—A la prohibición del uso del guardainfante puede que me rinda, dado que desde ahora sólo tienen licencia para usarlo las mujeres públicas. Pero por lo que a mí respecta, en el resto no pienso subir mis escotes, respetar las cuatro varas de ruedo que me obligan al diámetro de mi basquiña bajo el sayo, prescindir de polvos y joyas u obligar a mi señor a que se peine con copete, guedejas de crespo largas o rizos si le gusta. Olivares, con sus leyes, quiere dirigir hasta lo más íntimo de nuestras almas. ¿Por qué iba a hacerlo?

Joaquina se encogió de hombros.

—Haced lo que os plazca, al fin y al cabo, hoy nadie cumple en la corte. Pero ya habéis visto lo que le ha pasado a esa buena mujer, y las penas por seguir engalanándose con esos aderezos llegan a un centenar de ducados de multa. Ayer mismo vi como seis alguaciles en tropel se armaron de tijeras a la hora del paseo para cortar a las gentes que por allí transitaban todo lo que contravenía la pragmática, incluidas las alas de los sombreros demasiado anchas.

Sólo de imaginar la escena, reí a carcajadas. Ruy, después de la resaca, había recuperado el tono de sus mejillas y retorcía el final de sus bigotes.

—Dejad que Olivares se ahogue en su pragmática. Desde que se ha mudado a vivir en las dependencias del alcázar que hasta hace muy poco ocuparon los mismos reyes, sólo pierde el tiempo adulando al monarca y susurrándole al oído las lisonjas que ansía escuchar. Tendremos que aprovechar su distracción para pensar en cómo deshacernos de él y su yugo.

La viuda sonrió.

—Dejadlo en mis manos, que la conjura está en marcha.

Ruy, posándose la mano sobre la frente en un gesto sin duda debido al dolor de cabeza que las resacas le solían producir, la miró de soslayo sin comprender a qué se refería ni pretender enterarse. Aquella frase, en cambio, a mí me alertó sobre el secreto que sin duda me guardaban. Antes de lo que suponía, todo se esclarecería.

Al llegar a casa, doña Ana nos esperaba despierta; a pesar del cansancio de una noche

en vela, estuvimos hablando hasta la hora del almuerzo. Fue la primera que quiso ponerme en antecedentes. Me dejó claro que ella quería vengarse de Olivares, pero su marido, el duque del Infantado, había sido nombrado mayordomo del rey y eso la ataba de pies y manos para actuar. Además la misma reina Isabel la veneraba demasiado como la antigua amiga de su suegra como para traicionarla directamente. Por eso delegaba en mí al comprender que había que hacer algo al respecto.

—Doña María, sabéis que hay pocos secretos para mí en palacio, yo, a partir de ahora, sólo os alertaré si intuyo peligro hacia vuestro propósito. No he dejado de pensar en cómo conseguir lo que queremos, y he llegado a una conclusión: el conde duque, teniendo en su mano la fortuna de tantos hombres, ahora pone buen cuidado en atesorar la suya, y por la bolsa precisamente creo que podríais atacarle.

Sin saber cómo ni por qué, ya me involucraba directamente sin preguntarme si estaba de acuerdo con ello. Dudé de su creencia de que por su ansia de dinero le atraparíamos.

—¿Me lo aseveráis de corazón? ¿Acaso no hicieron lo mismo los nuestros? Y mirad cómo han terminado. No, señora, por la bolsa no se caza a un valido del rey. La codicia, el poder y la opulencia que da la privanza son normales en ellos, y creo que tenemos que buscar más afrentados en nuestro bando, esperar la oportunidad y atacarle en el preciso momento en el que esté desprevenido con un arma más poderosa que el peculio.

Se mostró sumamente complacida al comprobar que no me negaba a la hora de unirme al desafío. Continué:

—Me honra que abdiquéis de este delicado propósito delegando en mí, pero ¿me avisaréis en el momento que intuyáis el instante más idóneo para actuar? ¿Cuándo creéis que será?

Se recostó cansada.

—No lo sé, quizá tengamos que esperar décadas, pero lo haremos. Cuanto más tiempo pase, mayor número de enemigos tendrá el conde duque. Vuestra meta principal será que finalmente su mayor enemigo sea el rey. Ahora el tirano aprovecha la debilidad del real espíritu, convirtiéndose en un veneno dulce que envicia al magno cautivo. Acabará dominándolo a su voluntad. Quizá yo no lo vea, soy vieja, pero vos, como mi nieta que sois, prometedme que os encargaréis de continuar una y otra vez con la conjura por muy difícil que sea.

Asentí. Ella sonrió.

—Estoy segura, doña María, de que todas juntas conseguiréis que el rey deje de decir «conde, no os retiréis, pues vuestra persona me es muy agradable y estoy contento con vuestros servicios».

—¿De qué servicios habla? ¿Del de desterrar y matar a todos los que sirvieron a su padre?

Antes de retirarse, convencida de mi entrega, sólo dijo:

—Eso parece.

Para mi nerviosismo e inseguridad, no había pasado ni un mes cuando aquel momento tan esperado pero lejano acertó sin previo aviso su distancia en el tiempo. Todo se precipitó cual cascada en un río en contra de nuestros intereses cuando recibimos la fatídica noticia de la muerte del cardenal duque de Lerma muy poco tiempo después de la de su desagradecido hijo, el duque de Uceda, acontecida entre cadenas en Alcalá de Henares. Desde aquel preciso momento, la responsabilidad de un pleito por el mayorazgo y señorío de esta casa caía sobre las espaldas de Ruy, ya que su tío Uceda sólo había dejado dos hijas vivas y la escritura de concesión de estos títulos obligaba a que fuese un varón el que heredase. Sabíamos que sus primas pondrían todo tipo de reparos en ello, pero el escrito dejaba clara la preferencia sucesoria del varón frente a la hembra por mucho que lo contradijesen los testamentos de su abuelo y tío.

Según doña Ana, aunque la posible herencia se encontraba gravemente mermada después del pago de los 20.000 ducados iniciales a que condenaron a Lerma al desterrarle y a la condena posterior de otros 72.000 ducados anuales, más el atraso de los veinte años de riquezas que atesoró en su ministerio, merecía la pena luchar. Además, ¿de qué nos serviría cejar en nuestros intentos si, desde la llegada de la noticia de la muerte de estos señores, el conde duque había fijado la ojeriza que un día les tuvo en mi señor esposo? Tendríamos que actuar rápido si queríamos eludir su daño. Interponer la demanda contra nuestras primas, vencer y hacernos poderosos para poder rivalizar con él de un modo u otro.

Si a nuestros intereses propios le añadíamos que por deber y juramento muchos nobles nos obligamos a ayudar a los infantes don Carlos y don Fernando en contra de Olivares y su afán por despedirlos de la corte, todo encajaba y el momento no podía ser más ventajoso. Si fuésemos descubiertas confabulando en su contra, siempre podríamos justificar nuestro proceder alegando nuestra ayuda y defensa a los infantes.

Ellos eran demasiado jóvenes para rebelarse, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que el conde duque estaba intentando quitárselos de encima a toda costa. El destierro de veinte leguas al que solía condenarnos a los que le estorbábamos sería un corto trecho comparado con el lugar adonde maquinaba enviar a don Carlos.

Los mentideros de palacio aseguraban que hacía tiempo que escudriñaba entre todas las infantas católicas y casaderas del mundo para desposarle lo antes posible y así, con esa excusa, mandarle de virrey lo más lejos posible de la corte. Más o menos lo mismo que quería hacer con la infanta María al casarla con el príncipe de Gales,

que muy pronto llegaría.

El único que no parecía plantearle ningún problema era el infante don Fernando, ya que, como arzobispo cardenal que era en Toledo, escondía la cabeza bajo los hábitos clericales, y Olivares le mantenía a su lado tentándolo con la mitra pontifical. Sin duda el ejemplo de Lerma había servido de inspiración a más de uno para soslayar un incierto destino.

Esta subordinación real hacia el ambicioso tirano no podía continuar. No esperaríamos a que los infantes acudiesen a los nobles para expresarles su necesidad de socorro. Seríamos sutiles y discretas en nuestros pasos al no poder contar con más cómplices.

Estaba claro que los que le conocían preferían la desidia y abandono a sus caprichos que su represalia, y continuarían mucho tiempo abrazándose fuertemente a su propia cobardía. Pero nosotras éramos diferentes y nuestras razones, demasiado poderosas como para permanecer sentadas. Ya éramos tres en la conjura. La viuda, por vengar la muerte de su marido, la Guevara, por haber sido empujada gratuitamente al hampa de las callejas después de haber servido fielmente y durante media vida al rey, y esta servidora, para salvar el honor y peculio de los Sandoval y Rojas, que algún día se perpetuarían en mis propios hijos. La venganza que urdiríamos sería barroca. Un desafío tan retorcido como los pensamientos que surgiesen de nuestras recalcitradas y tergiversadas mentes femeninas.

«Marzo para las mujeres,
Con un angelito empieza,
Y aunque es Ángel de la Guarda
No admite lo que profesa».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS
Soneto dedicado a la romería del Ángel

El día 1 de marzo, siguiendo a la romería del Ángel de la Guarda camino de su ermita a las afueras de la corte, oímos el pregón que suspendía por orden del rey la pragmática que trataba de la austeridad en el lujo. Inmediatamente se formó un gran alborozo porque todos, pobres y ricos, andábamos ansiosos por enterrar la austeridad a la que nos tenían sometidos.

La razón de tan grata noticia no era otra que la próxima llegada del príncipe de Gales a Madrid y la intención de nuestro señor el rey de epatarle con todos los excesos que pudiese. Los intentos de Olivares por estimular el ahorro y la seguridad en todo el reino tendrían que esperar, muy a su pesar y al de todos los comerciantes que ya habían visto violadas sus preciadas mercancías.

Sólo quedaba algo vigente de tan absurdos mandatos. A excepción de los días en que hubiese carnavales, mojigangas o mascarada, en los que antifaces, máscaras, velos y demás disfraces se permitían, tendríamos que respetar la orden de llevar el rostro al descubierto y las cortinas de los carruajes descubiertas, no fuesen nuestras intenciones esconder malicia o pecado.

Con gran contento por parte de todas las damas de aquella procesión de carruajes, nos dispusimos a merendar sobre la hierba de un prado sacando los manjares que aportamos. Engullimos rápido sobre un mantel los barquillos, pastillas y golosinas, pues no veíamos el momento de llegar a casa para pasar el resto del día rebuscando en los escondrijos más profundos de nuestras arcas los ostentosos aderezos que unos meses antes podrían habernos condenado a una multa segura.

El júbilo fue general también entre villanos y plebeyos, más porque en los pasquines de toda la corte se empezaron a anunciar mascaradas, corridas y demás festejos en honor a la próxima venida del príncipe inglés que por lo que pudiesen desempolvar.

En palacio, la infanta María, asesorada por la reina Isabel, encargaba a los que un día fueron aprendices del gran sastre Francisco de Burges ricos vestidos, impulsada por la ansiosa espera que la embargaba y el deseo de ser la dama más elegante de la

corte, pues la razón de tan regia visita no era otra que consolidar la paz de España con Inglaterra a través de un matrimonio ventajoso, y ella era la candidata más idónea.

De mano del duque del Infantado como mayordomo real, nos llegó la primera invitación. El rey y la reina nos emplazaban a todos en El Pardo para la cacería de bienvenida que se daría al día siguiente de su llegada. Aquel evento, reservado normalmente sólo a nuestros maridos, nos convocaba también a sus mujeres para conocerle antes que nadie.

Estaba recuperando de mi ropero un sombrero de tonos verdes enjaezado con largas plumas y un corchete de perlas y amatistas que me conjuntaba a las mil maravillas con el sayo de caza cuando noté el calor abrasador de una compañía que no ansiaba en absoluto. ¡Aquella amargada parecía tener un don especial para agriar los dulces momentos! La viuda, tan mortecina como un espectro andante por la casa, aprovechaba cualquier momento a solas conmigo para tentarme como alma que lleva el diablo.

—No es por impacientaros, mi señora, pero parecéis olvidar que la duquesa ha delegado en vos para uniros a la conjura y aún no habéis hecho nada al respecto.

Tirando el sombrero con un golpe de muñeca sobre la alfombra, me puse en jarras y le contesté:

—Doña Inés, parece que el júbilo ajeno os enoja. ¡Qué tendrá que ver eso ahora!

Fría como un témpano, se asomó a la ventana, apartó la cortina y me señaló la calle. Ella había venido a algo y no cejaría en su intento.

—Mucho. Si os dejáis llevar por la frivolidad, acabaréis como todos esos desdichados que corren de un lado a otro enardecidos por un falso y efímero júbilo que sin duda será transitorio. Asomaos, miradlos, son como conejos que, tentados por una simple zanahoria, caen de bruces en el gazapo que les pusieron. ¿Es que no veis más allá de vuestras narices? Tantas fiestas a destiempo sólo buscan una cosa: distraeros del verdadero problema. Nuestros reinos se hundan en el fango devorados por la deuda que nuestras huestes demandan.

La miré incómoda mientras me empolvaba la cara con bermellón y albayalde para tranquilizarme.

—En mi mano no está el solucionar semejantes problemas.

Se acercó, me abrochó el cierre por detrás del cuello y, tomando un peine de carey, comenzó a cepillarme el pelo lentamente.

—En vuestras manos sí está el vengar a Olivares, y mañana se presentará una buena oportunidad para ello sin levantar sospechas.

Mirando al espejo, esperó mi reacción. ¡La condenada sabía cómo captar mi atención!

—Seguid.

Soltó el aire de los pulmones, que parecía haber contenido, y sonrió.

—Hay un joven que es montero de su majestad. El chico no es muy agraciado, pero tiene un talento especial para olfatear a las mejores presas; es como si supiese de antemano de qué matojo surgirán y hacia dónde huirán. Al rey le gusta servirse de él, pero, al ser su preferido, es conocido que Olivares le odia y los mentideros de palacio dicen que, como a la Guevara y a otros muchos, lo despedirá en breve. Es el último rebelde que nos queda en el alcázar, y deberíamos aprovecharlo.

La historia me sedujo, pero había muchos puntos sin resolver.

—Supongo que de él os habló la misma Guevara al haber sido su compañero al servicio del alcázar, pero decidme: ¿qué puede hacer un simple montero contra el conde duque?

Colocando mi sayo de caza sobre una gran silla, junto a unos chapines claveteados con oro y el sombrero, me contestó:

—Vuestro vestuario de mañana ya está listo. Si ahora tomáis la bolsa y me acompañáis, os lo seguiré contando por el camino porque el tiempo acucia.

Me detuve en seco.

—¿Mi bolsa para qué?

Tiró de mí con impaciencia.

—Para comprar a Magdalena. ¿O es que olvidáis que prometisteis salvarla de la mancebía?

No me hizo falta refrescar la memoria para recordar a aquella preciosa niña. Doña Inés, intuyendo mi desconcierto, me adelantó una explicación.

—Necesitaremos de ella para que el joven montero ignore de verdad quién le manda y acepte nuestro reto sin dilaciones. Peinada, bien limpia y vestida, esa niña le seducirá sin problema y será su última conquista no querida, os lo aseguro. En caso de ser descubiertos, a Magdalena no la hallarán, pues la mandaremos lejos, y así el montero no podrá delatar a nadie más.

No terminaba de convencerme.

—Estáis condenando a dos inocentes.

Tirando de mí escaleras abajo, sólo musitó:

—No condeno a nadie. Si todo sale bien, esos jóvenes se habrán sacrificado en bien de todo el reino.

Tomamos una silla de manos cada una y salimos rápidamente hacia la mancebía. La viuda debió de adelantarse a mi beneplácito porque, al llegar, la madre de aquel tugurio ya nos esperaba junto a la niña. Al ofrecerle a la Guevara la bolsa de monedas que llevaba escondida en la faltriquera, la despreció:

—No os voy a engañar. Magdalena es un presente que os hago porque no puedo vestirla y enjaezarla como es menester, y para ello os la entrego. Ella sabe lo que ha de hacer y está dispuesta con gusto siempre y cuando a posteriori le facilitéis una huida y una forma de vida digna.

Desconfié.

—No será una golosina envenenada que ponéis ante mí para pedirme después algo a cambio.

Pegó un empujón a Magdalena.

—Tomadla ya y callad. Soy lo suficientemente vieja como para saber que no es plato de buen gusto para una dama ser deudora de una tisona. Aquí hay dos cosas claras. La primera es que yo acogí y alimenté a esta niña como una madre a cambio de que sirviese a mis propósitos. La segunda es que vuestra merced cree limpiar su cargada alma de pecados con caridad hacia los más dolientes.

La niña se pegó a mí mientras la Guevara continuaba hablando.

—No os preocupéis, que Magda cumplirá con diligencia, pues, a pesar de su juventud, cada año que ha vivido sufriendo ha crecido tres en madurez. Multiplicad tres por catorce y comprobaréis que es una mujer hecha y derecha en experiencia. Sabe que hoy se le presenta una oportunidad única para conseguir un pasar mejor y os aseguro que no la desperdiciará.

La niña se abrazó a mi regazo con un almizcle de inocencia y súplica en la mirada que no pude rechazar. La separé un poco de mí para analizarla de arriba abajo. Era más bella aún de lo que me pareció la noche en que la conocí: elegante en su semblante, tirando a alta y con una expresión de dulzura en su rostro que la hacía parecer una virgen a pesar de sus menesteres. Con un digno sayo, el cabello limpio y recogido y dos toques de bermellón en sus blancas mejillas, nadie la reconocería.

—Subid a mi silla y corred las cortinas. No quiero que nadie os vea o identifique conmigo antes de haberos transformado en bella doncella.

Ana de Guevara sonrió junto a doña Inés.

—Si además de hacerlo por fuera queréis conseguirlo del todo, hay una posibilidad.

La miré extrañada. ¿Cómo una mujer podía recuperar la doncellez? Guevara, divertida ante mi expresión, me lo aclaró:

—La Margaritona lo hará de tal manera que cualquier hombre que yazca con ella tendrá por seguro haberla desvirgado.

La miré despectivamente. Aquello no había quien se lo creyese. ¿Cómo el don máspreciado de una mujer podía trucarse?

—Vos misma me asegurasteis que esta pobre desgraciada había sido desflorada hacía tiempo. Sé que esa celestina es capaz de muchas cosas, pero permitidme dudar de que una simple alcahueta pueda tornar las pruebas más evidentes de un pecado en pureza inmaculada.

Esta vez la pequeña sonrió con ellas, haciéndome sentir como una advenediza. Su tono de voz sonó tan respetuoso que fui incapaz de enfadarme.

—Mi señora, desde tiempo inmemorial las mujeres que ayudan a otras a recuperar

el honor perdido tienen sus secretos para lograrlo, y han de seguir así por mucho tiempo, sobre todo para los hombres que ansían, alardean y sueñan con deshonorarnos. Sólo se necesitan un par de escudos para lograrlo, y no hace falta juraros que carezco de ellos, pero os aseguro que si me los dais, seré doncella del todo, y una vez me haya entregado al joven montero, éste hará lo que sea por mí.

Ante el fruncimiento de mi dubitativo ceño, la Guevara se apresuró a convencerme.

—Para elaborar nuestro plan es preciso que acudamos a casa de la Margaritona. Ahora tenemos dos motivos para ello: comprar veneno para matar y devolver a esta niña lo que en su día un desalmado le arrebató.

La curiosidad me pudo. Acepté sin pensarlo mucho, apretándome en el asiento adamascado de mi silla de manos junto a la joven recién recogida. Los cuatro portadores alzaron la silla esperando una indicación, cuando la viuda abrió la portezuela para que bajásemos de nuevo.

—¿Adónde creéis que vais?

Al bajar de un salto, me di un golpe en la cabeza que me aturdió por un momento. Me dirigí a la Guevara.

—¿Debo suponer que la Margaritona comparte la maternidad de la mancebía con vos?

Sonrió, tendiéndome una capa andrajosa y remendada.

—Como siempre, suponéis demasiado. Es cierto que durante un tiempo viví con ella, pero esta empresa es sólo mía. Por vuestra seguridad os recomiendo que os pongáis esto y me sigáis en silencio.

Sintiéndome como una estúpida, me di en la cabeza una palmada, despedí a los lacayos que portaban la silla consciente de que el escudo que la decoraba y el color de sus jubones nos delatarían, y decidí seguirlas en silencio. ¿A qué parte de la villa y corte podríamos dirigirnos peor que la que hospedaba aquella mancebía? Observando a través de mi grueso velo y consciente de no tener protección, me sentí como una niña asustadiza en un barrio en el cual sólo se robaba, compraban muertes o espiaba a cualquier noble para vender sus hechos y pasos a enemigos que gozasen vapuleando su vergüenza y deshonor.

Al llegar a la Casa de las Siete Chimeneas, viramos por una calleja y tocamos a una puerta. Ésta se abrió lentamente para descubrirnos de cerca a aquella mujer que tan bien conocía por las anécdotas y cuentos que de ella se decían.

Era vieja, fea y tullida, tanto que la muerte parecía haberla borrado de su lista. Decían que a sus 88 años había practicado todas las maneras de engaño. Desde los quince aprendió de su abuela todos los secretos de la olla, los practicó a solas desde los cuarenta y de allí en adelante fue cobertera, corredora de deseos y vendedora de todo tipo de inquietudes, fuesen del tipo que fuesen.

Sin pronunciar palabra, nos miró a través de un mechón de canas amarillentas. Sus ojos, antaño azules, se mostraban ciegos por las veladuras que los cubrían. De su cuello, en vez de crucifijo, pendía una oscura piedra que ella aseguraba mágica por atraer los metales. De hecho, la imagen de Cristo o de la Virgen no se veía en ningún recoveco de la estancia.

Al acercarse aún más a nosotras, intentando centrar la vista entre sus ojerosos párpados, pude distinguirla con repugnancia. Tenía la nariz tan desgastada que los pelillos de sus fosas le sobresalían como matas de maleza, y entre los pliegues de sus labios asomaba una cueva totalmente desdentada de la cual manaba un olor a podredumbre insoportable.

Disimuladamente, me escudé entre la Guevara y la viuda. Tras de mí, Magdalena esperaba a que entrásemos.

La vieja celestina olisqueó el aire como un perro y sonrió extendiendo sus brazos.

—¡Me alegra vuestra visita, Guevara!

La madre de la mancebía la abrazó como si todo el cariño del que privaba a sus mujeres se concentrase en aquella otra.

—Marga, vengo acompañada de dos damas y una joven que requieren de vuestros servicios.

Dando un paso atrás, nos dejó entrar.

—Si vienen de vuestra mano, bienvenidas son.

Mirando atrás para comprobar que nadie nos había seguido, entré rápidamente. El hedor de la estancia emuló al del aliento de la bruja.

Tomamos asiento al lado de una mesa rectangular mientras que la Guevara le susurraba en el oído a la Margaritona nuestras intenciones.

Observando a nuestro alrededor, no nos atrevíamos a musitar. Renqueando, se dirigió a un oscuro estante que tenía junto al hogar, tomó un pequeño huevo de codorniz de una huevera de mimbre, se metió una paja por entre los fruncidos labios, absorbió por ella de un cuenco un líquido encarnado y espeso como sangre hasta llenar su boca y lo sopló en un pequeño orificio que tenía hecho con antelación el huevo hasta entonces huero. Cuando se desbordó, tiñó con el mismo mejunje la cáscara.

Fue su voz cascada la que a partir de ese momento dio órdenes.

—Éste lo tenía preparado para una mujer que no vino ayer, allá ella, tendrá que esperar.

Miró hacia donde estaba Magdalena.

—Tumbadla.

Sin necesidad de más explicaciones, la Guevara tomó a la niña y la tumbó boca arriba sobre la mesa que nos servía de apoyo, alzándole las enaguas. Desnuda de cintura para abajo, su larga melena resbaló por el final de la mesa para posarse en mi

regazo. Por un instante acaricié su cabeza para infundirle ánimos, pero al ver que ni siquiera temblaba, me detuve.

La niña, como si supiese lo que hacer, abrió las piernas mostrándonos sus lugares más pudendos sin decoro alguno. El fulgor luminoso de las llamas del hogar dibujó sombras de satisfacción en su dulce rostro.

Quise preguntarle el porqué de su contento en tan comprometida situación, pero me contuve. Si en algún momento tuve cargo de conciencia al haber tramado su mancebía con el montero, comprendí que era absurdo. Aquella niña casi mujer, por haber sido sometida desde hacía tiempo a sabe Dios qué vejaciones, sentía menos respeto por su cuerpo y sexo que por cualquier otra cosa en el mundo.

La bruja, ejerciendo de matrona, le palpó la entrepierna. Tomó el huevo con sumo cuidado entre sus dedos, procurando no cascarlo con aquellas largas y quebradas uñas, y lo introdujo en lo más profundo de su vagina.

—Ya está. Os aseguro que ahora su yema es tan roja como vuestra sangre y la cáscara, tan delicada como el fino pellejo con el que nacisteis.

Le pegó un azote en las nalgas y bajó las faldas, ayudándola a levantarse.

—Tened cuidado de no brincar antes de ser mancillada de nuevo o se os caerá. Procurad que el desvirgue sea en un lugar no demasiado limpio para disimular las cáscaras de la mentira, y hacedlo antes de dos días o la sangre de vaca que portáis se oscurecerá.

Asombrada por el proceso, comprendí a qué se referían cuando decían que la Margaritona devolvía la doncellez a la desflorada. En un momento, la misma mesa que había servido de lecho a la quimérica cirugía volvió a ser tocinera.

La celestina, de un recoveco y otro de la estancia, empezó a sacar cuencos, pócimas y demás mejunjes, que fue machacando en un mortero para echar en un puchero humeante que pendía del tiro de la chimenea al calor de las brasas.

Dos pizcas de hierbas secas, tomadas del ramo que colgaba atado de una viga, una extraña seta, tres gotas de un diminuto tarro prendidas de un palillo, unos polvos de color blanquecino extraídos de una caja de nácar, un puñado de semillas de beleño, adormidera blanca, opio y otros tantos elementos de alquimia desconocidos para todas las que allí andábamos que removía sin descanso al son de un canturreo en un idioma indescifrable.

—El mortal elixir está casi dispuesto. Para que sea efectivo con vuestra víctima, sólo me habéis de entregar cada una de vosotras algo que justifique vuestra venganza.

La viuda fue la primera en sacarse de entre sus pechos el pequeño perfumero que vi el día que mataron a su marido Rodrigo de Calderón. La Margaritona lo tomó con sumo cuidado entre sus callosos dedos, raspó con el filo de una cuchilla la sangre seca que contenía para echarla al puchero, y se lo devolvió.

La Guevara rebuscó entre su faltriguera para sacar un pequeño alfiler dorado con

incrustaciones de cristal dibujando las armas reales y se lo tendió pesarosa.

—Es el único recuerdo que pude salvar del sayo que vestía en el alcázar antes de que Olivares me echase como a una perra. Me pesa desprenderme de él, pero merece la pena el sacrificio.

La modesta joya fue al fondo del puchero con el resto, y la Margaritona se fijó en mí. Dudé: mi motivo de venganza no era otro que el odio hacia Olivares por confiscar los bienes del abuelo de Ruy y menoscabar el honor de los Sandoval y Rojas.

—Siento decirlo que no tengo nada que os pueda servir.

La bruja pensó un momento.

—¿No tenéis nada que haya pertenecido a Lerma?

Acariciándome el cuello, quiso el destino que tocase los relicarios que de él siempre pendían. Recordé que precisamente uno de ellos me lo había regalado el cardenal duque de Lerma el día de mi boda con su nieto. En su interior había un trozo del hábito de santa Teresa junto a un mechón de su propia barba. Según él, para que nunca olvidase quién me lo había entregado. Saqué aquel manojito de pelos y se lo di para que lo añadiese al resto del mejunje.

Mientras removía todo esperando a que fuese consumiéndose, nos explicó que sólo con remojar cualquier alimento en esa pócima su efecto sería mortal para quien lo ingiriese. Tendríamos que impregnarlo en una fruta tierna y esperar a que se secase el líquido para que su sabor fuese inapreciable. Al cuarto de hora volcó el contenido viscoso de la olla en una pequeña vasija que tapó con un pedazo de lienzo y un corcho y me lo entregó.

La tomé con sumo cuidado, saqué diez escudos de mi bolsa, se los entregué y me dispuse a salir corriendo de aquella casucha inmunda a punto de vomitar.

De camino a casa, la Guevara se despidió de nosotras advirtiéndonos que sólo contaríamos con la tarde para convertir a Magdalena en una joven doncella capaz de seducir a quien fuese, pues esa noche habría un juego de gallos en el que participaría el montero y sería el momento idóneo para presentarlos.

«¿Qué es el guardainfante?
 Un enredo para ajustar a las gordas;
 Un molde de engordar cuerpos;
 Es una plaza redonda,
 A donde pueden los diestros
 Entrar a jugar las armas
 Por lo grande y por lo extenso;
 Es un encubrepaños,
 Estorbo de los aprietos,
 Arillo de las barrigas,
 Disfraz de los ornamentos,
 Y es, en fin, el guardainfante
 Un jugador perpetuo,
 Que está secando la ropa
 Sobre el natural brasero».

FRANCISCO DE ROJAS, de su comedia
Los tres blasones de España

Nada más cruzar el portón de entrada, nos despojamos de nuestros andrajos y subimos las escaleras de dos en dos para salvaguardar a Magdalena de las miradas indiscretas lo más rápidamente posible. En la mitad detuve el paso al recordar las indicaciones de la Margaritona con respecto a la doncellería de Magdalena.

Una vez la hubimos escondido en un armario de mis aposentos, ordené a mis doncellas que me preparasen el baño y a Joaquina, que mandase a buscar al sastre y a los peluqueros y regresase de inmediato. No podía delegar en mis doncellas para que la adecentasen, ya que hubieran sospechado algo extraño y se hubieran ido de la lengua.

Mientras que mi dueña la despiojaba, le lavaba el pelo y le arrancaba armada con una bayeta de esparto la mugre adherida a su piel, yo rebuscaba entre mis antiguos vestidos para prestarle alguno.

A mi espalda, mi leal Joaquina murmuraba protestas entre jadeos esforzados, mientras frotaba con saña las partes pudendas de Magdalena: el bermellón con que las había teñido hubiese delatado su procedencia.

—¡Tan adherido está que parece haberse fundido con vuestra piel! ¿Estáis segura, pedazo de guarra, de que el diablo no os concibió con estas manchas?

Con un vestido azul entre las manos, la reprendí. Ella se calló de inmediato mientras la levantaba para secarla con una toalla de lino.

A la joven no pareció importarle en absoluto el insulto. Allí desnuda, se dejaba hacer como una reina entre sus damas. En sus carnosos labios se dibujaba una leve sonrisa mientras entornaba los párpados como si estuviese envuelta en un sueño del que no quisiese despertar.

A la luz del ventanal, las gotas se escurrían por entre los mechones empapados de su pajizo cabello recorriendo su piel y dentelleando reflejos. Su extremada delgadez no llegaba a disimular sus curvas. Portaba altas las posaderas, la cintura estrecha y unos pechos pequeños que acentuaríamos con la presión del corsé. Los dedos de sus manos eran largos como los del mejor tañedor de pianolas, y aunque tenía las uñas un poco descascarilladas, las disimularíamos pintándolas, según la usanza, de un rojo llamativo. Sus largas pestañas y rasgados ojos verdes la hacían más misteriosa aún. Sin duda nuestra elección había sido acertada.

Inmediatamente tapamos su inexistente pudor con una de mis camisas. No hizo falta indicarle nada para que ella saltase en el agujero que los aros de hierro, las ballenas y las cuerdas del guardainfante dejaban en su centro. Estaba deseando embutirse en ella. Era cierto que aquella prenda había sido prohibida por la pragmática, pero la venida del príncipe inglés nos había dado un respiro. Con ella siempre llamaría más la atención por su volumen. Mientras se lo atábamos fuertemente a la cintura con cintas, ella dio dos vueltas sobre sí misma.

—¡Qué tamaño de pollera, mi señora! ¡Con mucha razón se pregunta mi señor Francisco de Quevedo dónde estará el badajo de nuestras campanas!

Ante el soez comentario, Joaquina aprovechó para darle el pescozón que tanto llevaba reteniendo. Al fin y al cabo, normalmente era ella la que los recibía y ahora se desquitaba con gusto.

—Ignorante. ¿Es que no sabéis que la pollera va sobre el guardainfante? Contened vuestra lengua, que aunque algunas damas sean malhabladas, vos os abstendréis. Debéis procurar no mentar a vuestros clientes en público porque os expondréis a que os pregunten dónde los conocisteis e involucrarnos en un aprieto.

La niña, como una gitana, se besó el pulgar con fuerza jurando no volver a mencionarlo.

Se dejó posar la pollera sobre el guardainfante, asombrada ante el ensanchamiento que ésta añadía a sus caderas, abultadas esta vez por aros de paja, trapo y alambre. Encima de la pollera la vistieron con una rica basquiña y la saya azul de un chamelote grueso hecho con pelo de cabra que había elegido.

Al ser más alta que yo, la basquiña le asomaba por debajo y las mangas le quedaban cortas, pero no nos importaba, pues la visión de las muñecas y la punta de los chapines enardecían a muchos hombres y ése era nuestro principal cometido.

Para terminar con su vestimenta apretamos el emballenado del corsé al máximo para que se distinguiese bien su cintura entre el vuelo de sus faldas y se le escapasen gran parte de sus seductores pechos por encima de un escote más bajo que el degollado. Le pusimos unas medias que encargué comprar en los pañeros de la plaza Mayor por no dejarle las mías de seda, y la calcé con unos chapines que, aunque viejos, sí tenían unos tacones de corcho de siete pisos que la elevaban aún más.

Sentada ya frente a mi tocador, Magdalena empezó a fisgar fascinada entre todas las salserillas y perendengues que había sobre la mesa. Oía el jaboncillo de Venecia y mojaba los dedos en mi aceite de violetas.

Mi propia peluquera, después de desenredarle la melena, se la rizó con las tenacillas previamente calentadas sobre las brasas. Tenía tanto pelo que no hizo falta añadirle guedejas de difunto para hacerlo más frondoso. Haciéndole la raya en medio, lo tomó en dos haces y lo recogió a ambos lados de su cabeza con unas cintas de seda y encaje antes de tizarlo con polvos irisados.

Casi lista del todo, le ennegrecimos las pestañas y las cejas con un tinte de antimonio y alcohol, blanqueamos la piel de su cara y escote con polvos de Solimán, y le dimos unos toques sonrosados símbolo de salubridad en las mejillas, barba, punta de las orejas, labios, hombros y palmas de las manos. Para terminar, Joaquina tomó un sorbo de agua de rosas en su boca y la fue rociando de pies a cabeza aprovechando los agujeros de su dentadura para fingir el chirimirí. A ella le extrañó esa forma de perfumarse y la empujó despectivamente.

—¡Vieja, vete a escupir a otra parte!

Dada mi cercanía, sujeté la mano de Joaquina antes de que la pegase. Conteniendo el primer impulso, se acercó a su oído y le susurró amenazante.

—Mira, puta, si fuereis señora, bien sabríaís que así es como se aromatiza una dama. Este disfraz igual que vino se irá y para entonces allí estaré yo para recordaron lo que sois.

Enfadada y celosa por la repentina atención que prestábamos a Magdalena, se alzó la saya indignada y salió refunfuñando.

—No entiendo todo este cuidado para seducir a un simple montero.

Consciente de su incomodo, la dejé marchar.

La niña estaba preparada para conocer a su presa en el juego de gallos de la plazuela de los Herradores a media noche. Llegamos justo a tiempo. Aquel montero llamado Quiterio daba vueltas sobre sí mismo, con los ojos vendados y apretando con fuerza el espadín entre sus manos mientras iba cortando el aire a ciegas en pos del gaznate de un gallo que previamente habían pendido por las patas boca abajo. Su único lazarillo era el mismo canto del gallo, que se quejaba zarandeándose ante su incómoda posición y el presentimiento de una muy probable muerte.

Quiterio empezaba a desesperarse cuando por fin de pura casualidad uno de sus

mandobles con la afilada guadaña le segó la cabeza al animal. Sólo por la sangre que le salpicó y los vítores de la muchedumbre que se agolpaba en un corro a su alrededor supo del éxito de su empresa.

Bajando el arma según la costumbre, esperó sonriente a sentir el beso de la secreta doncella que le entregaría el gallo muerto. Magdalena, consciente de ser el punto de todas las miradas, avanzó inocentemente hacia el centro del corro. Metió al gallo muerto en un cesto, besó en los labios al vencedor y muy lentamente le despojó de su provisional ceguera.

El muchacho, al descubrirla, incapaz de tomar el cesto que le tendía, la miró pasmado. Fue la voz del organizador la que le sacó de su ensimismamiento.

—¡Quiterio, despierta y sal del corro, que traigo el siguiente gallo y espera otro para empezar!

Magdalena en silencio le tomó de la mano y lo sacó del juego. Todo nos salió a pedir de boca. Aquella misma noche vino a rondarla a la reja de casa, pensando que era una de nuestras doncellas, y a la siguiente se coló por entre dos de los barrotes ensanchados al efecto que daban a las cuadras. Allí le esperaba nuestra dulce Magdalena, dispuesta a entregarle lo más valioso que una doncella posee. Al tercer día, convencido de haberla desvirgado, le pidió matrimonio, y al cuarto ella le dio su beneplácito a cambio de que la ayudase en nuestro secreto propósito.

Acordaron encontrarse en la cacería de El Pardo. Mientras estuviese oculto entre la maleza, ojeando las mejores piezas para asustarlas hacia el puesto del rey, no le sería difícil despistarse hacia el puesto de Olivares. Se agazaparía a la espera de que el ojeo terminase y, cuando le viese acercarse a su caballo para regresar donde las piezas muertas se exponen, procuraría que el animal se desbocase.

Quiterio estaba preocupado, pues sabía que posiblemente Olivares no moriría de esta caída. Su amada le aseguró que no era su intención otra que la de quebrarle una pierna, y que si por mala suerte moría tampoco debía importarle, pues el reino tampoco lo lamentaría.

Andaba tan apasionado y engatusado por Magdalena que no objetó nada más. Sabía que si tenían éxito en esta empresa, yo le había prometido a ella por sus servicios una casa en donde mantener a su futura familia y un pequeño pedazo de tierra para cultivar, y no ansiaba más en el mundo.

Si en algún momento tuve el más leve cargo de conciencia por incitar a esa niña a seguir vendiendo su cuerpo, se disipó por completo al comprobar que ella gozaba tanto o más que él a la hora de holgar con Quiterio. Al menos eso nos pareció mientras los espiábamos por las noches para ver cómo el montero respondía al estímulo que le rendíamos. De hecho, Magdalena nos confesó que no sabía si por la imposición que le hicimos o por caprichos del destino, pero se había enamorado de él.

Lo que nunca llegamos a desvelar a nuestro enardecido brazo ejecutor era que, si Olivares sobrevivía a la caída, sería yo misma la que me encargaría de que se comiese las moras que habíamos envenenado con la pócima de la Margaritona.

La noche anterior a la cacería apenas dormí porque me desveló un pensamiento extraño que me vino a la mente. ¿Cómo conseguiría Quiterio que el caballo se desbocara?

Vuelta tras vuelta, me dormí con la esperanza de bastarnos con ello y no tener que recurrir al veneno.

«Salime al campo, vi que el sol bebía
 Los arroyos del cielo desatados,
 Y del monte quejoso los ganados,
 Que con sombras hurtó el sol al día».

FRANCISCO DE QUEVEDO

Miré los muros de la patria mía

El día de la cacería en los montes de El Pardo me vestí con las galas que tenía preparadas desde hacía días al efecto y acudí acompañada por Magdalena. La Guevara, la viuda y Joaquina nos despidieron deseándonos cada una a su manera lo mejor.

Una vez en el campo, según el plan, nos separamos del grueso de las mujeres simulando un paseo sin rumbo en el que después de varias vueltas perdidas por fin hallamos el lugar exacto que Quiterio nos había indicado en un mapa bastante esbozado e impreciso.

Allí solas, con sumo cuidado para no desprenderlas, envenenamos dos moras de la zarza que había justo a los pies de un pasquín que indicaba el camino a seguir por los cazadores que, desorientados, no encontrasen los puestos que previamente les habían asignado.

Nerviosas ante la expectativa, intentábamos tirar de las bridas de nuestra agitada respiración. Sabíamos que en apenas diez minutos aparecería Quiterio con el conde duque en la grupa herido... o quizá nunca apareciese. Sería lo mejor para nosotras, porque eso sería la señal evidente de que su muerte era segura. Algo me vino a la mente.

—Quizá no ha podido desbocar al caballo.

Magdalena sonrió.

—Mi hombre lo puede todo, y si la empresa trata de animales, con más certeza.

—Muy segura estáis.

Sonrió feliz de poder tranquilizarme.

—¿Qué haríais vos si alguien introdujese en vuestro oído una brasa incandescente?

Sólo el imaginarlo me dolió. Sin ninguna duda, el método sería efectivo. Callamos al oír los cascos de un caballo muy cerca. Era él.

Para nuestra frenética excitación, se adelantaba al tiempo esperado. Abrimos las sombrillas simulando sorpresa al verles y procurando no demostrar nuestra

decepción, ya que el conde duque, mal que nos pesase, seguía vivo.

Quiterio nos pidió ayuda como a perfectas desconocidas. Le tumbamos con la espalda apoyada en el palo que sujetaba el pasquín y Magdalena le dio a beber un poco de vino de Esquivias que llevaba en un pellejo. No debía de estar muy maltrecho porque, empinando la bota, se lo bebió de un tirón para luego limpiarse con los puños de la camisa los goterones que surcaban su mentón.

Nada más recobrar el aliento, nos sonrió y ordenó a Quiterio que fuese inmediatamente en pos de dos hombres que le trasladasen en parihuelas con un caminar más suave que el del caballo. Mientras, él se quedaría a merced de nuestros cuidados.

Era la primera vez en nuestras vidas que compartíamos tanta intimidad con el tirano, y aquello aún me puso más nerviosa. En verdad debía de ser un gran jinete para haberse enganchado con tanta facilidad a la silla de un caballo encabritado por el dolor.

Allí tumbado y dolorido, sólo parecía haberse quebrado una pierna y una costilla. Con las manos temblorosas, me aseguré de reojo de que me miraba. Empecé a tomar las moras que sabía buenas de la zarza y las saboreé para tentarle. Magdalena, mientras, le limpiaba el sudor con su pañuelo como la mejor guardiana.

El tirano, con los ojos cerrados, se dejaba cuidar en silencio y el tiempo se me hizo eterno hasta que comenzamos a oír las voces lejanas de los que, alertados por el accidente, se acercaban. Tenía que actuar deprisa. Tomé otro fruto más, me chupé los dedos como si se tratase de la mejor golosina, arranqué de la mata las dos envenenadas y se las tendí.

—Mientras acuden, probad, mi señor. Están justo en su punto.

Una mano enguantada de blanco me interrumpió. Las tomó de mi palma y se las metió en la boca sin decir palabra para saborearlas.

—Las elegís bien, mi señora.

El corazón se me encogió al reconocer la voz del osado e inoportuno que vino a dar al traste con todos mis planes. Mi señor el rey, tan confiado como Adán en el paraíso, había ingerido el fruto maldito. En ese preciso momento hubiese querido meterle los dedos hasta lo más profundo de la garganta para salvarle, pero el miedo me lo impidió. El arrebató me hubiese obligado a confesar mi intención, y nada ni nadie me hubieran salvado de ser degollada como Rodrigo de Calderón en la misma plaza Mayor.

Las piernas me flaquearon al comprobar además que el mismo Olivares, al ver al rey, se había levantado sin necesidad de ayuda. ¡Ni siquiera tenía la pierna quebrada! ¡Maldita mi suerte! El grueso de los invitados ya estaba a nuestro lado, y para más ahondar en nuestra abierta herida, el rey alentó a todos para que probasen las moras. La zarza quedó desnuda en un abrir y cerrar de ojos.

La voz de la reina Isabel me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Qué os ocurre, doña María? Estáis muy pálida.

Magdalena me sujetó por detrás a punto del desmayo al tiempo que la reverenciaba. Fue a ella a quien se dirigió esta vez.

—Llevadla a la tienda que han alzado frente a la mía hasta que se recupere del vahído. La han dispuesto para la siesta de mis damas.

Buscó a una determinada de ellas y como siempre la encontró pegada a su espalda.

—Vos que lo sois, acompañadla y decid a mis doncellas que dispongan el mejor jergón que hubiese para ella.

La mujer de Olivares me miró con recelo y no dudó en protestar.

—Os ruego, mi señora, que se lo pidáis a cualquier otra, ya que mi señor el conde duque se ha caído del caballo y me gustaría estar a su lado.

La reina se indignó.

—¡Siempre contradiciéndome! ¡Es que no veis que está de pie y que, como vos siempre ocupáis el lugar de mi sombra, él ya ocupa el lugar de la del rey!

Doña Inés me miró con recelo, y sin atreverse a musitar siquiera, me asió fuertemente del brazo para guiarme.

La mujer de Olivares, como tantas otras, fue la primera que sustituyó a una de las mejores amigas de la reina en su cargo de dama. Muy a su pesar y como era de esperar, doña Isabel fue soportando en silencio que las jóvenes damas que la entretenían fuesen tornándose en viejas nobles devotas del matrimonio Olivares. La peor de todas, sin lugar a dudas, fue su misma esposa. ¿Quién mejor que ella para mantener informado al tirano de todos los secretos de doña Isabel?

Los mentideros decían que la reina, en un primer momento, había intentado imponer su voluntad con respecto a la de Olivares, pero el mismo rey se lo impidió. Doña Isabel no podía disimular su desprecio por ella. Aquella mujer, a pesar de su fingida sumisión, se sabía segura en su posición mientras el rey siguiese entregado a la voluntad de su esposo.

De camino hacia la tienda, pensaba en las consecuencias de lo que acabábamos de hacer. Doña Inés, una vez libre de la mirada real, no dudó en echarme en cara que la reina estaba preñada y que aquellas tiendas se habían montado para ella y su descanso, no para el de cualquier invitada. Aquella mujer, a pesar de intuir que la reina estaba harta de ella y su constante vigilancia, no cejaría en su propósito.

Una vez allí, la Olivares no permitió que Magdalena entrase conmigo. Estuve tumbada y sola en la penumbra durante unos instantes pensando en qué ocurriría con el rey. Me hubiese gustado compartir con ella mi temor. ¿Y si moría don Felipe? ¿Y si empezaban a investigar e interrogaban a todos los presentes?

Sin duda, Quiterio sería uno de los primeros acusados, ya que estaba junto a

Olivares poco antes de que el rey apareciese. ¿Y si se delataba contando lo que hizo con el caballo y a instancias de quién? Tampoco le conocíamos demasiado como para fiarnos ciegamente de su silencio. ¿Podría simplemente el amor que sentía por Magdalena sellarle los labios?

Cuando oí que todos iban a tomar el taco, me asomé ya restablecida aunque no tranquila.

A lo lejos, el rey caminaba junto al príncipe Carlos hacia el ágape dispuesto. El pintor Diego de Velázquez le aguardaba frente al lienzo que tenía preparado sobre el poyete. Allí, pertrechado con sus paletas y pinceles, pensaba retratarle vestido de caza junto a su perro favorito.

Bajo un bosquecillo de encinas, dos mesas cubiertas con manteles perfumados de piel de cabritilla finamente curtida ondeaban bajo unos centros de flores que destacaban entre las cuatrocientas fuentes de viandas.

La primera era para el rey, el príncipe de Gales, los infantes y los demás cazadores. La de poniente, para la reina Isabel, la infanta María y todo el resto de las damas. Refulgían a la luz del sol los abrigados aguamaniles de oro, cristal y marfil. Los lacayos vaciaban los pellejos de vino de Esquivias y San Martín en jarras de plata para más tarde servirlos en los vasos.

A lo lejos, otras dos mesas francas y más humildes estaban dispuestas para los alabarderos, monteros, perreros, archeros, lacayos, cocheros y otros tantos hombres y mujeres de la servidumbre que esperaban ansiosos para engullir todo lo que nosotros dejásemos.

La reina me recibió con alegría al verme aparecer recuperada del vahído, y me sentó a su lado y el de la infanta María. Ésta no quitaba ojo al príncipe de Gales mientras las demás le elogiaban.

Yo, en cambio, preocupada como nadie, disimulaba como mejor podía mi falta de hambre, ya que las entrañas se me habían encogido ante el temor de que el rey cayese al suelo en cualquier instante.

Don Felipe, a pesar de todo, no parecía indispuerto en absoluto. Bebía y comía tanto o más que el resto de los heliogábalos que tenía a su alrededor. Quizá Dios había atendido mis súplicas y con el buche lleno el veneno se le había diluido entre la comida. Quizá la misma Margaritona había fallado en su pócima. No sabía el porqué, pero por algún milagro inexplicable, continuaba lozano y dicharachero en pie frente a los demás cazadores.

Al terminar de comer, acudieron los sirvientes con aguamanos y jofainas repletas de agua olorosa para que nos lavásemos y refrescásemos. Magdalena aprovechó el momento de intimidad mientras me secaba las manos para preguntarme entre susurros si a pesar del error, ellos cobrarían su recompensa. Asentí, mandándola callar y señalando a la mesa del rey. Algo extraño sucedía. Desde la distancia no

podíamos distinguirlo porque todos los hombres habían hecho un corro alrededor del rey. Supusimos lo peor.

Corriendo junto a las demás damas de la reina, llegué allí cuando dos lacayos y un barbero se abrían paso para librar a don Felipe de toda aquella expectación y buscar intimidad en otra tienda similar a la que yo había utilizado antes. Con la mirada perdida, aseguraba no ver, sudaba como un caballo a punto del colapso y sus miembros, cabeza y mandíbula tiritaban entre espasmos. Cuando pasó justo frente a la reina, le dio una arcada que le hizo vomitar hasta los higadillos.

Su perro preferido, el mismo con el que posaba ante Velázquez momentos antes, fue el primero en llegar al mejunje real y engullirlo cual rico manjar. Ante aquella repugnante escena, la reina Isabel se sujetó el vientre y se contagió en las náuseas. No llegó a vomitar pero se desmayó. Dado su incipiente embarazo, a ella también la llevaron dentro para ligarle los brazos y las piernas como era habitual en un desmayo. Así la sangre fluiría de nuevo a su corazón y se recuperaría. Los ingleses miraban impertérritos la escena mientras la infanta María se lamentaba por el espectáculo.

Sólo pude santiguarme y comenzar a pasar las cuentas del rosario que siempre pendía de mi cintura. Mientras aguardábamos las noticias de los médicos y cirujanos que acababan de llegar, el tiempo se fue haciendo lento y la agonía de la incertidumbre, angustiada.

Con los reyes sólo estaban Olivares y su mujer, mi abuelo el duque del Infantado como su mayordomo que era, y un par de nobles más. Pasada media hora, salió el mismo Olivares sumamente alterado. A excepción de una pequeña brecha en la frente, él no parecía haber sufrido ningún percance. Ordenó a dos lacayos que trajesen una camilla para trasladar al rey a la carroza y de allí a palacio.

Antes de que corriesen las cortinas, pudimos atisbarle sumamente descompuesto. El color sonrosado de sus mejillas después de un día de caza se había enfriado como la tez de un difunto, y su inmovilidad absoluta nos hizo temer lo peor.

En cuanto el galope de los caballos dejó una nube de polvo tras de sí, el conde duque se dispuso a investigar la causa. A los nobles nos ordenó que nos retirásemos y le informásemos inmediatamente si algún otro de los comensales caía enfermo. Respiré tranquila, ya que, al parecer, de nosotros era de los últimos que sospechaba.

Lo dejamos acompañado por cinco guardias reales, recorriendo todo el campamento y tomando muestras de los pucheros que, apoyados sobre los trébedes, aún humeaban cargados con los manjares que acabábamos de saborear. El maestre sala fue el encargado de ir vaciando uno por uno, sin olvidar ninguno al descuido.

En poco tiempo se formó un pequeño montículo de los más diversos alimentos. Aves y conejos asados, ternera adobada, salpicón de vaca con cebolla, albondiguillas, manos cocidas, empanadas, venados, pernils de tocino e incluso el guiso de olla podrida que el rey no había probado.

Los lacayos, desde una distancia prudencial, no podían disimular sus defraudados rostros. ¡Adiós a los manjares! Ansiosos como siempre de la buena comida que les quedaba a la postre de los festejos de sus señores, la boca se les hacía agua y el alma, injusticia. Aquellas sobras tan soñadas, como desperdiciadas, caían al suelo para ser devoradas de inmediato por las jaurías de perros hambrientos que habían rastreado la caza.

Según Olivares, era la mejor manera de comprobar si algún manjar había sido envenenado. Una vez las bestias se llenaron las panzas sin dejar ni un rastro, los perreros los encerraron en sus jaulas con la orden de vigilarlos y avisar, como nosotros, en el caso de que alguno de ellos cayese enfermo o muerto. A sabiendas de que el único de todos ellos que podría haberse envenenado fue justo el que engulló su vómito, lo busqué entre todos sin éxito. ¿Dónde estaría el dichoso animal? Si el perro caía enfermo, la evidencia de un seguro envenenamiento sería absoluta.

El despiste en que se vieron alguaciles y guardias involucrados contribuyó a que éste fuese olvidado hasta última hora de la tarde, cuando lo encontraron despeñado al fondo de un terraplén. La preocupación por la salud del rey era tanta que nadie le dio importancia, dando por supuesto el que fuese un accidente.

La decepción de todas aquellas gentes forzadas al ayuno fue aún mayor al enterarse de que, pasados dos días, las perreras seguían albergando a todos sus inquilinos ladrando ufanos sin que ninguno de ellos hubiese dado la más mínima señal de malestar. Gracias a esto y a que el rey parecía estar recuperándose, ansiamos que las pesquisas se dieran por zanjadas lo más pronto posible y así respirar tranquilas.

Recuerdo aquellas noches en vela y a solas, pues acordamos no vernos hasta que las sospechas de un intento de asesinato hacia el rey se esfumasen por completo.

A don Felipe no le faltó un cuidado o remedio. Las sanguijuelas le sangraron con ansia, los cirujanos le aplicaron ventosas, los barberos le refregaron los brazos y las piernas para que le bajase la fiebre, y el boticario real le trajo un preciado frasco de agua de azahar con piedras disueltas de bezoar criadas en las entrañas de una vaca para calmarle los dolores.

Sus hermanos, los infantes Carlos, Fernando y María, pegados a los pies de su lecho junto a la reina Isabel y otros nobles, rogaban a Dios por su alma.

El mismo día en que despertó, les sorprendió al decirles que su abnegado Olivares le había confesado que tenía la sospecha de que el posible intento de envenenamiento estaba en realidad dirigido hacia él y que, temeroso porque volviese a ocurrir un yerro en el afán de asesinarle, ofrecía su dimisión al rey velando así por su seguridad. El rey la rechazó y Olivares se afianzó aún más en su valimiento al demostrar su fidelidad. Aquello era una simple mentira inventada por el valido. ¡Ese hombre sabía cómo amañar cualquier circunstancia en su propio beneficio!

Por fin, una mañana, no sé si por los remedios que le aplicaron, por la intercesión de Dios o por la fortaleza del enfermo, el pulso del veneno en su sangre comenzó a remitir. Según la Margaritona, el porqué de tan grato acontecimiento no fue otro que la pócima no estaba destinada a él, sino a Olivares. Fuese por lo que fuese, di gracias al Señor por atender mis plegarias y dejé un buen donativo en la saca de la iglesia de San Andrés.

Pasado el peligro, llegaba el momento de congregarnos. El fracaso absoluto de nuestra conjura requería que pensásemos en otra alternativa para deshacernos del tirano. Al preguntar a mi abuela, la duquesa del Infantado, si querría acompañarnos, me recordó que si había delegado en mí para el propósito fue precisamente porque ya no quería saber nada, y me suplicó que nunca más la hiciese partícipe de nuestros propósitos al respecto. Su esposo era el mayordomo real y lo último que querría en su vida era el verse involucrada en algo que pudiese salpicar su reputación. ¡Bastantes penados por la Inquisición a instancias de Olivares teníamos en la familia como para engrosar la lista!

«Calle el alma lo que siente
Porque sienta lo que calla,
Que el amor que palabras halla
tan falso es como elocuente».

TIRSO DE MOLINA, *Chispas*

Mientras fuera las calles ardían en fiestas alumbradas por antorchas, nosotras permanecíamos enclaustradas con el agrio sabor de la frustración asido a nuestros paladares y el miedo a ser descubiertas anclado en nuestra angustia.

El pueblo, en plenas mojigangas, caminaba sin descanso en numerosos grupos por las calles. Unos, disfrazados de sabía Dios qué, cantaban sátiras sirviéndose de escandalosos cencerros y campanillas en una lidia entre los diferentes rebaños de hombres dedicados a este menester. Otros, villanos, entre chanzas y juegos se entretenían ideando mil y una triquiñuelas para reírse de los menos despabilados.

Resultaba cómico observar desde el balcón cómo algunas de las víctimas de estos mequetrefes, con los sentidos adormecidos, tropezaban con las cuerdas invisibles que los pícaros les habían tendido de lado a lado de la calle; otras estornudaban sin descanso con los polvos picantes que habían soltado a merced de la brisa, o los últimos acababan empapados por las estancadas aguas de azahar que escondían los miles de huevos arrojadizos que sobrevolaban la villa. ¡Qué tiempo tan mal empleado el de su llenado!

Era tanto el jolgorio que se formaba en estas batallas que en el fragor de la contienda solíamos cerrar las contraventanas por temor a que alguno de aquellos perfumados proyectiles se colase en los salones para dañar cortinajes y alfombras.

A veces desde arriba nos uníamos a ellos, pero ese año lo que en el anterior fue divertimento se mudaba tormento. Nuestro estado de ánimo no nos acompañaba, y tuvimos que soportar en silencio las dolorosas carcajadas de los más alborotadores durante casi una semana de carnavales. Sólo nos quedaba el consuelo de saber que a los pocos días, entrada la cuaresma, los mismos que ahora reían tendrían que acatar en silencio las penitencias que el Santo Oficio nos mandaba.

Aquella noche nos reuniríamos de nuevo en las cuadras. Era el mejor lugar, dado que Quiterio también aparecería. Magdalena, desde el día de la cacería, se mostraba preocupada y silenciosa. Allí, sentadas sobre un barril, esperábamos a que el resto llegara cuando aprovechó nuestra momentánea soledad para sincerarse.

—Mi señora, os lo debo todo. Siempre os agradeceré el que me hayáis dado la

posibilidad de salir de la mancebía y de conocer a Quiterio. Pero hay algo más que os quiero pedir.

Sonaba temblorosa e insegura. Nosotras habíamos transformado el cuerpo de aquella manceba en el de una joven ingenua por artificio, pero ella, en muy poco tiempo y sin necesidad de una falsa ayuda, tornó su agriado espíritu en un alegre devenir de sentimientos que manaban de su interior. La dureza prematura con que la vida la había atizado, lejos de amargarla, le había enseñado a apreciar, aprovechar y agradecer la única oportunidad de salir del atolladero en el que el devenir la había involucrado, y lo demostraba con toda la dulzura que era capaz de irradiar. Le acaricié el cabello.

—¿Seguís convencida de vuestro enamoramiento?

Muy despacio y midiendo sus palabras, me contestó:

—Lo estoy, mi señora, y por eso quiero compartir el resto de mis días junto a él. Sabe que soy huérfana y hoy viene con un solo propósito. Pediros mi mano.

Tragó saliva angustiada antes de continuar.

—Como está convencido de que tuvo mi doncella, no nos pedirá la notificación de un notario para contraer conmigo, y por eso os pido que ese secreto quede entre nosotras sepultado para siempre.

Asentí.

—Os parecerá extraño, pero, por lo que a mí respecta, no sé de lo que me habláis.

Agradecida, prosiguió:

—Hay otra cosa que me preocupa. Quiterio piensa que siempre he sido vuestra doncella. Está convencido de que lo soy desde niña y no quiero desmentírselo. ¡Si supieseis cómo alardea de ello con sus amigos!

La miré sonriente.

—Nacisteis bajo mi techo y nunca he tenido doncella más leal, bella y buena que vos.

Ella se miró la punta del chapín y comenzó a dar vueltas a su pie, dibujando un círculo en la tierra antes de continuar. Por la extraña timidez que demostraba, no parecía atreverse a mirarme directamente a los ojos.

—Sólo hay una cosa más. No quiero abusar de vuestra generosidad, pero nosotros hemos cumplido con todo nuestro empeño con lo que se nos ordenó. Vuestra merced fue testigo de que en el fracaso nosotros nada tuvimos que ver, y sin embargo, nos hemos visto perjudicados.

La miré con extrañeza, pues no sabía a qué se refería. Magda prosiguió, repasando el círculo que había dibujado anteriormente.

—Olivares ha culpado del altercado que sufrió en la cacería con su caballo a Quiterio y le ha despedido de su puesto de montero en la casa real. Sin duda era la excusa que estaba buscando. Ahora duerme en la calle. A mí no me importa, le quiero

y nuestra intención a pesar de todo ello sigue siendo formar una familia, pero será difícil sin nada que nos sustente. ¿Cumpliréis con lo que en su día nos prometisteis?

La tomé de la barbilla y se la alcé para retener su mirada.

—¿No os sabéis nuestro lema? «Otorgar es señorío y recibir, servidumbre». Magdalena, el día en que os vi por primera vez en la puerta de la mancebía de la Guevara me prometí a mí misma salvaros de aquel funesto destino en el que estabais, y lo cumpliré. No os defraudaré. Las rondas de rejas y holgares clandestinos en los pesebres se acabaron para siempre. Viajaréis a la Alcarria, donde tenéis dispuesta una pequeña casa y tierra suficiente para alimentar a vuestra incipiente familia.

Tomé la bolsa, miré lo que en ella había y se la entregué.

—Tomad, os doto con doscientos ducados. Con ellos celebraréis la boda y la tornaboda, arreglaréis la casa y compraréis aperos de labranza para cultivar el pedazo de tierra que os legaré. ¡Cómo voy a negar una vida de amor a quien tan fortuitamente la halló!

Poniéndose de pie, aquella niña cincelada ya mujer gritó al cielo.

—¡Es como si Dios nos hubiese querido dar de golpe todo lo que antes nos había negado!

Preso de su alegría, saltó sobre mí para abrazarme y cubrirme de besos hasta que la puerta de la calle chirrió. Era el joven montero, que, agazapado al otro lado, nos espiaba, y a pesar del ruido callejero nos había oído. Como una ráfaga de viento corrió hacia donde estábamos, tomó a su mujer por la cintura y la levantó en el aire para dar vueltas sobre sí mismo hasta marearse. Al bajarla, la besó ardientemente olvidando mi presencia. Ella le separó con cuidado, fingiéndose azorada, hasta que algo le vino a la mente y, sin apartar su mirada de la de él, se dirigió a mí.

—¿Sabéis, mi señora, que Quiterio el día de la cacería vio al perro del rey desaparecer tambaleándose entre las matas? Fue él el que lo siguió, esperó a que se tumbase, le dio una pedrada en la cabeza y lo despeñó por una ladera cercana. Así el temor a que lo encontrasen muerto sin causa aparente y alguien dedujese que habría sido por el veneno que comió en el vómito del rey desapareció para siempre. ¡Qué hubiésemos hecho sin él! ¡Ni el más hábil pícaro de la corte lo hubiese hecho mejor!

Embargada de orgullo, le besó de nuevo. Esta vez fui yo la que les separó.

—Celebro vuestra alegría, pero tenéis una vida por delante para haceros carantoñas y las demás tienen que estar al llegar. Sólo os pido que no comentéis nada de lo que os doy con el resto de la servidumbre, pues con ello sólo lograríais crearme un problema incitándoles a la envidia.

Asentían convencidos cuando la voz de la viuda de Calderón sonó a nuestra espalda.

—Como yo, ya sois deudores de esta familia. Podéis estar tranquilos porque nunca os pedirán cuentas.

La miré complacida. Hacía mucho tiempo que no pronunciaba un halago de agradecimiento hacia nosotros, y ahora lo hacía después de los años que llevaba residiendo en casa con sus hijos. Sólo nos faltaba la Guevara. ¿Por qué se retrasaba? Era extraño, ya que a pesar de todos sus defectos era una mujer extremadamente puntual, según ella porque siempre estaba pendiente del final de los servicios que prestaban sus mujeres.

Al fin apareció, tan repentinamente como siempre; tras ella venía Joaquina. Su rostro estaba descompuesto y sus ojos irradiaban odio. Se dirigió a mí de inmediato.

—¿No decíais que la sospecha de un envenenamiento había pasado? ¡Mentirosa o mal enterada! Confiadas como estábamos, la han detenido.

Estaba tan alterada que no entendía nada. Me excusé mirando a mi alrededor.

—Somos tres las conjuradas y el trío estamos aquí, ya que Magdalena, Quiterio y Joaquina sólo nos sirven fielmente. ¿A quién han prendido?

Ciñéndose la mantilla blanca alrededor de los hombros, me fulminó con la mirada.

—Tanta nobleza y tan poca cabeza. Se supone que vos sois la que nos debe mantener a las demás informadas de cualquier alerta que proceda del alcázar para salvaguardarnos a tiempo. ¡A quién va a ser! ¡La Margaritona es tan vieja que no lo soportará!

Se sentó sobre un pesebre desesperada. Sólo pude excusarme.

—¡Os juro que no la han podido acusar de envenenar a nadie! Si fueron a por ella, tuvo que ser otro el motivo.

Cabizbaja, susurró:

—Quizá. Pero hace días que los mentideros, a falta de otras cosas de las que nutrirse, pregonan a los cuatro vientos que los síntomas que padeció el rey fueron producidos por la ingesta de una seta venenosa que sólo ella conocía, y ya sabéis de lo que es capaz un infundio. Esa buena bruja sólo ha dado remedio a todo el que se lo pidió, aun a sabiendas de que la Inquisición la perseguiría por ello. ¡A ver ahora quién la defiende!

Todas callamos; sabíamos que nadie lo haría por temor a ser acusado de cómplice en la hechicería. Repentinamente se hizo el silencio en la calle. La multitud, a pesar de estar embriagada de alcohol y felicidad, se había paralizado. A través de una rendija del portalón nos asomamos. Todos se echaban a un lado para dejar pasar un oscuro bulto lejano que se acercaba tintineando cascabeles. Era ella. La vieja Margaritona, rumbo a su presidio en galeras. Más parecía un animal que una mujer. Estaba encajada con tablas y, metida en una jaula con aspecto de coraza cargada sobre un pollino sarnoso. Se tambaleaba al son del paso del animal, obligada por el reducido espacio a permanecer inmóvil y en cuclillas, ligada de brazos y piernas. El insistente resonar del látigo del alguacil casi nos escocía en la espalda.

Entre su larga y enmarañada melena blanca asomaba una mueca de dolor remendada por un millón de arrugas que zurcían sus ancianos labios. Parecía un demonio.

Tras ella, otro alguacil portaba en la mano derecha una bolsa que le había encontrado oculta en el refajo y contenía el millar de ducados que le habían decomisado, según ellos, para destino de obras piadosas. El mismo hombre con la mano izquierda alzaba a la vista de todos un gran libro en pliegos donde aseguraba a voz en grito tener escritos todos los nombres, calles y casas de los que a los apaños de aquella alcahueta habían acudido. El mequetrefe disfrutaba consciente de que muchos temblarían al saberlo, pues no existía en la corte nadie que a lo largo de su vida no hubiese demandado alguna de las soluciones que aquella zurcidora de honras y remendadora de doncellajes ofrecía. Aun así, sabíamos que ella no escribía y nos sonó más a amenaza que a verdad lo que pregonaba.

Al desaparecer el pollino, miré a la Guevara. Ya no me gritaba e insultaba, ni siquiera se movía. Sólo una lágrima silenciosa recorrió su mejilla. La muchedumbre no tardó ni un instante en olvidar lo que había visto y regresar a sus juergas, cerrando el pasillo que acababa de abrir.

Aquella noche, ante el miedo de que nos delatase y el temor que aquella escena nos produjo, decidimos separarnos y dar por concluido el desafío a Olivares por un tiempo, el suficiente como para que las turbias aguas se calmasen.

La Margaritona no vio amanecer. Murió desangrada esa misma noche después de haberse arrancado la lengua de un mordisco para no pronunciar palabra.

Magdalena y Quiterio partieron a la mañana siguiente rumbo a la Alcarria. Acordamos que la viuda continuase cargando con su silencioso luto, la Guevara con su clandestina mancebía, y yo acudiendo a los festejos que se diesen en honor al príncipe de Gales. Era lo mejor para no levantar sospechas si queríamos urdir otra venganza en cuanto la ocasión lo permitiese.

«¿Cuál de vosotras quiere ser maya?
 ¿Calláis? ¡Qué linda cosa!
 Yo seré que no soy melindrosa».

LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE

*Parlamento de una vecina en uno
 de sus entremeses*

Pasaron dos meses hasta que las turbulentas aguas se calmaron. Para entonces las conjuradas que quedábamos en Madrid salíamos tranquilamente de casa, habiendo superado los temores de un posible hallazgo por parte de los pesquisadores que nos pudiese delatar.

La razón principal a tanta serenidad, por extraño que parezca, nos la facilitó el mismo tirano al asentarse en su posición convenciendo al rey, aún más de lo que estaba, de su enaltecida posición. Al parecer, no había en él otro propósito que el de velar por la integridad de don Felipe. Para ello se había encargado de involucrar a los infantes don Carlos y don Fernando en la misma trama que él inventó, convenciendo al rey de los celos que le tenían por ser sus hermanos menores y ansiar lo del mayor. Algunos llegaron incluso a asegurar que habían sido ellos precisamente los que compraron a la Margaritona la supuesta seta envenenada que casi termina con la vida del monarca.

A pesar de que Olivares no hubiese conseguido aportar una sola prueba fiable que corroborase su argucia, todos sabíamos que el monarca no se las pediría y en consecuencia la influencia fraternal que los infantes pudiesen ejercer sobre tan débil voluntad se vería mermada de inmediato.

La constante obsesión de Olivares por aislar a don Felipe de cualquier dominio que le pudiese poner en su contra seguía en alza a pesar de que ya habían transcurrido más de cuatro años desde que ascendió al trono. Quería incomunicarle, y lejos de las sutilezas utilizadas inicialmente, ya lo hacía sin rodeos de la manera más descarada. Don Carlos y don Fernando sabían que sólo tendrían tiempo para rebelarse contra esta ignominia mientras las dilaciones sobre el matrimonio de su hermana María con el príncipe de Gales continuasen, pues desde la llegada inesperada del heredero de la corona de Inglaterra, no se hablaba de otra cosa.

Poco tiempo después supimos que el príncipe de Gales, cansado de mascaradas y suntuosas cenas en palacio, deseaba conocer alguna de nuestras fiestas más populares. Aprovechando que comenzaba mayo, decidimos vestir a la más bella de

mis doncellas como a muchas de las mayas que aquellos días se exhibían, con un guardapiés brocado en plata, la cabellera suelta y tocada con una gran corona de flores ajustada a su frente. Al observarla, quedé sumamente satisfecha de la labor que Joaquina había hecho con ella. Verdaderamente parecía la imagen de una Virgen sentada bajo la cruz de claveles que habíamos dispuesto en medio del patio.

Con la excusa, don Carlos podría venir acompañado por toda la familia real sin tener que recorrer los peligrosos barrios de Leganitos, el Humilladero y Caravaca, en donde se disfrutaba al máximo de estos festejos. Nada más llegar los futuros reyes de Inglaterra acompañados por sus respectivos cortejos, les agasajamos con sonoras salvillas y ricos manjares que engulleron como si llevasen días de ayuno mientras admiraban a la maya.

Sólo hubo un pequeño altercado: a pesar de que pusimos toda nuestra observancia en cumplir con los detalles que el protocolo nos requería en semejante circunstancia, no pudimos impedir que dos pedigüeñas que deambulaban por los alrededores acosando a los viandantes se colasen entre el grueso cortejo.

Aquellas arpías fueron tan discretas al entrar como inoportunas al verse cerca del agasajado, pues lejos de desperdiciar la ocasión de un buen donativo, empujaron a los alabarderos para abrirse un hueco frente al príncipe Carlos y extender sus mugrientas palmas. Sólo cuando escuchamos el coro de sus voces fuimos conscientes de su hábil intromisión.

—¡Para la maya, para la maya, para la maya que es linda y galana!

El príncipe, a pesar de no hablar castellano, entendió el gesto y, dando por seguro que aquello era parte del espectáculo, le hizo una señal a su mayordomo para que les diese unas monedas. Las incautas le reverenciaron y antes de verse echadas a puntapiés, salieron despavoridas, no fuese alguien a incautarles el inesperado botín.

La infanta María, exultante como nunca, le observaba engatusada por la idea de un enamoramiento verdadero. Desde párvula había estado prometida a este príncipe, aunque en vida de su padre nunca se había hecho demasiadas ilusiones, ya que la Iglesia anglicana no parecía estar dispuesta a ceder ante un rey tan protector del catolicismo.

Ahora que de nuevo se retomaba el diálogo entre Inglaterra y España, la infanta había recuperado la esperanza. Ella, que siempre había sido pausada y comedida, se comportaba como si un caudaloso manantial de vitalidad le hubiese inundado las venas. La reina Isabel la acompañaba siempre que su embarazo se lo permitía, ya que después de haber perdido a su primera hija, procuraba descansar siempre que su cuerpo se lo solicitaba.

Había que estar ciego para no ver que los regios novios, dejando a un lado las razones de Estado que se discutían para unirlos, se atraían irremisiblemente. El príncipe Carlos, a pesar del largo transcurso del tiempo que faltaba de Inglaterra, no

parecía tener prisa en marcharse, y la infanta María, titulada ya por muchos como la princesa de Gales, agradecía este retraso en la salida.

Era como si los dos hiciesen oídos sordos a las diferencias que se debatían a puerta cerrada entre Olivares y Buckingham. Los rumores gritaban a los cuatro vientos una negociación complicada, y siempre que sonaba la campana imaginaria de un final satisfactorio, Olivares inventaba alguna excusa para dilatar la discusión.

A Inglaterra le interesaba este matrimonio, principalmente porque necesitaba la ayuda de nuestro ejército para que el emperador Fernando devolviese el palatinado a Federico V, el cuñado del príncipe de Gales. Ante estas peticiones, ni al rey ni a Olivares le hacía ninguna gracia luchar contra los católicos austriacos del lado de los protestantes.

Para dejar clara su posición al respecto, agasajaban al príncipe con todo el boato del mundo mientras solapadamente se negaban a aceptar esta unión, principalmente por las mismas causas que en su momento argumentó Felipe III.

Aunque hubiese pasado casi un siglo desde que Enrique VIII decidiera convertirse en la cabeza de la religión anglicana, abjurando del catolicismo para poder así divorciarse de Catalina de Aragón y casarse con Ana Bolena, la sangre de todos los católicos asesinados durante aquellos años en Inglaterra seguía salpicando el dolor de nuestros corazones, al igual que los anglicanos tardarían en olvidar la venganza que la hija de Catalina, María la Sangrienta, urdió contra los anglicanos durante su reinado al suceder a su padre.

Ante tanto resquemor, nuestra infanta María sólo contraería matrimonio siempre y cuando no tuviese que renunciar al catolicismo. Por el otro lado, los dignatarios ingleses aceptarían la imposición si de verdad los españoles se convencían de que el príncipe de Gales no estaba dispuesto a abnegar de su religión.

Aceptada esta realidad por las dos partes, el papa había concedido su dispensa para que el enlace siguiese adelante, y nuestros teólogos y juristas informaron favorablemente siempre y cuando se cumpliesen ciertos requisitos.

Por fin, ante la impaciencia del rey Jacobo de Inglaterra tras la larga ausencia de su heredero, mandó mensaje de que se cerrasen los tratos, los juró y pidió a su hijo que regresase de inmediato.

Se fijó la dote de la infanta en dos millones de escudos, y se acordó que se celebrarían los desposorios a los cuarenta días de haber recibido la dispensa papal. El príncipe de Gales se adelantaría y pasadas las tres semanas siguientes, la infanta partiría para reunirse con Carlos en Inglaterra. La infanta María accedió a esta separación por petición de su hermano el rey y a instancias de Olivares. Pasado el tiempo, todos supimos que las capitulaciones firmadas en realidad fueron dos, una pública y otra privada.

La pública decía que el matrimonio se celebraría en España y se ratificaría en

Gran Bretaña. Los hijos que ambos tuviesen, hasta los diez años estarían bajo la vigilancia de la infanta María; además, ella y su servidumbre tendrían en casa una capilla católica propia con capellanes españoles para el ejercicio de su culto.

La secreta decía que la infanta no sería obligada ni tentada a dejar la fe de sus padres. Que se le daría libertad total para cumplir con sus preceptos y que nunca se la castigaría por ello con las leyes penales que estaban vigentes en Inglaterra, tolerándose el culto católico siempre que se diera en las casas particulares.

El acuerdo público lo juró el rey Jacobo de Inglaterra junto a los lores en la capilla real de Westminster, mientras que el privado se comprometía a respetarlo ante cuatro testigos en la casa del embajador de España.

Después de los siete meses que estuvo el príncipe de Gales morando en la Casa de las Siete Chimeneas, situada en la calle de las Infantas, se marchó cargado de joyas, preseas, caballos, pieles y otros presentes de gran valor. Olivares no fue capaz de poner reparo en ello a pesar de sus ansias de austeridad, ya que él mismo y ante muchos testigos había aceptado de manos del príncipe un diamante valorado en 16.000 ducados, y para su mujer, la entrometida dama de la reina Isabel, una cruz valorada en seis mil y otras dos sortijas más para su hija María.

Le acompañamos junto a la familia real a El Escorial, y de allí partió hacia Santander. La ciudad cántabra le despidió con una cena de 1600 platos que los comensales de su séquito, completamente borrachos, se precipitaron a romper una vez vacíos después de haber brindado por el rey don Felipe. A la mañana siguiente soltaban amarras al son de las salvas de la artillería y con el recuerdo de la más fastuosa despedida.

La infanta María quedó ahogada en lágrimas a pesar de que muy pronto estarían juntos en Inglaterra. No había día en que no nos convocase a sus amigas más jóvenes para compartir sus penas. Todas sabíamos que Olivares, a pesar de haber aceptado todos los regalos del príncipe inglés, seguía obcecado en deshacer este matrimonio, todas menos la misma infanta, que prefería aferrarse a su sueño ignorando cualquier historia que pudiese quebrarlo.

El mismo día en que esperábamos en la antecámara de la reina a que pariese de nuevo, la infanta María se atrevió a sincerarse conmigo vomitando todos aquellos temores que la corroían por dentro. El príncipe de Gales había partido hacía ya más de tres meses y ella seguía a nuestra vera, incapaz de contener la derrama de aquella vitalidad que el amor soñado le había brindado.

—Decidme, doña María, ¿creéis que nunca me casaré?

Tragué saliva ante tan inesperada pregunta. Desde que fallamos en la tentativa de envenenar a Olivares, todas nos habíamos dispersado, pero la posibilidad de un segundo intento seguía latente en nuestros corazones. De hecho, la viuda seguía morando en casa y con la Guevara nos cruzábamos asiduamente por las calles

compartiendo fugaces miradas cargadas de secretos en común. Tal y como venían las cosas dadas, en cuanto la infanta María supiese de la traición de Olivares para con su matrimonio, seguro que se alistaría voluntaria en las filas de nuestra conjura.

Contesté a su pregunta con sinceridad.

—Señora, sabéis tan bien como yo que nada ha sido fácil. A mi parecer y al de la mayoría de los que os quieren, todo se ha dilatado demasiado, pero pensad que esa tardanza os vino bien para afianzar vuestro amor.

Intenté adquirir un tono más solemne.

—Gracias a la larga estancia de don Carlos en esta corte, nos ha demostrado con creces su buena disposición al respecto, pero...

Callé por un instante para ver su reacción. Ante su expectación, proseguí.

—Si lo pensáis bien, durante todo ese tiempo nadie prestó la suficiente atención a las negociaciones entre Olivares y Buckingham.

El repentino descubrimiento de que Olivares me había distraído a mí también con los mismos divertimentos que al rey cuando quería restarle importancia a alguno de sus problemas me incomodó tanto que reflexioné sobre ello al tiempo que le contestaba:

—Si lo pensáis detenidamente; después de cerrar los tratos de los desposorios, sólo supimos lo que nos contaron, sin preocuparnos de cómo fueron las relaciones entre vuestros representantes. Lo único que os puedo decir al respecto es que me extrañó mucho la fría despedida entre los dos validos.

La infanta doña María se interesó de inmediato.

—¿Qué es lo que escuchasteis?

Proseguí.

—Lejos de un fuerte abrazo o apretón de manos, Buckingham se limitó a decirle que siempre sería el servidor humilde del rey, la reina, y vuestra alteza, pero jamás de él mismo. ¿No os parece suficiente como para deducir de esas palabras su ojeriza hacia Olivares?

La infanta apretó los puños con rabia en el preciso momento en el que la mujer de Olivares salía a notificarnos el nacimiento de la infanta Margarita: la bautizarían así recordando a su abuela. Al levantarnos todas a dar la enhorabuena a la reina, la infanta María aprovechó la confusión para retirarse a sus aposentos.

La dejé desaparecer a solas. Permitiría que el odio hacia Olivares anidase en su corazón hasta enquistarse antes de hacerla partícipe de nuestra causa. Al percatarse del peligro, ella acudió a doña Isabel demandándole su ayuda, pero al principio la reina se mantuvo distante por su reciente maternidad para continuar ignorándola más tarde al refugiarse en la tristeza que le dejó la muerte de la pequeña infanta Margarita al día siguiente de cumplir el mes de vida.

El día que supe por una pequeña indiscreción del duque mi abuelo que se hablaría en el Consejo Real sobre el matrimonio de la infanta, corrí a proponerle un plan. Las dos nos esconderíamos en la discreta estancia que el mismo conde duque de Olivares había dispuesto para su hermano el rey en los casos en los que éste no deseaba estar presente en el Consejo pero sí enterarse de las dilaciones de los consejeros en su ausencia.

Antes de acudir a aquella estancia secreta, quise cerciorarme de que nadie nos molestaría, y por ello supe que el rey muy probablemente agotaría el día entretenido entre las sábanas de una de sus conquistas y que la reina tampoco lo haría, ya que prefería pasear su reciente desdicha por los jardines del alcázar. Sólo existiría el peligro de que nos descubriese la mujer de Olivares en nuestro observar.

Antes de sacar la copia de la llave de aquel cuarto de mi faltriquera, nos asomamos por última vez a un balcón de la fachada trasera del alcázar para asegurarnos de que la susodicha, como siempre, andaba persiguiendo a la reina. Allí estaba, ni siquiera respetaba la petición de soledad de su señora. Mientras doña Isabel tiraba pétalos de rosa a un pequeño estanque, ella la acechaba desde detrás de un seto. Por la actitud melancólica de la reina, aquella mujer tardaría al menos media hora en regresar, junto a la dueña de su observar.

Abrí la puerta muy despacio para que no chirriase, dejé pasar primero a la infanta y tras ella volví a cerrar con llave. Doña María se asomó desde el principio para atisbar la sala. Desde la celosía, al comprobar que el debate de ese instante no le tocaba en absoluto, perdió el interés inicial y tomó asiento en una pequeña mecedora que allí había frente a un reclinatorio. Si todo salía como yo esperaba, después de aquel consejo a la infanta, no le cabría ninguna duda sobre las alevosas intenciones de Olivares para con ella.

Aproveché para escuchar. Hacía cuatro años que el sucesor del archiduque Alberto en el Gobierno de Flandes intentaba ampliar el plazo de la extinta tregua a la que los holandeses habían estado ligados durante los últimos doce años, pero la obstinada negación de los rebeldes a mantenerla nos había empujado a la guerra.

Olivares, en repetidas ocasiones y remitiéndose a las noticias que mandaba el general Spínola desde el frente, intentaba convencer al Consejo de la necesidad de terminar con este conflicto, pero nadie dio su brazo a torcer. El grueso del Consejo quería que España permaneciese involucrada en la contienda, pues el ceder en Flandes sería un signo de flaqueza que alentaría a los franceses en la lucha enconada que desde hacía décadas mantenían contra la Casa de Austria.

El valido tuvo que plegarse a su deseo a pesar de que las cuentas para costear esa guerra seguían sin cuadrar y de que sería difícil conseguir más ayuda económica en las venideras Cortes en Valencia, Aragón y Cataluña. Los tres reinos ya se sentían demasiado esquilados.

Debatido este punto, pasaron a discutir el siguiente: el matrimonio de la infanta María con el príncipe de Gales. Al oírlo, la aludida se puso en pie muy despacio. Yo le dejé mi sitio para que se asomase al pequeño ventanuco. La voz de Olivares sonó segura y contundente. Su eco retumbó en los altos techos de la estancia.

—Dios no quiere ni manda que obremos en orden a los milagros que él haya de hacer sin que nosotros se lo pidamos, y atentaremos contra su voluntad entregando a la señora a un príncipe de otra religión.

El murmullo en la sala fue general hasta que una voz perdida lo silenció.

—¿Para qué le recibimos con tanto agasajo entonces? ¿Para mentirles o para ofuscarnos aún más con ellos? ¿Habéis pensado en las consecuencias que puede acarrear el haber mareado tanto la perdiz para no sellar el matrimonio? ¿Qué será de la paz con Inglaterra?

Olivares contestó con aire de amenaza.

—Después de haber calculado las consecuencias de una guerra con Inglaterra, he llegado a la conclusión de que estos daños, si han de venir, no excusan la indigna negociación ni el rendimiento que obtendremos al entregarles a doña María.

Otra voz sonó desde el punto opuesto a la sala.

—¡No creo que midáis de veras los posibles!

Otra le secundó.

—¡Más bien os dejáis cegar por una posible alianza con Francia!

Olivares se defendió.

—¿Por qué os incomoda tanto una alianza con Francia? ¿Acaso no os dais cuenta de que sería la única manera de poner fin definitivamente a la guerra de Valtelina?

El mismo consejero le respondió indignado.

—¡Y a qué precio! ¡Leed nuestra historia porque ya sabemos por ella del valor de la palabra de los franceses y su quebramiento! ¿Es que no veis que desde que los Borbones se sienten acosados por los Habsburgo en todas sus fronteras, Richelieu procura una alianza con Holanda, Saboya y Venecia en nuestra contra? ¿Qué haréis entonces?

Contestó sin dudar.

—Procurar una alianza con los Estados menores italianos que nos sean fieles para contraatacar.

Sonó una carcajada.

—¿Con Parma, Módena y Luca? ¿O con Génova y la Toscana? —respondió con sorna otro consejero.

Olivares, al sentirse solo, se irguió como un pavo.

—¡Con todos los que nos sigan! De todos modos, mi propósito final, os guste o no, es el de procurar una larga paz con Francia.

El despotismo de otro disconforme se escuchó en toda la sala.

—¡Sólo conseguiréis arruinarnos con vuestros sueños de grandeza!

En este punto, la infanta, presa de la más absoluta congoja, había dejado de prestar atención. Se echó las manos a la cara y, en vez de enfurecerse como en otras ocasiones anteriores, lloró desconsoladamente. Al sentir mi abrazo, me confesó su miedo:

—Escucháis, ya ni siquiera hablan de mí. Las guerras les tienen más atareados que nunca. Si Olivares pone todo su empeño en el fracaso de este enlace, así será. No valdrán ruegos ante mi señor el rey, ya que mi hermano está embrujado por ese hombre.

La intenté reconfortar.

—Tranquilizaos, que aún no está todo perdido. ¿No veis que hay hombres que no están de acuerdo?

Negó con la cabeza.

—No hay nada que hacer. Sólo Dios sabe adónde querrá mandarme ahora. Mis hermanos ya salen de los aposentos reales rumbo a la lejanía cargados con falsas promesas, y aunque yo esté aún aquí, no tardará mucho en apartarme. Todos le estorbamos. ¿Cómo es que don Felipe no lo ve? La cerca de su influjo cada vez es más angosta. ¡Qué ingenua fui al pensar que quizá pudiese casarme por amor! Desde niña supe que es algo vedado a las señoras de nuestra condición, pero la ilusión me cegó.

La acompañé a sus aposentos. Lo que sí era cierto es que el afán de Olivares por truncar su matrimonio no había sido tanto como el de unirse a Francia. La obsesión por aprender del modo de gobernar de Richelieu le cegaba.

Aquella desilusión hirió tanto a la infanta María que más de una de sus damas la imaginó blandiendo el molinillo de viento de papel blanco que caracterizaba a los locos. Su cara desencajada, una carcajada seguida del llanto más doloroso y la repetición una y otra vez de sus pensamientos la delataban. A todas nos decía que estuviésemos alerta, que el amor sólo llama una vez en la vida a las puertas del alma, y que si le negábamos la entrada, se rebelará castigándonos por desagradecidas con su eterna ausencia.

Inglaterra, despechada ante nuestra negativa, no tardó en enfrentarse a nosotros enviando una buena cantidad de monedas y soldados a nuestros enemigos los holandeses para combatirlos con saña. En los mares, los piratas de estos reinos enemigos se unieron en su común ímpetu por abordar, saquear y hundir nuestros galeones en las desprotegidas costas de las Américas y las colonias portuguesas de África. El más renombrado capitán de todos ellos era, sin lugar a dudas, el sanguinario pirata Drake. Sólo su nombre hacía estremecer a muchos marinos.

El príncipe Carlos, en cuanto se vio coronado soberano de Inglaterra por la

muerte del rey Jacobo su padre, envió una escuadra de noventa velas que avistaron desde el puerto de Lisboa rumbo al sur. Su destino era Cádiz y su almirante, lord Wimbledon, que al llegar allí desembarcó con diez mil hombres para apoderarse de la Torre del Puntal. Fernando de Girón y el duque de Medina Sidonia se enfrentaron a ellos, expulsándoles, no sin antes hundirles treinta naves y restar un millar de hombres a su contingente.

«Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Miré los muros de la patria mía

Caminábamos en fila de a dos muy prietas y en silencio tras la reina Isabel por los patios del alcázar a la espera de seguirla en la procesión por las custodias de los altares que había elegido su devoción.

Era la manera de agradecer a Dios el retorno de su alegría al saberse embarazada de nuevo. Aquel domingo, a pesar de ser día de rezo, vestía un elegante traje gris bordado con flores verdosas entremetidas entre las íes y efes de sus reales iniciales. De nuevo resplandecían sus pendientes, anillos y un destacado joyel que había prendido sobre su pecho con la legendaria perla peregrina.

El caminar de la procesión culminaría en la misma iglesia de San Felipe el Real, donde un hereje hacía menos de un mes había ultrajado gravemente al expuesto Santísimo. El susodicho ya había ardidido en la hoguera, y ahora nos tocaba honrar a Dios con plegarias y donativos. El rey había solicitado una retribución voluntaria para ello, y la reina no dudó en abrir la lista depositando en sus altares varias de sus más ricas joyas; las demás, como siempre, tuvimos que imitarla. Mi abuela, la duquesa del Infantado, no nos acompañaba. Acababa de enviudar y aprovechaba el claustro voluntario que el luto le permitía para no asistir, enviándome a mí para ocupar su lugar y no dejar un hueco en las filas. Las palabras de doña Ana de Mendoza fueron claras.

—Id vos porque, como la mujer de mi nieto don Ruy que sois, muy pronto me heredaréis en estos quehaceres y conviene que vayáis acostumbrándoos.

Los misterios del rosario se sucedían entre oración y oración mientras yo me limitaba simplemente a murmurar palabras sin sentido que simulaban mi seguimiento en el rezo. Pensando en sus palabras de despedida, no podía concentrarme. Estaba claro que nuestra abuela se disponía a ceder el ducado del infantado a Ruy en vida y que no tardaría mucho en hacerlo. Se sentía demasiado vieja como para seguir bregando con los asuntos de su casa, y ahora que nada la retenía en Madrid después de la muerte del duque, sólo deseaba pasar los últimos años de su vida alejada de la corte.

La más digna y noble mujer que yo había conocido, representante hasta el

momento de los poderosos Mendoza, no sólo delegaba en mí para proseguir con la conjura contra Olivares, sino que además me titulaba desde aquel momento duquesa consorte del Infantado. Como tal, a partir de entonces pasaría a formar parte del séquito de las damas de la reina, estando así enterada de los desmanes que nuestro odiado político ejercía.

Con ella como el último eslabón de una cadena de antepasados Mendoza unidos al ducado durante más de tres siglos, el apellido pasaba a ser desplazado por el de Sandoval y Rojas que el difunto Lerma llevó.

Hasta entonces había estado convencida de que mi razón principal de venganza hacia Olivares había sido únicamente el menoscabo económico al que nos había sometido castigando con tan duras multas a Lerma y a Uceda; pero ahora me daba cuenta de que nuestro motivo profundizaba mucho más en las pasiones de nuestro sentir, ya que para el buen nombre de la familia estábamos obligados a recuperar como fuese el honor de los Sandoval y Rojas que tan duramente había sido vapuleado frente a toda la corte y el Gobierno por el tirano. La empresa aún se complicaba si teníamos en cuenta que la fortuna en monedas era fácil de recompensar frente a la menospreciada dignidad.

Al regresar a casa, después de la procesión fui consciente de la premura que acuciaba a doña Ana en su inicial determinación. Nada más entrar, la encontré frente a un escribano y un notario redactando los escritos para la transmisión.

La abuela de Ruy nos dejaba desde ese preciso momento a cargo de su casa y servicio en Madrid, además de cedernos su nombre principal y una pensión para mantenerlo todo. Ella se alejaría del mundanal ruido recluyéndose voluntariamente en su palacio de Guadalajara cual madre superiora en su convento. Así podría visitar a diario los enterramientos de don Juan, su marido, y mi difunta suegra, su hija, en la cercana iglesia de San Francisco; a la espera de que su cuerpo les acompañase muy pronto, aprovecharía para preparar su alma.

Antes de partir con un reducido séquito, le entregué un sobre para que se lo hiciese llegar a Magdalena y Quiterio. Les enviaba con añoranza un puñado de escudos simbolizando mi enhorabuena por el nacimiento de su primer hijo, que por caprichos del destino quiso ser gemelo en edad a la infanta María Eugenia, ya que la reina había parido de nuevo a finales de noviembre.

Allí quedábamos nosotros a la espera de que la princesa de Asturias fuese bautizada en medio de una corte infestada de pícaros, ladrones, mancebas y soldados que regresaban de la guerra acreedores de sus salarios, hambrientos y defraudados. Eran un cúmulo de hombres tan valerosos como harapientos que, sin encontrar otra salida, se alistaban en las callejuelas a la primera fila de un ejército apodado usura, mendicidad, timo y robo. España se estaba convirtiendo en el rastrojo de un campo

hastiado a pesar de haber sido hasta hacía muy poco la envidia de todo imperio.

Cuando la reina se enteró de que el cardenal Barberini, sobrino del papa Urbano VIII, vendría a Madrid, quiso esperar para que éste bautizase a su hija, convencida de que así crecería sana. La pequeña tuvo que aguardar siete meses para recibir las benditas aguas, y para la alegría de todos lo hizo sana y robusta.

Esta vez el que lloraría la muerte de su única hija no sería el rey, sino el mismo Olivares. María, mi tocaya, lejos de parecerse a su ambicioso padre o a su acosadora madre, era dulce, discreta y alegre. Tanto que sólo ella sabía arrancar una sonrisa sincera a sus progenitores. Hacía muy poco que se había casado, ansiando darles el sucesor que tanto deseaba el tirano, pero Dios quiso llevársela prematuramente, quebrando todas las ilusiones del matrimonio Olivares. Al recibir la noticia no me alegré, pero reconozco, mal que me pese, que ver a sus padres destrozados por el dolor de esta pérdida me reconfortó.

Olivares estaba tan afligido que los mentideros repicaban cual campanas su posible dimisión. Cuando la viuda de Rodrigo de Calderón y la Guevara me instigaron a aprovechar su debilidad y actuar en su contra por mediación de la infanta María, lo pensé dos veces.

Era cierto que don Gaspar en varias ocasiones había solicitado al rey el ser relegado de sus funciones por sentirse incapaz de gobernar, preso de la triste amargura que de vez en cuando le castigaba por sus hechos, pero también lo era que el soberano siempre desestimaba su dimisión recomendándole un descanso en sus tierras de Loeches o Sevilla para luego regresar. Entonces, restablecido de su inmenso desconsuelo, vendría a la corte para fustigar a unos y a otros con mayor ahínco y fuerza. Prefería ignorar las ansias de mis conjuradas, esperando pacientemente a que transcurriesen un par de meses antes de implicar y revelar a la infanta María nuestra intención, no fuese a tomar el tirano represalias injustas en su contra.

Gracias al Señor no les hice caso ni dije nada a la infanta. Como intuí, el tiempo limó los sufrimientos del conde duque, y más pronto de lo que esperábamos, retomó sus funciones con un brío si cabía mayor del que siempre había demostrado. Desde entonces obligó al rey a despachar más de tres veces al día, y él lo hacía con sus agotados subordinados desde el amanecer hasta altas horas de la noche. Era como si se hubiese propuesto ocupar la añoranza que padecía por la falta de su hija con los asuntos de Estado. A pesar de ello, un rictus permanente de amargura se adhirió a su faz.

Pasó de compartir sus juergas con el rey a seguir permitiéndolas para la algazara y despiste real, pero sin implicarse demasiado en ellas. Desde entonces no miró a más mujer que a la suya, y para más contento de ésta, además confesaba y comulgaba a diario.

Tras pasar una semana enterrado entre las cuentas del reino, y ante la evidencia de

un endeudamiento difícil de soslayar, dispuso la partida del rey hacia todos sus reinos para solicitarles en Cortes el caudal necesario que sufragaría los gastos.

Zaragoza sería el primer punto a tocar, para jurar sus fueros y convencerles. El infante don Carlos se había adelantado, y consiguió allanarle el camino contentando a los aragoneses al vedar un presidio de tropa que el Santo Oficio había dispuesto en el palacio real de la Aljafería.

Desde allí partieron hacia Barbastro y Monzón. La empresa no era fácil, ya que el rey pedía dos mil soldados a cuenta del reino valenciano para llevarlos adonde fuese menester. Los valencianos, que ya habían luchado por él y aún no habían cobrado, se mostraron desconfiados ante sus vanas promesas, dejando muy claro que no estaban dispuestos a más sacrificios gratuitos por Castilla.

El rey, después de dos meses de discusiones con ellos y con el apoyo del pueblo y el clero, prosiguió su viaje hacia Barcelona demandando a sus nobles sin más razonamientos el cumplimiento debido de su vasallaje. Con ello sólo logró hincar una lanza de violenta testarudez en los corazones de todos los que se vieron obligados por una imposición sin diálogo.

Al final fue el general Spínola, el que había cubierto la retaguardia real, el que consiguió que los valencianos accedieran a pagar 1.080.000 libras en quince años siempre que la mitad de la cantidad fuese valorada en pólvora, cuerda, bastimentos y municiones por falta de liquidez.

En la capital condal, don Felipe fue recibido con el fausto debido. Juró guardar las constituciones, fueros y usos de Cataluña. Pidió como antes dos mil hombres pagados, y cuando comenzó a sospechar las dudas, salió oculto de allí en secreto poniendo como única excusa los achaques de la reina. Tenía tanta prisa que eludió una parada en Zaragoza a su regreso, y que se sepa, sólo paró una hora en Cariñena para oír misa.

Los catalanes, como antes los valencianos, quedaron aún más descontentos con la terca intención centralizadora de Olivares que con el propio rey. Sabían que el valido había convencido al poco voluntarioso monarca de que no se contentase sólo con serlo de Castilla, Portugal, Aragón y Valencia, amén de conde de Barcelona y demás títulos, sino que debía penar y trabajar con consejo maduro y secreto para reducir a estos reinos al estilo y leyes de Castilla; y que si lo conseguía, acabaría siendo el príncipe más poderoso del mundo. Ellos cumplirían para con el vasallaje al que estaban obligados siempre y cuando se respetasen sus leyes y fueros, y los soldados y erarios que aportasen fuesen en su propio beneficio y no se destinasen a otras contiendas y tierras que en nada les tocaba.

«Sabios y críticos bancos,
 Gradas bien intencionadas,
 Piadosas barandillas, doctos desvanes del alma;
 Aposentos que, callando,
 Sabéis suplir nuestras faltas;
 Infantería española
 (Porque ya es cosa muy rancia
 El llamaros mosqueteros);
 Damas que en aquesta jaula
 No dais con pitos y llaves
 Por la tarde alboreada,
 A serviros he venido».

JACINTO DE BENAVENTE

Loa de bienvenida

Al llegar el rey a Madrid, se mostraba tan abatido ante el comportamiento que había visto entre sus súbditos que no soportaba hablar del tema. Olivares, como siempre, decidió animarle con algún entretenimiento.

Cuando mi dueña, Joaquina, regresó una mañana del mercado con un pasquín enrollado bajo el brazo, supe de qué se trataba. Era uno de esos que los faranduleros subalternos pegaban en el muro junto a las puertas de la ciudad. Al leerlo sonreí. Las grandes y cuidadas letras góticas dibujadas con almagre anunciaban una nueva comedia de capa y espada en el corral de la Cruz.

Como siempre, se titulaba la obra y se nombraba a los comediantes que le darían vida, pero se omitía el nombre del autor. Los actores más renombrados eran Juan Rana, la Vaca y una joven de apenas dieciséis años que según todos era la gran promesa. La apodaban la Calderona, hija de Juan de Calderón, un farandulero de moda, y hermana de otra actriz ya consagrada llamada Juana.

Lo que más me intrigaba era quién podría ser el autor. Supuse que quizá la idea podría haber nacido fruto de la ágil pluma de nuestro amigo Quevedo, que hacía tiempo que deambulaba ya libre de su presidio, satirizando más mordazmente que nunca todo y a todos desde que supo de la muerte de su enemigo en la escritura, Luis de Góngora y Argote, acaecida hacía muy poco en Córdoba.

O quizá, dado que muchos escribían y no lo hacían mal a pesar de ser anónimos, el organizador del evento le hubiese pagado al verdadero autor unos trescientos reales

por su obra para atribuírsela a otro escritor de mayor renombre. La viuda me aclaró que la obra que interpretarían aquel día era de Lope de Vega.

La noche del estreno accedimos al recinto de la corrala por la primera puerta de las siete que allí había. La nuestra daba a los aposentos, la siguiente estaba destinada a los hidalgos que por veinte maravedíes tenían asignado su lugar en los bancos del patio más cercanos al escenario, y tras ellos, al fondo y separados por el degolladero, los siempre conflictivos mosqueteros. Detrás, la muchedumbre más rezagada se agolpaba con la esperanza de conseguir alguna entrada más barata para los humilladeros y desvanes que no hubiesen ocupado los frailes o los literatos. Los reyes del tifus, que así llamábamos a los colados, esperaban el despiste de porteros y alguaciles para entrar de soslayo.

Al llegar a mi aposento, la reina ya estaba allí disfrazada como siempre; había llegado por un pasadizo que para ellos se tenía reservado. Una vez sentadas en nuestro discreto aposento, observé a la multitud.

El recinto estaba atestado, el apretador ahuecaba y empujaba a las mujeres de la cazuela con todas sus fuerzas a pesar de las groseras protestas de éstas para que alguna más de las que habían pagado ocho cuartos cupiesen. Cuando la calma regresaba, muchas de ellas escupían disimuladamente las cáscaras de las avellanas y nueces que cascaban con los dientes sobre las recién llegadas. Al fijarme detenidamente, pude distinguir a la Guevara armando más bulla que ninguna.

Abajo, la vendedora de agua de anís, obleas, barquillos, turriones, piñones, dátiles y demás golosinas esperaba que los mosqueteros que andaban de pie encontrasen a alguna incauta de su gusto que se dejase seducir con dulces.

Aprovechando que doña Inés de Zúñiga, la molesta mujer de Olivares, había salido a pedir unas alojas para beber, la reina me dio un codazo; al verlo la infanta María, puso toda su atención en nuestra conversación. Señaló con su abanico por entre un agujero de la celosía que salvaguardaba nuestra presencia del pueblo hacinado en el patio, el degolladero y la cazuela. Me incorporé para ver mejor el punto exacto que me indicaba. El rey estaba solo junto a Olivares, justo en el primer aposento que había pegado al escenario. Saboreé nuestro refresco. Aquella aloja tenía más especias que miel y preferí cambiarla por una horchata; mi fiel Joaquina fue a buscarla.

Los músicos, cargados con un par de guitarras, un arpa, vihuelas, chirimías y atabales, hicieron su aparición dispuestos a comenzar mientras abajo los ansiosos espectadores ocupaban sus bancos y sillas.

Sonó la música, se descubrieron todos los caballeros, lanzando los mosqueteros sus amplios sombreros al viento, y se hizo el silencio para comenzar con la loa.

El escenario sólo tenía una cortina pintarrajeada pendida de su muro trasero con

la intención de simular unas casuchas destartadas; dos pequeños bastidores a los lados, sujetando sendos árboles de cartón, una mesa y dos sillas frente a él. La tramoya escondía una polea pendida del techo terminada en un cinturón, y los escotillones del suelo estaban entornados, por lo que pensamos que quizá más de un cómico volaría o desaparecería en plena función.

La voz de la reina solicitó mi dispersa atención.

—Mirad cómo le tienta. No está mal que el rey olvide de vez en cuando sus sinsabores, pero siempre con medida. ¿Cómo es que no se da cuenta de que don Gaspar lo único que hace con él es distraerle? ¿Piensa que no sé a qué le ha traído? En ocasiones tengo a Olivares por diablo; ni siquiera la muerte de su hija María parece haberle enmendado, y para colmo, la sombra de su mujer acechándome sin descanso. ¡A veces pienso que esa mujer ni siquiera duerme!

Se asomó para mirarles de nuevo antes de adoptar un tono de melancolía en su recuerdo.

—Desde muy joven estuve acostumbrada a los devaneos de la corte. Aún recuerdo cómo mi señora madre me preparó para venir contándome que, cuando llegó a la corte de Francia para desposarse con mi señor padre, el rey lo primero que hizo fue presentarle a una tal Enriqueta titulada la marquesa de Verneuil, ordenándole que la aceptase como su camarera mayor y compañera en el tálamo nupcial. Ella montó en cólera, pero con su indomable carácter sólo consiguió que mi padre el rey llegase a amenazarla con mandarla de nuevo a Florencia junto a los Médicis de su casa. Ella sabía que aquello atentaría contra los intereses de todos los suyos y acabó admitiendo éste y todos los sucesivos amoríos de mi padre.

Se acarició su siempre abultado vientre suspirando.

—¿Qué iba a hacer si ya andaba preñada de mi hermano? Ella tenía que proteger con su sufrimiento a Luis como futuro delfín de Francia, como yo he de luchar por éste que ha de nacer varón, porque una reina yerma, a los ojos de la historia, es como una efímera ráfaga de viento cruzando el bajo de una corona.

Bajó la mirada.

—Si al menos éste que viene fuese un varón y llegase a buen fin...

Le contesté convencida:

—Sin duda así será, mi señora, pero no debéis dejar que nada os altere.

Una gran ovación se oyó repentinamente. Las dos nos asomamos para ver cómo la Calderona salía al escenario pendiendo de la polea. En cierto modo me recordó a Magdalena por su mocedad y belleza juvenil. Rubicunda y lozana, volaba de un lado al otro cual ángel caído del cielo, dejando tras de sí una estela de finas gasas que enjaezaban su vestimenta como alas prendidas de su espalda. Las vaporosas telas se enrollaban con sutileza a la larga melena que volaba tras de sí para tornarla casi una ninfa.

Al mirar al aposento del rey, comprobé cómo las pupilas del conde duque destellaban ante la nueva oportunidad de contentar a su señor. Su cuidado mostacho se alzó en sonrisa. Aquel hombre observaba a un rey ensimismado. Su absorto semblante le delataba, y todos vislumbramos el deseo enardecido que le invadía repentinamente.

La reina, más en guardia que ninguna, me solicitó que fuese a interrumpir tanta ignominia con la excusa que a mí se me antojase. No quiso ser más explícita en su ruego, dada la cercanía de la condesa de Olivares.

Recorrí en silencio los desiertos pasillos que unían los dos aposentos con la esperanza de que algún guardia real me estorbase el paso, pero no fue así. Al llegar, recorrí sigilosamente la cortina que les protegía y esperé en silencio. De espaldas y atónitos con la mujer que actuaba, no advirtieron mi presencia y los pude escuchar. Olivares le hablaba al rey tan bajo que tuve que aguzar mi oído.

—Señor, por vuestro rostro adivino que no erré en mi intento de variar vuestras diversiones a medida que os aburríais de las anteriores.

El rey le hizo una señal para que se callase y le dejase escuchar, pero él, seguro de sí mismo, la ignoró.

—Es bueno que desde joven conozcáis todas las realidades del mundo. Hay unas buenas y otras malas. Sólo debéis saber diferenciar las unas de las otras sin que por ello tengáis que renunciar a ninguna. Recordad a vuestro padre, que se crió tan virtuoso y esclarecido que no supo de otra vida diferente. ¿Os gusta la comediante?

El rey sólo asintió.

—Está casada con un tal Pablo Sarmiento, pero como tantos a cambio de unas monedas, es cornudo consentidor. Ahora yace con mi yerno el duque de Medina de las Torres, pero si es de vuestro capricho, os la cederá con gusto.

El rey sonrió complacido ante la celeridad con la que el conde accedía a sus caprichos, y percatándose de mi presencia, disimuló cambiando de tema de conversación.

—Veo que os habéis recortado la barba, Olivares. ¿Creéis que os rejuvenece la perilla más que el abanico?

Olivares, mirándome de soslayo, se la mesó divertido.

—Eso es lo que me han dicho. ¿A vuestra majestad qué le parece?

El rey dirigió de nuevo la mirada al escenario, sonriendo.

—No es a mí a quien le ha de hacer placer. Pero de un tiempo a esta parte soy consciente de que en todo me imitáis. No andan descaminados los que comentan que vestís y os afeitáis como vuestro rey. ¡Si hasta disponéis a vuestro antojo de mis pintores de cámara! Rubens, Velázquez y, decidme, ¿quién será el siguiente que nos immortalice?

Por un momento contestó incómodo ante la evidencia.

—Sin atreverme a soñar con parecerme a vos, creo que los dos podemos compartir gustos.

Don Felipe sonrió, mirando al escenario.

—Si no es con vos, indudablemente los comparto con vuestro cuñado.

A punto de marcharme por la total indiferencia que mostraban hacia mí, un lacayo entró para entregarle una nota al rey. Después de leerla detenidamente, miró hacia el aposento de la reina. Ésta había desaparecido repentinamente. Don Felipe, sin revelar su contenido, sólo musitó circunspecto:

—Mujeres. Ahora sonríen para salir al instante despavoridas como si el mismo diablo las persiguiese.

Después de decir esto arrugó el papel en sus manos, sacudió la cabeza como despegándose un mal pensamiento, y de nuevo apoyó sus codos sobre la baranda para así mejor sostener su cabeza entre las manos mientras admiraba a aquella novedosa mujer farandulera.

Desnudándola con la mirada, confesose del pecado de pensamiento en alta voz.

—Sin duda es tentadora y capaz de levantar las más viles pasiones de cualquier hombre sin ni siquiera proponérselo. Ardo en deseos de hacerla mía.

Las sonoras carcajadas de los dos retumbaron en la corrala, al mismo tiempo que la Calderona finalizaba el segundo acto y lanzaba su mirada más seductora hacia el palco real.

Salí de allí convencida de que los celos habían sido el único motivo que había impulsado a la reina a dejarnos. Mientras caminaba por el angosto pasillo que conducía a mi sitio, tragué saliva intentando controlar la repugnancia que el valido me inducía, al tiempo que intentaba idear una mentira piadosa que calmara a la reina.

Al llegar a su aposento, la infanta doña María aclaró mis erróneas deducciones. Doña Isabel se había marchado después de recibir un billete de palacio. Al parecer, unas repentinas calenturas atenazaban entre convulsiones a la pequeña princesa de Asturias. Supuse su angustia al temer por la vida de su única hija. Sólo eso podría haberle hecho olvidar en un segundo los desaires de su marido para correr a la vera de su pequeña.

¿Cómo podía el rey anteponer su deseo carnal a tan grave noticia? Dado que no se levantaba y que la infanta María le imitaba, convencida de que su presencia no haría mejorar en nada la salud de la princesa, tuve que cumplir con el protocolo permaneciendo a su lado. Sólo esperaba que este disgusto no incitase el aborto del nuevo heredero que esperaba doña Isabel.

Transcurrieron los tres actos con el intervalo de sus entremeses correspondientes y la jácara final entre bailes y cantares antes de que nos levantásemos. Los mosqueteros al fondo del degolladero quedaron tan satisfechos esta vez que se abstuvieron de silbar, pitar o arrojar basura al escenario, limitándose únicamente a

sostener alguna que otra mirada de las mujeres de la cazuela en sus pendencias de amores. Al terminar, mientras los comediantes salían a saludar, se oyeron los coros exaltados de todos.

—¡Vítor! ¡Vítor!

Sólo cuando salió la Calderona a escena distinguimos de entre las demás la voz del rey uniéndose al clamor del pueblo. Esta vez no eran los villanos los que demostraban su enojo, sino los nobles de los aposentos.

Al llegar al alcázar, la princesa Eugenia sudaba y tiritaba entre fuertes convulsiones. Tanto la infanta María como yo pasamos la noche en vela junto a la reina sin ver mejoría en ella. Durante el largo transcurrir de esta párvula agonía no vimos aparecer al rey hasta el mediodía del día siguiente.

Aquel 21 de julio acudió alertado por el repique de todos los campanarios de Madrid sonando a difunto. Su aspecto desaliñado y ojeroso le hacía imposible disimular la noche en vela pasada. Estaba claro que por motivos e intereses muy diferentes a los nuestros.

La princesa de Asturias yacía en su pequeño féretro, regada por las inconsolables lágrimas de doña Isabel, cuando don Felipe se abrazó a ella. Separándole con desprecio de su lado, le increpó sin ni siquiera mirarle a los ojos.

—Estoy preñada de cinco meses y ya sólo espero que este niño nazca sano, porque ante vuestro desprecio no sé si seré capaz de miraros a la cara para engendrar de nuevo.

El rey, incapaz de reconocer su desatino, intentó besarla de nuevo, pero ella le rechazó con más brusquedad que la vez anterior.

—Qué poco me estimáis. ¿Qué pretendéis? ¿Consolarme con el roce de los mismos labios que esta noche se desgastaban colmando de besos a una descastada? Reservad los besos que os queden porque los que ahora me tocan ya los habéis desperdiciado. ¡Cómo los hubiese agradecido vuestra hija Eugenia antes de entregar su ánima a Dios!

Con los ojos inyectados en sangre, olfateó a su alrededor antes de proseguir con una mueca de repugnancia.

—¡Oleos! El hedor lascivo de otra mujer os impregna como la mala conciencia que indeleble en vuestro corazón será difícil de ignorar. Refugiaos en los brazos que siempre os acogen y olvidaos de mí por un tiempo.

Olivares, sabiendo a qué brazos se refería, dio un paso atrás mientras el rey, hasta el momento cabizbajo, se intentó defender.

—Sufro como vos, Isabel; errores todos tenemos, pero no me los recordéis cuando ya no se pueden enmendar.

Doña Isabel se le encaró.

—Vuestra majestad no sois todos; hoy más que nunca se supone que tendríais que predicar con el ejemplo, pero en vez de eso, ¿qué hacéis? Estimular los malos hábitos de esta corte hasta en los momentos más duros.

Doña Isabel, al ver que no conseguía quedarse a solas, besó al cadáver de su hija y salió de la capilla donde se había dispuesto el velatorio, deteniéndose al oír la voz del valido consolando al rey.

—No os preocupéis, os lo digo yo que sigo sufriendo la muerte de mi hija con resignación y creo que nunca la superaré aun consciente de que fue voluntad de Dios. Sólo os puedo decir por propia experiencia que las mujeres, para negar la evidencia, suelen tender a buscar culpables para desdichas que no los tienen.

La reina no pudo contener su enojo ante semejante majadería y gritó al aire:

—¡Dichoso su majestad el rey, que tiene un hombro en el que llorar!

Un sepulcral silencio invadió el altar, y la reina continuó como si estuviesen solos.

—Tened cuidado, don Felipe, porque quizá esa almohada esté emponzoñada y os contagie su ambición.

Pegó un taconazo en el suelo para descargar su ira y salió cargada de orgullo. Nada más girar en el corredor, se derrumbó y comenzó a sollozar. Al acercarme a ella junto a la mujer de Olivares, alzó el rostro eludiendo su mirada.

—Decid a Inés de Zúñiga que se retire. Mi sombra hoy es más larga que ningún otro día y no la necesito para que la suplante.

No me hizo falta repetir sus palabras, porque la mujer de Olivares, indignada, se recogió el sayo y desapareció en dirección contraria. El resto de las damas de la reina quedamos junto a ella, y me di cuenta de que si las cosas seguían igual, con el tiempo sería muy posible que la misma reina Isabel enarbolase el pendón de nuestra conjura en contra del conde duque.

La probabilidad se hizo aún mayor cuando el 30 de octubre de aquel mismo año, para desesperanza de todos y ante la expectativa frustrada de un varón, la reina parió otra niña a la que bautizó con su nombre muy poco antes de morir. La pequeña apenas cumplió el día de vida.

«Mientras por competir con tu cabello,
oro bruñado, el Sol relumbra en vano,
mientras con menosprecio en medio el llano
mira tu blanca frente el lirio bello;
mientras a cada labio, por cogello,
siguen más ojos que al clavel temprano
y mientras triunfa con desdén lozano
del luciente cristal tu gentil cuello
goza cuello, cabello, labio y frente
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lirio, clavel, cristal luciente,
no sólo en plata, o viola troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada».

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Soneto a la mujer joven

Por aquellos días, las lenguas se afilaron como nunca ante la manifiesta infidelidad del rey. No había nada nuevo en ello, su promiscuidad ya era conocida por todos, pero esta vez se mostraba tan ensimismado con la nueva amante que sus ausencias del alcázar cada vez eran más largas. Todos se hacían la misma pregunta: ¿qué le daba la Calderona al rey que no le hubiesen dado antes las anteriores?

Sus excesos le debilitaron tanto que, cuando cayó enfermo, todos sus médicos estuvieron de acuerdo en el mal que le atenazaba: no era otro que el agotamiento de muchas noches sin dormir, y su más efectiva medicina sería su obligado retiro tumbado en el lecho. Cumplió con ello sólo aparentemente, porque no había alma en palacio que ignorase que la joven recorría de la mano de Olivares casi a diario los angostos pasillos destinados a la servidumbre que conducían a los aposentos reales, cumpliendo voluntariosamente con su desesperada llamada. La reina Isabel demostró su enojo ante la situación eludiendo su acercamiento y visita durante todo el tiempo que don Felipe estuvo postrado.

Nunca supe ciertamente si aquel día en que Juan Villamediana apareció en la plaza Mayor con la divisa de «mis amores son reales» delataba su verdadero escarceo con la reina o si simplemente bromeaba, pero desde que fue asesinado en plena calle nadie acusó nunca más a doña Isabel de haber tenido otro amante. Aquel despiste, si

realmente lo hubo por su parte, había quedado olvidado en los últimos recovecos de la memoria de los cortesanos.

A pesar de su aparente distanciamiento, no pasaba una mañana sin que la reina, a la hora del desayuno, me preguntase por el estado del monarca. Lo hacía como el que da los buenos días, pero los que la conocíamos bien sabíamos que su preocupación era sincera. La indiferencia que demostraba hacia su majestad en público fue absoluta desde la noche en que faltó a su lado para velar la agonía de la princesa de Asturias. Al principio, la reina se propuso castigarle con lo que más le podía doler, la prohibición de holgar con ella en cuanto se lo propusiese. Aquello sólo consiguió enquistar aún más su rechazo al comprobar que el rey no acudía a ella con la misma asiduidad de siempre por estar más saciado que nunca de esos placeres, y acabó cediendo.

Casi el mismo día que las parteras le confirmaron la sospecha de un nuevo embarazo, nos enteramos de que la Calderona acababa de parir a un niño en su casa de la calle Leganitos. Le bautizó Juan José en la parroquia de San Justo y Pastor. En su partida figuraba como hijo de la tierra por no haber mentado en ella a su padre, pero la verdadera paternidad era un secreto a voces.

La reina enfureció al enterarse; hacía tan sólo dos años que su esposo había engendrado otro bastardo fruto de sus amores con la hija del varón de Shirel, pero madre e hijo murieron al poco tiempo. Ahora la pesadilla retornaba con más saña que nunca, pues ninguna amante le había durado al rey más de dos o tres semanas y ya eran muchos meses los que llevaba con la comedianta.

Esta vez la grata noticia del embarazo no pareció alegrar a la reina como en las ocasiones anteriores. La misma tarde en que se enteró, se dirigió a los jardines para pasear a solas durante más de dos horas. Al regresar, la meditación en la que se había sumido tornó su melancolía en un sinfín de planes por cumplir.

Venía convencida de lo que siempre estuvo y nunca debió dejar de lado. Ella sería la única reina de España reconocida por el mundo entero, y la duda en su corazón no mataría el amor conyugal que entre ellos se había fraguado y la familia que aún estaba dispuesta a tener. Estaba prácticamente segura de que don Felipe olvidaría de inmediato a la Calderona en cuanto naciese el niño que llevaba en las entrañas, y pensaba que si la Calderona le tenía aún exhausto y enganchado a la lujuria, sólo había un culpable: el mismo al que todos señalaban con el dedo y que el rey casi veneraba. Al no atreverse a despachar como le hubiese gustado con Olivares, llamó a su mujer.

Prescindiendo de los servicios de su escribano, le pidió que le escribiese ciertas ideas que rondaban su mente y no quería olvidar ni hacer públicas. Ella accedió, alentada por la posibilidad de conocer el secreto de la reina. Tomando asiento frente

al bufete, se pertrechó impaciente con pluma y tintero y esperó a que ella comenzase a dictar.

Al saber el destinatario a quien se dirigían esas palabras, cambió inmediatamente el rictus de su hasta entonces alegre faz. La voz de la reina se alzó como si además quisiese que todas sus damas la atendiésemos de inmediato.

—¡Conclusiones a las que la reina doña Isabel ha llegado sobre el modo y manera en que el excelentísimo conde duque de Olivares gobierna en sus reinos!

Bajó la mirada para comprobar si su improvisada escribana cumplía con su cometido. Al comprobar el asombro de ésta, doña Isabel le señaló el papel manchándose el dedo índice con la tinta mojada.

—Os dicto esta carta a vos para que transmitáis su contenido a vuestro esposo.

La condesa duquesa de Olivares, temiendo lo peor, dudó un segundo si continuar.

—Señora, si es como decís, no hace falta reflejarlo por escrito porque os aseguro que lo que vuestra majestad me mande y diga yo se lo repetiré a mi señor.

La reina, indignada por la interrupción, de nuevo golpeó con el dedo el papel inconcluso. La temerosa escribana, convencida de que siempre era mejor estar informada que ignorar lo que fuese, bajó la cabeza sin rechistar y mojó de nuevo la pluma en el tintero para proseguir con su labor. La reina reinició el discurso como si de verdad estuviese frente a él.

—Señor Gaspar de Guzmán, ¿cómo osáis preguntaros por qué os odia el pueblo? Yo os lo diré sin más dilaciones.

»En primer lugar, habéis reducido el valor de la moneda de vellón a la mitad, y con ello el precio fijo al que obligáis a los labradores a vender el trigo, la cebada y otras tantas semillas. ¿Queréis matarles de hambre?

»En segundo lugar, con vuestra reciente pragmática para estimular el ahorro prohibiendo la compra de todo tipo de enseres a nuestros enemigos, no habéis castigado a éstos, sino a nuestros súbditos más leales, privándoles de su disfrute en la pompa y arruinando a los comerciantes que de ellos se nutren.

»Ahora, no contento con confiscar las cargas de los barcos que a nuestros puertos arriban procedentes de Inglaterra y Holanda, hacéis lo mismo con mis hermanos franceses y los Estados rebeldes de Alemania. Y es que, desde que vuestro admirado Richelieu nos ha declarado la guerra, todo se desmorona.

»¡Con qué nos vamos a engalanar! ¿Con austeras bayetas de Segovia en vez de con encajes de Flandes? ¿Qué pretendéis? ¿Obligarles a dejar de comprar cuellos y encajes para pagar a unos soldados que ellos mismos ven regresar andrajosos y vilipendiados?

La cautelosa Olivares alzó la vista para defender a su marido.

—Vuestra Majestad lo ha dicho. ¡Es para atender los gastos que las guerras ocasionan! ¿Decidme si acaso también os parecen mal las rentas que recibís del papel

sellado que se utiliza fruto de los actos jurídicos, instancias y solicitudes al rey y las autoridades? ¡Gracias a esta idea que precisamente tuvo mi esposo, todo el papel oficial estará timbrado con las armas reales y vuestro tesoro se verá acrecentado!

Calló de inmediato ante la furibunda voz de la reina.

—¡En tercer lugar! Dejad que al menos los hermanos del rey estén junto a él. Dejad de tentar al cardenal infante don Fernando con los gobiernos de las descontentas Valencia y Barcelona, que no es un secreto la ojeriza que éstos os tienen a vos y a vuestra manera de comportaros para con ellos utilizando al rey de parapeto. ¿Qué tenéis destinado para el infante don Carlos? ¿Y para la infanta María, después de haber coartado su matrimonio con el príncipe de Gales?

Tomó aire de nuevo antes de proseguir.

—¡En cuarto lugar! La reina os ruega que os contentéis manteniendo entretenidos y distraídos ante vuestros desmanes al pueblo, al clero y a la nobleza, y dejéis de lado al rey, que a partir de ahora ella se encargará de guiarle como mejor sepa de la mano juiciosa de una mujer de Dios.

Sonrió.

—Os preguntaréis de quién se trata, pero no pienso revelaros su nombre, no vayáis a entregarla al Santo Oficio acusada de sabe Dios qué para alejar al rey de sus sabios consejos.

Desde el fondo de la sala pensé en quién podría ser, y un solo nombre acudió a mi mente: sor María de Ágreda, aquélla que un día consoló a la viuda de Rodrigo de Calderón antes de serlo en el rellano de las Descalzas Reales. Si mal no recordaba, ella vino a la corte precisamente a visitar a la reina, y quizá a pesar de su clausura habían mantenido la amistad. Si nuestra conjura seguía adelante, no nos vendría mal su divina ayuda.

La reina siguió hablando cada vez más exacerbada.

—¡En quinto lugar! Tenéis que ser consciente de que, para las fortuitas calamidades, los hombres y las mujeres suelen buscar el consuelo de un culpable y ése siempre seréis vos. Mis doncellas me dicen que los más pobres hasta os culpan de las recientes inundaciones que durante cuarenta días asolaron campiñas, ahogaron a los incautos y sacaron de madre a ríos como el Tormes y el Guadalquivir, reduciendo a lodo varios pueblos, iglesias y aldeas.

Bajó la cabeza, compungida por un instante.

—Después de semanas, siguen apareciendo cadáveres flotando que corrompen el aire e infectan a los supervivientes con su podrida epidemia. ¿Y vos, qué habéis hecho al respecto? ¡Nada! Quién sabe, quizá también os culpen del grave terremoto que ha sufrido Granada.

La voz de la escribiente musitó.

—Estáis siendo injusta y lo sabéis.

Doña Isabel sonrió.

—¡Tanto como él con su reina, cuando acompaña a mis espaldas a esa zorra por los corredores de palacio!

La Olivares, consciente del verdadero resquemor que movía a la reina en su panegírico, prefirió callarse y disponerse a continuar, pero doña Isabel le arrancó el legajo de la mesa para tirarlo a la chimenea y observar con los ojos vidriosos cómo ardía. Ella sabía bien que al firmarlo sólo conseguiría regalar a Olivares la prueba escrita de sus celos, y que la utilizaría en su contra con el rey.

El secreto de las conversaciones al respecto entre el matrimonio del conde duque se mantuvo. No sé lo que le diría la Olivares a don Gaspar; pero lo cierto es que el valido se limitó a organizar otra comedia en los jardines de los alcázares. Aquella tarde, atisbando desde las ventanas la preparación del escenario, doña Isabel, en vez de mostrarse sumisa a la voluntad de aquel manipulador, se mofó del valido.

—Miradle, corriendo de un lado a otro para conseguir de esta comedia la mejor que nunca hayamos visto. Si cree que con ello conseguirá amainar mi enfado y alejar al monarca de la corrala de la Cruz, anda listo.

»Su pupilo se le escapa como un puñado de agua entre los dedos de una mano, y yo me encargaré de que su arrebatado fluir no cese. ¿Es que su mujer no le ha advertido de que las multitudinarias voces que antaño nos culpaban de sus propias desdichas ahora retumban a coro en las bóvedas del reino haciéndole a él único responsable? Los rumores hierven, los mentideros claman y el gran valido, como siempre que se ha visto acorralado, se limita de nuevo a pedirle al rey su permiso para retirarse a Sevilla.

»¡Asegura que ya no está para servir y que desea más la muerte que hacerlo un día más! ¿A quién se cree que engaña? Aquella artimaña para convencer a su majestad de su inquebrantable fidelidad pudo servirle en otras ocasiones, pero ya está demasiado vista como para que nos convenza a los demás. Lleva tantos años acostumbrado a mantener altiva su testa que el cuello y gáznate han olvidado lo que es la sumisión. ¡Que se incline ante todos los que hirió y les pida perdón por sus desmanes, y yo como su reina le creeré!

La infanta doña María palmoteó, jaleando el discurso a sabiendas de que la Olivares acababa de llegar. Cansada de los reiterativos insultos, fue incapaz de callarse.

—Deberíais estar mejor informada, mi señora, porque ¡es tan cierto que mi señor ha pedido el despido como que su majestad se lo ha denegado!

La infanta María se rió a carcajadas, exponiéndose inconscientemente a la amenaza pausada que aquella mujer pronunciaría de inmediato.

—Me consuela veros reír con tanta satisfacción; con la misma moneda os pagaré cuando vuestra alteza nos preceda en ese destierro involuntario.

Las carcajadas de la infanta cesaron de inmediato, mientras la mujer de Olivares salía enfurecida de la estancia. Ya solas, oímos la intimidada voz de la infanta preguntando a la reina:

—¿Sabéis a qué se refiere la tirana?

La reina le contestó de inmediato.

—No deis ni un segundo pensamiento a sus palabras. Está herida en su orgullo y se ha despachado con vos al no atreverse a hacerlo conmigo. Hablemos de cosas más agradables.

La infanta ignoró el consejo, sumiéndose en un estado de melancolía absoluto ante la sospecha de que algo se cernía sobre ella. Conocía bien a la Olivares, y sabía que no solía amenazar sin razón. Muy pronto sabríamos qué le deparaba el destino.

Doña Isabel se mostró satisfecha al verse libre durante esa tarde de la incómoda vigilancia a la que le tenía sometida la condesa duquesa de Olivares.

Había que estar muy despistada como para no percibir el cambio de carácter de la reina. Su rebeldía ante la injusticia a la que todos estábamos sometidos despertaba poco a poco en su interior, y si era cierto que aún no se atrevía a manifestarla sin tapujos en contra del conde duque, también lo era que cada vez se despachaba más asiduamente en contra de su mujer, haciéndola partícipe de todos sus rencores sin morderse la lengua.

Pensé que quizá debería aprovechar la ocasión para tramar otro desafío. La Guevara y la viuda de Calderón, impacientes ante la espera, me tentaban casi a diario con ello, y las excusas se me estaban agotando. Después de sopesar los pros y los contras, decidimos esperar a que la reina pariese antes de animarla a erigir nuestra conjura junto a su cuñada la infanta María.

A principios de noviembre, el día de San Carlos Borromeo, ¡por fin nació el niño que haría olvidar a doña Isabel los cuantiosos bastardos que don Felipe tenía! Algunos hablaban incluso de treinta, pero para su pesar sólo el de la Calderona le quitaba el sueño. El niño de la comedianta debía de haber cumplido ya los cinco meses, y según parecía era fuerte como un roble. La reina sonreía de nuevo y el rey, ante tan grato nacimiento, pareció empezar a olvidar a la incómoda amante y su retoño.

El nacimiento del príncipe fue el mejor regalo que doña Isabel pudo recibir por aquellos días. Debido a ello y a las indicaciones que la duquesa de Gandia le hizo al respecto, decidió bautizarle con el nombre de uno de los Reyes Magos y el del santo que regía el día de su nacimiento.

El pequeño príncipe de Asturias se llamó Baltasar Carlos. Mientras en la capilla real recibía las aguas benditas, bajo palio y sobre la pila de Santo Domingo de Guzmán al son de trompetas, atabales y chirimías, en la calle el pueblo celebraba el acontecimiento con toros, juegos de cañas, representaciones en las corralas y demás

algazaras.

A los invitados del regio bautizo nos colmaron de presentes; a los caballeros, espadas con guarnición y arcabuces; prendedores de oro con las iniciales de los reyes a las damas de la reina; y abanicos, guantes y golosinas al resto de los invitados.

Pasados los festejos, me disponía definitivamente a exponer a la infanta María nuestros propósitos en contra del valido cuando llegó una funesta noticia que de nuevo nos obligó a contener el impulso.

El príncipe de Guastalla llegaba a la corte como embajador del príncipe de Hungría para recoger a nuestra querida infanta. Seis años después de haber sido prometida al príncipe Carlos de Inglaterra y desposeída más tarde de él, la infanta María, fiel a su creencia de un amor frustrado de por vida, aceptó sin apenas discutir su matrimonio con el rey de Hungría y emperador de Alemania, el entonces Fernando III.

La mujer de Olivares no bromeaba en sus amenazas el día en que discutieron. Al parecer estaba mejor informada que la reina. Terminadas las capitulaciones y acuerdos entre los dos reinos, se decidió su inmediata partida. Con lágrimas en los ojos me pidió que la acompañase junto a sus tres hermanos hasta Zaragoza. No pude negarme a ello, las dos sabíamos que nunca se enamoraría de su nuevo prometido como en su día lo hizo del príncipe de Gales.

Durante todo el trayecto no hizo otra cosa que despotricar en contra de Olivares y su política, e intentó demostrar a sus hermanos con mil y un argumentos la clara táctica de aislamiento que éste tramaba para con don Felipe.

Fue desconsolador comprobar que, ante el discurso de una mujer desesperada, sus hermanos hacían oídos sordos. Según ellos, su rabieta ante el matrimonio impuesto debía volcarse en alguien y le había tocado al conde duque. Le hubiese revelado con gusto nuestra secreta intención, pero el juicio de la razón me anudó la lengua. ¿Para qué hacerla participe si ya nada podría hacer en nuestro beneficio?

Mientras ella se despedía para siempre de la única familia que hasta entonces había conocido, sus hermanos soñaban con terminar lo más rápido posible. El rey sólo pensaba en regresar a la corte para seguir divirtiéndose, y el infante cardenal don Fernando, en partir hacia Cataluña para tomar posesión de su nuevo cargo como el gobernador general que siempre ansió ser; el infante don Carlos, a sus veintidós años, ni siquiera tenía horizonte, aunque muy pronto le llegaría su sambenito. Allí mismo dije adiós a la que hubiese sido nuestra aliada perfecta en palacio.

Muy a mi pesar, a partir de entonces, si queríamos a la reina con nosotras, tendría que ser yo misma la que la ensalzara a la cabeza de nuestra conjura. Ardua tarea ésta, porque desde que el príncipe Baltasar Carlos había irrumpido en nuestras vidas, sus rencores hacia el tirano se tamizaban irremisiblemente. La expectativa de haber conseguido por fin brindar a España su ansiado heredero le tenía sorbido el seso.

Al poco tiempo, y contra todo pronóstico, los rayos del sol más radiante se filtraron por el postigo entreabierto de mi esperanza. Olivares, después de haber sufrido la muerte de su hija María, por la avanzada edad de su mujer perdía la esperanza de engendrar sucesión en ella, y obsesionado por mantener su estirpe, se dispuso a reconocer a un hijo bastardo que tenía prenda de amoríos pasados.

El niño ya era un hombre al que se le conocía con el apodo de Juanillo. Había sido bautizado en su momento como Julián Valcárcel por apellidarse así el alcalde que lo había criado, pero desde el momento en que fuese reconocido lo rebautizarían con el nombre de Enrique Felipe de Guzmán, y así podría heredar todas las posesiones y mercedes con que contaba su verdadero padre.

Todo hubiese sido aceptado sin más si no fuese porque, con sus ansias de imitar en todo al monarca, Olivares convenció al rey para que actuase del mismo modo con el hijo de la Calderona. Don Felipe no supo negarse a ello, y a pesar de las súplicas de la reina, decidió llamar desde ese momento a Juan José, hijo de la tierra, Juan José de Austria, con todas las mercedes y prebendas que aquello implicaba.

Doña Isabel, apacible y alegre hasta el momento, al enterarse rememoró de sopetón todo el odio que en su día albergó hacia el valido. Aprovechando su rencor, me encargué personalmente de recordarle la conjura de los que un día defendieron al bastardo del emperador Carlos en contra de su hermanastro Felipe II. Aquel hombre en el que muchos vieron un día al sucesor perfecto del emperador también se llamó Juan de Austria. La historia nos narraba a través de los cronistas de su época lo que al final Felipe II, el abuelo de su regio esposo, tuvo que hacer para defenderse, deteniendo y castigando a sus más fieles servidores. Mi propia bisabuela, la princesa de Éboli, fue la última cabeza de turco que hubo de caer. Sería una gran ofensa para todos sus súbditos ver en un futuro a nuestro pequeño príncipe Baltasar Carlos amenazado por el mismo yugo que atenazó a su antepasado.

La reina me escuchó cabizbaja; el príncipe de Asturias, por mucho que lo intentásemos eludir, era débil y enfermizo, mientras que la fortaleza e inteligencia del bastardo ya eran comentadas entre sus más allegados. La historia bien podría repetirse en el segundo Juan de Austria, y sería una locura tropezar de nuevo en la misma piedra por no haber aprendido de nuestros errores pasados.

No había terminado de calentarle la sesera cuando me dejó a solas para dirigirse a los aposentos del rey. Quería hacerle recapacitar, ya que al reconocer a aquel niño definitivamente sólo lograría otorgarle unos derechos que quizá en un futuro utilizase en contra del pequeño príncipe de Asturias. Don Felipe le rebatió asegurándole que no debía de haber tanto mal en ello cuando el propio rey de Francia, su padre, había reconocido a once de sus bastardos, convirtiéndolos en sus medio hermanos; y hasta el momento ella no se había quejado a pesar de haber pasado parte de su infancia bajo

el mismo techo. Según don Felipe, el príncipe Baltasar Carlos, como ella en su momento, nunca miraría con malos ojos a su hermanastro Juan José, y no había más que hablar.

Después de aquello, la reina sólo le pidió que no lo trajese al alcázar a vivir. Él aceptó.

«Que la cortés estrella que os inclina
a privar sin intento y sin venganza,
milagro que a la envidia desatina,
tiene por sola bienaventuranza
el reconocimiento temeroso,
no presumida y ciega confianza».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS
*Epístola satírica y censoria contra las
costumbre de los castellanos*

Con el sosiego y los ánimos más calmados, empezamos a pensar en cómo llevar a cabo todas las ilusiones de venganza que manteníamos paralizadas. Aquella noche aproveché que don Ruy mi señor estaba ausente en Guadalajara visitando a nuestra abuela y que mi sacrificado cargo de dama de la reina me daba un respiro para acompañar a la viuda de Rodrigo de Calderón a ver a la Guevara.

Sabía que desde hacía tiempo las dos se querían reunir conmigo en la clandestinidad, pero siempre eludía sus ruegos excusándome ante las constantes obligaciones que me tenían ligada a la corona. El temido aunque deseado momento llegó.

Como antaño, salí embozada en mi manto para mejor ocultar mi identidad y seguirla hacia donde me guiase. Para mi sorpresa, tomamos la dirección opuesta a la de la mancebía que regentaba la Guevara. De inmediato detuve mi acelerado paso para tomar a mi guía de un brazo, y aprovechando el refugio de unos soportales, la obligué a parar. Al mirarme a la cara comprendió mi desconcierto.

—Doña Inés, los tiempos en los que cerraba los ojos y me dejaba gobernar ciegamente ya han pasado. ¿No estaba la casa de la Guevara por allí?

Señalé a una calleja angosta que dejamos atrás. Ella se mantuvo en silencio.

—No es por llevaros la contraria, pero cada vez que os sigo en busca de esa tusiona, me llevo una sorpresa. Hace mucho tiempo que no la veo sino por casualidad, pero aún recuerdo claramente dónde vivía. ¡Cómo olvidarlo!

Eludió mi mirada.

—No vamos a su casa, sino a la de su amiga.

Me indigné ante la persistencia que demostraba en no hacerme partícipe de sus planes con anterioridad. Creía que el secreto de nuestra intención estaba bien guardado, pero me equivoqué. Debía haber previsto que aquellas dos impacientes no

se someterían voluntariamente a la larga espera que yo les venía demandando, pero de ahí a engrosar nuestra lista sin ni siquiera preguntarme... Apretándole aún más el brazo, me enojé.

—Acaso olvidáis que en esto estoy tan comprometida como vos. ¿Quién es la nueva? ¿Por qué me ocultáis su identidad?

Soltándose para frotarse el antebrazo dolorido, me contestó:

—Mi señora, sabéis que no desconfío de vos, pero si ahora os digo a quién vamos a visitar, quizá os neguéis a seguir adelante. Siempre quedamos en que vuestra merced se encargaría de atraer a nuestras filas a las más altas damas mientras yo me ocuparía de las de baja estofa. Dejadme al menos presentárosla y después decidid si la queréis junto a nosotras.

Le contesté de inmediato.

—Creo que no lo habéis pensado detenidamente. Esa mujer, quien quiera que sea, una vez nos haya visto y sepa de nuestras intenciones, sabrá de nuestro secreto. En su mano estará el desvelarlo y sólo tendremos dos opciones para con ella. O matarla o aceptarla.

La súplica emergió de sus ojos.

—Vos misma decís a menudo que nuestra próxima venganza hacia Olivares ha de ser más sutil que la anterior. Que esta vez no sólo nos limitaremos a idear una manera de arrancarle la vida, sino que además nos regodearemos con su tortura, haciéndole indigno a los ojos de todos. Que para ello tendremos que recurrir si es necesario a artimañas políticas, a triquiñuelas económicas e incluso a la voluntad de la reina. ¿Y por qué no a las más fuertes debilidades del rey? Permitidme llevaros ante ella sin más preguntas y os prometo que os alegraréis de tenerla a nuestro lado.

Le tendí la mano para que me guiase de nuevo. Dudaba de que una simple plebeya pudiese llegar a influir de alguna manera en las altas voluntades que pretendíamos acallar, pero la curiosidad sobre a qué debilidades se refería me tentó.

—Os mostráis tan segura que se me hace imposible contradeciros.

Animada por mi recuperada sumisión, continuamos caminando. Al tomar la calle de la Cruz, pensé saber adónde nos dirigíamos. Nos detuvimos tres casas antes de llegar a la corrala de este mismo nombre y llamamos a la puerta. Ésta no tardó en abrirse. La Guevara sonrió al vernos.

—Me alegro de veros, mi señora. Hice mal en dudar de la palabra de esta condenada viuda que lleváis a vuestro lado cuando juró que os traería. ¡Lo que no se proponga doña Inés!

La viuda de Rodrigo de Calderón sonrió modestamente.

—Me ha costado, pero aquí la tenéis. ¡El día que vea muerto a...!

La misma Guevara le tapó la boca de un manotazo. Tras ella los pasos calmados de mujer bajaban las escaleras. La casa, de estructura pobre, en su interior estaba

ricamente decorada con tapices, alfombras y cortinajes, e incluso tenía un brasero de plata centrado entre un montón de almohadones de seda dispuestos para sentarnos.

Pensé que aquella mujer, si conocía a la Guevara, debía de tener a un hombre poderoso que la mantuviese. Guevara nos azuzó para que tomásemos asiento antes de que la dueña entrase. Al descorrer el cortinaje de la puerta, me quedé perpleja. Si me habían ocultado su identidad, era precisamente porque ya la conocía de vista. ¡Quién no la conocía! La mujer más popular de la corte se presentaba ante mí, vestida con una rica bata de seda encarnada ceñida a la cintura con un fajín brocado de plata. Su larga melena trigueña le cubría toda la espalda, llegándole las puntas a la parte alta de sus nalgas.

Prendido de su mano traía a un pequeño patizambo, que, a pesar de no conocernos, corrió a tumbarse en medio de nosotras sin ningún pudor ni vergüenza. No podía negar de quién era hijo. Esos ojos claros, el pelo rubio y un mentón levemente pronunciado delataban su austriaca ascendencia. La Calderona avanzó hacia nosotras como si siguiese suspendida en el escenario con la vestimenta adherida a cada curva de su cuerpo. Sus pasos resbalaban suavemente sobre las losas de barro encerado del suelo como si volase. Al agacharse para revolver el pelo de su hijo, satisfecha del desparpajo que demostraba ante nosotras, el escote cruzado que portaba nos mostró su pecho desnudo.

Al ver hacia dónde mi mirada se desviaba, se irguió para recolocarse la vestimenta. Tomó un cazo para revolver el agua con aroma de azahar y jazmín que perfumaba el ambiente, lo tapó y tomó asiento.

Pensé que no debía de agradecer en absoluto nuestra visita, puesto que con suma insolencia fingió ignorarnos. Absorta, paseaba su mirada por la estancia como si estuviese actuando sobre un escenario, observando a una nada repleta de almas invisibles.

¿Por qué aquella mujer quería unirse a nosotras? El rey acababa de reconocer a su hijo Juan José de Austria, y aunque sabíamos que su ardor inicial se había calmado después del nacimiento del príncipe Baltasar Carlos, eran aún muchos los que aseguraban que no había dejado de verla. Con ello había superado con creces el ambicioso sueño de cualquier farandulera. ¿Qué más pedía su desmesurada ambición? Pasado un eterno instante de silencio, a lo largo del cual su manifiesta altivez estuvo a punto de truncar la entrevista, la comedianta por fin se dignó saludarme.

—Si estáis aquí esta noche, sólo es por el empeño que en ello ha puesto la Guevara.

A pesar de que la curiosidad me roía las entrañas, estuve a punto de levantarme. La viuda detuvo mi impulso al tirar de mis faldas hacia abajo, forzando así mi asiento. Le contesté con las mismas palabras.

—No creáis que, siendo dama de la reina, para mí es plato de buen gusto estar en casa de la mujer que tantas noches en vela le ha causado y sigue causándole.

La joven sonrió sarcásticamente.

—Ya podéis decir a vuestra señora que no ponga tanto cuidado en ello, porque si las cosas siguen así, muy pronto dejará de saber de mí.

De repente sus carnosos labios se apretaron en una mueca de dolor que contuvo sólo aparentemente, pues una lágrima traicionera recorrió la fina piel de su mejilla hasta derramarse al final de su barbilla, dibujando una mancha oscura y minúscula en la seda de su bata.

La Guevara acudió a su vera, le apartó los mechones de pelo que a la cara se le habían pegado, le secó los ojos con los puños de encaje de su camisa y le levantó el mentón.

—¡Qué os he dicho! Así lo único que demostráis es debilidad y precipitáis vuestra despedida, porque ningún hombre quiere a una llorona en su lecho.

Descubrí en ese momento cuál era la verdadera cara de la comedianta; estaba claro que hasta el momento sólo había estado actuando. Fue precisamente la madre de la mancebía la que tomó la palabra para dar un tiempo a recuperarse a la entristecida.

—Doña María, sé que os parecerá extraño que estemos aquí. Nunca cabría una alianza entre la Calderona y su majestad la reina, aunque el propósito fuese común, pero también os digo que no es menester que doña Isabel lo sepa nunca. Nosotras doblegaremos los sentimientos más pasionales del rey mientras que ella pueda someterle en todos los demás.

No pude contenerme.

—¿Por qué la Calderona ha de querer la desgracia del tirano, si fue él mismo el que impulsó al rey a reconocer a su hijo?

La Guevara me contestó:

—Parece mentira, mi señora, que aún no conozcáis del todo al valido. ¿O es que no sabéis que Olivares no hace nada sin una segunda intención?

Pensé rápidamente para no quedar como una ingenua.

—Que yo sepa, Olivares sólo lo ha hecho para reconocer sin problema al que un día tuvo fruto de un amor juvenil.

Sus carcajadas me exasperaron.

—Quizá lo haya hecho por eso, pero lo que no sabéis es lo que hay detrás de todo ello. La misma reina posiblemente también lo ignore. Don Gaspar estuvo aquí hace tan sólo dos noches para dejar claro que si este niño se llamaba desde ahora Juan José de Austria, nunca más podría seguir a la vera de su madre. Que muy pronto vendrían a por él para llevarle a criar como es debido a la casa de un noble caballero, y que además su madre tendría que desaparecer inmediatamente de la corte para calmar las

afiladas lenguas de los mentideros.

La Calderona la escuchaba apretando las mandíbulas, y no pudo reprimir su interrupción.

—¡A un convento de un pueblo llamado Valfermoso, cercano a Guadalajara! ¡Quieren hacerme priora!

Se levantó, abriéndose el escote para dejar al aire sus turgentes pechos, y dando una vuelta sobre sí misma para que los admirásemos, prosiguió.

—Sin haber cumplido los veinte años y con este cuerpo que Dios me ha dado, ¿creéis de veras que tengo porte o vocación de monja?

Tal y como estaba, se desplomó de nuevo sobre el almohadón. La Guevara la consoló como si fuese la más hermosa de sus desconsoladas hijas.

—Pensad que es la salida más digna para quien optó a lo inalcanzable. Recordad que hubo un día en que soñasteis con legitimar a vuestro hijo al igual que muchas amantes de rey, y sólo vos lo conseguisteis. En una ocasión os hablé de Leonor de Guzmán, la amante de Alfonso XI que consiguió que su propio hijo Enrique reinase en vez del legítimo Pedro el Cruel. Entonces os dije que vivierais la vida como venía y no ansiaseis más de lo que teníais, porque es bien conocido que la avaricia rompe el saco y ni vos sois ella ni España es la misma.

Repentinamente otro arrebato la invadió, y empujando a un lado a su amiga, se incorporó.

—¡No me vengáis con recuerdos absurdos! Aquella amante regia murió asesinada en un calabozo, y yo no pienso dejar que nadie me quite la vida.

De nuevo bajó el tono de voz, pensando para sí misma:

—¿Qué es lo que le hice al rey? Sólo quise lo mejor para él, procurándole todo el insaciable placer que me demandó. ¿Qué pecado hay en ello? En un mundo en el que el precio de una hogaza de pan duro paga a cualquier asesino para que ejerza su mercenaria profesión, y en el que el robo de comida en el mercado es la costumbre de la mayoría de los buenos padres de familia que no saben cómo alimentar a los hambrientos polluelos de sus nidos, yo sólo intenté hacerle olvidar los ronquidos y quejas que los gobiernos de sus reinos le acarrearán.

Fue calmándose poco a poco.

—Cada vez que cierro los ojos le veo. El rostro de Olivares viene a mí una y otra vez, y todo en él me produce náuseas. ¿Cómo alguien así puede ser el dueño de la voluntad real? Chantajea sutilmente con esa mirada ladina incapaz de delatar el pensamiento que por su sesera pasa. Ese mostacho cuidado y remilgado, el vanidoso movimiento de cada uno de sus miembros...

Sujetándose el estómago, dio una arcada.

—¡Agh! Traedme una escudilla, que el asco me revuelve las entrañas. Quiero vomitar la repulsión que el solo recuerdo de su rostro me produce. La venganza será

mi único consuelo desde ese claustro que ni quiero ni deseo. Yo ahora me veo obligada a renunciar a la libertad, pero hay algo que el conde duque no ha calculado: sé cosas de él que, bien mezcladas y aderezadas, pueden herirle de muerte. Su vanidad y sed de poder últimamente le han cegado y ha bajado la guardia.

Tuve que intervenir:

—¿Qué es lo que sabéis?

Me miró estrujando la lazada de su fajín con rabia en su puño y prosiguió como si no me hubiese oído.

—Para mí las corralas, el estreno del teatro del Buen Retiro, las alhajas, las lisonjas y las risas quedarán relegadas, pero para él...

Apretó los dientes de nuevo.

—Para él sólo empieza la bajada vertiginosa de unos escalones tan desgastados que se tornarán rampa resbaladiza en cuanto menos se lo espere.

—¿Tan fuerte os creéis?

Arqueó sus cejas, cargadas de melancolía.

—Lo fui. Lo fui de la misma manera que mi confidente la Guevara lo fue mientras amamantaba a mi amante de niño, al igual que vos mientras erais la nieta política del cardenal duque de Lerma antes de caer en sus zarpas, o del mismo modo que la viuda antes de ser testigo del injusto degüelle de su marido Rodrigo de Calderón.

»Lo fui, al igual que todas vosotras, y consciente de mi actual posición y vuestro pasado, siento vértigo. Quizá os parezca demasiado joven para hablar así, pero la vida me ha enseñado rápido y sé que yo nunca podría hacerlo sola; por eso he decidido unirme a vuestra causa, cualquiera que sea, aportando la poca influencia que me pueda quedar.

Miré a la Guevara sumamente enojada. Era evidente que había descubierto nuestro secreto sin consultarnos previamente. La iba a reprender cuando afuera un gran griterío interrumpió nuestra conversación. ¡La plaza Mayor estaba ardiendo! Quedamos precipitadamente en que la reina por el momento no sabría nada ni de nuestra intención, ni de nuestra conjura, ni de la participación de la Calderona en ella; y salimos dispuestas a ayudar en la extinción del fuego.

La farandulera partiría hacia su convento en Guadalajara hasta que el momento fuese oportuno. Le prometí mantenerla informada sobre el estado del pequeño en cuanto supiese adónde le llevarían a criarse, y nos despedimos.

En la calle pudimos divisar la gran claridad que el fuego había abierto en el oscuro cielo. La gente corría desahogada hacia la plaza portando cubetas vacías con la esperanza de hallar agua en las cisternas que justo debajo de ella había. El humo, en forma de nube negra, iba apoderándose del aire que respirábamos, y el olor a quemado se impregnaba en nuestros sayos.

Todo fue en vano. Ante la mirada impotente de los madrileños y la escasez de agua, aquella inmensa pira refulgió durante tres eternos días devorándose entera la manzana de casas que había entre la calle Toledo y la Imperial. Sólo los más devotos pudieron salvar las imágenes de los Santísimos y Vírgenes de las iglesias de San Ginés y Santa Cruz.

Apenas había transcurrido un mes cuando Olivares quiso borrar de nuestros semblantes la consternación con la celebración de un juego de cañas en la misma plaza Mayor. Le advirtieron de que aún humeaban las ruinas de la desgracia pasada y manaban lágrimas de los ojos de los damnificados, pero aun así se empeñó. Su afán por cubrir con divertimentos los sufrimientos era ineludible, y siempre había almas frívolas con las que contar para que le secundasen.

Esta vez la ira del fuego se rebeló ante la ignominia, y recién comenzados los juegos, se prendió fuego otra casa reavivando los temores de todos y provocando el pánico entre los presentes. Ya ni siquiera estos festejos conseguían hacer olvidar al pueblo sus desatinos. Ahora faltaba que también el rey se convenciese de ello.

«Subí, privé, mas miento, que el privado
 Es hoy el Rey de cuanto estuvo unido,
 Pues dos reinos, cien plazas he perdido
 Y un tío y dos hermanos le he quitado.
 La plata de ambas indias le he agotado
 Y ejércitos enteros consumidos,
 La sangre de inocentes he vertido
 Y la magia infernal he consumado».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Soneto al conde duque

Desde que el rey, después de acudir a Cataluña, tuviera que huir de Barcelona casi a escondidas, no le habíamos visto tan triste y compungido. Aquel amanecer regresábamos exhaustos de una representación de Lope de Vega en los jardines de Monterrey seguida de un baile de máscaras cuando supimos que el infante don Carlos estaba al borde de la muerte.

Al parecer, la noche anterior, ya vestido para acompañarnos a la comedia, se sintió indispuerto y prefirió quedarse en sus aposentos. Nadie le echó de menos hasta ese momento. Don Felipe, a pesar del cansancio de una noche en vela, al saberlo corrió a su encuentro, pero ya era tarde. Don Carlos, a sus veinticuatro años, ya no sería separado de su majestad como en su día lo fueron doña María y don Fernando, porque la muerte se le adelantó a Olivares y sus planes para con él. Don Felipe por primera vez se sintió solo. Hubiese querido tener a sus hermanos cerca aquel día, pero éstos se hallaban muy lejos.

La reina le abrazó en silencio y salió de la estancia dispuesta a no callar. Tras ella, como siempre, todas las damas la seguimos por los corredores del alcázar hasta la notaría de Olivares. Abrió de un golpe la puerta, a sabiendas de que el valido estaría allí, ya que la noche anterior se había retirado temprano para madrugar. Las campanas de la capilla real en ese mismo instante comenzaron a tañer a difunto. Don Gaspar se levantó de su bufete lívido, la reverenció y la hizo partícipe de sus temores.

—¿Quién ha muerto, mi señora? ¿No será...?

La frase quedó inconclusa.

—¿Pensáis que ha sido el rey? ¡Qué bien disimuláis cuando queréis! No, no ha sido el rey, sino el único hermano que aún le quedaba a su lado aferrado. ¿Por qué no dispusisteis nada para alejarlo como a los demás infantes? Quizá alguna hechicera os

vaticinó su funesto futuro, y agorándolo cercano, no le creísteis una amenaza.

Olivares se levantó indignado.

—¡Qué insinuáis!

La reina le dio la espalda.

—¡Nada! Sé que estáis deseando correr a la vera de su majestad para consolarle como siempre hacéis. Antes, os guste o no, me tendréis que escuchar.

Olivares dio un paso hacia la puerta, ignorándola, y por primera vez en nuestras vidas presenciamos un grito de la reina hacia quien se suponía casi el Dios del rey.

—¡La reina os está hablando! ¡Sentaos u os arrepentiréis de vuestra insolencia!

El conde duque tomó asiento con cierto aire de impaciencia pero consciente de que su rebeldía en aquel momento no traería nada bueno. La mujer del susodicho temblaba como una hoja agazapada detrás de las cuatro damas que allí estábamos.

—Hay un millón de cosas que hace mucho tiempo quiero deciros, y hoy ha llegado el momento. Vuestro problema es que os creéis en posesión de la verdad en todo momento, amén de la suerte que tenéis.

»Cada vez que el rey duda levemente de vuestra merced, el destino os ayuda. En el 25, cuando sufrió el desaire de las Cortes en los reinos de Valencia y Cataluña, silenciasteis su tristeza con las victorias de Bahía y la rendición de Breda.

»Desde entonces creísteis que todo el monte era orégano, y poco a poco nos habéis metido de lleno en un sinfín de eternas contiendas difíciles de concluir. La posterior intervención en Mantua y las derrotas de Matanzas, Hertogenbosch y Pernambuco han hecho que terminemos arruinados y desilusionados. Ahora, aliados con el emperador Fernando de Alemania en contra de Gustavo Adolfo de Suecia, y con el duque de Sajonia y el cardenal Richelieu respaldándole, no llegaremos a ninguna parte.

Olivares pacientemente apoyó el codo en la mesa para sujetarse la barbilla con aire de aburrimiento. La reina se enfadó aún más.

—¡Poned atención a lo que os digo! ¡Me lo debéis, ya que el rey está aislado en sus afectos gracias a vos! ¡Traed al cardenal infante don Fernando en vez de alejarle y el rey os lo agradecerá!

Olivares negó antes de contestar.

—Me gustaría, mi señora, pero será difícil, ya que será su alteza el cardenal infante el que probablemente se negará a venir. No sabéis lo agradecido que me está desde que le brindé la oportunidad de convertirse en el mayor general de nuestros ejércitos. Don Fernando se siente más general que hombre de iglesia, y ahora, con el pretexto de la muerte de la infanta Isabel Clara Eugenia como archiduquesa gobernadora y las escasas victorias de los marqueses de Santa Cruz y Aytona, necesitábamos a alguien de su dignidad en Flandes. Ha aceptado y sin duda lo hará mejor si cabe que en Cataluña.

La debilidad de la familia real era que Olivares conocía demasiado bien sus inclinaciones y las utilizaba en su favor. El que don Fernando guardase bajo el hábito de hombre de iglesia la esperanza frustrada de haber sido general no era un secreto para él.

Doña Isabel se mantuvo en sus trece.

—Ahora que ha muerto don Carlos, el rey necesita de la compañía de un hermano a su lado. ¿De verdad creéis que le bastarán los 18.000 hombres que porta para vencer? La guerra se encona y quizá perezca allí intentando lo imposible. Siempre habrá un general que pueda dirigir la contienda y que no sea el cardenal infante.

Olivares la interrumpió.

—Es el más idóneo. Don Fernando es muy querido entre los católicos austriacos, y su reciente triunfo en Nordlingen sólo es el inicio de una gran victoria que está por llegar y que todos veremos.

Sonrió antes de proseguir.

—Quizá lo que os preocupa, mi señora, no es que el rey esté solo, sino el que no quede otro varón en la familia real aparte del príncipe que le suceda si algo le pasa. ¿Por qué no me dejáis a mí los negocios de la guerra y vuestra majestad se dedica a parir otro hijo como todos deseáramos?

Indignada ante este ataque repentino, la reina se explayó.

—Como siempre, os agarráis a un clavo ardiendo para justificaros. Vos sólo me habláis de lejanas victorias mientras yo os hablo de realidades cercanas. Os empeñáis en mantener luchas exteriores descuidando a nuestros súbditos, y cada vez son más los que nos aborrecen sin comprender el porqué de esta desazón. Ellos sólo padecen hambre y pobreza sin alcanzar a ver lo que hay más allá. ¿No veis acaso que los negocios del extranjero nos están arruinando?

»¿Cuántas juntas habéis inventado a lo largo de estos años? La de Ejecución para intimidarnos, la de la Armada, la de la Media Nata, el papel sellado, donativos, millones, almirantazgos, minas, presidios, poblaciones, competencias, obras, bosques... ¡Y ahora la que regula nuestro vestir, limpieza de aposentos y expedientes! ¡Si hasta eso lo pretendéis mal regir!

Se dirigió a la ventana y recorrió las cortinas señalando al exterior.

—¡Asomaos a la calle! ¿Lo veis? Dorados, plateados, brocados, grandes cuellos y sombreros. ¡Todo lo que en su día prohibisteis allí sigue porque nadie os hace caso, y gobernar la voluntad de vuestro rey no significa hacer lo mismo con todos sus súbditos! Ni siquiera vuestras drásticas medidas de ahorro, el acuñamiento masivo de monedas de vellón y las absurdas pragmáticas a las que nos sometéis son respetadas ni consiguen llenar las arcas.

El conde duque, como si tuviese encerados los conductos del oído, se levantó cansinamente y, apoyándose en su bastón por un acceso de gota, contestó a la reina.

—¿Habéis terminado? Creo que estaríamos mejor velando el cadáver del infante don Carlos junto al rey en vez de hablar de política y economía. Insisto en que deberíais dejar estos negocios a los Consejos y dedicaros a cosas de damas.

La reina le sujetó el bastón para que no pudiese dar un paso más.

—¡No me habléis como a una ingenua y escuchadme con respeto! Al igual que yo he tenido que escuchar en muchas ocasiones vuestros eternos discursos, ¡ahora os toca a vuestra merced! Pasemos a Navarra y a Portugal. ¿Es vuestra intención acaso que se unan a las discordias de Castilla con Aragón y Valencia?

La reina captó su dispada atención de inmediato.

—Soy devoto del centralismo y lo sabéis. ¿Cómo osáis acusarme de lo contrario?

Doña Isabel sonrió con sarcasmo.

—Pues no lo parece. A los navarros los alzáis en nuestra contra con el incremento excesivo del monopolio de la sal, y aunque nos lo escondáis, sé por mis propias fuentes de la rebelión que cuaja en Vizcaya. Por otro lado, muchos de los portugueses vitorean a los Braganza como sus reyes y no ven éstos el momento de independizarse.

La reina se calló a la espera de una respuesta que no llegaba. Olivares la miró con aire de despotismo antes de pronunciar palabra.

—Vuestro interés es digno de admiración, pero no puedo solucionar en un segundo los negocios que llevan años debatiéndose en los Consejos.

Tranquilo, continuó:

—Señora, sé que todos me culpan de los males que acontecen, pero os juro que vivo entregado al gobierno de estos reinos y lo hago lo mejor que sé. Respecto a los lugares que me mencionáis, será difícil calmar los ánimos de los que se obcecan en enfrentarse a Castilla sin atender a razones. De entre todos, sólo considero un verdadero rival a Richelieu. Vencido éste, lo estarán los demás y vuestro hijo reinará sobre un imperio.

Esta vez la reina no replicó. El tirano, al mencionar al príncipe Baltasar Carlos, la desarmó. Descargada su conciencia en cuanto a iras y agotada como estaba de una noche en vela, se retiró a sus aposentos para descansar un poco antes de acudir a los públicos velatorios del infante don Carlos. Al acostarse, le pidió que permaneciese a su lado hasta que conciliase el sueño. Esperé temerosa de hacerlo yo antes, ya que los párpados me empezaban a pesar tras toda una noche en vela. Gracias al Señor, la reina se durmió casi de inmediato, refugiándose en la paz que transmitía el retrato que había sobre un caballete frente a su lecho. La verdad era que Velázquez había hecho un gran trabajo.

Pintado sobre el lienzo, el príncipe Baltasar Carlos aparecía el día de su jura como heredero a la corona. El pequeño, a sus dos años y medio, montaba un brioso corcel alzado sobre sus patas traseras y sujetaba las bridas con una sola mano. Vestía en negro y blanco con bordados en plata y estaba cubierto con un pequeño sombrero

emplumado.

A la derecha, en segundo plano, aparecía Olivares velando por él, y en tercer plano la misma doña Isabel junto al rey, contemplando la escena desde un balcón. Sólo dijo una cosa antes de cerrar sus ojos:

—Quiera Dios que mis resquemores cesen y sea verdad lo que Olivares dice.

La reina, ya sosegada, parecía estar dando otra oportunidad al valido. Los razonamientos de su sesera se imponían a lo que el corazón últimamente le venía advirtiéndolo.

Nada más salir de los aposentos reales, hallé a Joaquina sumamente alterada en el corredor. Nuestra carroza esperaba en el patio del alcázar. Hacía media hora que un billete había llegado a casa procedente de Guadalajara. Mi abuela, para mí aún la duquesa del Infantado, pues aunque nos hubiese cedido el título, nos negamos a utilizarlo mientras viviese, había empeorado, y mi esposo, junto a ella, esperaba que llegase a tiempo para despedirla.

Excusando mi ausencia del velatorio de don Carlos debidamente, salí dispuesta a llegar lo más rápidamente posible. Daría descanso a mis molidos huesos durante el trayecto de ida.

Llegando a Alcalá de Henares, más tranquila, releí la carta en la que Ruy me hablaba de Ana de Mendoza. Hacía tan sólo dos días que había salido del palacio de Guadalajara por su propio pie a confesar y comulgar. A su regreso se sintió con calenturas y algo la debió de avisar porque inmediatamente pidió que llamasen a un carmelita descalzo para otorgar testamento en su nombre.

Ella misma pidió que mi señor don Ruy estuviese presente cuando dictase sus últimas voluntades, y por eso supo que su abuela heredaba por igual a todos sus nietos mejorándonos a nosotros con un tercio, siempre y cuando nos comprometiésemos a pagar todas sus deudas y jurásemos velar por una prima bastarda que teníamos hija de su difunto esposo. Además, y como era costumbre en la familia, conservaríamos, honraríamos y favoreceríamos a sus criados beneméritos más antiguos y repartiríamos sus reliquias más preciadas entre los conventos. El dedo de san Francisco de Borja lo conservaríamos como tradición familiar en su relicario, mientras que el brazo de san Benito pedía que se lo entregásemos al monasterio de San Juan de Sopetrán. A Ruy le sorprendió lo minuciosa y cabal que fue durante todo el tiempo que dictaba el testamento, al no olvidar a nadie a pesar de sus ochenta años cumplidos.

Al plegar de nuevo el billete, sentí con orgullo que aquella admirable mujer, la misma que me había servido de ejemplo a seguir en las virtudes más femeninas, seguía predicando valentía al afrontar la muerte sin temor.

Cuando llegué, ya parecía un cadáver. Convulsa entre las fiebres, su fina piel

transparentaba las ronchas amoratadas que las infructuosas sanguijuelas la habían dejado. Entornó los párpados al verme, forzó una sonrisa y con un esfuerzo ímprobo me habló entre susurros.

—María, ¿cómo van nuestros secretos?

Me sorprendió la pregunta, sobre todo teniendo en cuenta el momento en el que la paz del alma ha de ser completa. Desde aquel día lejano en que delegó en mí para proseguir con el desafío no habíamos hablado nunca más del tema, y no sabía por qué ahora precisamente que el arrepentimiento debía atenazarla tan moribunda como estaba lo sacaba a colación. Prosiguió pausadamente.

—Sé de una monja que es madre superiora en el convento de Valfermoso, aquí cerca de Guadalajara, y que en vez de dedicar su tiempo al rezo, llena su sesera de pensamientos impuros que comenta entre sus hermanas. ¿Se unió ella a vuestra causa?

No me extrañó que la Calderona hablase más de la cuenta. Doña Ana inspiró falta de resuello antes de continuar.

—Motivos no le faltan, por muy banal que haya sido en su vida antes de tomar los hábitos. Deberíais olvidar a esa farandulera que tan poco puede hacer ya por nadie y poner todas vuestras fuerzas en vincular a vuestra conjura a la mujer más alta de estos reinos. ¿Qué ocurre? ¿Por qué la reina no cede?

Con lágrimas en los ojos, simplemente me encogí de hombros. ¿Cómo iba a explicarle que doña Isabel nunca parecía decidirse del todo? La anciana, con pulso tembloroso, me secó una lágrima traicionera que fui incapaz de contener.

—Desde niña habéis visto muchas cosas, y las que se os pasaban desapercibidas procuré mostrároslas. Sé que sois observadora, y dado que por vuestra sangre fluye el ímpetu que siempre ha caracterizado a las mujeres Mendoza, me voy tranquila, sabiendo que precisamente vos me relevaréis. No os digo que os precipitéis alocadamente a la hora de actuar, pero decidme, ¿por qué os demoráis tanto entonces?

Bajé la cabeza pesarosa al reconocer mis defectos.

—Quizá me sobre arrojo y me falte malicia.

Doña Ana, incapaz de mantener alzada su mano en esa lenta caricia por mis mejillas, la arrastró por mi cuello hasta posarla sobre el embozo. Su voz se iba apagando como una brasa incandescente privada de su calor. Pegué mi oído a sus labios al percibir el inicio de una mueca casi muda.

—No es malicia sino inteligencia y buen proceder lo que habéis de despertar en vuestro sentir. Aprended de los errores y no caigáis en ellos. Usad la cabeza fríamente y desplazad al corazón, que en estos negocios no casan bien los intereses con el amor. Esperad pacientemente el momento preciso para actuar sin relajaros demasiado, no vaya a pasar la oportunidad disfrazada frente a vuestras narices y no la reconozcáis.

Manteneos en una valiente alerta, y una vez en marcha, sed tenaz.

Asentí a la espera de que descansase. A pesar de que su respiración cada vez era más dificultosa, quería continuar y no iba yo a interrumpir las últimas palabras que quizá compartiese con ella. Cerró sus párpados cansinamente, invirtiendo ese arresto en pronunciar algunas palabras más.

—Desconfiad de todos y arrimad el hombro hacia los mejores sin que sea evidente. No menospreciéis a nadie por muy incauto e ingenuo que os parezca porque las puñaladas traperas hieren más cuando son inesperadas.

La miré obnubilada ante el desmesurado arranque que demostraba para hacerme comprender que depositaba en mí todo el peso de su esperanza. Desfallecida y jadeante, hundió la cabeza hasta entonces ligeramente incorporada en su blanda almohada. Le susurré al oído:

—Os prometo que no os defraudaré.

Con un lento pestañear, quiso abrir los ojos pero no pudo.

—Lo sé, doña María. Nunca olvidéis que el tirano casi os arruina y que debéis salvar el vapuleado honor de los Sandoval y Rojas. Sólo así los hijos que os sucedan crecerán con dignidad.

Asentí. Tras de mí, Ruy lloraba desconsoladamente. No era para menos, ya que ella fue como su madre al quedar huérfano de niño. Nada más apartarme de su lado, ocupó mi lugar.

—Decidme, abuela, ya que sabéis de leyes y casos de conciencia tanto o más que los mayores juristas y teólogos, ¿qué voy a hacer sin vos?

Su agonizar se precipitaba ante nuestra impotencia.

—Hijo mío, vos lo descubriréis con el transcurrir de la vida en cada momento.

Durmió la duquesa durante media hora, mientras, agarrados de un rosario y en silencio, pasábamos las cuentas sin quitarle la vista de encima. Las sábanas de su lecho apenas se movían ya para acompañar el vaivén de su costosa respiración, cada vez más parsimoniosa. Un momento antes de morir tomó aire como si quisiese tragar todo el del cuarto, abrió los ojos del todo y llamó a Ruy. Éste le besó las manos mientras ella le susurraba algo al oído, algo que nadie pudo escuchar pero que debía de tratar de mí, pues él me miraba fijamente en vez de observarla a ella. Ruy asintió hasta que doña Ana de nuevo perdió el sentido. Esta vez su silencio se hizo eterno con los albores del amanecer.

Tres horas más tarde ya se mostraba su cuerpo en la sala de linajes. Tendida en un ataúd de plata sobre paños negros, mantuvimos en la penumbra el catafalco iluminado por doce hachas que cambiaron los palafreneros cada vez que se consumieron a lo largo de los tres días que estuvo expuesto su cadáver. Un viso de paz cubría su rostro, y sólo rasgaban el silencio los cantares de las misas que por ella

dispusimos. Pasadas las vigiliias, tomamos el féretro y nos dispusimos a seguirla en su último paseo hacia la iglesia de San Francisco.

Al abrirse las puertas, la tenue luz del crepúsculo que nos aguardaba afuera dejó entrar a su vera la limpia brisa del proseguir de la vida. Un taciturno pasillo de lacayos enlutados dispuestos desde la puerta principal de palacio hasta la iglesia perfilaba el camino a seguir. Intercalados entre cada uno de ellos había otros cien pobres que, agradecidos por la generosidad de la muerta, habían acudido a sujetar los hachones encendidos a un lado y otro de su paso.

Mientras caminaba, pensé que desde allende donde estuviese estaría disfrutando con tan grata despedida. Depositamos su féretro aún abierto ante todo el clero que aguardaba bajo la nueva bóveda del altar mayor, a la espera de dedicarle nuestro último adiós antes de entregar su cuerpo y alma definitivamente a Dios.

Vestida con el hábito de la tercera orden franciscana, irradiaba santidad. El cardenal rezó el novenario de las pompas fúnebres asistido por el cabildo, los padres dominicos, los descalzos de San Pedro de Alcántara, los mercedarios, los franciscanos, los carmelitas y los capellanes de la Casa del Infantado. Un representante de cada una de las órdenes militares subió al catafalco para cerrarlo.

A la salida de San Francisco, la perfecta fila que nos había escoltado al principio se había deshecho, y el gentío enorme transitaba sin orden y concierto recuperando la vitalidad momentáneamente acallada por el luto.

Los parientes más rezagados se acercaron a nosotros para darnos el pésame mientras una beata aseguraba a voces haber visto a la Virgen recoger el alma de doña Ana entre sus manos camino del purgatorio.

Alguna que otra sonrisa se empezó a dibujar en los que, aun demostrando su pesar, no era tanto su sufrir. Medinaceli, Medina Sidonia y otros primos me cerraban el círculo de su varonil tertulia en torno a Ruy. Haciéndome a un lado, incómoda por su indiferencia, un silbido me llamó la atención.

Al darme la vuelta vi con sorpresa entre todos los alcarreños que allí acudieron cómo la viuda de Rodrigo de Calderón se alejaba de nuestro séquito para dirigirse al grupo de mujeres que así la habían llamado y estaban esperándola.

Agudicé la mirada; entre las tocas de viuda de esta primera y los hábitos de una monja sólo pude distinguir a la única que portaba la cabeza al descubierto. ¿Qué hacía en Guadalajara la Guevara? De espaldas a mí, la monja charlaba con ella acaloradamente.

Con disimulo me fue fácil apartarme del grupo de caballeros para acercarme un poco más a éstas. Mi sorpresa fue aún mayor cuando identifiqué a la monja. ¡La Calderona había dejado la clausura por un día con la excusa del entierro, y hasta entonces, entre tanto hábito y congregación, había pasado desapercibida! Con razón doña Ana sabía de su existencia.

Aquella joven mujer, a la que había visto por última vez casi desnuda en su propia casa, me resultaba sumamente extraña abrigada con ropajes monjiles. Su bella cara, enmarcada por el blanco de su manto, resultaba casi angelical. El simple hecho de que ni un mechón de su larga cabellera asomase de entre sus tocas le había arrebatado toda su lascivia. Aquello, unido a la holgura de sus hábitos para disimular sus femeninas formas, la transformaba de veras en una mujer de Dios sin pasado.

Eran muchos los que aseguraban que más de un día el rey, fingiendo ausentarse de la corte por ir de caza, había violado las rejas y tapias de su convento para verla, pero yo nunca las creí. Sabía que don Felipe por aquellos tiempos ya andaba entretenido con otras señoras. La más conocida era la hermosa y ambiciosa hija de un mercader llamado Pichón, que ya se presentaba como amante regia en sus entornos.

De repente una diminuta y áspera mano de labriega se asió a la mía. Al bajar la mirada para localizar a su irrespetuosa dueña, tropecé con un alegre rostro que me sonreía. Aquella pequeña tostada por el sol me recordaba a alguien, pero... ¿a quién? Sus ojos verdes... ¿Dónde los había visto yo antes? Balbuceaba con sus carnosos labios algo que en su párvulo idioma yo no alcanzaba a entender. Su insistencia me impulsó a esforzarme.

—¡Aitamimamá!

En una palabra y de corrido repetía y repetía incansable lo mismo sin tomarse un respiro. En un primer momento pensé que la ingenua se había perdido, pero no parecía preocupada; quizá tenía una madre resabiada que, incapaz de alimentarla después de la sequía pasada, la había empujado a nuestro encuentro con la esperanza de que nos compadeciésemos de la pequeña aceptándola como criada en nuestra casa. A la quinta, cuando su desesperanza le hizo patear el suelo a la vez que me señalaba un punto fijo entre la multitud, conseguí descifrar lo que su lengua de trapo pronunciaba.

Al localizar el lugar preciso que me indicaba, sonreí de inmediato mientras ella, satisfecha por haber logrado al fin su propósito, me besaba la mano. ¡Cómo no había reconocido antes aquella mirada! Magdalena me saludaba desde lo lejos junto a su querido Quiterio y rodeada por una caterva de chiquillos. Sobre su abultado vientre sostenía al que debía de ser el último que había parido. La prolifera familia parecía feliz, y pensé de inmediato al verles que no hubo mal que por bien no viniese cuando se frustró el intento de envenenamiento que tramamos contra Olivares.

Miré a Ruy; como seguía enzarzado en la conversación con los caballeros, no notaría mi ausencia. Me separé despacio del grupo y les saludé desde lejos guiñándoles un ojo. Ellos sabían como yo que no sería bueno saludarnos en público efusivamente, pues aquella muestra de afecto alimentaría al diablo de los celos de sus compañeros de fatigas, sobre todo ahora que heredaríamos de la duquesa las tierras que cultivaban y que tenía en mente donárselas definitivamente. De todos modos,

aquella imagen familiar hizo que la inmensa tristeza que me assolaba durante el entierro comenzase a desvanecerse.

Muy pronto supe por nuestra viuda el porqué de todas las conjuradas en Guadalajara. No sólo venían a darnos el pésame, sino que además pretendían reiniciar nuestro aletargado proceder en contra del tirano. Aquella noche, como siempre, nos reuniríamos clandestinamente al final del jardín en medio del laberinto que el jardinero acababa de podar. No les sería difícil llegar, ya que nuestra guardia descansaba después de las largas noches que pasaron despiertos velando el cadáver de doña Ana. Joaquina sería la encargada de marcar debidamente con pañuelos de colores la entrada más directa para que nadie se perdiese.

Cinco minutos pasada la media noche, llegó la primera embozada en sus oscuros hábitos e iluminada tan sólo por la clara luna llena. La Calderona se mostró tan distante como siempre, y lo primero que hizo fue reprocharme las pocas noticias que de su hijo tenía a pesar de que yo me hubiese comprometido con ella a enviarle cartas con sus nuevas. Consciente de mi dejadez, me excusé como pude.

—Sé poco porque vuestro hijo anda tan escondido de las miradas ajenas que no me atrevo ni siquiera a preguntar por él, y como os figuraréis, la reina no mienta el tema. Sólo os puedo decir que después de haber estado en León a cargo de la buena mujer que le crió hasta ahora, se lo han llevado a Ocaña, donde el rey quiere que le eduquen los jesuitas. Aprende matemáticas del mejor maestro del colegio imperial en esta materia, creo recordar que se llama Carlos de la Faille. Pedro Llerena de Bracamonte, el inquisidor general de Llerena, le enseña teología, y otros tantos que no son de renombre pero sí los mejores maestros le instruyen como si fuese un príncipe. ¡Vuestra merced nunca podría haber dado mejor educación a un hijo!

Sumisa como nunca la había visto en mi vida, bajó la mirada.

—Si vuestra merced lo dice, así será. Yo no soy mujer versada y las letras se me escapan. De todos modos, no es eso lo que me preocupa. ¿Sabéis si es feliz entre hábitos y religiosos? El clero siempre hace acopio de la sangre real para formar a sus futuros dirigentes, y dice mi confesor que ha oído que ya piensan en hacerle príncipe de la Iglesia. ¿Sabéis si es verdad? ¿Cómo es posible si no tiene edad para tener vocación?

Parecía preocupada de verdad. La Guevara entró sigilosamente para soltar una carcajada al oírla.

—¡Y eso qué más os da! El convento os está licuando el seso. ¿Teníais acaso vos vocación?

La cogió descaradamente del hábito para alzarlo.

—¡Miraos! Sois priora y a nadie le importó al nombraros si creíais en Dios o en el diablo. No sería extraño vuestra tendencia al segundo, habiéndoos dejado la piel

como os la dejasteis en esas antesalas del infierno llamadas corralas.

La Calderona la atravesó con la mirada.

—¡Si he aceptado esta posición, es sólo en beneficio de mi hijo!

Las interrumpí de inmediato.

—No hemos venido aquí a pelear, sino a tramar.

Mirando de nuevo a la Calderona, me dirigí a ella.

—Si el padre de vuestro hijo no le ve más a menudo, es por no herir a la reina, aunque os aseguro que no por eso le descuida. Le ha puesto ya casa, le ha dado el tratamiento de Serenidad, y a vuestra pregunta sobre la vocación os contesto con los rumores que aseguran que prefiere las armas al rezo.

La viuda, nada más aparecer, puso punto final a nuestra conversación.

—Si queremos hablar de cosas banales podemos reunirnos en otra ocasión, pero hoy no es lo que toca.

La Calderona podía morderse la lengua frente a la Guevara, pero a la viuda la respetaba tan poco como a mí. No pudo reprimirse.

—¡Si banal es lo que acontece a mi hijo, mucho más lo es lo que hicieron con vuestro marido! Después de veinte años muerto, a los gusanos ya no les debe de quedar ni un hueso que roerle.

La viuda no le contestó, simplemente avanzó hacia ella en posición amenazante. A punto estaban las dos de llegar a las manos cuando me interpuse entre ellas.

—¡Señoras! ¡Qué espectáculo! Si mi buen amigo Francisco de Quevedo os viera, sin duda afilaría su pluma con sátiras. ¿Cómo titularía la obra?

La Guevara se me adelantó contestando a la pregunta:

—¡Tocas de monja y de viuda al retortero!

Se hizo el silencio inmediato, una casual ráfaga de viento hizo flamear ambas tocas, las comisuras de nuestros labios se inclinaron ligeramente hacia arriba y comenzamos a reírnos de la estupidez hasta que alguien chistó al otro lado del seto. Joaquina apareció en el centro del laberinto con el dedo índice sobre el labio.

—Por Dios, señoras, parecéis un grupo de brujas en un aquelarre.

Contuvimos las carcajadas un segundo más hasta que la Guevara susurró forzando la voz cascada.

—Brujas somos desde que nuestro único propósito es la conjura contra el mismo hombre.

Cuando Joaquina dio un paso atrás aterrorizada, no pudimos contener otra risotada. Conscientes de la algarabía que formábamos, durante un buen rato nos miramos las unas a las otras tapándonos la boca para silenciar las carcajadas. Al fin y al cabo estábamos casi al fondo de los jardines y el sonido de la juerga nocturna bien podría venir de las callejuelas adyacentes al palacio. Aquello no alertaría a nadie.

Ya más calmadas, intenté retomar la conversación.

—Sin duda reímos por no llorar.

Ante la evidencia de mi comentario todas callaron de inmediato.

—Sé a lo que habéis venido, sé que todas estáis cansadas de aguardar con los brazos cruzados mientras el tirano sigue impune a un castigo, pero aún no es el momento.

La Guevara se acercó a mí.

—¡Nunca es el momento idóneo! El miedo os roe las entrañas mientras que a nosotras la rata del odio ya nos las devoró hace mucho tiempo.

La Calderona y la viuda la secundaron con quejas parecidas pero sin aportar una sola idea. Me impacienté.

—Escuchadme. Desde que Francia nos declaró la guerra uniéndose a Holanda nunca hemos ganado más batallas. Haced memoria y comprobaréis que casi todo han sido victorias. Saqué la mano y empecé a contar. En las orillas del Rin, en la Alsacia, en Flandes, en Parma, en Milán, en Valterina, en Tesino, en el Franco Condado e incluso en Picardía. Ahora todo son enhorabuenas del rey hacia el valido y poco podremos hacer, pero recordad que casi siempre un paso adelante se torna en dos para atrás con el tiempo.

La Guevara se impacientó.

—¡Tiempo, siempre tiempo! ¡Cuando no es por una cosa es por la otra! Estoy empezando a pensar que no nos servís a la causa, doña María.

Continué, procurando mantener la calma sin tomar en cuenta el comentario.

—A pesar de las victorias, nuestros ejércitos han quedado denostados después del asedio a París que Olivares se empeñó en mantener contra Richelieu. Os aseguro que las derrotas vendrán, y ése será el momento que aprovecharemos para derrocarlo.

La dulce voz de la Calderona intervino.

—¿Cómo podéis estar tan segura de ello?

—Sólo os puedo decir que el ministro francés ya se ha rebelado ante el asedio de París, y tres de sus ejércitos al mando del príncipe Condé avanzan desde San Juan de Luz hacia nuestra frontera con la intención de tomar Fuenterrabía. Desde que lo sabe el cardenal infante don Fernando, aunque se encuentra en Flandes, su estupor es completo. Como buen estratega conoce el número real de los hombres con que contamos y ve imposible nuestra defensa. Él mismo dice que en el norte de España no nos queda un hombre capaz de luchar contra los franceses por estar desperdigados en otros frentes.

La Calderona intervino pausadamente.

—Sin duda sois vos la que más al tanto está de todo, pero sigo pensando que os fiáis demasiado de vuestra intuición. Las noticias son sesgadas a voluntad de quien las divulga, y nos escondéis vuestras fuentes. ¿Por qué hemos de confiar ciegamente en vos?

La Guevara, impaciente, agarró a la monja para callarla y así dirigirse a mí.

—¡Ya está bien de contemplaciones! ¡Aquí lo único cierto es que esta mujer sufre un calvario cada vez que amanece y no tiene a su hijo con ella!

Señaló a doña Inés, alzando la voz un poco más.

—Esta otra siente la fría ausencia de su marido cada vez que se acuesta.

Se golpeó con furia el pecho y gritó:

—¡Y yo misma, desde que fui expulsada de palacio sin razón, arrastro día tras día mis viejos huesos eludiendo a la muerte que más de una vez ha querido recogerme porque nunca descansaré en paz si Olivares no ha muerto antes! ¡Vos podéis esperar sentada en un almohadón de seda, pero a mí no me sobra el tiempo!

Alzándose el viejo sayo, me dio la espalda y se fue. Todas quedamos en silencio ante la evidencia de una ruptura hasta que doña Inés susurró:

—Es temperamental y la edad también le ha robado la paciencia, pero ya regresará.

—¿De verdad lo creéis?

Bajando la cabeza, lo reconoció sin ganas:

—Esta dilación a todas nos afecta en demasía, nos derrumba y desespera, pero al calmarse el enojo que nos ciega, vemos que solas no podemos hacer nada. Estamos engrilletadas a esta espera como cautivos a su calabozo. Ya llegará la libertad.

El sonido de unas ramas nos alertó. Bajé el tono de voz.

—Si todas estamos de acuerdo, esperaremos a que Olivares tropiece otra vez, la reina también está cansada de sus desmanes y quizá en muy poco tiempo decida unirse a nuestra causa.

La Calderona me interrumpió.

—¿Estando yo en ella? Mirad que no es un secreto que odia a mi hijo y podría vengarse en él por mis actos.

Atenta hacia donde las ramas seguían quebrándose, comencé a caminar tirando de Joaquina y de la viuda para dar por terminada la reunión. Otro crujido sonó cuando la Calderona se dispuso a salir por el espacio entre el seto contrario al nuestro. Justo antes de desaparecer, le contesté despidiéndome.

—Estad tranquila porque la reina nunca sabrá que sois un diente de este ajo. Cuando sepamos qué hacer, os mandaré aviso sobre esta cuestión y las que a vuestro hijo atañan.

Se giró sólo un momento para asentir. Entre los pasillos del laberinto vimos esconderse a la causante de tanto ruido. Era la misma Guevara, que, en vez de haberse ido, nos espiaba entre los matorrales comida por la curiosidad. Simulamos no verla y continuamos el paseo hacia palacio.

«En Navarra y Aragón,
No hay quien tribute un Real,
Cataluña y Portugal son de la misma opinión,
¡Sólo Castilla y León y el noble reino andaluz
llevan a costas la cruz!».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Aquel mes de julio, todas andábamos al tanto de las noticias. En un principio mis vaticinios se cumplían con una derrota a todas luces inminente. La ciudad fronteriza de Fuenterrabía aguantaba el ataque de los franceses por mar y tierra a duras penas. Sitiados como estaban y sin atisbar la llegada de nuestros ejércitos, al principio se abastecieron como pudieron gracias a las pequeñas barcas que venían cargadas con los pocos y escasos suministros que desde San Sebastián les mandaban.

Un buen día la hambruna les llegó de sopetón cuando la flota enemiga al mando del arzobispo de Burdeos echó a pique a la nuestra en la rada de Guetaria. Ahogaron a cuatro mil de nuestros mejores hombres, impidiendo definitivamente los pocos socorros que recibía la agonizante Fuenterrabía. Sabíamos que el marqués de Morata llegaría en su auxilio en poco tiempo, pero seis mil inexpertos infantes que había conseguido alistar de entre los pocos que nos quedaban en Castilla no parecían ser suficientes. La sorpresa fue general cuando supimos que aquel general llegó tan de repente al cuartel de Guadalupe que sorprendió a los franceses desprevenidos y libró del sitio a Fuenterrabía sin apenas esfuerzo. Me alegré por la victoria a pesar de que sabía que mis compañeras de conjura andaban al límite de su paciencia y aquel triunfo probablemente enervaría aún más sus hastiados ánimos al ver como todos lo celebraban y el conde duque una vez más se atribuía la corona de laurel ante su majestad el rey.

Al regresar a Madrid fui testigo de cómo las recientes victorias de Flandes, Fuenterrabía y Milán se festejaban por todo lo alto. Por aquel entonces esperaba a mi segundo hijo; le llamaríamos Juan si era varón en honor a su bisabuelo, y si era mujer, Ana por nuestra abuela recientemente fallecida. Asomada a un balcón de Platerías, sostenía a mi primogénito. El pequeño Rodrigo, aferrado a la barandilla, miraba embelesado al gentío. Sé que no he hablado de él hasta ahora, pero el dolor de su posterior pérdida me cuida la memoria y elude su recuerdo aunque no logra borrarlo.

Acababa de pasar la carroza de la reina y del príncipe Baltasar Carlos, que iban a

recibir al rey a las puertas de la ciudad. Pensé en ella y en mi pequeño. Su majestad hacía tres años había parido una niña casi al mismo tiempo que yo a Rodrigo; la bautizó Mariana, pero como casi todas sus hijas, no cumplió el año de vida. Ahora de nuevo me acompañaba en mi estado, y fueron muchas las ocasiones en que me dijo que si nuestros dos hijos nacían del mismo sexo, le gustaría contar con los míos como pajes en el alcázar, donde compartirían juegos y educación con el infante. Nuestras expectativas se vieron frustradas cuando el mío resultó ser un Juan y la suya, una María Teresa.

Alguien entre la multitud gritó:

—¡Tardarán en llegar porque se han detenido a ver a la Virgen de Atocha!

Era de esperar, ya que don Felipe, manteniendo la tradición de su padre y abuelo, era muy devoto de esta pequeña y oscura Virgen bizantina. Acudía a visitarla todos los sábados que estaba en Madrid para pedirle unas cosas y agradecerle otras tantas cuando la ocasión lo merecía. No sería extraño que a la hora de su muerte quisiese tenerla cerca.

Cansada de la espera y con las piernas hinchadas por el peso de mi abultado vientre, tomé asiento en un pequeño taburete que para mí habían dispuesto. De mi bolsa tomé un mondadientes de plata para entresacar los desmenuzados pedazos de tierra sigilada que habían quedado incrustados entre mi dentadura antes de meterme otra piedra en la boca.

Rodrigo, tan extasiado como estaba, repentinamente se dio la vuelta para tirarme del bajo sayo señalándome a la muchedumbre entre carcajadas.

Un mamarracho enano disfrazado de cardenal imitaba a Richelieu montado sobre una tiñosa mula. Hacía aspavientos entre mofas y burlas. Todos le rodeaban jaleando sus bufonadas hasta que dejaron de prestarle atención al escuchar el clamor del séquito real que a lo lejos ya se veía.

Un alguacil celoso del orden y azuzado por la prisa del momento detuvo al pelele acusándole de falta de respeto a las ropas del clero. Mientras, todos los demás se alzaban de puntillas forzando el alargamiento de sus cuellos para alcanzar a ver más lejos. Nosotros disfrutábamos de nuestra predominante posición.

El rey encabezaba la regia procesión; a su derecha, como siempre, Olivares venía vestido casi a la par y saludaba junto a él a la multitud enardecida. Tras ellos, la reina con el príncipe habían abierto las cortinas para compartir saludos de alegría.

Mi señor esposo, asomado al balcón y apoyado en la barandilla, musitó pensativo.

—Olivares, recoge las últimas migajas de tu victoria porque este pueblo es conocido por abrazarte hoy y pegarte un puntapié en las nalgas mañana, que bien os lo contaría mi abuelo Lerma y mi tío Uceda si los hubieseis dejado vivir.

Era el mejor momento para hacerle partícipe de nuestro plan, aunque no se lo hubiese consultado a las demás.

—Sentaos a mi lado porque con vos he de hablar.

Pareció no escucharme mientras se enrollaba meditabundo las puntas de los bigotes con sus dedos índice y pulgar.

—Me enervan, María. El tirano ni siquiera se digna a marchar dos pasos tras el rey. ¡Ya no es la sombra de su majestad, sino la sombrilla que le tapa! ¡No tiene el más mínimo pudor y se crece ante el clamor!

Le acaricié la mano que llevaba desenguantada.

—¿Acaso no veis que el pueblo lo único que ansía es el inicio de los festejos?

Antes de tomar asiento despeinó la ya encrespada melena de nuestro pequeño Rodrigo y me contestó un poco más tranquilo.

—Miradlos. Caen en las redes del jolgorio que el tirano les tiende mientras cierran los ojos ante nuestra ruina. Refugio de inocentes lerdos es el divertimento.

Sonreí.

—Desde mucho antes de que los romanos inventaran el circo o los teatros el hombre se acogía ya a ellos con gusto y ansia de evasión. ¿Acaso no lo hicisteis vos hasta antes de ayer?

Tirándose hacia fuera de las retorcidas puntas de los mostachos, me contestó:

—Evadirse es lo que no podrán hacer mañana en las Cortes porque pienso defender a ultranza de una vez el vapuleado honor de mi abuelo el cardenal duque de Lerma. Ahora que en mí han de recaer por varonía las casas de Lerma, Uceda, Cea, Ampudia y Denia, el Consejo está obligado a escucharme.

Sabía que andaba en pleitos con sus primas las hijas de Uceda, pero no que ya hubiese resolución por parte del tribunal.

—¿Ganasteis?

No dudó lo más mínimo.

—Aunque se opusieron a mis pretensiones, yo las defendí a ultranza convenciendo al tribunal de que mis primas Mariana y Feliche, aunque sean hijas de mi tío el de Uceda, no tienen derecho a sus títulos y señoríos por el simple hecho de ser mujeres.

Aquel comentario despectivo me dolió, pero lo cierto era que nosotras siempre caminábamos a la sombra de nuestros varones. Así estaba estipulado y mucho tendría que llover para que alguna de nosotras nos rebelásemos. El último caso de mujer sediciosa conocido en la corte había sido el de mi abuela, la princesa de Éboli, y en el recuerdo aún quedaba su triste destino final.

De todos modos, me satisfizo ver que Ruy por fin sentaba la cabeza en pro de sus intereses. La duquesa del Infantado, su abuela, lo vaticinó una y mil veces, pero yo nunca llegué a crérmelo. Las turbulentas aguas en las que había nadado tiempo atrás al fin se calmaban, sus visitas a las mancebías eran casi nulas o tan recatadas que parecían no existir, bebía menos vino y su vicio por los juegos de dados remitía con

el transcurso de los años. En pocas palabras, lo cabal ganaba terreno a la majadería con que la juventud nos tienta.

Para entonces ya había pasado la comitiva y entramos para sentarnos a merendar chocolate con torreznos. Era el momento de plantearle mis planes. Disimuladamente le hice una señal a la viuda de don Rodrigo para que se llevase a mi pequeño.

Ésta lo arrancó de la reja del balcón al que estaba asido para llevarlo en volandas entre protestas y pataleos.

Tomé la taza.

—Ruy, ahora que doña Ana ha muerto, como grandes de España, debemos hacer honor a nuestro nombre aparte de honrar el de vuestro abuelo Lerma. Nuestros antepasados lucharon siempre por salvar al rey y no deberíamos traicionar su tradición.

Me miró expectante. Continué.

—A la vista está que su majestad está sometido al influjo hechicero de un tirano que no le deja ni a sol ni a sombra. ¡No podemos seguir como pasmarotes expectantes! La vida transcurre a una velocidad desorbitada y este crimen se está prolongando demasiado.

Mi esposo consideró solazada mi preocupación.

—En eso estoy.

Sorprendida me incorporé, mientras que él, divertido ante mi actitud, continuó:

—¿Recordáis al hombre que vinieron a detener a casa hace unos días?

Hice memoria.

—¿El sirviente nuevo que os trajisteis de Alcalá de Henares?

Asintió.

—Al saber que lo habíais liberado, no indagué más. Son demasiadas las caras de la servidumbre y por mucho empeño que pongo, sólo consigo recordar a las que me son más próximas. Pero ¿a qué viene eso ahora?

Ruy procuró calmarme.

—Sentaos y escuchad sin interrumpirme. Obedecí sumisa.

—Mi abuela en su lecho de muerte me habló de vuestros secretos y de vuestra conjura. Me hizo prometer que os ayudaría sin que fuese demasiado evidente, pues sólo erais mujeres y sospechaba que así queríais continuar.

Bajé la cabeza contrariada ante el levantamiento del secreto, pues me habría gustado ser yo misma la que se lo revelase. Ruy continuó.

—Fiel a mi juramento para con ella, al regresar a Madrid desde Guadalajara me detuve como siempre en el colegio enclaustrado de Santo Tomás de Alcalá, donde como sabéis tengo licencia para pernoctar.

Asentí sin comprender nada. Sabía que había pasado allí dos días, pero era usual y no me extrañó.

—Ese día vino a verme por senderos diferentes y sin apenas séquito el duque de Medina Sidonia, vuestro primo hermano.

Pregunté extrañada:

—¿Por qué no os acompañó en el viaje? Si él también estuvo en el entierro de Guadalajara...

Susurró con sarcasmo:

—Porque el que hayamos estado juntos a solas ha de ser un secreto para todos, incluidas vuestras compañeras de conjura. ¿Me prometéis antes de continuar que así será?

Me besé el dedo pulgar como las agoreras.

—¡Os lo juro!

Se levantó inquieto, miró tras las cortinas y entornó la puerta para ver si alguien escuchaba antes de continuar. Por fin, poniéndose los monóculos, se relajó.

—El sirviente que detuvieron en casa mientras vos estabais durmiendo y yo estaba ausente en realidad es un espía que trabaja para nosotros. Le conocí hace muchos años siendo contable de esta nuestra casa. Era bueno pero demasiado inteligente como para conformarse con un cargo tan bajo. Se marchó un día para recorrer mundo hasta que al regresar se dispuso a ayudar a Medina Sidonia en sus negocios. Nuestro camuflado contable se llama Miguel Molina y no nos fallará.

Lo dudé.

—¿Cómo lo sabéis?

Ruy se esforzó en ponerme en antecedentes.

—Desde que salió de su Cuenca natal ha demostrado una maestría especial en ciertos menesteres que no se ciernen únicamente a los números. Los jesuitas le enseñaron a guardar un secreto, y sus conocimientos contables le han empujado a la estafa. Sólo tiene un defecto para pasar inadvertido como todos deseáramos...

Se calló un instante. Mi curiosidad le hizo gracia.

—Ha estado cumpliendo condena en galeras. Ahora la Santa Inquisición le condona su pena por haber sido apresado por los moros, pero no por eso le deja de vigilar.

Una pregunta me vino a la mente:

—¿Cómo consiguió salir de Argel?

Sonrió.

—Figuraba en las listas de los cautivos, y al recordarle yo mismo pagué su rescate a los frailes trinitarios. Ahora comprenderéis que nos lo debe todo y no nos engañará.

Me encogí de hombros, demostrando mi ignorancia al respecto.

—Demasiado confiáis en la palabra de un hombre de semejante calaña. Si ahora la justicia le persigue de nuevo, por algo será. Sólo sé, Ruy, que por rescatarle el otro día a la fuerza de casa del alguacil y facilitarle la huida, a vos os querrán detener.

¡Qué ingenua fui al contradecir a la reina cuando me lo advirtió! Será una equivocación, le dije, mi señor no ha hecho nada esta vez. Ahora lo entiendo todo.

De repente se preocupó.

—Detenerme. ¿Acusado de qué?

—Según me ha dicho doña Isabel, por desacato reiterado a la autoridad. Su majestad me ha asegurado que intentará por todos los medios evitar que os lleven preso al castillo de Burgos como ansía Olivares, pero no sé si lo logrará, ya que está cansada de salvaros el pescuezo.

Bajé la cabeza desilusionada.

—¡Algo más tenía que esconder ese hombre que os hiciese arriesgar tanto!

Ruy, consciente de su pobre explicación, se esforzó:

—El tal Miguel Molina es un mero transmisor de las palabras de nuestro pariente Pedro de Mendoza en Lisboa. Son muchos los portugueses que están fraguando su independencia de Castilla y quieren destituir a don Felipe para coronar a Braganza. El único propósito de Molina era el enterarse de si tendríamos hombres suficientes para resistir el inminente asedio de la capital lusa. Una vez lo ha sabido, se ha marchado.

Le miré horrorizada.

—¡Pero si no los tenemos! Los pocos que aquí quedaban han partido hacia Aragón para sofocar la revuelta. ¡Perderemos Portugal!

Se mostró sorprendido ante mi preocupación.

—Y qué más nos da si con ella cae el valido. Olivares lleva veinte años en el Gobierno celebrando pequeñas victorias y silenciando las derrotas. Está claro que el rey no reaccionará si el mal es pequeño. Necesitamos mucha pólvora para que despierte de su aletargado estar, y está a punto de estallar.

Me preocupé.

—¿Estáis seguro? ¿No es demasiado arriesgado? Mirad que el silencio nos hace cómplices de un gran delito.

Negó con la cabeza.

—Si se enteran, será la primera vez que me condenen por callar en vez de por hablar. Lo cierto es que Portugal ansía su independencia, cansada de los muchos agravios que recibe. Lo intentará tarde o temprano, y nosotros debemos aprovechar el beneficio de esta información.

Me besó. Había algo que aún no llegaba a entender.

—¿Por qué mi primo el duque de Medina Sidonia nos ha de ayudar? ¿Olvidáis acaso que su mujer es prima del valido?

Dudó un segundo en contestar.

—También lo es de la mujer de Braganza y el tirano no parece haber caído en la cuenta. Dice que si Olivares sigue mucho más tiempo y nuestro plan fracasa, él se sentirá incapaz de seguir soportando sus desmanes y se erigirá rey de una Andalucía

independiente.

No pude evitar el taparme la boca.

—¡Volvemos a un reino de Taifas! ¡Es que nadie se da cuenta de que la ruptura de la unidad en nuestros reinos nos hará débiles e insignificantes! ¡Si Felipe II levantase la cabeza y viese en qué está convirtiendo su nieto el imperio que le dejó, se moriría de inmediato!

Ruy chistó para que me callase.

—Vos traed al mundo a este niño que portáis en las entrañas sano y salvo y a mí dejadme hacer. La excusa de vuestro embarazo será buena para retener aún un poco más a la Guevara, la Calderona y a nuestra vengativa viuda. Os prometo que después de llevar a cabo mi plan, el camino os quedará libre. Yo sólo heriré de muerte al tirano para que se tambalee a los ojos del rey; después le dejaré a merced de vuestras conjuradas para que gocéis dándole el empujón que le hará caer definitivamente. Pero insisto en vuestro silencio.

El dulce sabor de un desafío en ciernes me embargó el paladar. Sonreí al imaginarlo.

—Seré una tumba.

«Ándeme yo caliente
y ríase la gente.
Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente».

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE

Ande yo caliente

Al día siguiente fui a visitar a la reina para pedirle su permiso. Quería escuchar la intervención de mi esposo en el Consejo desde el cuarto secreto en el que ellos se escondían cuando no querían estar presentes en las sesiones. No puso ningún reparo al respecto a pesar de que no me acompañaría. Quería estar tranquila y no alterarse con los asuntos de Estado, que de un tiempo a esta parte la afectaban en demasía, sobre todo ante la probabilidad de que Olivares aprovechara esta intervención para detener a Ruy por su complicidad con el espía Miguel Molina. Agradecí su advertencia con temor pero sin cejar en mi propósito.

Al sentarme a solas en aquella pequeña estancia, el murmullo de las voces que del salón del Consejo manaba arrulló mis recuerdos pasados. La efímera sombra de la infanta María parecía haber quedado grabada sobre la silla que a mi vera había. ¿Qué sería de ella? Cómo lloraba cuando supo en ese mismo lugar que el tirano no estaba dispuesto a aceptar su matrimonio con el príncipe Carlos de Inglaterra y lo que era peor, que don Felipe aceptaba su decisión. ¡Cuánto había llovido desde entonces! Ahora, ajena a todo lo que allí se cocía, era reina de Hungría en vez de reina de Inglaterra.

La voz de Ruy me arrancó repentinamente de entre mis recuerdos. Como si alguien me hubiese pinchado en las nalgas, me levanté para asomarme a la celosía. La larga espera a la que se vio obligado como un simple procurador de Guadalajara entre tanto consejero no menguó en nada su gallardía inicial. Después de saludar a la sala, subido en el púlpito, se dirigió directamente al valido. Olivares, desde enfrente, le miraba con rencor.

—Don Gaspar, desde un tiempo a esta parte sólo nos habláis en este Consejo de

victorias pasadas, erigiéndoos como el máximo responsable de ellas sin nombrar apenas a los generales y almirantes que en estas lidias se dejaron el pellejo. Y no contento con enalteceros vos mismo, recurrís a compararos con los antiguos validos aprovechando que la muerte les sesgó la voz y su posible defensa. Al difamarlos e insultarlos por los errores que cometieron en sus gobiernos no miráis al futuro como un buen gobernante, sino que os ancláis en el pasado con excusas vanas y carentes de solución. Rogad a Dios para que no hagan lo mismo vuestros sucesores con vuestra vucencia, que a veces conviene recordaros que no sois inmortal.

El tirano apretó los puños y las mandíbulas a punto de contestar, pero se contuvo fríamente. Rogué a Dios para que Ruy enmendase el agravio, ya que si no lo hacía, probablemente la acusación que pesaba sobre él se engrosaría con más cargos. Su voz retumbaba entre las bóvedas del salón de actos.

—Como nieto del duque de Lerma, duque del Infantado, procurador de Guadalajara y aspirante a los ducados de Denia y Lerma en contra de mis primas las hijas de Uceda, quiero alzar mi voz en esta sala para dejar muy claro que no estoy dispuesto a que el honor de mi linaje siga ultrajándose con tan poca decencia y de este vil modo, porque vos también sufrís grandes derrotas y habéis de reconocerlas.

Olivares bajó la cabeza para pasar unos legajos que sobre la mesa tenía como haciéndose el distraído. Impaciente, prosiguió mi señor:

—Una vez más el silencio es vuestra respuesta. ¿Por qué no nos habláis de qué ha ocurrido con nuestra imperial escuadra? ¿No es cierto que ha quedado reducida a cenizas después de la gran derrota que ha sufrido el almirante Oquendo en la batalla de las Dunas contra los ingleses y el holandés Tromp?

Ruy se enardecía desesperado en el intento de ponerle en evidencia. De nuevo esperaba en vano una respuesta que el tirano no estaba dispuesto a pronunciar. El murmullo de la sala llenaba el gélido silencio cuando oí la puerta entornarse. Era nuestro amigo Quevedo, que quiso entrar de improviso.

Susurré angustiada:

—¿Tenéis permiso, don Francisco?

Negó con la cabeza, sonrió, se colocó los anteojos y se acercó a la celosía.

—Sólo será un minuto y prometo no comprometeros. Vine a ver el tablado de la obra que hoy estreno en los jardines cuando me enteré de la intervención de vuestro señor esposo. He intentado entrar en la sala, pero la guardia me lo ha impedido. Al parecer algo importante se cuece porque hoy la sesión es a puerta cerrada.

Suspiré temiéndome lo peor.

—Espero que os equivoquéis.

Don Francisco me contestó:

—Quizá, pero por los gritos que de allí manan, el ambiente anda caldeado, y cuando esto ocurre, siempre hay represalias en contra de quien lo motiva.

Sonrió al escuchar a Ruy.

—¡Por fin alguien osa plantarle cara!

Dos contundentes golpes en una mesa acallaron a los murmuradores. Sólo cuando el silencio fue completo Ruy retomó la palabra y, asistido por la lectura de unos papeles que tenía sobre la mesa, prosiguió.

—Según estos datos, el almirante Oquendo contaba con setenta velas y diez mil hombres de los que hoy sólo quedan siete naves que lograron refugiarse en el puerto de Dunkerque. ¡Las demás han sido hundidas, apresadas y quemadas! Han echado a pique hasta la *Santa Teresa*, que al mando de Lope de Hoces yace hoy pasto de las profundidades del Canal de la Mancha junto a sus ochenta cañones y los cadáveres de nuestros mejores mosqueteros. ¿No se merecen estos hombres un reconocimiento póstumo a su gallardía?

Olivares por fin contestó con una evasiva:

—Infantado, no creo que eso interfiera en los asuntos de Guadalajara, que son los únicos que a vos os incumben.

Quevedo me miró indignado.

—Siempre igual, esquivo y en guardia.

Negué pensativa.

—Ruy no saldrá impune de este descaro. Es cierto que durante estos cuatro años las guerras en Flandes, Italia, Alemania, Gascuña y el Rosellón nos están arruinando, pero ¿por qué mi señor es el que siempre se ha de rebelar?

Don Francisco se encogió de hombros.

—Todos lo hacemos con mayor o menor sutileza.

Ruy tiró los papeles al suelo replicándole:

—¡No he terminado!

La frialdad de Olivares por fin se alzó:

—Infantado, ya no es vuestro turno. Si persistís en vuestro desacato os mandaré detener, y el que avisa no es traidor.

Ruy sonrió, y consciente de que andaba espiándole, alzó la vista hacia la celosía como para excusarse ante mí por lo que estaba a punto de hacer. Como era de esperar, lejos de contener su arrojo, soltó la lengua.

—¿Esta vez por qué? ¿Para amordazarme quizá como a todos los que os replican?

Olivares se erigió.

—Eso quisierais, pero no es así, ni siquiera entiendo cómo habéis entrado aquí pesando sobre vos una orden de arresto firmada por el rey. ¡Infantado, estáis acusado por desacato a la autoridad y por complicidad con un espía llamado Miguel Molina, que está acusado de los delitos de lesa majestad *in primo capite* al falsificar cartas, cédulas y decretos en los que maquinaba argucias en contra del Gobierno y el rey! ¡Guardia! ¡A él!

Ruy se reía a carcajadas mientras cuatro alguaciles le rodeaban. Ante el acoso se envalentonaba, y como si estuviese rejoneando en la plaza Mayor, picó aún más al toro.

—¡Dejad de compararos con el rey en todo momento, que no es a su majestad al que odia el pueblo, sino a vos! ¡Dejad de escudaros en su sombra y de una vez por todas demostrad vuestro valor!

El tirano cerró los ojos con fuerza y resignación al tiempo que arrugaba los papeles que portaba en sus puños.

—No estoy dispuesto a aceptar un reto tan absurdo. Las cartas incautadas al tal Molina nos hacían a su majestad y a este servidor responsables de intentar disponer la muerte del papa y del cardenal Richelieu. El tema es grave, y si algún consejero lo duda, las pondré a su disposición para leerlas y juzgarlas. ¡Prepárense porque son 344 billetes los que le delatan! ¡Detenedlo y llevadlo al castillo de Burgos por orden del rey!

Medina Sidonia le interrumpió con una tos forzada y disimulada.

—¿Seguro que el rey le manda a Burgos?

Olivares frunció el ceño y rectificó:

—Quiero decir al de Buenache.

La reina, al advertirme que aquello podría ocurrir, sabía a ciencia cierta qué acontecería y había intercedido como siempre para aligerar el rigor de la prisión. Le arrastraron a la puerta entre gritos y quejas.

—¡No pueden demostrar mi vinculación con esas cartas porque es falsa!

Pasado el tiempo, lo trasladarían a Guadalajara, donde de nuevo tendría que permanecer alejado de la corte hasta que las aguas se calmasen.

Francisco de Quevedo me intentó consolar:

—Vos no podéis hacer más, y supongo que la reina tampoco.

Le agarré la mano con desesperación.

—Si al menos no fuese reincidente, si nunca hubiese residido en galeras, algo se podría hacer, pero ¡no! Él siempre tiene que gritar a bocajarro todo lo que piensa.

Quevedo me chistó. Por la ranura que se filtraba la luz del exterior se apreciaba una sombra. Yo tenía permiso para estar allí, pero el escritor no.

Me asaltó la impaciencia, pues quería salir a despedirme de Ruy antes de que lo enjaulasen. La sombra se pegó un poco más a la puerta, y al no oír nada, se distanció para continuar su tránsito. Ese taconazo inicial seguido de un leve arrastrar de suelas delataba a la dueña de sus pasos. La Olivares era como un fantasma constantemente alerta entre los muros del alcázar.

Cuando sonó el portazo del fondo, tiramos del pestillo y salimos raudos hacia el patio, pero ya se habían llevado a mi señor esposo.

«Calle el sonoro parche, y haced alto
 Soldados fuertes, gloria de Castilla,
 Pues con vuestro valor, que aquí no exalto,
 Ya su arrogancia Cataluña humilla:
 Entrad, robad, dad saco, que al asalto
 De Barcelona sólo la cuchilla
 Y el fuego abrasador vengará agravios,
 Callar y obrar es de valientes sabios».

*Entrada del Marqués de los Vélez en
 Cataluña, por el mismo marqués*

Sola en las casas de San Andrés parí a mi segundo hijo Juan mientras aguardaba a que Ruy fuese liberado. De Buenache le habían dejado irse a Guadalajara para desde allí eludir su destierro y entrar lo más discretamente posible en la corte para quedarse y conocer a su hijo Juan.

Mientras tanto, la viuda de Calderón y la Guevara continuaban azuzándome sin tener en cuenta mi maternidad solitaria. Me hubiese gustado hacerlas partícipes de los planes de Ruy, pero no les podía decir nada, pues había jurado silencio.

Aquellos meses resultaron interminables; sufría en silencio las críticas de las lenguas más mordaces al señalarme como la mujer de aquel noble preso y rebelde que no supo callarse a tiempo.

Aprovechando que la reina también acababa de ser madre, me reunía con ella a menudo para ver la forma de terminar de una vez con el doloroso destierro de mi señor y al mismo tiempo ahondar sutilmente en la voluntad regia con los desatinos de Olivares. Pero si doña Isabel puso gran empeño en perdonar a Ruy, no obró del mismo modo en cuanto al tirano, a pesar de que las quejas de los disconformes eran ya incontrolables en Barcelona. Sobre todo desde que el rey, agobiado por las peticiones de los catalanes, había huido sin despedirse y en secreto de sus últimas Cortes antes de disolverlas, dejando al odiado tirano como único mediador.

Los ciudadanos de la ciudad condal se sentían tan vapuleados que ardían en deseos de una sedición sin temer ya las represalias del valido. Olivares, viendo clara su intención, no supo hacer otra cosa que valerse de su argucia diplomática implicándoles de lleno en la guerra del Rosellón para que mandasen a doce mil de sus mejores hombres a luchar contra los franceses. Aquéllos no supieron negarse a pesar de que con ello desproveerían momentáneamente a Cataluña del mismo ejército que

algún día podría haberse alzado en armas en contra de Castilla.

Esta inteligente medida del tirano podría haber sosegado sus enardecidos ánimos si al regresar sus hombres triunfantes hubiesen sido reconocidos debidamente por Castilla, pero no fue así. Olivares, como siempre, se erigió el único responsable de esta victoria, y se lo contó al rey como si la gallardía de los catalanes se debiese sólo a la fidelidad de éstos para con Castilla.

En vez de con enhorabuenas, los catalanes y aragoneses se encontraron con que los soldados que habían luchado en el Rosellón recalaban en sus puertos para pasar el invierno sin haber cobrado sus salarios, hambrientos y miserables. Sus generales, al no recibir ayuda pecuniaria de Castilla para afrontar los gastos, les dieron patente de corso para servirse de lo que necesitasen hasta ser de nuevo embarcados.

La corrupción era tanta y estaba tan arraigada entre los más altos dignatarios que eran muchos los que aseguraban que en las revistas figuraban el doble número de soldados de los que en verdad había en los contingentes de las guarniciones. Así, como hábiles pícaros, los soldados especulaban en beneficio propio vendiendo muchos de los víveres y municiones que se les mandaba.

Estaba claro que del heroico semblante de nuestros históricos capitanes sólo quedaba el recuerdo. Apenas nos quedaban mosqueteros, infantes ni caballeros, y mejor sería no contar ya las velas de nuestras escuadras para no entristecernos. Por no hablar de la marina mercante, que con la prohibición de Olivares de negociar con nuestros enemigos había visto sus bodegas vacías y nadaba en la miseria más absoluta.

Los soldados, acostumbrados al pillaje en Italia y Flandes, no dudaron en hacerse con todo lo que a su paso hallaron sin dar nada a cambio. Esquilaban los campos, ganados y graneros hasta terminar con sus existencias, sirviéndose en muchas ocasiones de mucho más de lo que necesitaban, incluyendo las vidas y honores de sus legítimos dueños.

La llama de la insurrección no tardó en prender en los corazones de los catalanes, al ver éstos con qué moneda les pagaba Castilla sus desvelos. Los campesinos empezaron a tomarse la justicia por su mano, sin achantarse ante los soldados y armándose con guadañas, rastrillos, hachas y cualquier cosa que les sirviese.

El día del Corpus Christi, como era de esperar, los *segadors* congregados a miles en Barcelona estallaron en un motín incendiando media ciudad. Los demás ciudadanos inmediatamente se les unieron y los gritos de «¡venganza!», «¡libertad!», «¡viva el rey y la fe!» y «¡muera el mal gobierno de Felipe!» se oyeron en todas las partes mientras buscaban al virrey como máximo representante de su infortunio.

Supimos que dieron caza a Dalmacio de Queralt cerca de las peñas de San Beltrán, camino de Montjuic. Éste, consciente de lo que se le venía encima, momentos antes había embarcado a su hijo en una galera para salvarle la vida, pero él

no quiso huir como un cobarde. Fueron en total cinco las puñaladas que recibió en el pecho este hombre que hasta el momento fue gobernador de Barcelona a las órdenes del rey.

La burguesía de Cataluña, Gerona, Balaguer y Lérida, al enterarse, secundó la revuelta contra el inmediato sucesor del asesinado, Enrique de Aragón, duque de Cardona. Éste, si consiguió amainar la tormenta que asolaba Barcelona, no logró acallar la insurrección que seguía expandiéndose por el resto de Cataluña alentada por el clero desde sus púlpitos. Ante tal desbarajuste, el nuevo virrey muy pronto cayó enfermo con unas calenturas que acabaron con su vida.

Al comentarle semejantes barbaridades a la reina para convencerla del mal gobierno al que estábamos sometidas, doña Isabel, al igual que yo hacía con la Guevara y la viuda de Calderón, me imploraba paciencia. Me aseguraba que el rey empezaba a sentirse defraudado y que sólo había una mujer en España capaz de convencerle definitivamente de los desatinos del tirano con sus piadosas cartas.

Se trataba de sor María de Ágreda, aquella monja que conocí el día en que fuimos a darle el pésame a la reina por la muerte de su suegro. Don Felipe la había visitado en su convento de Ágreda la última vez que acudió a las Cortes de Barcelona, y desde entonces le escribía asiduamente, refugiándose tanto en sus sabios consejos como en los de su confesor.

Por lo poco que logré saber de ellos, deduje que eran recomendaciones que, sin aportar un viso de maldad a nuestra venganza, nos eran favorables. Aquella monja, a pesar de andar enclaustrada, parecía más inmersa en el mundo que nadie alertando a don Felipe en contra de Olivares como el máximo responsable de las desgracias de su reinado.

Aquel día doña Isabel me había mandado llamar con urgencia. Acudí rauda al alcázar, segura de que quería darme personalmente la noticia de la liberación definitiva de Ruy. Me la encontré como casi siempre dando su cotidiano paseo por entre los rosales del jardín; parecía angustiada, y sostenía su sombrilla dándole vueltas y más vueltas sobre su mango de marfil. Al sentir mis pasos acercándome, tomó asiento bajo un pequeño cenador junto a la fuente de Baco y ni siquiera me miró. En silencio observaba aquella figura gordinflona y semidesnuda que, coronada por racimos de uvas y hojas de vid, empinaba el codo a conciencia. El agua que brotaba de una de sus caracolas chocaba contra su pétrea boca para derramarse sobre la inmensa tripa del dios borracho. Saqué la caja de piedras sigiladas de mi bolsa, la zarandeeé para que sonase y le ofrecí.

—No, gracias, doña María.

Ni siquiera bajó la mirada. Permaneció extasiada mirando aquel voluptuoso manantial. Tomé un pedacito de aquel barro perfumado y me lo metí en la boca a la

espera de que fuese ella la que iniciase la conversación. Al no hacerlo, durante un eterno instante no pude contener el nerviosismo.

—¿Me llamó su majestad?

La reina suspiró antes de pronunciar palabra.

—Los catalanes dicen que el rey no ve sino por los ojos de Olivares y no oye sino por sus oídos, y por eso no sabe nada más que lo que el valido le quiere contar. ¿Habéis oído algo al respecto?

Al ver mis ilusiones frustradas, le contesté defraudada.

—No sólo son ellos, sino todo el reino, pero como vuestro esposo, os empeñáis en no verlo. Está bien que sor María de Ágreda escriba a su majestad, pero mejor estaría que vos la secundaseis.

Nada más pronunciar aquellas palabras, me arrepentí. Mi misión como dama de la reina era escucharla y entretenerla sin recriminarla. Por las malas nunca conseguiría el perdón para mi esposo. Para mi tranquilidad, la reina, embelesada por el agua, no se dio por aludida y siguió a lo suyo.

—Al parecer Cataluña y Aragón se sienten tan desatendidas que mandan a una comisión de sus hombres más respetables a la corte para hablar directamente con el rey y sin intermediarios. Hoy he sabido que, estando éstos a punto de llegar a Madrid, Olivares les ha detenido en Alcalá de Henares y les ha obligado a retroceder para que no puedan acceder a su majestad.

Apartando por primera vez la vista de la fuente, me miró a los ojos.

—¡Una cosa es que deleguemos en Olivares el peso del gobierno y otra muy diferente, el que nos silencie un tema tan grave! ¿Creéis que debería informar a don Felipe?

Esta vez era yo la sorprendida. La reina estaba espionando al tirano a hurtadillas y parecían empezar a importarle los grandes secretos que el valido les escondía.

—¿Os escuchará?

La reina cerró la sombrilla, la dejó en el banco y se rebuscó bajo la manga para sacar lo que parecía una carta.

—Aquí tenéis, juzgad por vos misma.

Desplegué el papel y comencé a leer. Estaba firmado por los *consellers* y el Consejo de Ciento de la ciudad de Barcelona. Lo debían de haber escrito al ver frustrada su entrevista con el monarca. Leí en alta voz.

—Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande, rey de las Españas y emperador de las Indias.

La reina me chistó:

—Leedlo en silencio, no vaya la mujer del conde duque a estar espionándonos.

Proseguí aún más perturbada al sentirme vigilada por la reina. Aseguraban los artífices que la rebelión en Cataluña era ya como un incendio que no se podría

extinguir sino con ríos de sangre desde que Olivares había mandando a Zaragoza al ejército.

En cuanto alcé la vista del papel, doña Isabel me azuzó.

—¿Qué creéis que deberíamos hacer?

Pensé detenidamente mientras lo plegaba para devolvérselo. Sin quererlo ni buscarlo, estaba a punto de tensar la cuerda del arco que dispararía la primera flecha envenenada hacia el corazón del valido.

Recordé la voz de Ruy al hablarme por primera vez de la incipiente independencia de Portugal; el rey llevaba tanto tiempo sometido a Olivares que sólo un daño de esas proporciones podría derrocarlo. Portugal por aquellos tiempos debía de estar a punto de alzarse en armas contra Castilla, sólo esperaban no tener demasiada oposición en la revuelta, y yo desde allí lo conseguiría. Si todo salía según mi plan, los lusos se independizarían sin derramar apenas sangre porque no habría nadie para defenderse.

Ensimismada como estaba, la reina me zarandeó. Sacudí la cabeza y fui concisa.

—Humildemente os aconsejo que mandéis al rey a Barcelona con la firme voluntad de no marcharse hasta haber dejado resueltos todos aquellos problemas. Escuchad los gritos de los que allí moran. No quieren saber nada de Olivares y sólo le escucharán a él.

Me preguntó de nuevo

—¿Será seguro?

Contesté muy rápido.

—Siempre que nuestros ejércitos no estén muy lejos. Si se sienten amenazados, no intentarán un regicidio.

La reina pareció convencida; si el rey le hacía caso, Portugal quedaría desasistida y la independencia estaría asegurada.

Nos despedíamos cuando la reina me informó de que Ruy podría regresar a la corte porque había obtenido la amnistía del rey. Le besé las manos pensando que todo estaba solucionado definitivamente. Ansiaba más que nunca hacerle partícipe de todo, pero al ir a recoger su despacho de absolución me dijeron que antes debía pagar seis mil ducados de multa y aportar un centenar de nuestros hombres mejor instruidos a los tercios de su majestad mientras la contienda perdurase. Malhumorada por aquello y engrosando el endeudamiento de la casa, accedí a ello.

A los pocos días supe que Olivares no sólo nos había obligado a nosotros, sino que además pedía la colaboración del resto de los nobles y sus huestes para avanzar hacia Cataluña. Necesitaban donativos de fuego para sufragar unos gastos que no podían afrontar, ya que las guerras de Italia, Lorena y Flandes habían agotado las arcas del reino. Inconsciente de lo que en Portugal se cocía, no dudó en demandarles sus donativos envileciendo y precipitando sus hastiados ánimos.

Como muchos temían, Richelieu también aprovechó la debilidad de la guerra en Cataluña para arremeter contra Olivares y España. Al parecer, el diputado Pau Claris, contrario al nombramiento del marqués de Vélez como nuevo virrey y capitán general de Cataluña, negociaba con Luis XIII de Francia su ayuda en nuestra contra. Doña Isabel no soportaba que su propio hermano nos declarase la guerra.

«Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis».

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
Redondillas

Por fin, tras un eterno año como mujer de un noble preso y desterrado, Ruy regresaba desde Guadalajara a nuestro lado. Nada más verme me besó en los labios y ansioso por conocer a su segundo hijo, me preguntó por los niños. Abrazó a Rodrigo y tomó en sus brazos al pequeño Juan, que hasta entonces fue más póstumo que otra cosa por no haber podido su padre acudir a su nacimiento.

Al fondo de la habitación le esperaba embozado en su capa y muy bien disimulado el pícaro Miguel Molina. Esa misma mañana había llamado a nuestra puerta a sabiendas de que Ruy llegaría pronto, y no pude impedirle el paso a pesar de que hubiese sido el principal causante del destierro de mi señor esposo. El espía traía noticias de Portugal junto a unas cartas que nos enviaba nuestro pariente Pedro de Mendoza y que sólo Ruy podría leer personalmente.

Miguel Molina comenzó a hablar.

—Los portugueses se ríen de la petición de donativo para fuego que Olivares les pide.

No pude contener la lengua.

—¡Qué novedad! Tampoco lo entendemos los demás y sin embargo, nos vemos obligados a colaborar.

Sentí la interrupción en cuanto don Ruy me miró inquisitoriamente. Aquel pícaro listo continuó:

—Hasta ahora han soportado con cierto incomodo los obligados donativos que se les solicitaba, pero ya no pueden más y todo se precipita. El reciente impuesto que les gravaba sobre el 5% de todos sus bienes, los derechos de la Casa de Indias y las medias anatas les están hundiendo en la miseria más absoluta.

Ruy, consciente del esfuerzo que habíamos tenido que hacer para pagar su libertad, se sintió solidario con el resquemor.

—No son los únicos.

Molina continuó:

—El colofón a su indignación llegó cuando no ha mucho les ordenaron que se

despojaron de las únicas cuatro galeras con que defienden sus costas de los piratas ingleses y holandeses.

Interrumpí:

—Me apuesto un pendiente a que las quieren mandar a Cataluña.

Molina asintió y Ruy, extrañado, me preguntó:

—¿Cómo lo sabíais?

Sonreí.

—Quizá la reina por fin me escuchó.

Ruy se carcajeó.

—¿De verdad os creéis tan influyente?

Como siempre hacía cuando me sentía segura de mí misma, intentó vejarme. Le contesté ofuscada.

—No sé si habrá sido por mí, pero le sugerí que reforzase los ejércitos en la revolución catalana intencionadamente para que Pedro de Mendoza y sus adláteres lo tuviesen aún más fácil, y al parecer así ha sido.

Se puso las gafas para mirarme descaradamente con aire divertido.

—No seré yo el que lo ponga en duda.

Apenada por la discusión, le contesté:

—¿Desconfiáis acaso de la mujer que soporta todo el peso de la hacienda y administración de vuestra casa cada vez que os hacen preso?

Ante su carcajada, susurré consciente de que no estábamos solos y la disputa era conyugal.

—No sé ni siquiera por qué os echo de menos durante vuestras largas ausencias.

Ana de Mendoza me solicitó paciencia para con él, pero a veces me seguía enervando. Como siempre, Ruy supo cómo disipar los malos humores en un segundo.

Muy despacio se inclinó sobre el almohadón donde yo andaba reclinada y medio tumbándome, me besó ardientemente. Intenté separarme un segundo hasta que mi cuerpo acusó la carestía de su roce durante aquel largo año. Ligeramente azorada, me incorporé ante la pública mirada del espía, que en ningún momento creyó inoportuna su presencia. Don Ruy me miró con deseo de privacidad.

—Creo que cuanto antes escuchemos a Molina, antes nos podremos retirar.

Al guiñarme el ojo, se le cayeron las lentes y yo sólo pude sonreír. Fue él el que terminó con el flirteo desviando la mirada hacia el pícaro para retomar la conversación.

—Creo que los portugueses deberían obrar con cautela si no quieren terminar castigados como hace tres años en el Algarbe y Évora cuando se alzaron.

Miguel Molina sonrió.

—No hace falta que se lo recordéis porque aún siguen pagando por ello al enfrentarse a diario con la prepotencia de Vasconcellos. El incauto les amenaza con

ser aún más duro si alguien levanta la voz.

Aquel hombre había sido nombrado gobernador de Portugal por el mismo Olivares. El tirano confiaba plenamente en él. Vasconcellos se había criado como paje en casa del valido y de él había aprendido a la perfección el ejercicio de la intolerancia. Para Olivares estaba claro que este aventajado pupilo sabría apretar a los súbditos cuando fuese necesario. Lo que no calculó el dirigente fue que Vasconcellos no sería capaz de distinguir como su maestro el momento idóneo para aflojar el cuello del sometido.

Repentinamente la tía del rey me vino a la mente. Como virreina de Portugal sufriría la revolución, y quise saber qué destino le tenían preparado los futuros insurrectos tanto a ella como a su familia.

—¿Qué hace Margarita de Saboya mientras tanto?

El pícaro me contestó de inmediato.

—Tiene fe ciega en el gobernador y vive encastillada, ignorando lo que en realidad se le viene encima. Don Felipe le ha ordenado que ponga las tropas que le quedan en marcha rumbo a Cataluña e instigue a los nobles portugueses para que actúen de un modo similar, amenazándoles si se niegan a ello con confiscar sus bienes y otros tantos castigos que estarán por llegar.

Sonreí al recordar de nuevo mi última conversación con doña Isabel. Ruy se retorció la punta de su mostacho pensando en alta voz.

—Puedo imaginar la ira de los lusos, sobre todo si la comparamos con la indignación de nuestros nobles que al fin y al cabo luchan y se arruinan por su reino.

Molina le rebatió de inmediato.

—En Lisboa no sólo son los nobles los encolerizados y oprimidos que se niegan a perder lo poco que les queda en beneficio de Castilla. Los banqueros sefardíes, como dueños reales de las finanzas de Madrid, también se quejan de que España sigue sin proteger a las colonias portuguesas del ataque de los holandeses en Asia, África o Brasil, y sin embargo, pretende beneficiarse de ellas.

»El clero, desde sus púlpitos, como en Cataluña, instiga a la revolución a la plebe, y son muchos los que se lamentan por no haber elegido a la infanta doña Catalina como su reina cuando disputó el trono a Felipe II. Estos arrepentidos son precisamente los más violentos y quieren coronar al nieto de ésta. Como es de suponer, el duque de Braganza, desde el destierro en Villa Viciosa, disfruta con estas proposiciones recordando el odio que le inculcó su padre hacia los castellanos.

Ruy dudó.

—Dicen que Braganza es más dado a las diversiones y a los placeres de la vida que a los negocios. ¿Creéis de verdad que encabezará la revolución? Para ello se necesitaría un jefe ambicioso, audaz y sumamente activo.

Sonreí al recordar a aquella pareja. Habíamos coincidido con ellos un par de

veces y era el clásico matrimonio de mujer altiva con esposo sumiso y condescendiente. No me pude reprimir.

—Ruy, sois dado a olvidar el ímpetu de algunas mujeres, y el de la duquesa de Braganza es difícil de borrar de la memoria. Doña Luisa de Guzmán posee todas las cualidades que a él le faltan, y no dudará en animarle a afrontar el reto ahora que su hermano el duque de Medina Sidonia se pone de su lado.

El pícaro intervino sorprendido ante mi perspicacia.

—Ha sido ella precisamente la que ha obligado a su marido a rechazar, por causas de salud y por sentirse un ignorante en los negocios italianos, la propuesta que no hace mucho el mismo Olivares le hizo ofreciéndole el gobierno de Milán. Parece que Olivares le quiere alejar aún más de Portugal con vanas excusas.

Por un segundo me acongojé.

—¿Creéis que Vasconcellos y Suárez han alertado a Olivares del peligro?

Fue el mismo Ruy el que me contestó pensativo:

—Todo es posible porque después de la negativa de Braganza ante la primera propuesta sé que ahora le proponen acompañar al rey a Cataluña contra la rebelión.

—¿Qué ha contestado?

Suspiró.

—Que por falta de rentas le será imposible, pues para honra de su persona, no sería justo presentarse sin el decoro debido a su clase y nacimiento.

Como siempre, Ruy, cansado de retorcerse el bigote, se acarició la barba de chivo.

—Es seguro que Olivares tiene la mosca detrás de la oreja.

Una voz sonó tras nosotros.

—¡Y tanto!

Me enfurecí.

—¡Doña Inés, el que os tengamos en casa como una más desde antes de quedaros viuda no os da derecho a escuchar nuestras conversaciones!

Sonrió, rascándose el pelo bajo las tocas.

—Poco me conocéis si pensabais que me iba a quedar cruzada de brazos mientras vos dilatabais la conjura. Por extraño que os parezca, hace tiempo que tanto la Guevara como esta vuestra servidora sabemos de vuestras intenciones, y no os miento al deciros que nos sentimos desplazadas e ignoradas.

Un suspiro de Ruy me alertó de su impaciencia.

—Os ruego que nos dejéis a solas, esto es una tertulia privada que no ha de salir de entre estos muros.

La negativa de doña Inés me sorprendió.

—No, señora, no me iré más porque tengo información que a todos nos interesa.

—¿Quién es la fuente?

Contestó farfullando con un hilo de voz:

—La Guevara repitiendo las palabras de un lacayo del tirano.

Me indigné.

—¡Qué puede saber la madre de una mancebía invadida de tumores de odio y rencor! Además, ¿ya se os ha olvidado que se separó de nosotras en Guadalajara? ¿Qué pasa, vuelve al redil?

Los dos hombres, al oír esto, sonrieron, poniendo repentinamente más atención. Ruy intervino en nuestra discusión contestando a mi pregunta.

—Lo que una manceba escuche en la cama siempre puede ayudar, ¿o es que aún no sabéis que muchos hombres sueltan la lengua presos del gozo de un lecho caliente antes que en un confesionario?

Dado el interés que demostraban mi esposo y el mismo Miguel Molina, no repliqué. Todos miramos a la viuda expectantes.

—El informador debe de ser de fiar, ya que conduce la carroza del conde duque y sabe de muchos de los negocios que allí se despachan.

Me impacienté.

—Id al grano, que ya sabemos con qué clase de truhanes se codea la Guevara.

Me demostró su disconformidad con mi comentario resoplando. Sabía que no le gustaba que insultase a Guevara.

—¿Acaso vuestra merced nunca os habéis servido de ella cuando la necesitasteis?

Desviando la mirada, no quise replicarle, no fuese a recordar frente a Molina nuestros antiguos pecados. La viuda, al verme más calmada ante la simulada amenaza, continuó.

—Pues bien, ayer mismo fue Suárez a despachar con Olivares mientras nuestro hombre estaba de guardia. Éste, aburrido al no tener otra cosa que hacer, aguzó el oído para oír la conversación de los reunidos.

Calló un instante para regodearse en nuestra repentina atención.

—Al parecer, el rey, al saber que Braganza no le acompañaría a Cataluña, ha escrito de nuevo al duque solicitándole su ayuda en Portugal para dirigir la defensa de un inminente ataque francés. Para ello y para más convencerle de la artimaña, le ha mandado cuarenta mil escudos a sabiendas de su indigencia para pagar a las tropas.

Miguel Molina se exaltó.

—¡Qué estupidez! Si Olivares duda de la fidelidad de Braganza y teme una revolución, ¿por qué iba a facilitar su entrada en Portugal? ¡Sería como coronarle directamente!

La viuda de Calderón pegó un taconazo en el suelo para que se callase.

—¡No me dejáis terminar! En verdad es una trampa que le tiende porque ni los franceses avanzan ni hay ningún ejército esperando sus órdenes. La realidad es que sólo Lope de Osorio estará aguardando su llegada en el puerto más cercano a la frontera para invitarle a subir en su bajel y una vez allí apresarle y traerlo a alguno de

nuestros puertos andaluces.

Nos tapamos la boca.

—Si eso es cierto, es evidente que Olivares intuye la inminente independencia y sabe que deshaciéndose de Braganza no tendrán a nadie que coronar.

A mi mente acudieron de inmediato otros candidatos.

—¿Y Aveyro o Villarreal? ¿No han pensado en ellos como alternativa?

Miguel Molina negó resolutivo.

—Lo hicieron en su momento, pero apenas cuentan con fieles.

Ruy descargó su desilusión contra el espía.

—Para traer malas noticias podíais haberos ahorrado el viaje.

Repentinamente el pícaro pareció recordar algo y se metió la mano en el jubón. Arrancó el forro y sacó una carta que le tendió a mi señor.

—Es de vuestro pariente Pedro de Mendoza.

Ruy, sumamente nervioso, despegó el lacre y la leyó en silencio. Su ceño inicialmente fruncido fue despejándose poco a poco según avanzaba. Al percatarse de nuestro interés, la dobló y sonrió.

—No hay por qué preocuparse. Braganza ha tomado el dinero que el rey le manda para no levantar sospechas. Él ya sabe del engaño que en su contra se fragua. Sin duda sus confidentes son efectivos. ¡Si don Felipe supiese que en vez de utilizarlo para ayudarlo lo está invirtiendo en la obtención de más partidarios!

Volvió a abrir la carta para releer algo al final del documento.

—Por la fecha de esta carta ya habrá cruzado la frontera protegido por nuestro pariente Pedro de Mendoza y estará escondido en algún punto del interior de Portugal esperando a que le avise Almeida del éxito de la revuelta en Lisboa. Sólo entonces acudirá para ser coronado. Nosotros ya sólo podemos esperar sentados a lo inevitable.

Al dejar el billete descuidadamente sobre la mesa, me abalancé sobre él, lo arrugué rápidamente y lo eché a la chimenea.

Ante el enojo de Ruy, me sentí obligada a dar una explicación.

—No quiero veros de nuevo en prisión, y ese billete sería causa suficiente para encerraros de por vida.

Divertido, arqueó las cejas.

—Es grato ver cómo veláis por mi seguridad.

Le miré de reojo mientras me aseguraba de su total destrucción.

—Vistos vuestros constantes desmanes, alguien ha de hacerlo.

Ruy sonrió, despidiendo a nuestro espía particular.

—Molina, vuestra presencia en esta casa casi nos delataría más. Salid a hurtadillas y descansad en casa de la Guevara hasta que tenga resuelta una contestación para nuestro primo Pedro de Mendoza. La viuda os acompañará para dar las gracias por la información a la dueña de la mancebía donde os hospedaréis. Hasta

entonces, sed prudente.

Al ver que no se movía, tomé nerviosa mi bolsa y se la tendí. Sin abrirla, la sopesó y zarandéo a la altura de su oído para escuchar el tintineo de las monedas. El cálculo aproximado le debió de satisfacer porque se despidió haciendo una reverencia al tiempo que dibujaba un círculo en el aire con su sombrero de ala ancha.

No había alcanzado la puerta cuando le grité:

—¡No se os ocurra aparecer en esta casa de nuevo!

El pícaro frenó el paso como si fuese a replicar, pero se limitó a zarandear de nuevo la bolsa y salir ufano.

Una vez solos, Ruy me recriminó:

—Podríais ser más afectuosa.

Le contesté contrariada:

—¿Por qué? Es él el que está en deuda con vos por haberle libertado en más de una ocasión jugándoos el todo. Que yo sepa, favor con favor se paga, pero él, no satisfecho con ello, no hace asco a las monedas.

Me miró fijamente a los ojos.

—María, ya deberíais saber que de libertad no se come.

Bajé la mirada.

—Lo sé, perdonadme si me ofusco pero tengo miedo. ¿Estáis seguro de que hacemos bien silenciando esta barbarie? De un modo u otro seremos cómplices de la pérdida de un reino. Quizá si revelásemos esto al rey, asegurándole que la revolución es causada por los desmanes y abusos de Olivares y sus dos hombres de confianza, Vasconcellos y Suárez...

Ruy me acarició.

—Es tarde para mostraros dubitativa; un día os dije que la única manera de derrocar al tirano sería con un gran golpe, y éste se ha precipitado por su culpa.

Asentí con la esperanza de que tuviese razón.

Aquella Navidad decoraba la entrada de mi casa junto a mi hijo Rodrigo con un nacimiento italiano cuando Joaquina irrumpió sumamente alterada con la noticia de un aviso de José Pellicer.

—Los gacetilleros vociferaban en el mercado que Portugal ¡nos ha declarado la guerra!

Tomando una jarra, se sirvió agua para recuperar el aliento. La viuda de Calderón me miró confidencialmente mientras fingíamos sorpresa. La dueña tomó aire como para hablar sin descanso y prosiguió.

—Al parecer, hace una semana, exactamente el 1 de diciembre, día de San Eligio, patrón de los cuchilleros, un coro de voces se alzó en Lisboa gritando: «¡Libertad, libertad! ¡Viva Juan IV, rey de Portugal!». Y no hubo alma lusa, incluida la del clero,

que no les secundase, repitiéndolo una y mil veces.

Lo narraba como si lo estuviese viviendo en sus carnes. Tomó otro sorbo de agua, se arremetió el mechón de pelo que traía fuera del tocado y continuó.

—Sus máximos dirigentes, Almeida, Pinto Riveyro y Tello, a la cabeza de los más enardecidos se dirigieron al castillo donde se hallaba el teniente corregidor de aquella ciudad junto a Vasconcellos con la intención de matarles. Primero derrocaron a la desprevenida guardia del castillo sin apenas esfuerzo para después encontrarse con el primer desdichado en un corredor. El teniente corregidor de Lisboa, con suma valentía, les plantó cara. Se miraron por un instante antes de que los insurrectos le encañonasen y gritasen: «¡Viva el duque de Braganza, nuestro rey!».

Joaquina se mostró compungida.

—Dicen que el magistrado, antes de morir, sujetándose las entrañas, les respondió: «¡Viva Felipe IV, rey de España y Portugal!».

El pequeño Rodrigo, distraído hasta entonces, dejó al niño Jesús que tenía entre las manos encima de una pequeña cuna del Misterio y la miró obnubilado. Joaquina le estrujó los mofletes y continuó:

—Como el anterior, el primer comisionado y el capitán del castillo murieron luchando con gallardía, el primero apuñalado y el segundo despanzurrado contra el suelo al caer desde una ventana junto a la cámara de Vasconcellos.

El pequeño Rodrigo la interrumpió:

—¿Por qué no les defendió su jefe?

Joaquina le contestó de inmediato:

—¡Porque Vasconcellos era un cobarde indigno de tanta fidelidad! El primero que entró en sus aposentos fue Tello, pero allí no encontró a nadie. Cuando ya se iban, pensando en que había huido, fue precisamente una sirvienta como ésta que aquí tenéis la que le descubrió temblando de miedo escondido en el interior de una alacena. El mismo Tello fue el primero que le disparó para luego dejar que sus hombres gozaran con saña atravesando el cadáver con infinitas espadas. Al final le arrojaron por la ventana del patio de palacio, donde aguardaba el gentío.

Sólo el imaginar la escena me produjo un escalofrío; la voz de doña Inés murmuró a mi espalda:

—Si algún día le sucediese lo mismo al tirano, yo gozaría entre la muchedumbre descuartizando sus restos.

Joaquina no le dio la más mínima importancia al comentario, pues sabía que la viuda de Calderón, recluida en su cárcel de amargura, disfrutaba con el desconsuelo ajeno.

—Al recogerlo del suelo, de nuevo las voces de la muchedumbre enardecida atronaron. «¡Viva la libertad! ¡Viva Juan IV, el rey de Portugal!».

Y durante dos días dispusieron del cadáver de Vasconcellos para vengar en él los sufrimientos a los que

les sometió en vida. Sólo cuando se cansaron dejaron que los hermanos de la misericordia recogieran sus despojos para darles sepultura.

Joaquina, con el paladar seco, dejó el agua y tomó el pellejo de vino que traía aún en la cesta del mercado, alzó el cuello y escanció el preciado líquido en su boca para limpiarse a posteriori la comisura de sus arrugados labios con las puñetas de la manga. Aproveché para preguntarle:

—¿Qué cuentan los avisos de la virreina?

Empinó de nuevo el codo, tomó aire y continuó.

—Algunos aseguran que viene hacia aquí porque se ha hecho respetar al demostrar en el asedio mucha más valentía que Vasconcellos. Fijaos que, al sentir el forcejeo, ¡lejos de amedrentarse, fue ella la que abrió la puerta al tumulto!

La miré sorprendida.

—¿Qué hizo para calmarles?

Joaquina parecía satisfecha al ser el centro de atención.

—Les propuso un perdón general si amainaba la revolución.

Me intrigué.

—¿Qué hicieron ellos?

—Gritar de nuevo lo que tanto habían repetido: «¡Viva Juan IV, rey de Portugal!». La detuvieron junto a su séquito y la apresaron con la intención de libertarla en la misma frontera.

Ruy, nada más llegar, la interrumpió para quitarle la palabra de la boca.

—Al parecer la ciudad entera cayó en sólo tres horas. Han nombrado presidente de su nuevo Consejo al arzobispo de Lisboa, y consejeros a Almeida, nuestro pariente Mendoza, y a Aldama.

Sin quererlo, me sentí un poco artífice de la revolución.

—Mucho tiempo ha sido para la poca protección que tenían. Tengo curiosidad por saber cómo Olivares va a impedir el quebranto de su fama, honor y persona en esta nueva catástrofe. Ahora los portugueses coronarán a Braganza y se aliarán con todos nuestros enemigos. Así al menos dejarán de ser acosados por los piratas holandeses e ingleses.

Había llegado el momento de que nuestro pícaro, Miguel Molina, regresase a Portugal con nuestras felicitaciones mientras nosotros despojábamos al rey de sus legañas. Sólo había un responsable del infortunio y se llamaba Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares.

«Hablemos claro, mi Rey:
 toda España va de rota,
 el portugués más se engríe,
 el catalán más se entona,
 lo militar no se ejerce,
 lo político lo estorba,
 los que pierden nos gobiernan,
 los que ganan se arrinconan».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Sátira

Corrimos al alcázar para ver cómo el rey se lo tomaba. Nada más llegar, lo encontramos rodeado de un gran séquito, dispuesto a salir de caza y ajeno a todo lo que en las calles se comentaba. Como siempre ante un gran problema, el tirano había organizado de prisa y corriendo aquella partida para apartarle de la corte, mantenerle a un lado y distraer sus ánimos lo suficiente como para que no se enojase.

Agradecí no tener que acompañar a la reina a la cacería, pues quisiese o no, siempre que lo hacía a mi memoria acudía el intento frustrado de aquel día lejano en que intentamos envenenar al tirano y en vez de atentar contra él lo hicimos contra don Felipe.

Entre la guardia y la carroza de la reina montaba el regio cazador su corcel; como siempre, junto a él marchaba Olivares. Al abrirse la puerta, todos pudimos ver como una gran muchedumbre esperaba afuera el paso del séquito real.

El tirano, cerrando los ojos, se santiguó de inmediato. Sin duda rogaba a Dios para que aquellas gentes no se le adelantaran a la hora de dar la noticia de la pérdida de Portugal a don Felipe.

En el preciso momento en el que espolearon a los caballos para ponerse en movimiento, un silencio sepulcral se apoderó del pueblo. Al percatarnos de ello, Ruy, la viuda y yo salimos de palacio por una puerta lateral para adelantarnos a la regia procesión y esperarles a la altura de la puerta de Guadalajara. Mezclados entre las multitudes, nos enteraríamos de lo que la muchedumbre tramaba.

Según se acercaban, pudimos ver sus semblantes. El rey miraba a un lado y a otro hacia los cientos de gentes andrajosas que formaban pasillo a su tránsito. Acostumbrado como estaba a sus vítores, el miedo se reflejó en su cara ante el sepulcral silencio. Los cascos de los caballos, silenciados usualmente por el bullicio

de las calles, atronaban contra el suelo como si la muerte se cerniese sobre la corte y villa.

La reina, asomada a la ventana de la carroza y presa de una total desconfianza, se abrazó al príncipe Baltasar Carlos a la espera de una aclaración. El rey de inmediato miró hacia su valido. Olivares permaneció erguido como una espada cabalgando a su lado hasta que se dio cuenta de ello. Bajó por un segundo la vista y una sombra de desesperanza cruzó repentinamente su semblante.

Todos deseábamos inconscientemente que se desmoronase allí mismo, y aguardábamos impacientes a que así sucediese. Los mentideros decían que había encargado un féretro para acostarse en él todos los días rodeado de cirios mientras dos monaguillos le recitaban el De Profundis.

El cobarde, cada vez que sentía la soga apretada alrededor de su cuello, se refugiaba en una vida mística huyendo como de la peste de aquellas vanidades terrenales que antes tanto le atrajeron. Muchos eran los que aseguraban que sólo se doblegaba ante las diversiones cuando no le quedaba más remedio por acompañar al rey. Ni siquiera era original en lo del ataúd, porque lo mismo se contó en su día del abuelo de nuestro rey, Felipe II, en sus macabras devociones.

El susurro de la viuda de Calderón me trajo a la realidad.

—Miradlo, altanero como siempre. Ardo en deseos de ver cómo le dice al rey que ha perdido Portugal. Bien haría encerrándose en su caprichoso lecho de muerte para siempre, que los únicos dignos de lástima son todos los que con su vil proceder ha ido dejando muertos o maltrechos en las cunetas de su dañino camino.

Le chisté para que se callase, señalándole el lado opuesto de la calle. Allí, junto a los caballos de la guardia, pudimos distinguir a la Guevara rodeada de un corro de mujeres. Al vernos alzó la mano saludando con el ceño fruncido.

Desde que nos dejó plantadas en el laberinto del jardín de Guadalajara no la había visto, y me impactó lo que había envejecido. Era como si dos décadas hubiesen irrumpido en su cuerpo, corrompiéndolo como nunca.

Le pregunté a la viuda:

—¿Ha estado enferma?

Asintió.

—A punto de morir, pero al final sanó a pesar de su vejez. Ahora dice a todo el que quiere escucharla que durante su enfermedad la muerte acordó con ella no regresar de nuevo a recogerla hasta que hubiese terminado con el tirano.

La miré asustada.

—¿Tan obcecada está?

La viuda suspiró:

—Tanto que asegura haber unido a nuestra conjura a la misma muerte. Sin duda ve, desesperada, que su fin está cercano y aún no ha vengado a Olivares.

En ese momento, corrompida por el odio, fijaba su blanquecina mirada en el rey y Olivares, que por una mera casualidad se detuvieron justo frente a nosotras.

Al parecer la presión del gentío sobre el conde duque por fin le empujaba a vomitar el secreto que guardaba para con el soberano. Acercándose a él, le habló en un tono lo suficiente alto como para que los más cercanos pudiésemos oírle.

—Señor, traigo una buena noticia. Hoy y sin esperarlo, ha ganado vuestra majestad un ducado con muchas y muy buenas tierras.

La indignación fue general. ¿Qué tramaba Olivares? El rey, ante el silencio, no pareció creérselo del todo.

—¿Cómo es eso? —le preguntó al valido.

El tirano ni siquiera titubeó.

—El duque de Braganza ha perdido el juicio arrebatándoos el reinado de Portugal.

Ante la expresión del rey, Olivares continuó:

—Mirad el lado bueno. Al cometer ese delito, ha perdido en vuestro beneficio todas sus haciendas. Éstas ascienden a un total de doce millones, de los cuales a partir de ahora vos sois el dueño.

Don Felipe contuvo su enojo a pesar de que le trataba como al más ingenuo de la corte en público. Ante la expectación de todos, que esperábamos ansiosos su destitución, sólo contestó:

—Vos veréis lo que hacéis, pero es menester que pongáis remedio inmediato en ello.

Al oír esto, el silencio circundante empezó a desaparecer hasta que la voz de la Guevara se alzó entre las demás. Ella sabía que el rey la reconocería de inmediato, por lo que se cubrió la cara con el manto antes de gritar entre los demás abucheos:

—¡Ya hemos perdido Portugal y nuestros hombres luchan por Castilla en Cataluña mientras vuestra majestad se divierte! ¡Dad ejemplo a los que por vuestra causa entregan sus vidas!

Otro grito sonó entre la muchedumbre:

—¡Dejaos de cacerías y perseguid a los franceses, que son de verdad los lobos!

Doña Isabel, desesperada ante la parsimonia de su esposo, le instigó con un gesto a que tomase cartas en el asunto, pero él sólo escuchaba como una estatua petrificada.

De alguna manera, la reina se sentía directamente involucrada desde que los catalanes, contrarios al nombramiento del marqués de los Vélez como su nuevo virrey, se habían unido a los franceses en la batalla de Perpignan, ofreciéndole al hermano de doña Isabel, el rey Luis XIII de Francia, la soberanía de todas sus tierras si conseguía vencer a Castilla.

Sabían los rebeldes que sin la ayuda de Francia nunca vencerían a Castilla, y preferían ser súbditos de Francia que de Castilla. Richelieu había enviado a dos de

sus ejércitos para apoyar la causa de Cataluña, uno al mando de Condé, que ya se había apoderado de Elna, y el segundo al mando de Montte, que camino de Barcelona había sitiado a los nuestros en Tarragona.

Muchas de las mujeres que allí se congregaban habían perdido en la contienda a sus esposos, hijos y hermanos. Otras esperaban con desazón a que llegasen las listas de los que, habiendo caído, aún no habían sido notificados. La última noticia que habían recibido de ellos era que cada vez que los franceses tomaban una ciudad lo primero que hacían era entrar en los hospitales de la plaza conquistada para degollar a todos los soldados castellanos que allí pudiesen estar heridos. Los últimos fueron unos cuatrocientos, y la congoja de no tener aún las listas las había enloquecido.

Otra voz sonó muy cercana a mí. Era la viuda de Calderón, que embozada como la Guevara se envalentonaba.

—¡Olivares, explicad al rey cómo habéis perdido Portugal sin que nadie lo defendiese! ¡Viva el rey y muera el tirano!

Olivares, al oír los gritos en su contra, espoleó a su corcel obligando al séquito a salir raudo de aquel tumulto enardecido mientras la guardia procuraba a base de mandobles disipar el gallinero. La solemnidad del paso lento del séquito también se disipó, y cruzaron la puerta de Guadalajara casi a galope, dejando tras de sí una nube de polvo que enterraba las verdades.

A su regreso, quince días después, fuimos llamados para cenar en el alcázar. Por primera vez el rey parecía querer rodearse de amigos y enemigos del tirano para oír las dos versiones y tomar la decisión más acertada. Así lo hizo su abuelo con sus secretarios, y siempre gobernó acertadamente.

Aquella noche cenamos mujeres y hombres en la misma mesa. En total seríamos una veintena entre nobles, consejeros y miembros de la casa real. Olivares se había excusado, y sólo su mujer estaba sentada. Fue precisamente la reina la que tomó la palabra cuando el rey habló de lo que más le gustaba: las obras del palacio del Retiro.

—Señor, creo que hoy deberíamos dejar a un lado construcciones y algarazas para conversar de temas más importantes, como la revuelta de Cataluña.

El rey frunció el ceño incómodo.

—Ya he puesto remedio y precisamente el conde duque está en ello. Traeremos a nuestros desperdigados ejércitos para concentrarlos en el asedio a Barcelona.

La reina se impuso.

—¡Buena idea, pero absurda y tardía! El empeño en mantener este imperio que heredasteis nos ha llevado al declive más absoluto. Hay que terminar lo antes posible con esta revolución, ofreciéndoles una salida lo más honrosa posible. Creo que deberíais aceptar los antiguos privilegios del principado y concederles una amnistía general a cambio de que los catalanes nos ayuden a expulsar a los franceses y a

someter a los portugueses.

La Olivares osó interrumpirla en un intento de desviar la conversación.

—Oyéndoos hablar, parece, señora, que no sois francesa.

La reina se indignó.

—¡Qué más da el lugar de nacimiento si ya llevo más de media vida en España! Si es menester renegar de los míos, lo haré defendiendo a mi reino.

Bajó la cabeza.

—El rey irá allí, y en cuanto los barceloneses vean al rey llegar, Pau Claris se arrepentirá de haberse aliado con Richelieu y le rendirá la pleitesía debida.

El rey le contradijo de inmediato.

—Desvariáis, Isabel. ¿Pretendéis que quiebre la antigua costumbre de mis antepasados? Quizá ignoréis que desde que el emperador Carlos decidió no acudir a las batallas en persona ningún rey lo ha hecho.

La reina fue tajante.

—Vos lo haréis si no queréis que Cataluña, Aragón y Andalucía consigan sus propósitos al igual que Portugal.

Sonrió sarcástica, se levantó y comenzó su panegírico.

—Pero si hasta Medina Sidonia la ha pretendido erigiéndose rey de sus señoríos. ¿Por qué no habría de intentarlo si sus antepasados lucharon reconquistando aquellos lugares a los moros para que los vuestros pudiesen ser reyes? Menos mal que descubrimos su intento a tiempo

»¿Qué súbditos pretendéis tener, si hasta los nobles están convencidos de que no vale la pena luchar por un rey que se empeña en olvidar los favores pasados? ¿Adónde queréis llegar con todo esto? Muchas vidas se perdieron para conseguir la unidad de España, muchos de vuestros antepasados matrimoniaron sólo para conseguirlo, y ahora vuestro valido, a pesar de sus juntas Centrales, sólo consigue resquebrajar la unidad. ¿Queréis acaso que regresemos en la historia a antes de los Reyes Católicos para que nuestros sucesores comiencen de nuevo?

Tomó aire de nuevo, esta vez para hablar con él como si estuviesen a solas.

—No, Felipe, la unidad nos erigió uno de los reinos más poderosos del mundo y no estoy dispuesta a permitir un retroceso tan grande y buscado. Somos el símbolo de una España y nuestro deber no está sólo en conservar lo que heredamos, sino en engrandecerlo. Sed realista, nuestro imperio se desmorona y la lepra de esta grave enfermedad ha soslayado fronteras para contagiar a los que aquí moran. Centraos en los reinos peninsulares, que ya habrá tiempo de soñar con alianzas extranjeras.

El rey tiró la servilleta sobre el plato sumamente indignado, se levantó con estruendo y nos dejó a todos con la comida atravesada en el gaznate.

—¡Dejadme en paz!

Doña Isabel le imitó encolerizada.

—¡Os dejaré cuando me prometáis que iréis a Cataluña para ver con vuestros propios ojos lo que acontece! ¡Vuestros súbditos os esperan desde hace demasiado tiempo!

Contestó furibundo:

—¡Olivares no lo cree necesario!

La reina Isabel, sumamente enervada, miró a la mujer de Olivares e importándole poco su presencia, se explayó:

—¡Sólo sois su títere! ¡Demostrad a todos por una vez que tenéis voluntad propia!

Apretando su abanico en el puño, se esforzó en cambiar el tono antes de abandonar la sala.

—¡Felipe, como siempre os disipáis eludiendo vuestros deberes! Si el conde duque no quiere que vayáis, es precisamente para ahogaros en vuestra ignorancia. ¡Pensad en vuestro hijo! Si de verdad amáis a Baltasar Carlos, allanadle el camino a la sucesión.

Cansada de tanta negativa, se fue dejando al rey extrañamente pensativo.

A finales de abril supimos que el rey se disponía a partir con rumbo a Cataluña. ¡Por fin escuchaba a la reina! Al menos aquello fue lo que todos pensamos al verle salir de la corte a caballo armado con dos pistolas en el arzón. De nuevo nos había pedido a todos nuestra colaboración, pero esta vez los enemigos del tirano decidimos negársela con vanas excusas para que el rey asimilase la verdadera realidad. La mayoría de los nobles no estábamos dispuestos a luchar junto al valido.

Nuestra alegría inicial y sobre todo la de la reina fue menguando cuando comprobamos que Olivares dilataba conscientemente el urgente avance del real cortejo tentando a su majestad con mil divertimentos.

Sus noticias nos llegaban por medio de dos rufianes que muy de cerca les seguían por los caminos, escondiéndose a un lado y al otro para evitar el peligro de ser descubiertos. La vil calaña cumplía diligentemente con su cometido, mandándonos emisarios que nos informaban regularmente a la espera de la recompensa que les prometimos.

Por ellos supimos que don Felipe, al día siguiente de su partida, durmió en Barajas para detenerse de nuevo a las pocas horas de reiniciada la marcha en Alcalá de Henares. Allí, en vez de partir al día siguiente, aprovechó como si de un paseo se tratase para visitar durante dos días sus conventos.

Su siguiente parada fue en Loeches, tierras del valido, donde pasó tres jornadas más, y al llegar a Aranjuez, invirtió media semana en una cacería. En Ocaña pernoctó otra semana más con la excusa de que tenía que hablar con su tía, la recién expulsada virreina de Portugal, que allí se había refugiado después de haber sido libertada por los rebeldes en la frontera para que fuese ella precisamente la que contase cual testigo

directo cómo aconteció la revuelta.

Doña Isabel se enojó muchísimo al saber que de nuevo se había detenido en Villarrubia. Cuando dos semanas más tarde llegó a Cuenca, estalló en cólera al saber que su esposo, allí mismo, había decidido eludir su visita a Valencia desviándose hacia Molina de Aragón para terminar en Zaragoza. Justo en este trayecto supe por la viuda de Calderón que nuestros pícaros espías habían aprovechado una noche de acampada durante ese trayecto para envenenar las aguas del botijo de Olivares.

Me extrañó su arriesgada iniciativa hasta que la misma viuda me confirmó que lo hicieron por encargo de la misma Guevara, que al reclutarlos meses antes en su manebía les había prometido engrosar sus bolsas con un puñado de monedas si además de informar sobre el viaje del rey conseguían matar al valido en un momento de despiste. Los rufianes, tentados por la codicia, actuaron precipitadamente y con tan mal tino que el tirano, nada más saborear el agua, la escupió sin haber tragado ni un buche. Gracias a Dios, pidió que se la cambiasen sin dar más importancia al tema.

Me enfadé con las dos al saber de ello sin que ni siquiera me lo hubiesen comentado. Pero la viuda, como siempre me dejó sin argumentos al convencerme de que lo hubiese hecho si de verdad hubiese existido un plan preconcebido y no una mera insinuación. Al parecer, lo acontecido vino de la mano del azar y del deseo de aquellos malhechores por cobrar un poco más.

Don Felipe no llegó a Zaragoza hasta pasados tres meses. Ni el más lento de los caballos, deteniéndose en todas las paradas de postas y posadas del camino, hubiese tardado tanto. Doña Isabel escribió una larga carta a su esposo rogándole premura. El mensajero y embajador de su enojo fue el marqués de Grana, que, a sabiendas de la animadversión que tenía al valido, gozaría cumpliendo con tan delicada misión.

Al llegar a esta ciudad, el emisario comprobó cómo el conde duque tenía al rey prácticamente incomunicado de los descontentos nobles, no fuesen a descubrirle lo que él ansiaba ocultarle. Éstos, cada vez más alterados por esta situación, sólo disfrutaban de su regia presencia cuando acudía a los juegos de pelota o a la organización de la tropa.

Su forzada reclusión le había robado el color de sus mejillas, y según contaban sus sirvientes, se pasaba las horas en balde, con la cabeza apoyada sobre las manos y pensando entre suspiros de melancolía. Olivares, preocupado por su estado, seguía tentándole con algazaras y divertimentos, pero su majestad por primera vez en su vida las despreciaba, consciente de que la guerra estaba demasiado arraigada en Cataluña.

En Madrid, la reina ejercía la regencia sobrada del arrojo que a su esposo le faltaba. Día tras día salía a las calles para ganarse al pueblo. A menudo la solía acompañar en sus paseos diarios a cuarteles y otros lugares concurridos de la corte. Allí, subida a un púlpito, se abrigaba de dulzura para rogar al pueblo un donativo de

fuego que sufragase los gastos que la guerra ocasionaba. Ella misma, para dar ejemplo, solía abrir el arca que los alguaciles disponían depositando al fondo alguna pieza de sus mejores joyas y doblegando así las voluntades más tacañas.

Al ver colmado su afán, agradecía en persona cualquier dádiva por muy cicatera que fuese, pues era consciente de que la reciente bajada de valor de la moneda de vellón, de doce maravedíes a dos, había empujado a la miseria a muchos de los que ya vivían con lo justo y necesario. Las mujeres del pueblo, al sentirla más cercana, se sinceraban rogándole su ayuda para expulsar al valido, y le culpaban de todas sus desgracias.

La reina escuchaba a estas mujeres prometiéndoles entre susurros su intercesión en la medida que pudiese. Al retirarse, la ovacionaban gritando:

—¡Tres Isabelas reinas han salvado a España, la de Portugal mujer de Juan II, la Católica y la que ahora tenemos por reina!

Hacía casi nueve meses que el rey se había ausentado de la corte cuando recibimos la nueva de que regresaría antes de Navidad. Para celebrarlo, se representaría una comedia de magia en el coliseo frente al estanque del Buen Retiro. Doña Isabel, intrigada por los aparatos, la tramoya y la decoración, antes de la puesta en escena quería saber cómo falsearían la realidad y qué ardidés utilizarían para simular los engaños. La acompañé; la mañana de invierno era espléndida, y después de descubrir los secretos del tramoyero mayor, decidimos aprovechar el paseo continuándolo por la rosaleda.

Charlando de unas y otras cosas, salió a colación el grave caso del duque de Medina Sidonia. Nuestro pariente había sido descubierto en su afán de independizar Andalucía de España, aliándose con el duque de Braganza y su hermana la duquesa Leonor de Guzmán. Al parecer, Olivares, al sospechar de él, había infiltrado en su propia casa a un hábil espía, tipo Miguel Molina, que le descubrió y dio al traste con el plan. En ese momento el duque se podría preso en la cárcel de la corte. Inmediatamente le pedí clemencia.

—Tened piedad de él.

Fue solemne en su contestación:

—La tendría si no hubiese aprovechado el desastre de nuestro denostado ejército en Elvas y Olivenza al intentar recuperar Portugal para tramar la independencia de Andalucía. ¡Cómo íbamos a triunfar si el grueso de nuestros tercios estaba en la otra punta del mapa!

Bajó la cabeza, ligeramente indignada.

—No os creáis, doña María, que no me acuerdo de que vos fuisteis una de las que me recomendaron concentrar nuestras fuerzas en Cataluña dejando desatendido Portugal, que de no haber sido así, al menos hubiésemos podido defenderla.

Fingí sorpresa e indignación.

—Por Dios, señora, no estaréis culpándome de semejante desgracia. Si en su día os recomendé aquello, fue con mi mejor intención.

La reina cortó una rosa y la olió pensativa. Insistí con la esperanza de disipar por completo aquella intuición que tan cerca estaba de la realidad. Si descubriesen que sabíamos de la inminente revuelta en Portugal y no hicimos nada al respecto, acabaríamos todos presos.

—¡Cómo podéis decir eso, si sabéis que entre los pocos nobles que acudieron en auxilio de Castilla estaba don Ruy, mi señor!

La reina me miró muy seria.

—Según tengo entendido, se presentó como cualquier otro voluntario, vestido de soldado raso con pica al hombro y sin aportar un solo hombre a las filas.

Me desesperé.

—¡La multa que se le impuso para regresar a la corte después de su destierro nos ha arruinado por completo! Y los pocos hombres de guerra que había entre nuestros lacayos ya fueron destinados a otros frentes.

Doña Isabel no terminaba de convencerse.

—Y es de agradecer, pero ¿por qué me pedís entonces la salvación de Medina Sidonia?

Presa de la congoja, dudé un instante si seguir insistiendo. Quizá el mismo duque, ya preso y bajo el doloroso yugo de la tortura, hubiese delatado a Ruy para clamar benevolencia y demostrar su arrepentimiento. Normalmente las penas del Santo Oficio menguaban cuando la información era satisfactoria, y aquélla lo era.

Medina Sidonia, antes de ser detenido, supo por nuestras cartas que mi esposo acudiría a Badajoz para alistarse. Lo haría para tener una buena coartada que le salvaguardase de la duda de nuestra anterior complicidad con el alzamiento portugués, al tiempo que procuraría advertir una vez más a Pedro de Mendoza de la contraofensiva que Olivares estaba organizando en contra de Braganza.

Miguel Molina le esperaba desde hacía semanas escondido a la espera de noticias en una pequeña aldea del otro lado de la frontera. Él aprovecharía una noche sin luna para cabalgar desde el campamento español; cruzaría al otro lado y entregaría un billete a nuestro espía en el que alertaría a los portugueses de que un puñado de nuestros más adiestrados soldados muy pronto se presentarían en Lisboa de incógnito para tomar el palacio y matar al duque de Braganza, apresando a Leonor de Guzmán, su mujer, y a sus hijas.

Al llegar al campamento de los españoles, supo por un amigo de Molina que no le haría falta arriesgarse porque los portugueses ya estaban al tanto. Ahora la reina parecía saberlo todo. Presa del pánico, intenté disimular respirando hondo antes de continuar.

—¿Por qué os extraña mi insistencia? Si pido clemencia para el duque es, simplemente, porque aparte de parientes somos amigos. Hoy que todo anda desbaratado, los malos propósitos se contagian y son muchos los que no le dan un segundo pensamiento a su ambición. Es un buen hombre, pero el poder le tienta tanto como a la mayoría de los que nos rodean. Es lógico que Medina Sidonia, siendo dueño de media Andalucía y gobernador de estas tierras, se viese cegado por este pecado. ¡El error fue de Olivares al no tomar medidas sabiendo que la nueva reina de Portugal era su hermana!

La reina por primera vez bajó la guardia.

—No lo sé. Olivares a veces me desconcierta.

Más calmada al comprobar que mis temores eran infundados, recuperé el aliento.

—Tened en cuenta a la hora de excusarle, si es que lo hacéis, que su arrepentimiento al verse descubierto fue instantáneo. ¿Sabéis que antes de ser detenido retó a muerte a su cuñado el rey de Portugal en un llano cercano a Valencia de Alcántara?

La miré fijamente a los ojos implorando clemencia.

—Si no hubo duelo, no fue por su culpa. Él acudió puntual al enfrentamiento, esperó durante ochenta días a que apareciese su adversario, y sólo cuando se convenció de que Braganza nunca lo haría, decidió regresar para pedir perdón al rey. ¡Qué más queréis!

La reina suspiró.

—Sé que debería perdonarlo, pero son muchos los que dicen que debe cumplir con su pena.

Me desesperé.

—Dicen, dicen. ¡Ay, señora, si hiciésemos caso a todo lo que dicen, Olivares ya no estaría a vuestro lado! Obrad según vuestra conciencia, ahora que el rey parece escucharos más que nunca. Ignominia y bochorno ante el tirano es lo que verdaderamente todos sienten.

Doña Isabel no me contradijo.

—No sabía que le apodasen el tirano, pero Dios os oiga.

Aproveché el momento de debilidad para al fin hacerla partícipe de nuestro proceder. Acercándome a su oído, bajé el tono de voz:

—Hay una conjura en torno a él. Una conjura cargada de venganza. Un desafío de mujer que es el más enrevesado nunca visto. En ella participamos varias que a pesar de ser de diferente calidad compartimos el mismo sueño y nos hemos aunado en este afán. Llevamos décadas queriendo derrocar al conde duque para cerrar las heridas que él nos provocó en el alma, la bolsa o el honor. Pero no podemos solas.

La reina dudó un segundo antes de mirarme a los ojos.

—¿Por qué me lo decís?

Olvidando el protocolo, la así de las manos para que se sintiese cercana.

—Porque vuestra majestad bien podría ayudar si su empeño es el mismo.

Soltándose de mis manos, se distanció un poco para cortar otra rosa e iniciar un ramo. Incapaz de mirarme a los ojos, sólo me contestó:

—Al regreso del rey os llamaré para que me traigáis a esas mujeres. Quiero oírlas.

Sumamente complacida, le besé las manos arañándome el rostro con las púas del rosal. Frotándome la mejilla, me imaginé por un segundo cruzando la puerta principal del alcázar junto a la viuda y la andrajosa Guevara. Aquello levantaría sospechas, y le advertí:

—Alguna de ellas no es digna de entrar en el alcázar.

Resoluta, me contestó:

—Tampoco lo son muchas de las que allí residen creyéndose con derecho a intimidarme. Vos traedlas, que yo os facilitaré una discreta entrada.

—¿No queréis saber quiénes son?

Negó.

—No me importa si su intención es la que aseguráis.

Ardía en deseos de revelarles el nombre de cada una y sus motivos de venganza, silenciando, claro estaba, a la Calderona, que de haberlo hecho, quizá se hubiese echado atrás en su propósito. De repente, una inoportuna voz salió de entre las ramas de unos arbustos disipando por completo la seriedad de nuestra plática.

—Necio el ciego que no desfallezca ante tanta beldad.

La reina sonrió por el piropo al tiempo que disimulaba coartando al atrevido. Reconocí de inmediato la voz.

—¿Cómo osáis asustar a vuestra reina?

Ruy salió de entre el seto.

—No la asusto, sino adulo.

La reina le siguió el juego.

—Lisonjas con poco poder, o es que no recordáis lo que le ocurrió a Villamediana al insinuárseme con tanto descarado ante el rey. Aquí está vuestra esposa y vos no os recatáis ante su presencia.

Ruy rió de nuevo.

—Doña María sabe que os exalto con el máximo respeto. Nunca lo haría como el pobre Villamediana, que acabó ensartado por descarado.

La reina intentó disimular el gozo que le producía ser halagada. Otra rama crujió por debajo de los rosales que nos parapetaban.

Doña Isabel se alertó.

—¿Quién os acompaña?

Antes de que Ruy pudiese contestar, mi hermano el duque de Pastrana surgió de

entre el seto que había a su lado, quitándose las briznas del pelo y colocándose los anteojos para parecer más digno.

—No os alarméis, señora. Hace meses que no vengo a la corte y no me he querido marchar de nuevo sin ver los adelantos de las obras de estos jardines del Buen Retiro.

De nuevo rieron como niños al ser descubiertos en una travesura, la reverenciaron y desaparecieron en dirección al estanque.

«Tú, ya, ¡oh ministro!, afirma tu cuidado
 en no injuriar al mísero y al fuerte;
 cuando le quitas oro y plata, advierte
 que les dejas el hierro acicalado.
 Dejas espada y lanza al desdichado,
 y poder y razón para vencerte;
 no sabe pueblo ayuno temer muerte;
 armas quedan al pueblo despojado.
 Quien ve su perdición cierta, aborrece,
 más que su perdición, la causa della;
 y ésta, no aquélla, es más quien le enfurece.
 Arma su desnudez y su querella
 con desesperación, cuando le ofrece
 venganza del rigor quien le atropella».

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Advertencia a un ministro

El 1 de diciembre llegó el rey a la corte. En su semblante se dibujaba el esbozo del abatimiento que le había tatuado el fracaso en Cataluña, ya que ni siquiera había logrado acercarse a la ciudad condal.

La reina le acogió con todo el cariño del que era capaz, pues no estaba dispuesta a que una simple discusión entre marido y mujer truncara su propósito principal. Olivares debía salir de la corte. Para entonces ella sabía que no éramos nosotras las que lo ansiábamos: los miembros del Consejo del rey también nos respaldaban. Después de nuestra entrevista, ella quiso saber su opinión; los tanteó con sutileza y llegó a la conclusión de que la mayoría de ellos estaban de acuerdo.

Por otro lado, no habría mejor momento para convencer al rey de ello. En primer lugar, por la frustración que sentía ante el fracaso de su campaña en Cataluña; y en segundo lugar, porque desde que el valido se había enterado de la muerte de Richelieu, acontecida a los tres días de su llegada, había caído en otra de sus ya demasiado frecuentes angustias.

Una vez más, como cada vez que declinaba su popularidad, había expresado su deseo al rey de retirarse a sus tierras de Sanlúcar excusándose en su avanzada gota. Sus enemigos no debíamos desaprovechar la ocasión. Era como si ya no encontrase aliciente en la lucha contra Francia al no existir al mando de sus ejércitos aquel

opositor que tanto le había retado y obsesionado desde hacía años.

Cuando informé a la Guevara y a la viuda de Rodrigo de Calderón de lo que la reina pretendía, no cupieron en sí de gozo. Acordamos que a la Calderona le escribiríamos contándoselo a posteriori, no fuese a empeñarse en venir a la corte dejando el claustro; no hubiera sido plato de buen yantar el que compartiera confidencias doña Isabel con la antigua amante de su marido.

A lo largo de todas esas Navidades la impaciencia nos carcomía las entrañas cuando al fin, el día siguiente al de los Reyes Magos, recibí la citación para acudir al alcázar. Ella había dispuesto nuestra entrada por una discreta puerta que apenas estaba vigilada.

Al vernos, no demostró extrañeza ante la presencia de doña Inés, pues sabía bien de los motivos que impulsaban a la viuda de Calderón a la conjura. En cambio, a la Guevara tuve que presentársela. Al oír su nombre, inmediatamente recordó el antiguo afecto que el rey la tuvo de niño, le agradeció su presencia y nos solicitó que la siguiésemos hacia los aposentos del rey antes de decir nada.

Era el momento preciso, ya que hacía tan sólo media hora le habían visitado su tía, la duquesa viuda de Mantua, antigua virreina de Portugal, junto al arzobispo de Granada, fray Garcelán Álvarez; el conde del Castrillo, presidente del Consejo de Hacienda; el embajador de Alemania y otras tantas personas de prestigio, para presentarle sus respectivas quejas contra el valido. Allí y aprovechando su segura desazón, cada una de nosotras le haríamos partícipe de nuestros resquemores sin darle tregua.

Acelerando el paso por los corredores, doña Isabel llevaba fuertemente asido de la mano al príncipe Baltasar Carlos, que a sus catorce años cumplidos la seguía en silencio con aire de extrañeza y sin saber a qué venía tanta premura. La soberana se mostraba nerviosa y resoluta ante el paso que estaba dispuesta a dar.

Nosotras, como el príncipe de Asturias, sentimos la zozobra de un encuentro tan inesperado. Intuíamos que la reina se apoyaba en nosotras y no podíamos defraudarla. Después de nuestra eterna espera, la simple entrevista con la reina, a sabiendas de que al fin estaba a nuestro lado, nos hubiese bastado para calmar la ansiedad. Las tres y por separado habíamos preparado nuestros discursos sin imaginar siquiera que los oiría por primera vez junto al rey.

Por alguna extraña razón, la inseguridad de encontrarnos frente a un oidor ausente iba menguando a cada paso que dábamos. Sabíamos que desde hacía días don Felipe pasaba las horas encerrado en sus aposentos con la cabeza sostenida por sus propias manos a la altura de sus oídos, como si las réplicas que le formulaban los que a él acudían fuesen a esfumarse ante la sordera.

Nada más abrir la puerta, doña Isabel le demostró su desesperanza ante una

actitud tan apática cogiendo de los hombros al príncipe para situarlo de espaldas a ella y frente a su padre.

—¡Aquí tenéis a vuestro hijo; si la monarquía ha de seguir gobernada por el ministro que la está perdiendo, pronto lo veréis reducido a la condición más miserable! ¡Deshaceos de una vez por todas de Olivares y tomad las riendas de vuestro Gobierno, que ya tenéis 38 años y no es menester que os valgáis de un tutor!

El rey alzó aquella mirada clara y vidriosa de una carta que frente a él tenía desplegada sobre la mesa. Su barbilla tembló como si estuviese a punto de un sollozo, y al vernos, sus carnosos labios se fruncieron conteniendo una mueca de dolor. Sólo pudo musitar:

—¿Vos también? No, por favor.

La reina, al ver su desconsuelo, reprimió su arrojio inicial y acudió a consolarle. Era como si la telaraña que le había cubierto los ojos durante más de dos décadas estuviese deshaciéndose. Al acercarse a él, distinguió la letra inconfundible de la remitente del billete que frente a él tenía. Era nada menos que sor María de Ágreda.

—¿Puedo leerla?

El rey le besó las manos.

—Vuestra es. Hacedlo en alto para que vuestro hijo también se entere.

Baltasar Carlos puso toda su atención. Doña Isabel comenzó a leer despacio y pausadamente:

«Que me cuestan muchas lágrimas, suspiros y largos ratos de penas el proceder de vuestra majestad y los trabajos de esta corona. Sobre todo porque por vuestra insensibilidad os hace una estatua de hielo.

»Para una servidora no es posible ponderar una vez más lo que ya os tengo dicho en tantas cartas, pero me consuela que en vuestra última misiva reconocierais que si hubieseis actuado antes según mis consejos habríais evitado los trabajos que os han sobrevenido. Por ello, en esta ocasión os escribo cuanto a mi parecer es necesario con toda la sinceridad y dureza que merecéis y sin esperar vuestra respuesta.

»El desacreditar a unos para introducir a otros no lo apruebo ni abono, si no fuera porque las personas que han hablado con vuestra majestad quieren insinuar que alguno muy cercano a vos es juzgado por oficioso e inútil para el gobierno. Sobre todo porque es diferente la virtud esencial de cada uno a la ciencia y sabiduría a la hora de gobernar, y bien os podrían asistir otras de mayor provecho en su lugar. Otras con más talento y capacidad».

La reina se detuvo un segundo.

—¿Veis claro que habla del conde duque?

El rey, con la mirada clavada en el legajo y un movimiento de su palma hacia abajo, le rogó calma hasta que terminase. La reina continuó:

«Señor mío, los validos y oportunistas acuden tanto en la paz como en la guerra,

pero ahora lo cierto es que vuestros reinos están pobres, mientras que todos los que andan en la masa del Gobierno son prósperos y ricos, allegándose cada vez más al fuego. El mundo abomina al Gobierno, y habéis de darles la prudente satisfacción que os piden, porque vuestra majestad necesita de él».

La reina interpretó sus palabras.

—Ese mundo son vuestros súbditos, y el Gobierno, Olivares. ¡Hasta sor María de Ágreda, encerrada entre los gruesos muros de su convento, ha oído el clamor popular! ¿Cómo es que vuestra merced no lo escucha?

Don Felipe le quitó muy despacio la carta de su mejor confidente espiritual y, dejándola sobre el bufete, tomó una pluma, la mojó en el tintero y comenzó a escribir lo que nos pareció una contestación. Las presentes contuvimos la respiración mientras trazaba lo que debía de ser un saludo. Repentinamente alzó la voz haciendo sonora su palabra escrita:

«En lo que toca a apartarme del camino y modo de Gobierno, estoy resuelto, y así espero muy pronto otras nuevas que acrediten mi verdad y aseguren a este mundo que lo pasado acabó, porque hay quien aún lo duda».

Por un segundo levantó la vista para observar nuestra reacción. La reina se había colocado a su espalda y le acariciaba la parte alta de ésta, consciente de su pesar; no quería ser ella la que ahondase aún más en la herida, pero la última frase escrita por el rey requería su determinación, afianzándole aún más.

La reina, con una sola mirada, nos rogó este respaldo. A aquellas alturas de la vida la conocía lo suficiente como para escuchar su pensamiento. Don Felipe se giró para mirar directamente a su mujer. Ella sólo asintió. En silencio esperamos a que firmase la carta. Al terminar, se levantó como si un cesto de ladrillos de adobe le coronase, dispuesto a abandonar la sala, cuando reconoció a la mujer que tenía enfrente.

—¿Sois por ventura Ana de Guevara o mis ojos me engañan? ¡Hace tantos años que no os veo que os supuse muerta! ¿Cómo es que justo en este día reaparecéis ante mí?

La vieja nodriza le reverenció embargada por la emoción. Las palabras del rey sonaban sinceras, y por su expresión se diría que estuviese frente a un fantasma de tiempos pasados. Aquella vieja hastiada por la vida siempre había sospechado que su expulsión de palacio sólo se había debido a Olivares, pero en flacos momentos se preguntaba si su señor habría tenido algo que ver. En ese preciso momento despreció de una vez por todas la dudas que le asaltaron durante años y al verle tan cerca de ella, se postró a sus pies.

—La misma que calza y viste, y que desde que un villano la echara a la calle como a una vulgar perra, ha soñado con este momento.

El rey tiró de ella para ayudarla a levantarse.

—¿Por qué estáis aquí?

Fue concisa.

—Para vengar de una vez por todas al artífice de mi miseria y menoscabo.

A don Felipe no le hizo falta preguntar a quién se refería. El rey sostuvo la mirada de la anciana.

—¿Tanto os hizo sufrir?

La curtida mujer de la calle no pudo contener el balbuceo, y una lágrima se le ahogó entre las arrugas de sus mejillas.

—Me empujó a lo más oscuro de los arrabales. Y desde allí he presenciado cómo en los figones de esta corte los emisarios del conde duque han vendido oficios y ejecutorias de hidalguía, han sacado a pública subasta los hábitos de las órdenes militares y han prodigado títulos de grandeza a mansalva. Los mequetrefes cobran cantidades desmesuradas por colmar a los más vanidosos, asegurándoles que vuestra majestad, sin apenas leer para sopesar su debido merecimiento, firma las cartas de concesión que Olivares os tiende.

El rey frunció el ceño extrañado.

—¿No pensará el pueblo que el rey cobra por esas mercedes?

La Guevara asintió, intentando excusarlos.

—Sólo os digo lo que ven, y la ignorancia de éstos, en este caso, no está a vuestro favor. Condes, marqueses y duques tenemos por doquier, y en las calles dicen que el rey ya ha otorgado más títulos de nobleza que todos sus antepasados juntos.

El rey, reconociendo la certeza de lo que aquella mujer decía, se separó de ella incapaz de musitar palabra. La Guevara continuó:

—Mientras todo esto se cuece en los rincones más oscuros de los mesones, los plebeyos, dos bancadas más allá, esperan a que termine el trapicheo con los más ricos para ofertar hasta su dignidad si es menester a cambio de un puñado de monedas. Y es que, señor, se ven en la indigencia más absoluta al tener consignadas sus pagas en juros que nunca llegan a cobrar por quedar éstas en manos de otros. Sólo os puedo decir que, en la calle, Olivares todo lo tiene exprimido, y al fruto de este imperio que heredasteis no le queda una gota para ordeñar.

La emoción le robó el habla, y ante nuestra sorpresa vimos cómo aquella roca con forma de mujer cincelada por los duros golpes de la vida se desmoronaba en sollozos. Tomando una silla, me acerqué para sentarla antes de que su tambaleo la llevase a caer de bruces. Don Felipe me ayudó.

—¿Sois de la misma opinión, doña María?

Tragué saliva. Era como si Dios en un solo día hubiese dispuesto las cosas para que todas y cada una de nosotras tuviésemos la oportunidad de explayarnos.

—Algo de cierto ha de haber cuando se calcula que Olivares, a lo largo de estos veintidós años, ha sacado más de doscientos millones a vuestros vasallos. ¿Qué os

prometió el valido cuando aquí llegó? Haceros el monarca más rico del mundo. ¿Y qué tenéis?

Me contesté a mí misma:

—Hambre y miseria a raudales. Todo lo ha hecho para sumirnos en la decadencia más absoluta. Su sombra sólo ha dejado galeones anegados, escuadras enteras a pique, perdido el reino de Portugal, alzados en armas a parte de vuestros reinos y pérdidas irrecuperables como Mantua, el Rosellón, Borgoña y otros muchos lugares del Oriente y las Américas que han pasado a manos de vuestros innumerables enemigos. ¿Adónde fueron las riquezas que a todos arrancasteis? ¿Qué fue de lo que decomisasteis a los validos de vuestro padre?

El rey estaba tan cansado que fue incapaz de negarme nada. Como la Guevara un instante antes, aproveché su silencio.

—El que Olivares haya arruinado a mi familia, castigándonos con desmesuradas multas, no nos diferencia de ningún otro de vuestros súbditos. El conde duque os ha convencido de su buena gestión en los asuntos de hacienda culpando a sus antecesores, entre otros al abuelo de mis hijos, el duque de Lerma; pero ya hace décadas que murió, y escudarse en el pasado no es de buen gobernante. Sólo deja para el futuro la evidencia de una ruina general que sus sucesores tardarán en enmendar.

Suspiré.

—Sólo sé, señor, que en tiempos del abuelo de vuestra majestad ningún presidente tuvo más de un cuento de maravedíes de salario, ni acumuló más de un Consejo en su haber. Por aquellos tiempos todos acudían a los Consejos en mula, escoltados por un solo lacayo custodiándoles, y en sus casas no había más ornamento que algún que otro lienzo de Flandes colgado de sus paredes.

Callé de nuevo al oír un hipido de la vieja Guevara. La atención de don Felipe decaía al mirarla, enternecido por la compasión. Le habría dicho un millón de cosas más, pero habría sido inútil prolongarme porque apenas me escuchaba. Decidí abreviar.

—Ahora, en cambio, la austeridad de vuestros consejeros brilla por su ausencia a pesar del empeño que habéis puesto en estimular el ahorro general. Éstos poseen valiosas caballerizas, ostentosos tapices y alfombras cubriendo sus palacios, y otras tantas riquezas que han distraído de nuestras arcas. Y el que más tiene es el hombre que aquí nos trae hoy a todas.

Sacando un papel arrugado de mi manga, comencé a leer:

—Aquí tengo unas cuentas que importan lo que el conde duque recibe por las mercedes que le habéis ido otorgando a través de estos años. Por las encomiendas de las tres órdenes militares, 12.000 ducados; por camarero mayor que fue, como aún lo es su mujer de la reina, 18.000 ducados, más los 44.000 de ella; por caballerizo

mayor, 28.000; como gran canciller de las Indias, 48.000; como sumiller de corps, 1.200; ¡por un navío cargado para las Indias ha cobrado 200.000, y por la villa de Sanlúcar 50.000!

Al alzar la vista comprobé que, ante la prueba de estas desorbitadas cuantías, el rey había recuperado el interés por mi discurso.

—En total han sido 422.000 ducados lo que se ha llevado limpio, sin indagar más en otros negocios. Después de esto ¿creéis que fue justa la incautación de bienes y la multa a la que sometió a su antecesor, mi pariente el cardenal duque de Lerma? En honor a mis hijos, que son bisnietos de este gran señor, deberíais castigar a Gaspar de Guzmán del mismo modo que él sancionó a sus predecesores.

El rey sólo me preguntó:

—¿Os bastaría con su despido?

Le miré indignada.

—La ley del Talión es lo que se merece después de haber robado, apresado, matado y vapuleado el honor y peculio de toda España.

La voz de la viuda de Rodrigo de Calderón, hasta ahora en silencio, me interrumpió como el eco de un espíritu vengativo.

—¡Ni con la muerte saldaría sus pecados!

El rey, intimidado, susurró algo a la reina en el oído y abandonó la estancia. La reina arqueó las cejas, disfrutando con nuestra expectación.

—Habéis de comprenderle, el tirano, como le llamáis, ha sido como un padre para él desde que el suyo murió. Le duele separarse de él, pero está resuelto a ello.

Sin terminar de creérmelo después de tanto paso atrás, le pregunté de inmediato:

—¿Os libraré también de su familia?

Doña Isabel se encogió de hombros, abriendo aún más su sonrisa.

—No se puede tener todo en la vida. Aunque el rey sabe que no soporto a la Olivares, me ha pedido que le deje residir en el alcázar por un tiempo hasta que las aguas regresen a su cauce. Supongo que si he sido capaz de esperar durante años, lo seré unos meses más. Primero partirá el valido, y me ha prometido que en menos de un año le seguirán Inés de Zúñiga, su mujer, y su hijo bastardo. ¡Esta vez lo hemos conseguido!

La alegría nos impulsó a las tres a cerrar un círculo en torno a la reina, y nos abrazamos las unas a las otras tornando la fuerza acumulada durante los veintidós años de odios en sonoras carcajadas.

Pasado el primer impulso, la viuda fue la primera en romper aquel anillo de alegría soltándose repentinamente, porque en su mente había demasiado rencor como para disiparlo en un solo instante. A ella le hubiese gustado ver a Olivares degollado en la plaza Mayor como un día vio a su marido, pero aquello nunca sería posible debido a los fuertes lazos afectivos que el rey tenía aún con el valido, y quisiese o no,

debía conformarse.

«El día de San Antonio
Se hicieron milagros dos
Pues empezó a reinar Dios,
Y el Rey echó al demonio».

*Uno de los tantos pasquines que por aquellos días
se colgaron en las puertas de Madrid*

El amanecer del 17 de enero de 1643, día de San Antón, la expectación de todos los que sin tapujos habíamos expresado al rey nuestro parecer con respecto al tirano al fin fue consolada.

Al parecer, su majestad, incapaz de mirar directamente a los ojos al hombre que había dirigido todos sus actos desde que de ellos podría haber dispuesto libremente, optó por cobijarse en la discreta torre de la Parada para escribirle sin atreverse a despedirle a la cara.

Doña Isabel, más valerosa que su cohibido esposo, optó por no acompañarle a la cacería. Como la mayoría de nosotras, quería ser testigo de la reacción del valido al saber que su caprichoso pupilo se le rebelaba. En sutiles líneas el rey ordenaba a don Gaspar que declinase de todas las atribuciones que le tenía conferidas para retirarse definitivamente a donde le pareciese, y así mejor mirar por su salud y sosiego.

Eran las nueve de la mañana cuando, al mismo tiempo que don Felipe salía despavorido del alcázar, el tirano leía su billete. Para sorpresa de todos los que allí andábamos atisbando, leyó el pliego, lo plegó como si aquello en nada le atañese, llamó al notario Villanueva y se encerró como todas las mañanas en su despacho a solas para arreglar sus papeles.

El nerviosismo entre todas las que ansiábamos verle hundido en la miseria más absoluta se expandió como el fuego. ¿Habría el rey de verdad escrito esta carta, o simplemente era otra de sus argucias para dilatar una vez más lo inevitable? La seguridad de doña Isabel con respecto al contenido de la carta, al haber estado al lado de su señor mientras la escribía, disipó estas dudas, pero entonces... ¿Qué era lo que pasaba? ¿Cómo aquel hombre podía disimular y controlar sus sentimientos de tal manera?

Sólo había una posibilidad: quizá ignorándolo nosotras, el rey ya le hubiese escrito palabras semejantes en muchas ocasiones para a posteriori desistir de su propósito. No sería de extrañar, ya que su débil carácter flojeaba en cuanto encontraba el más mínimo escollo y el tirano era el que mejor le conocía.

Normalmente las damas de la reina jamás transitábamos por el corredor que había frente a las dependencias del tirano, pero aquel día cualquier disculpa era buena para recorrerlo de arriba abajo y hacer una breve parada justo junto a la guardia para fisgar lo que en el interior de aquella estancia acontecía. Yo misma pasé por allí dos veces, una por orden de la reina y la otra *motu proprio*. Ninguna de las dos fue fructífera.

Desesperadas, salimos a tomar el aire al patio, y allí fue precisamente donde algo nos llamó la atención, ya que al alzar la vista vimos que de la boca de la chimenea del conde duque salía mucho más humo que de las demás. ¡El condenado debía de estar quemando papel a mansalva!, deshaciéndose de todas las pruebas que pudiesen demostrar su nefasto valimiento.

Sólo el marqués de Santa Cruz, pasada la media mañana, le interrumpió momentáneamente en su destrozo al ir a despedirle. Al salir éste, la fumarada continuó hasta el anochecer sin que ningún miembro del Consejo se atreviese a indagar más de la cuenta.

Al día siguiente, toda la corte sabía de la noticia. Aquel domingo, las campanas de las iglesias tañían a desconfianza más que a alegría, y bastaban los dedos de una mano para contar a los pocos incautos que aún aseveraban que el tirano ya había dispuesto su salida hacia Loeches.

La Guevara nos asaltó en la calle, camino de misa, mostrándose sumamente indignada por la bondad que el rey había demostrado al desalojarle. La viuda se alegró al comprobar que al menos una de las conjuradas compartía su sentir. ¡Ni siquiera le había desterrado! Aquella despedida había sido tan grácil y honrosa que sonaba más a otra evasiva con que calmar la desazón del clamor popular. ¡Olivares, como mínimo, se merecía una pena de muerte tan severa o más que la que condenó a Rodrigo de Calderón! Sólo así los más desdichados podrían regodearse en ella. Estaba claro que ni la vieja nodriza ni la viuda terminaban de creérselo, y como ellas no había nadie en la corte que osase mentar esta resolución sino entre susurros, no fuese a ser falsa y el tirano, afianzado una vez más en su puesto, viniese después a vengarse.

El lunes la desesperanza fue aún mayor cuando comprobamos que, en vez de baúles saliendo de sus aposentos, eran los mismos consejeros que pocos días antes apoyaron nuestra decisión los que, embargados por el temor y la sumisión, entraban a despachar, incapaces de mantenerse fieles a sus principios y valores. La desilusión fue colmada cuando supimos que además don Gaspar les había convocado a todos sin excepción para presidir una junta de Estado que estaba prevista para aquel día y la mayoría suponíamos suspendida.

Para entonces lo único que mantenía vivo nuestro anhelo era el estado de nerviosismo que atenazaba a la mujer del valido. Doña Inés, incapaz de disimular su tristeza, andaba más pegada que nunca a la reina, correteando de un lado al otro a su

vera como si se le fuese a escapar para siempre. La reina, ante semejante acoso, esperaba ansiosa a que el rey regresase. Era la única que aún parecía convencida de que en cuanto el monarca supiese lo que allí acontecía, pondría resolución a la falta de respeto que se le estaba demostrando. Su abatimiento fue total cuando comprobó que en vez de dirigirse inmediatamente a la sala del Consejo para detenerlo, subió a refugiarse en la torre.

Como todos sus consejeros, esquivaba al valido sin atreverse a hacerle frente. Al saberlo doña Isabel, corrió a su encuentro. En silencio la seguimos sin que nos lo impidiese. Sus mejillas, usualmente sonrojadas, estaban a punto de estallar; sus mandíbulas, tan apretadas que podrían haber incrustado sus dientes en las encías, y sus puños tan cerrados que al abrirlos sin duda las uñas le abrían descarnado las palmas. Los dos zaguanetes de la entrada, al verla, se cuadraron y apartaron para dejarle paso.

Entró en la estancia sin musitar palabra, se dirigió a una de las ventanas, la abrió con toda la rabia que traía contenida y, girándose enfurecida, miró a su esposo. Al sonido de los cristales rotos se le unió el cómplice clamor popular. Como hordas descontroladas en un campo de batalla, los gritos de la muchedumbre invadieron la paz de aquel refugio.

A esas horas, cientos de hombres, mujeres y niños se agolpaban a las puertas del alcázar a la espera de noticias; muchos de ellos habían pernoctado allí mismo, y a cada hora que transcurría sin recibir respuesta se envalentonaban más. El soberano tenía que haberlos visto al entrar, pero como siempre, rodeado de su guardia, los debió de ignorar.

Doña Isabel, en jarras como el resto del pueblo, esperaba una respuesta satisfactoria mientras el rey eludía mirarla directamente a los ojos. Incapaz de mantenerse quieta, se asomó.

—¡Miradlos, entre los de las primeras filas están los que ya sólo poseen una indigna vida por perder y ya ni siquiera eso pretenden conservar!

El rey la miró, incapaz de levantarse. La impaciencia de los congregados, al ver a su soberana asomada, les arrancó la mordaza de miedo que desde hacía dos días les acallaba, y sus voces atronaron repitiéndose incansablemente una y otra vez.

—¡Viva nuestro rey! ¡Muchos años le dé Dios si lleva adelante tanta resolución!

Desde dentro y sin verlos, reconocí la voz cascada de Guevara dando el tono para que todos la siguiesen en el postrero grito.

—¡Sólo serás Felipe el Grande cuando el conde duque no te haga pequeño!

Doña Isabel, agradecida por el apoyo, se asomó y saludó forzando una sonrisa. La soberana, al ver que el rey no la acompañaba, cerró de un golpe la ventana y salió más indignada que nunca para despedirnos a todas y quedarse a solas durante el resto del día encerrada en sus aposentos.

El martes nuestra expectación empezó a flaquear. Hacía ya cuatro días desde que don Felipe había escrito esa nota a don Gaspar y nada había cambiado. El conde duque, como en jornadas anteriores, despachó durante todo el día, mientras que en las caballerizas preparaban otra partida de caza.

¿Qué era lo que pasaba? ¿Cómo podía el rey escabullirse de tal manera? Aquel débil de voluntad parecía estar coronando a Olivares sin importarle lo mas mínimo lo que sus súbditos opinasen al respecto. Doña Isabel, después de haber estado recluida durante un día entero en sus aposentos excepto para hablar a solas con su esposo la noche anterior, procuró tranquilizarnos al asegurarnos que esta vez su majestad sólo se alejaba para dejar el camino libre al valido en su despedida.

Al atardecer, los ánimos de los de afuera comenzaron a decaer por el cansancio y el agotamiento al comprobar que las puertas del alcázar sólo se abrieron dos veces. La primera, para dejar paso a la carroza del rey camino de San Lorenzo, y la segunda para el príncipe Baltasar Carlos camino de la Zarzuela. Lo único extraño fue que la condesa duquesa de Olivares dejó a la reina sola para acompañar al príncipe mientras el tirano continuaba despachando. Todos temimos lo peor: el rey engañaba hasta a la reina.

A sólo dos días de que se cumpliera una semana de la infructuosa despedida, doña Isabel, desesperada ante la incertidumbre y nuestra presión, mandó un despacho al rey para que regresase a poner remedio ante semejante osadía y falta de acatamiento. El rey acudió presto a su petición, pero como la vez anterior, se encerró a solas.

Aquella noche, al acostarnos, ni un ápice de esperanza nos quedaba ya en el alma, y tardé en conciliar el sueño hasta que al amanecer los gritos de la calle me despertaron de sopetón. No me había despojado aún de las legañas cuando la viuda entró sumamente alterada en mis aposentos.

Al parecer, el tenaz grupo de gentes que aún quedaban vigilantes en las inmediaciones del alcázar vieron que la puerta del Este, llamada de la Priora, se abría aún de noche para dejar paso a un sigiloso carro tirado por seis mulas e iluminado con tan sólo dos hachones. Aquello nunca habría formado tanto revuelo si no fuese porque un artesano reconoció entre los enseres que acarrea un arcón que hacía pocos meses le había hecho por encargo al tirano.

Como un reguero de pólvora a punto de ser encendida corrió el rumor de que Olivares se hallaba entrevistándose con el rey desde el amanecer. Me vestí a todo correr para acudir allí mismo. Me fue difícil acceder al interior, ya que, como yo, la muchedumbre aterida de frío se hacinaba de nuevo frente a la puerta principal para comprobar por sí misma si todo aquello era cierto.

Junto al resto del servicio de palacio esperábamos en la antesala sin poder disimular más. Unos desplumaban sus sombreros, otros se mordían las uñas, y los

más activos desgastaban las alfombras con sus vaivenes incontrolados; hasta que a las once de la mañana salió Olivares de los aposentos reales y todos exhalamos el aire que conteníamos en nuestros pulmones. Probablemente nunca sabríamos qué hablaron, pero el abatido rostro del tirano nos bastó para saber que al fin todo se cumplía según lo ansiado.

Se esclareció aún más cuando los lacayos que le sirvieron el almuerzo nos aseguraron que no había pronunciado palabra en toda la comida. Masticaba pausado mientras desde fuera le llegaban los gritos del gentío, que a estas horas ya le insultaba a grandes voces. Al salir del comedor se dispuso a partir.

Ante el temor de ser agredido por las hordas, puso como excusa la incapacidad para caminar que sufría por un ataque de gota y le bajaron en volandas por las escaleras del servicio con la intención de sacarle por una puerta diferente a la usual. Sin duda unas agujas similares a las que sentía en las plantas de los pies le debían de estar atravesando el alma.

Olivares, en vez de ir por la calle Mayor, Sol y Alcalá hacia la puerta de Guadalajara, prefirió burlar a todos desviándose por la red de San Luis y la calle de Caballero de Gracia hasta Alcalá, donde dejó su caballo para subir en una discreta litera con dos coches de apoyo que le escoltarían en el camino a Torrejón de Ardoz y Loeches.

Su mujer, temerosa de acompañarle por el peligro que aquello implicaba, se quedó a nuestro lado unos días más implorando sin piedad a la reina el regreso de su marido; pero la reina ya no era la misma, y liberada del temor que tenía al tirano, la trató con desprecio.

A las dos horas de haber partido Olivares por la puerta trasera, la muchedumbre aún permanecía recalcitrada por la larga espera y convencida de que aún estaba dentro. La guardia real, deseando ver aquel grupo diseminado, decidió hacer salir su carroza vacía con las cortinas descorridas para así informarles de que el valido ya no estaba entre nosotros. Lo más difícil fue encontrar a un cochero valiente y dispuesto para conducirla. Como era de esperar, el gentío se enojó tanto al descubrir el engaño que arremetieron apedreando la carroza hasta resquebrajarla.

Al poco tiempo se publicó un libro que desmentía las acusaciones que hacia el conde duque se habían formulado; todos lo leímos para criticarlo sin piedad, ya que hasta el título era digno de mofa: *Nicandro, o antídoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia han esparcido para deslucir y manchar las heroicas e inmortales acciones del conde duque de Olivares después de su retiro*. Ni siquiera el autor se había atrevido a firmar el manuscrito, y el fiscal del Consejo sólo pudo querellarse contra los impresores. Los mentideros aseguraban que el autor había sido el bibliotecario del rey Francisco de Rojas, que, como reconocido jurista y teólogo, encubría al propio conde duque en ésta su última vanidad. El rey, para evitar males

mayores, prohibió su circulación.

Una vez desaparecido el motivo de ofuscación general, todo se podría haber calmado; pero no fue así, ya que para muchos el castigo para con el tirano era miserable en comparación con el delito cometido. La viuda de Rodrigo de Calderón seguía instigándonos, y la Guevara la secundaba en el deseo de ver muerto a Olivares como fuese. De la Calderona poco sabíamos, y la reina ya sólo pensaba en cómo deshacerse de la mujer de Olivares, que seguía deambulando por los corredores del alcázar sin perder la esperanza de que algún día no muy lejano su marido regresara con todos los honores. El clamor callejero secundaba a mis insaciables compañeras:

*¡Que de Loeches lo echas
Suplica el pueblo, señor:
Aparta de ti al traidor,
que está muy cerca Loeches!*

A principios de junio, el tirano se hizo eco de estas peticiones y escribió una carta al monarca. Le pedía su permiso para dejar Loeches y partir hacia Toro, donde ejercería el cargo de regidor junto a su mujer.

La Olivares por fin parecía darse por vencida en sus sueños de un retorno honroso, y don Felipe, a la vista de la alegría que la reina demostró al verse librada de la sombra y observancia de aquella mujer, no dudó un segundo en acceder a sus pretensiones. Alguien difundió sutilmente por medio de pasquines el contenido final de la regia respuesta, a sabiendas de que agradaría a todos los que aún le guardábamos rencor. Decía así: «En fin, conde, yo he de reinar y mi hijo se ha de coronar en Aragón, y no es esto muy fácil si no entrego vuestra cabeza a mis vasallos, que a una voz la piden todos y es preciso no disgustarlos más».

Dijeron las malas lenguas que al leer el conde duque esta carta del rey, se encerró en su retrete a solas para llorar sus penas por un espacio de dos horas continuadas. Por fin el tirano, después de gobernarnos durante veintidós años, probaba un bocado de la misma fruta envenenada que dio a sus antecesores.

Si a mi señor don Ruy y a mí esto nos bastó para considerar bien saldadas nuestras ansiadas pasiones de venganza, al resto de mis conjuradas seguía sin calmarlas en su desazón. Quizá fuese porque aquéllas no tenían nada en la vida capaz de llenar el vacío que el final del valido dejaría en sus pensamientos.

Consciente de sus aún inquietos sentimientos, accedí a reunirme con ellas en las mismas caballerizas que tantas veces habían servido de cobijo a la alevosa intención que hacía más de dos décadas venía embargándonos.

Sabía que la Guevara tramaba algo con la viuda, pero estaba firmemente resuelta a despedirme de ellas y sus maquiavélicas ideas para siempre. A partir de ese

momento yo me volcaría como dama de la reina en velar por ella, como madre en cuidar a mis hijos, y como duquesa del Infantado en procurar engrandecer el recuperado honor de la familia.

Al entrar, las facciones de sus rostros bailaban al son del caprichoso flamear de la llama de una sola vela. La Guevara, al verme, rebuscó entre sus refajos para sacar un extraño muñeco de cera. Tenía pelos humanos simulando cabellera, mostachos y barba, un diminuto sombrero de ala ancha tocado con una pluma, y vestía una camisa de encaje hecha con el lienzo de un pañuelo en el que había bordada una corona de grande sobre la o de Olivares.

De inmediato reconocí parte de aquellas prendas, ya que había sido yo misma la que hacía mucho tiempo había ido recopilándolas ante la pertinaz insistencia de la viuda. El pañuelo lo encontré en un corredor de palacio cuando por descuido se le cayó a una de las sirvientas mientras se dirigía cargada con un montón de ropajes al lavadero. La pluma la cacé al vuelo un día de fuerte viento en el que el defenestrado válido caminaba junto al rey por los jardines del alcázar. Los pelos, sabía Dios de dónde los habían sacado. A mí ya no me importaba en absoluto.

La viuda le había ayudado a conseguir todas aquellas cosas para urdir desde la lejanía el único maleficio que les quedaba por probar para terminar definitivamente con él. Sin duda habían vivido tanto tiempo presas de la obsesión que no se resignaban a aceptar que quizá la caída del tirano no se debiese a nuestra conjura, sino al mero devenir de un tiempo que tarde o temprano ponía todo en su lugar.

La vieja nodriza, sin mediar palabra, alzó el deforme muñeco en alto, tomó un pequeño prendedor de mi sombrero y me lo entregó para que con él lo atravesase. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Yo nunca había creído en aquellos artificios agoreros y ella lo sabía, pero su velada mirada de súplica me empujó a cerrar los ojos con tanta repugnancia que me pareció estar ahondando en un cúmulo de entrañas podridas por la maldad en vez de en cera. No los abrí hasta que sentí que la punta metálica del prendedor reaparecía por lo que aparentaba ser la espalda del monigote.

La Guevara sonrió, mostrándonos sus desdentadas encías antes de agradecerme.
—Esto será lo último que os pida en mi vida.

Asentí satisfecha, ya que estaba resuelta a no participar nunca más en semejantes rituales, no fuesen a ser ciertos los rumores que aseveraban que el mal de ojo podía ser tan efectivo en las tinieblas como el rezo en el cielo al implorar un bien.

En silencio, la moldeadora de aquel demoníaco juguete me imitó ensartándolo esta vez por ambos pies con tembloroso pulso. La primera, con una aguja que llevaba prendida de la pechera, y la segunda, con un alfiler del hábito de la toca que la Calderona le había enviado desde el convento. El lugar elegido para ello no era fruto del azar, sino de su retorcida conciencia, al querer ensañarse en los puntos más débiles de Olivares. Por alguien sabía que los tres males que menguaban su salud

eran la gota, la obesidad y la pérdida de juicio, que le tornaba más loco cada día, y no iba a desaprovechar la información.

El sádico anhelo de la venganza al fin cumplida la envolvía como el oscuro aura de un ángel caído. Junto a ella, contagiada por un odio indescriptible, la viuda se ensañaba con el ojo del títere.

Testigo mudo de tan macabro rito, a la mente me vino la pócima que un día preparó la Margaritona con similares aderezos; pero eran otros tiempos: si ahora cedía a participar en semejante pantomima, simplemente era para que al fin me dejaran vivir en paz y libre del todo de aquel enquistado rencor que me hervía en el espíritu.

Así lo acordamos antes de comenzar. Al despedirnos aquella noche, la Guevara desaparecería para siempre de mi vida, y la viuda, sabiendo asegurado el futuro de sus hijos, se retiraría a un convento privándome de su sombra de una manera similar a la Olivares con la reina.

Pasado un tiempo, pese a mi incredulidad comprobé cómo nuestro último cónclave comenzaba a surtir efecto. De algún modo inexplicable, supe que el tirano sufría un acceso de erisipela tan grave que hacía temer por su vida. La fatiga al respirar le obligaba a pasar el día y la noche sentado, las flemas ancladas en su garganta le producían accesos de tos que a duras penas le dejaban dormir, y las muelas le supuraban hedientas pustulencias. A pesar de todo, no llegaba nunca la noticia de su muerte y otra persona enferma que me importaba mucho más acaparó mi atención.

La reina también yacía sumamente enferma con otro acceso de erisipela. El 5 de octubre velaba su inquieto sueño cuando el príncipe Baltasar Carlos vino a verla. Al reconocerlo, doña Isabel rechazó su abrazo, haciéndole ver que reinas para España podría haber muchas mientras que príncipes sólo había uno. De los ocho hijos que había parido, sólo le quedaban vivos la infanta María Teresa y el príncipe, y no quería perder a ninguno más. Madre e hijo se despidieron desde la distancia antes de que muriera al día siguiente sin haber cumplido los 41 años.

Con harto dolor de mi corazón, la amortajaba junto a otras de sus damas con el hábito de san Francisco cuando el rey se nos acercó para decirnos que se sentía tan agobiado por la insoportable pérdida que no formaría parte del cortejo fúnebre que saldría a darle cristiana sepultura en el monasterio de El Escorial. Prefería llorarla a solas en El Pardo y el Buen Retiro, donde tan gratos momentos habían compartido juntos.

Tras sus funerales recuperé la intriga por el estado de salud de Olivares; al parecer las fiebres le habían cuajado el cuerpo de tabardillos y apenas abría la boca para probar bocado; estaba claro que si seguía sin alimentarse fallecería pronto.

El mismo segundo en que murió el conde duque, a principios del verano del 45, cayeron tres rayos en Toro al igual que en Valladolid. Uno en la casa del embajador

de Alemania, quemando un trozo de ella; otro junto a San Pedro, y el último en la casa de un labriego. La obstinada tormenta atacó a clero, nobleza y pueblo por igual sin lograr arrancar vida alguna de esta tierra. Pasado el peligro, los más supersticiosos aseguraron que aquel asesino fulgor no era más que el vivo reflejo del alma del tirano retorciéndose ante el diablo que venía a recogerlo.

Al enterarme de su muerte antes que el resto, fui incapaz de respetar el acuerdo de silencio que las conjuradas nos hicimos y, a sabiendas de la ilusión que esto provocaría en todas, mandé recado a la viuda, a la Calderona y la Guevara con la esperanza de apaciguar de una vez por todas sus inquietos ánimos.

La vieja nodriza resultó ser la única que una mañana de paseo por la vereda del Manzanares se me apareció como antaño de sopetón e inesperadamente. Entre sus temblorosas manos y el garrote que utilizaba para mantenerse en pie sujetaba mi carta arrugada. Me alegró verla, aunque más parecía un cadáver que una mujer. Estaba en los huesos y caminaba tan jorobada que el frente de su deshilachada mantilla rozaba a cada paso el puño de su sostén. La costumbre de haber evitado durante una vida entera el que nos viesen juntas en público la empujó a dirigirse a mí entre susurros, alzando la carta en su puño.

—Antes de que vuestro mensajero me la trajese, ya lo sabía; pero os lo agradezco porque viendo cumplido mi mayor deseo puedo morir tranquila.

Me extrañé, ya que yo estaba en el alcázar cuando le llegó la noticia al rey de la mano del más raudo mensajero.

—¿Cómo lo supisteis?

Sus fruncidos y casi inexistentes labios se estiraron para sonreír, mientras parecía negar con el incontrolado tembleque de su cabeza.

—Hace un año que el hijo que parí póstumo antes de venir a amamantar al rey se me murió. Mi leche quizá le hubiese hecho más fuerte que la de aquella cabra que se buscó mi hermana para criarlo, pero al morir mi esposo no me dejó nada más que el recuerdo de su amor. Aquello no nos alimentaría ni a esta servidora ni al niño que en mí engendró, y necesitábamos las monedas que a mí se me pagarían en el alcázar.

Por un instante quedó cabizbaja y pensativa. En aquel momento me di cuenta de que yo nunca le había preguntado por ello; daba por hecho que el niño que portaba en sus entrañas debió de morir al nacer y que aquella mujer no tenía familia. La realidad era que debía de mantener apartado de ella a su hijo para que no supiese de sus deshonorosos quehaceres. Ella continuó con lágrimas en los ojos.

—Nunca me hubiese causado vergüenza la regencia de la mancebía si no fuese por su existencia, pero la distancia que nos separaba era grande y gracias al Señor nunca se empeñó en averiguar dónde me encontraba. Supongo que el dinero que le enviaba de vez en cuando y la amenaza de que si lo intentaba desaparecería para siempre le bastaron para cejar en ese intento. Se lo agradezco porque al menos me

brindó la oportunidad de mantener este vínculo.

Definitivamente, Ana de Guevara escondía muchas más cosas que la de haber renunciado a su nobleza para casarse por amor con un plebeyo que la dejaría viuda, empeñada y preñada en un santiamén. Ahora parecía querer hacerme partícipe de su verdadero dolor. Hacía un cuarto de siglo que el tirano no sólo la había despojado de un puesto honrado en palacio, sino que también la había hundido en la desventura, como a la Calderona: la había despojado de la ilusión de disfrutar de lo único que le quedaba en la vida, una vejez junto a su hijo.

Después de un suspiro, continuó compungida:

—Si os cuento todo esto, es porque me preguntasteis cómo me enteré tan deprisa. Desde que murió mi único hijo, no tenía a quién heredar y por ello dispuse el gastar los últimos escudos que poseía en comprar información al principio sobre el estado de salud del tirano y más tarde al embalsamador de su cuerpo.

Su mirada blanquecina se fijó en la mía.

—¿Os gustaría saber qué albergaba en sus entrañas el causante de nuestras tristezas?

Asentí, incapaz de contestar a tanta intriga. Quisiese o no, me lo diría.

—Si su alma era corrupta, su cuerpo aún estaba más podrido. El corazón de Olivares pesó más de doce libras; estaba cuajado de puntos negros que a muchos extrañaron. Yo sé que cada una de esas máculas eran nada más que el reflejo de cada uno de sus pecados tatuado en su interior. Del buche le sacaron un cántaro de agua, y su amarillento hígado resultó estar plagado de piedras y tumores, como si alguien lo hubiese envenenado.

Apoyándose en el garrote, alzó la mirada al cielo estirando el cuello como para confesarse con Dios.

—Sólo siento no haber sido yo.

*Hoy corre en toda la corte
generalmente una nueva,
por ser tan buena, dudosa,
que a ser mala, fuera cierta...
Ya murió a manos de un toro
aquella indómita fiera
que dejó al mayor león
no sin valor, mas sin fuerzas...
Al fin murió el Conde Duque,
plegue al cielo que así sea;
si es verdad, España, albricias,
y si no, lealtad, paciencia...*

Francisco de Quevedo y Villegas.
Romance a la muerte del conde duque

Dramatis personae - De Las damas conjuradas

Ágreda, sor María Inés. Hija de una familia hidalga (1602-1665), nació en Ágreda (Soria), ingresando con tan sólo dieciséis años en un convento franciscano de monjas que su madre había fundado y del que llegaría a ser la madre abadesa. Desde muy joven, su misticismo fue tan conocido entre sus contemporáneos que hasta el mismo Felipe IV supo de él y acató sus sabios consejos. Éstos han llegado a nuestros días gracias a la detallada correspondencia que se conserva en los archivos entre la madre abadesa y el rey. Además de esta correspondencia, dejó plasmados sus pensamientos en otras tantas obras de entre las que cabe destacar la mística *Ciudad de Dios*. Al basar muchas de sus revelaciones en los Evangelios apócrifos, se expuso como santa Teresa de Jesús a los tribunales de la Santa Inquisición, que la condenaron en 1696. Ella fue la portadora de la última palabra que necesitaba el rey cristiano para convencerse de la mala influencia que sufría ante Olivares.

Borbón, Isabel de, reina de España. Nació en Fontainebleau el 22 de noviembre de 1603, hija de Enrique IV de Francia y de María de Médicis. Se casó con el futuro Felipe IV de España a muy temprana edad, recibiendo por ello el apodo de la Deseada. Durante el alzamiento de Cataluña en contra del Gobierno del conde duque de Olivares, ejerció la regencia en Madrid mientras Felipe IV acudía a poner remedio a Barcelona. Tuvo siete hijos, de los que sólo dos, María Teresa, que fue esposa del rey Luis XIV de Francia, y Baltasar Carlos, nacido el 17 de octubre de 1629, llegaron a la adolescencia. Este último fue la gran esperanza de su padre en la sucesión, pero murió año y medio después de su madre con tan solo diecisiete años y ostentando el título de príncipe de Asturias. Doña Isabel moriría de erisipela el 6 de octubre de 1644.

Calderón, María Inés, la Calderona. Nació en Madrid en 1611, hija de una familia de faranduleros. Su padre, Juan de Calderón, muy pronto la inició en el negocio de la interpretación de comedias en las corralas junto a su hermana Juana. Casada antes de los dieciséis años con Pablo Sarmiento, un cornudo consentidor, pronto se hizo amante del duque de Medina de las Torres para, a posteriori, convertirse en amante del rey Felipe IV y madre del único bastardo reconocido por éste de entre los once que engendró. Su hijo sería Juan José de Austria. En Madrid también la apodaban Marizápalos, y con este nombre aún queda un balcón en la plaza Mayor de esta ciudad. Cuando al rey se le pasó el capricho, Olivares la separó de su hijo y la obligó

a ingresar en el convento alcarreño de Valfermoso, donde probablemente murió como madre abadesa sin dar más cuartos al pregonero en beneficio de la exitosa carrera política de su hijo. Don Juan José fue educado en un principio para ocupar alguna dignidad eclesiástica. En 1643 fue elevado al rango de príncipe y hecho caballero de la Orden de San Juan. Cuatro años más tarde obtenía el título de príncipe de la Mar y vicario de la corona de Italia, viajando a Nápoles para sofocar con éxito una revuelta popular. Algunos desalmados se empeñaron en recordar a la Calderona difamando en los mentideros que una noche de luna llena se la había visto desaparecer por entre los matojos de una colina cercana a su convento.

Guevara, Ana de. Nodriz en la que el rey Felipe IV siempre confió hasta que Olivares la echó de palacio por su incontrolable influencia para con el monarca. Una vez en la calle, se vio obligada a regentar una de las múltiples mancebías que existían en la corte de Madrid para sobrevivir. Murió en la villa y corte a los dos meses de ver su venganza cumplida, a los 65 años de edad.

Mendoza y Enríquez, Ana, cuarta duquesa del Infantado. Doña Ana (Medina de Ríoseco, 1554-Guadalajara, 1633), viuda de su primer matrimonio, vestía monjil con manto de anascote, tocas largas de Holanda y camisa de lienzo grosero, y jamás se ponía guantes hasta que se casó en segundas nupcias el 19 de enero de 1593 con Juan Hurtado de Mendoza, su primo. A la boda asistieron el rey Felipe III y la reina doña Margarita, la cual muy pronto la tendría por confidente. Siendo una de las primeras damas de la corte, el duque de Lerma no tardó en proponerle un matrimonio de conveniencia entre su segundo hijo, Diego Gómez de Sandoval, comendador de Calatrava y gentil hombre de cámara, con su hija mayor, Luisa de Mendoza. El 25 de agosto de 1603 se firmaron las capitulaciones en Valladolid, siendo apadrinados los novios por los propios reyes. En 1610, doña Ana trasladó su residencia a las casas de San Andrés en Madrid, que antes fueron de Pedro Lasso de la Vega, su antepasado. En 1619 muere su hija Luisa, dejando a cargo de doña Ana al heredero de la casa, Ruy Sandoval y Mendoza, conde del Cid, y a sus dos hermanas. El 1 de agosto de 1624 quedó viuda por segunda vez de su marido, hasta entonces mayordomo mayor, miembro de los Consejos de Estado y Guerra, y gentil hombre de cámara de Felipe IV. Esta señora murió a las siete de la mañana de un jueves 11 de agosto de 1633 en su palacio de Guadalajara a los 72 años.

Silva y Mendoza, María Acacia, condesa del Cid y séptima duquesa del Infantado. Segunda hija del duque de Pastrana y bisnieta de la princesa de Éboli, se

casó muy joven con don Ruy, conocido como Rodrigo de Sandoval y Mendoza, nieto de Ana de Mendoza y heredero de los ducados del Infantado y Lerma por agnación. Fue dama de la reina Isabel de Borbón y tuvo dos hijos, Rodrigo y Juan, a los cuales enterraría antes de fallecer ella. Al morir Olivares, continuó residiendo entre la corte y su palacio de Guadalajara. Enviudó de don Ruy, su marido, cinco años antes de morir, en 1662.

Vargas, Inés de, marquesa viuda de Siete Iglesias. Dama principal de Cáceres y señora de la Oliva. Se casó con Rodrigo de Calderón, un antiguo paje del cardenal duque de Lerma, caballero de Santiago y comendador de Ocaña; conde de la Oliva en honor al señorío de doña Inés; capitán de la Guardia Alemana y por último secretario de Estado hasta que el rey Felipe III enfermó y Olivares aconsejó a su sucesor, Felipe IV, acometer en su contra. Doña Inés estaba en Valladolid junto a su marido e hijos cuando vinieron a apresarle y confiscarle todos sus bienes, dejándola en la miseria más absoluta. El 21 de octubre de 1621, don Rodrigo fue degollado en la plaza Mayor de Madrid. Desde entonces, su viuda junto a sus hijos se acogería a la caridad de la duquesa del Infantado.

Bibliografía y documentación

ÁGREDA, Sor María de Jesús (E. M. M.), *Correspondencia con Felipe IV religión y razón de Estado*, Madrid, Castalia, 1991.

ÁGREDA, María de Jesús, *Copias de sus notas escritas*, archivo del convento de la Purísima Concepción de la villa de Ágreda.

ALCALÁ-ZAMORA, José N., *España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639): la última ofensiva europea de los Austrias madrileños*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001.

ÁLVAREZ DE TOLEDO, Luisa Isabel, duquesa de Medina Sidonia, *Historia de una conjura: la supuesta rebelión de Andalucía en el marco de las conspiraciones de Felipe IV y la independencia de Portugal*, Cádiz, Diputación Provincial, 1985.

ARTEAGA, Cristina de, *La Casa del Infantado, cabeza de los Mendoza*. Tomo II. Publicado por el duque del Infantado, 1944.

Auto de ejecución del tormento dado al marqués de Siete Iglesias. Archivo general de Simancas, Diversos de Castilla, leg. 34.

ARTOLA, Miguel, *La monarquía de España*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.

BARRIOS, Feliciano, *Los consejos Reales. El gobierno central de la monarquía en los escritores sobre Madrid del siglo XVII*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 1988.

BRUNEL, Antoine de, *Voyage d'Espagne*, Colonia, 1666.

CALVO POYATO, José, *Juan José de Austria, un bastardo regio*, Plaza y Janés, 2002.

—, *Felipe IV y el ocaso de un imperio*, Barcelona, Planeta, 1995.

CÁNOVAS DEI. CASTILLO, Antonio, *Estudios del reinado de Felipe IV*, Madrid, Imprenta Pérez Dubrull, 1888.

—, *Decadencia de España, Felipe IV*. Libro VI.

CHAMORRO, Eduardo, *La vida y la época de Felipe IV*, Barcelona, Planeta, 1998.

—, *Yo, conde duque de Olivares. El arte de lo imposible*, Planeta, 1989.

CHAVES, Teresa, *Espectáculos en la corte de Felipe IV*, Madrid, Centro Cultural del Conde Duque, 2005.

DELEITO Y PIÑUELA, José, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Alianza Editorial, 2005.

—, *También se divierte el pueblo (...)*, Madrid, Esposa-Calpe, 1954.

—, *El rey se divierte*, Madrid, Esposa-Calpe, 1964.

ELLIOT, John H., *La rebelión de los catalanes (1598-1640)*, en *La historia de los movimientos sociales*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1977.

—, *Lengua e imperio en la España de Felipe IV*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994.

—, *El conde-duque de Olivares: el político en una época de decadencia*, Barcelona, Mondadori, 1998.

ETREROS, Mercedes, *La sátira política en el siglo XVII*, Madrid, 1983.

LA FUENTE, Modesto, *Historia General de España*, Barcelona, Montaner y Simón editores, 1888.

GAMBROIS DE BALLESTEROS, Mercedes, *Una monja y un rey. Sor María de Ágreda*, Voluntad, 1920.

GARCÍA DE PAZ, *Apuntes históricos y biográficos compilados de los Mendoza*.

GARCÍA CORTÁZAR, Fernando, *La Historia de España*.

GARCÍA REYES Y ÉCIJA, Ana María, *Leyendas de Madrid, mentidero de la villa*, Ediciones la Librería, 1998.

GAVARRÓN, Lola, *Nacidas para reinar*, Temas de Hoy, 1997.

GONZÁLEZ-DORIA, Fernando, *Las Reinas de España*, Trigo Ediciones, 1999.

LAYNA Y SERRANO, Francisco, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas*, Achee Ediciones, Guadalajara, 1996.

MARAÑÓN, Gregorio, *El conde-duque de Olivares. La pasión de mandar*, Espasa Biografías, 1998.

MARAVALL, José Antonio, *La cultura del barroco*, Barcelona, Ariel, 1975.

MALVEZZI, Virgilio; SHAW, Donald L., *Historia de los primeros años del reinado de Felipe IV*, Londres, Tamesis Books, 1968.

SEMPERE Y GUARINOS, Juan, *Historia del Luxo y de las leyes suntuarias en España*, Imprenta Real de Madrid, 1788.

SIMÓN DÍAZ, J., *Relaciones breves de actos públicos celebrados en Madrid de 1541 a 1650*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1982.

TOMÁS Y VALIENTE, Francisco, *La España de Felipe IV. el Gobierno de la monarquía, la crisis de 1640 y el fracaso de la hegemonía europea*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo, *Crónica del rey pasmado*, Barcelona, Planeta, 2004.

VALLADARES, Rafael, *Felipe IV y la restauración de Portugal*, Málaga, Algazara, 1994.

PELLICER, J., *Avisos históricos* (selección de Enrique Tierno Galván), Madrid, Taurus, 1965.

VERA Y FIGUEROA, Antonio, *Fragmentos históricos de la vida de Don Gaspar de Guzmán*, manuscrito de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.





ALMUDENA DE ARTEAGA. Nació en Madrid el 25 de junio de 1967, ciudad en la que reside actualmente junto a su marido y sus dos hijas. Es licenciada en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y diplomada en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria por el Instituto Salazar y Castro.

Ejerció la abogacía durante seis años, especializándose en Derecho Civil y Laboral. Trabajó como documentalista en los libros de La insigne Orden del Toisón de Oro y La Orden Real de España, un ensayo histórico. En 1997 publicó su primera novela La Princesa de Éboli. Después del éxito obtenido dejó el ejercicio del Derecho para dedicarse en exclusiva a la literatura. A esta primera novela le siguieron otras diez obras de distintos géneros.

Reconocida por la crítica como una de las más destacadas escritoras de novela histórica actuales, sus libros han llegado a permanecer más de cuatro meses en las listas de los más vendidos, con numerosas reediciones y se han traducido a varios idiomas.

En marzo de 2012 fue galardonada con el XIX Premio Azorín de Novela por su obra Capricho, un recorrido histórico con intriga por el Madrid del siglo XIX.

Actualmente continúa escribiendo, conferenciando en foros literarios e históricos y colaborando como articulista en periódicos y revistas de ámbito nacional.

Obra

Novelas

- La Princesa de Éboli (1997).
- La vida privada del emperador Carlos V (1999).
- Eugenia de Montijo (2000).
- La Beltraneja, el pecado oculto de Isabel la Católica (2001).
- Estúpida como la luna (2001).
- Catalina de Aragón. Reina de Inglaterra (2002).
- María de Molina: Tres coronas medievales (2004).
- La esclava de marfil (2005).
- El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares (2006).
- El Marqués de Santillana (2009).
- Los ángeles custodios (2010).
- Capricho (2012).

Ensayos

- La insigne Orden del Toisón de Oro (1996), como documentalista.
- La orden Real de España (1808-1813) (1997), junto a Alfonso Ceballos-Escalera.
- Herencias y legados adquiridos por Don Íñigo López de Mendoza. Marqués de Santillana (1398-1458), Tomo «El Hombre» (2001).
- Leonor: ha nacido una reina (2006), junto a Nieves Herrero.
- Beatriz Galindo «La Latina» Maestra de Reinas (2007).

Relatos

- Confesiones Secretas (Hijas y padres, 1999).
- Cabeza de cera (La Razón, 2005).
- La paz de la experiencia (La Razón, 2005).
- El duende que convirtió humo en cristal (Cuentos con corazón, 2005).
- El extraño zahorí (La Razón, 2006).
- Zarpamos trazando una estela (2007).

Premios

- Premio de Novela Histórica Alfonso X El Sabio (2004) por su obra María de Molina, tres coronas Medievales.
- Finalista del Premio Internacional de Novela Histórica «Ciudad de Zaragoza» (2006) por El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares.
- Mención honorífica en el Premio Espartaco (2006) por El desafío de las Damas, La verdad sobre la muerte del Conde Duque de Olivares.
- Premio Algaba (2007) ex aequo por «La Latina» Beatriz Galindo, maestra de reinas.
- Premio Azorín (2012) por «Capricho».